

247

CCIÓN

CEPADA

SERMONES

6

BV4247

M6

V. 6

c. 1

135914

252



1080042741

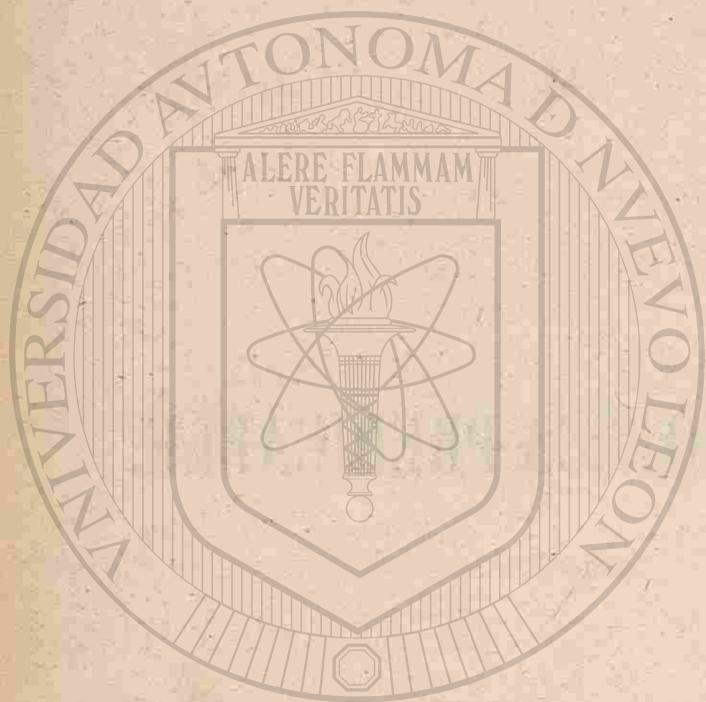


U A N L
BIBLIOTECA PREDICABLE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA PREDICABLE

ó sea

COLECCION DE SERMONES

PANEGÍRICOS, DOGMÁTICOS, MORALES
Y PLÁTICAS PARA TODOS LOS DOMINGOS DEL AÑO
Y PARA LA SANTA CUARESMA

POR

D. EMILIO MORENO CEBADA,

PRESBITERO, PREDICADOR DE S. M. LA REINA NUESTRA SEÑORA (Q. D. G.) Y DEL
ARZOBISPADO DE TOLEDO, EXAMINADOR SINODAL DE LA DIÓCESIS DE JAEN, AUTOR Y
TRADUCTOR DE VARIAS OBRAS RELIGIOSAS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO VI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Prædicate Evangelium omni creatura.

Mar. XVI. 15.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

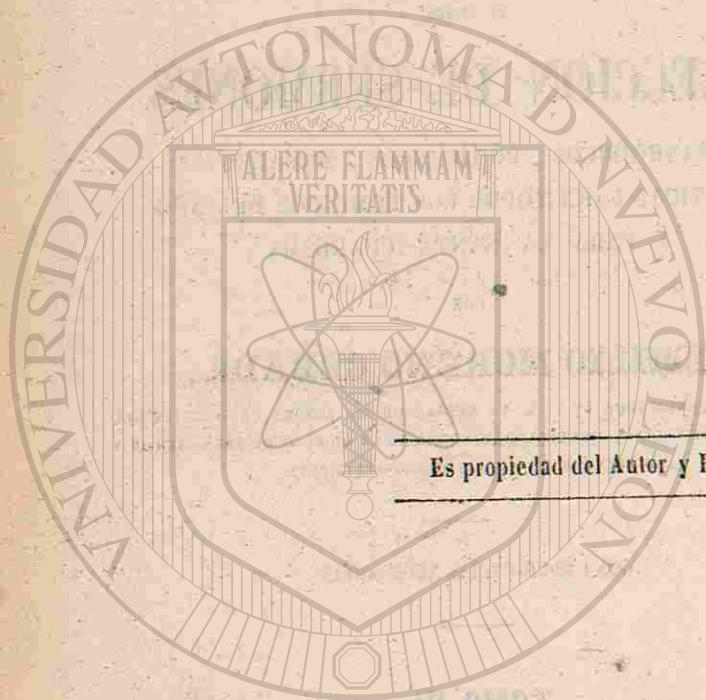
MADRID.

IMPRESA DE LUIS BELTRAN, EDITOR DE LA BIBLIOTECA,
calle del Sacramento, núm. 10.

1865.

38131

BV 4247
m 6
U. 6

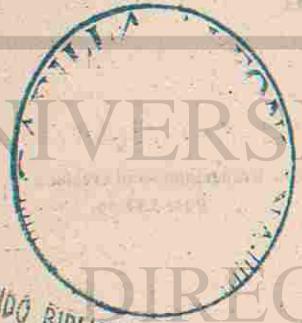


SECCION TERCERA.

PANEGÍRICOS DE SANTOS Y FESTIVIDADES PRINCIPALES
DE LA IGLESIA.

U A N L

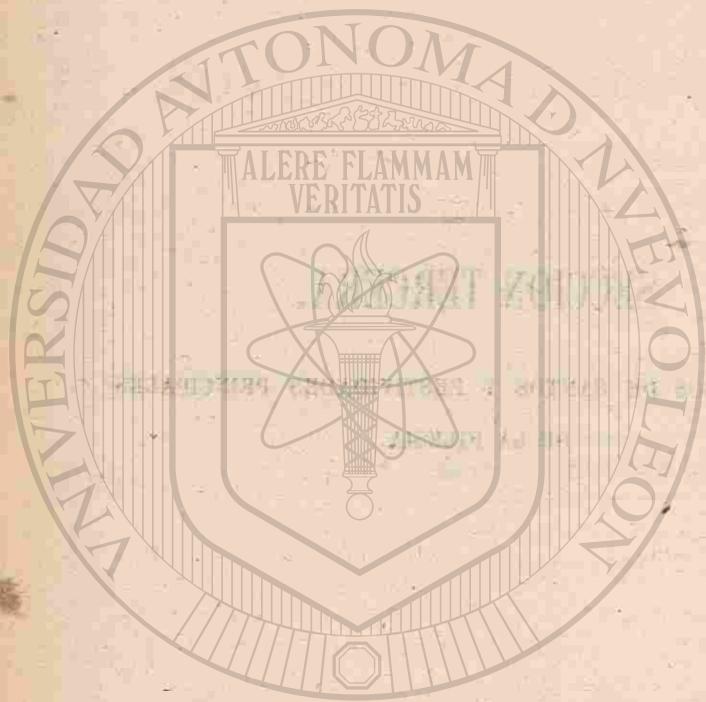
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO BIBLIOTECA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

135914



PANEGIRICOS DE SANTOS.

SERMON PANEGIRICO 1.º

DE

SAN ANTONIO DE PÁDUA.

*Vos estis lux mundi... Sic luceat lux
vestra coram hominibus.*

Vosotros sois la luz del mundo... Así
ha de brillar vuestra luz delante de los
hombres.

Math. cap. V, v. 14 y 16.

La verdad y la mentira que se disputan el imperio del mundo, empezaron á luchar bajo el frondoso árbol del Eden, y continuará luchando hasta la consumacion de los siglos. La verdad eterna é inmutable que reside en el trono del Eterno, tomó la naturaleza humana, y se presentó en el mundo para desterrar el error, á la manera que los esplendentes rayos del sol se comunican á la tierra para disipar las tinieblas de la noche. Apareció en el mundo el cristianismo, emanacion purísima de la Divinidad, y la Iglesia, que es *Una*, como su fundador, *Santa*, como su Maes-

tro Divino, *Católica* ó universal como el amor que la dió el sér, y *Apóstolica*, por sus primeros hijos y predicadores, abrió sus brazos para recibir en ellos á todos los pueblos y naciones. Pedro, primer confesor de la Divinidad de Jesucristo, es constituido por él, primer Pontífice de la nueva ley: le dá toda potestad en el cielo y en la tierra, declarándole legislador supremo de la Iglesia, con todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores: poder y autoridad que existe en sus legítimos sucesores y existirá hasta la consumación de los siglos, mal que le pese al infierno y sus secuaces.

El demonio á quien tantas víctimas se le arrebatara con la promulgacion del Evangelio, despertó el orgullo del hombre á fin de que persiguiese á la Iglesia de Jesucristo, y el error preparó formidables luchas para derrocar la verdad que habia venido para salvar al mundo y civilizar á las naciones: empero la Esposa sin mancha del Cordero, ha prevalecido siempre no solo de los absurdos del paganismo y la audacia de la filosofía, sostenidos por la ciencia y los vicios, sino tambien de la alevosía de los herejes. No podia ser de otro modo: Jesucristo ha ofrecido su estabilidad á la Iglesia, y primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra. No es mi ánimo detenerme en este momento en enumerar las grandes persecuciones sufridas por la Iglesia, y concretándonos tan solo á los heresiarcas que han asestado sus tiros contra ellos, diremos: que aun estaba fresca la sangre que bañara el Gólgota, aun parecia escucharse en el mundo la voz de los Apóstoles, pues sus primeros discípulos anunciaban por todas partes las doctrinas que de ellos habian recibido, cuando

en los tres primeros siglos de la Iglesia, se presentaban los Basilides, Marcion, Montano y Sabelio, combatiéndola y oponiéndose tenazmente á algunos de sus dogmas principales. Tras estos, en el siglo IV, vemos á Arrio, Apolinar, Macedonio y otros, que dan su nombre á nuevas herejías, quién oponiéndose á la Divinidad de Jesucristo, y negando á la Santísima Virgen su título y cualidad de Madre de Dios, quién combatiendo otros dogmas, buscando todos, argumentos en las absurdas doctrinas del paganismo y la filosofía. Empero Dios que vela por su Iglesia hace aparecer en el mundo á los Crisóstomos, Agustinos y Gerónimos, que con la razon del Evangelio en la mano los combaten y los vencen. Ya parecia estar tranquila la esposa de Jesus, cuando vemos aparecer á Pelagio, como tambien á Nestorio y Eutiques, que llenos de soberbia preparan nuevas batallas: pero se encuentran de frente con nuevos atletas del catolicismo, que llenos de fé se preparan para defender la celestial doctrina. Confundidos fueron estos herejes, como lo fueron mas tarde los albigenses, wiclefistas, monotelistas, sacramentarios y otros mil sectarios del error.

Empero llegó el siglo XIII, siglo de grandes errores, en el que los Guillelmos de Sancto Amore, los Fraticellos y los Raimundos de Tarraga, resucitando las antiguas herejías y escogiendo de todas las escuelas las mas perniciosas doctrinas, prepararon nuevas batallas á la Iglesia de Jesucristo, que tan solamente habia de servir para que esta consiguiese nuevos triunfos. El Dios Omnipotente, suscitó cuando convenia un varon apostólico, que reuniendo en sí el celo, la prudencia, la fortaleza y la sabiduría de los

antiguos Padres, destruyese con valor y energía los perniciosos sofismas de los heresiarcas, al tiempo mismo que estendiese por todas partes el imperio de Jesucristo. Ya comprendereis que hablo del glorioso San Antonio de Padua, varon esclarecido que fué en dictámen del Papa Gregorio IX, una apologia viva de la religion cristiana; la confirmacion de la fé católica, la confusion de la heregía, el ornamento mas brillante del orden seráfico, y la corona del cristiano pueblo. Sus virtudes admirables son la alegría de la Iglesia, su devocion universal el regocijo de todos los pueblos.

Encargado de formar su elogio en esta mañana, hecharemos una escursion por el campo de su admirable vida; escucharemos su predicacion, observaremos sus hechos portentosos, y no podremos menos de conocer que los dones que el Señor, segun los designios de su Providencia, reparte entre sus escogidos, quiso reunirlos en Antonio de Padua, en lo que comprendemos su incomparable escelencia. Sin saber como, he indicado ya el asunto del presente discurso.

San Antonio de Padua es el santo de todas las virtudes por la reunion prodigiosa de todos los dones de Dios: resplandeciendo en él de un modo admirable los caracteres de Apóstol, Profeta, Doctor, siendo el santo universal de todos los cristianos y de todos los tiempos.

Para desenvolver estas ideas, me son necesarios los auxilios de la divina gracia. La Reina de todos los santos, María Santísima, intercederá en mi favor, interin la saludamos con las palabras del ángel: *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Dios, que es el autor de la santidad, distribuye sus gracias y sus dones segun los altos designios de su Providencia, y la dignidad ú objeto á que destina á sus escogidos; y advertimos en esto tan admirable economía, que si á unos concede la palma del martirio, no siempre les da la diadema del magisterio. Vemos unos santos distinguirse con el espíritu de profecía, sin embargo de no brillar en ellos el honor del apostolado. El que maneja el báculo pastoral, no siempre adorna su cabeza con la aureola de las vírgenes. Tal es el orden ordinario de la Providencia, que segun la esplicacion de San Pablo, estableció en la Iglesia diversas gerarquías, una de Apóstoles, otra de Profetas, otra de Doctores, otra de virtudes.

Una escepcion de este orden de la Providencia, es el bienaventurado San Antonio de Padua, en quien resplandecen todas las virtudes. La diestra del Excelso que le formó para los mas altos fines de su Providencia, reunió en él la fé de los Patriarcas, el conocimiento é inspiracion de los Profetas, el celo de los Apóstoles, la fortaleza de los mártires, la sabiduría de los Doctores y el candor inmaculado de las vírgenes, haciendo que resplandecieran en él en grado heróico todas las virtudes. Leed, mis señores, con detenimiento la historia de su vida, y á vista de sus hechos admirables, no podreis menos de conocer que el espíritu de Dios se manifiesta de un modo singular en San Antonio, pues que sobre las leyes ordinarias de su Providencia, le plugo comunicarle el don de

sabiduría y el espíritu de la fé, en los oráculos de la profecía; la gracia de curar las enfermedades con el poder de hacer milagros; el discernimiento de los espíritus con el don de lenguas; la sábia interpretación de las Escrituras para complemento de los demas dones. Hed aquí la diversidad de odoríferas flores que forman la preciosa diadema de nuestro santo. ¡Vasto campo el que se presenta ante mi vista! Si no temiera escedeme del tiempo que el uso ha señalado á este género de oraciones, yo me detendria gustoso y satisfaria mi devocion discurriendo sobre cada uno de los dones con que el cielo le enriqueciera. Empero ya que esto no nos sea dado, poco tendremos que trabajar para presentar á Antonio como el Apóstol, el Profeta, el Doctor, el santo universal de la Iglesia.

Lo he llamado Apóstol: ¿no le hace por ventura acreedor á este título su extraordinario celo en la predicacion del Evangelio? ¿Hubo para él momento de descanso desde su incorporacion en el orden seráfico? ¡Ah! Que nos seria imposible hacer aquí mencion de las ciudades y provincias que ilustrara con el espíritu de sabiduría, demostrado en sus fervorosos y elocuentes sermones. Parece que multiplicaba su presencia en su deseo de ser á todos útil. Su afan de martirio le dirige hácia Marruecos, y la Providencia, que para otros fines le destina, se epone á sus deseos, haciendo que esta estrella brillante del cielo de la militante Jerusalem aparezca en las costas de Sicilia, para que sea Italia el teatro de sus mayores triunfos: y Messina, Arimino, Podio, Venecia y otras muchas ciudades donde evangeliza la paz, admiradas quedan de su ardiente celo, que no puede menos de producir ópimos frutos. En alas de este mismo celo, vuela infatigable,

y durante el tiempo de su mision, se le ve dos veces en Francia, dos en Sicilia, dos en Roma, dejándose escuchar casi al mismo tiempo en Bolonia, Pádua, Tolosa y en Florencia. Su palabra, cual saeta penetrante, no encuentra resistencia. El espíritu de Dios le conduce, y mas rápido que la luz se multiplica y reproduce, para hallarse tres veces á un tiempo mismo en dos lugares, complaciéndose el Omnipotente en hacerse admirable en la persona de su siervo.

¡Qué acontecimientos tan admirables se suceden! Su celo es un fuego sagrado que por mucho tiempo ha permanecido cubierto con la suave ceniza de la humildad: empero colocado sobre el altar se reanima, y á la manera que un rayo destruye al mas alto cedro del Libano, su palabra quebranta y conmueve las potestades de la tierra. Sus enemigos son los errores y los vicios: las armas con que los sale al encuentro y los combate, las virtudes de que se halla adornado.

La Francia lo mismo que la Italia, tienen sábios: empero estos mismos varones de gran reputacion en la república de las letras, se admiran al observar la facilidad y fuerza de persuasion con que un hombre criado y educado en el retiro de los cláustros, destruye valerosamente los miserables sofismas presentados por los enemigos de la religion. El se deja oír desde la cátedra de la verdad, y no cesando de anunciar á los pueblos sus deberes al tiempo mismo que sus delitos, introduce el espanto y el terror hasta el fondo de los corazones: y sin que respetos humanos ni consideracion á clase ni gerarquía sean para él rémora ú obstáculo, exhorta á los justos, hace temblar á los pecadores, y llega con su voz hasta el

silencio de los sepulcros, para citar al juicio universal á los áridos despojos de la humanidad, dando por natural resultado tan ardiente celo, el que miles de pecadores detestando sus errores, corriesen presurosos á purificarse con las saludables aguas de la penitencia. Si combate á los heresiarcas, es un Ezequiel en la severidad de su tono. Si se dirige á los ignorantes es un Amós en la sencillez y en la claridad de su lenguaje. A presencia de los grandes se halla animado del espíritu de Elias, y los hombres versados en las ciencias, créense trasportados á la cuna del cristianismo, y que escuchan los inspirados discursos de un San Pablo, ante el Areópago de Atenas.

Trabaja, señores, el laborioso é infatigable labrador y riega con el sudor de su frente la tierra que cultiva: empero no recuerda sus trabajos y se llena de regocijo cuando vé henchidos sus graneros. Antonio es un celoso é infatigable cultivador del campo del Padre de familias, Cristo Jesus, y su único deseo aumentar el número de sus adoradores: ¿y consiguió los frutos que anhelaba? Do quiera que arrojaba la semilla de la divina palabra, fructificaba con la mayor rapidez y abundancia. Dígalo Padua que le fué deudora de innumerables bienes, y donde tantos prodigios obrara su predicacion. Cada palabra suya era una gota de aquella uncion sagrada que suaviza la indolencia de los corazones, ó una flecha que traspasa los mas endurecidos. Antonio predica, y los mas encarnizados enemigos deponen sus enojos y verifican una cristiana reconciliacion: el órden, la paz y la quietud, suceden como por encanto el desórden y las discordias: los lugares santos son mirados

con el mayor respeto, los sacramentos se frecuentan, y avergonzado el vicio, huye y deja su puesto á la piedad y á las virtudes. Hace conocer la inconstancia de las cosas del mundo, á cuyos atractivos quita la máscara que les cubre: habla de las dulzuras del cielo y del modo de conseguirlas, y los claustros se pueblan de moradores, que todo lo abandonan por ganar á Jesucristo. Habla enérgicamente de los castigos de la otra vida, y aqui vereis un ministro del santuario que muere anegado en las lágrimas de la contriccion: allí un hijo que reconociendo la gravedad del pecado á que le habia arrastrado su soberbia, se amputa el pié con el que habia ofendido á su Madre. ¿Que mas pudiera deciros? Bandidos que dando de mano criminales ocupaciones, se postran ante él vertiendo un torrente de amargas lágrimas: Magdalenas que aterrorizadas de sí mismas se despojan de sus mundanales galas y de aquellos ficticios adornos que formaban la red de la inocencia, dirigiendo ya sus pasos por los senderos de la justicia: Jaqueos injustos que voluntariamente sustituyen lo que mal habian adquirido, para tranquilizar de este modo sus conciencias, hechos son que nos demuestran el fruto de su Apostolado, el milagro de su predicacion, pues que renovando á Padua en el espíritu de Dios, logra hechar por tierra los muros de esta soberbia Jericó, edificando una ciudad santa, sobre las ruinas de una prostituta Babilonia.

¡Ah, señores! Si nos fuese dado trasladarnos en este momento á los dias de Antonio y seguirle en sus espediciones apostólicas, le veriamos ser escuchado en las plazas y en los campos por auditorios de quince y veinte mil oyentes, que interrumpen á cada

paso sus elocuentes sermones por el murmullo que forman los suspiros y clamores en que prorumpen, movidos por el mas sincero y verdadero arrepentimiento. ¡Qué espectáculo tan consolador! Antonio acaba sus sermones, y en tan numerosos concursos no se oyen otras voces que las producidas por el dolor y la amargura, y si en los primeros siglos de la Iglesia veíase á muchos cristianos hacer penitencias públicas ordenadas ó mandadas practicar por los ministros del Sacramento de la Penitencia, en los dias de Antonio y por un efecto de su predicacion, se practican, no por obediencia, sino voluntariamente penitencias públicas y sangrientas. Antonio es el ángel del Señor que pone en movimiento las aguas de la mas saludable piscina para que en ella cure de su lepra el mundo paralítico y enfermo.

La Iglesia santa, que como una amante Raquel lloraba inconsolable la pérdida de sus desventurados hijos, se llena ya de un justo regocijo, pues que este vástago ilustre de su fecundidad, reanima y vivifica á los que se hallaban muertos por el pecado, por el error y por el cisma: y si antes por atrevidos herejarcas se ultrajaba á la divinidad, se combatian los dogmas y se hacian pulular las mas erróneas y funestas doctrinas: por la voz de Antonio, se santifican los pueblos, y se destruyen los errores, como á la voz de Pedro, temblaban sobre sus pedestales y caian por tierra los falsos dioses del imperio.

Tales son, mis señores, los principales y mas gloriosos triunfos de la predicacion de Antonio, y si la herejía cae á sus piés en la persona de Bonaville; si un irracional rinde á Jesucristo Sacramentado la adoracion que le negara un hombre dotado de razon; si

el tirano Ezelino, azote de la Italia, reconoce sus maldades, rindiéndose á la voz de este humilde religioso ¿no reconoceremos en él, todas las cualidades del verdadero Apóstol? Sí: en él brillan de un modo admirable, como resplandecen las que son propias de los Profetas.

En efecto: el espíritu de Elías, de Ezequiel, y de Isaías resucita en Antonio, y el velo que cubre á la inteligencia del hombre los sucesos futuros se abre ante sus ojos para que pueda anunciarlos al mundo. Ilustrado su entendimiento con divina inspiracion, penetra los mas ocultos secretos del corazon humano, y á su espíritu de Profecía, acompaña el discernimiento de espíritus y el don de lenguas. Nada mas sabido por los cristianos que los hechos admirables y los milagros del glorioso Antonio. Si se halla afligido el espíritu de un Prelado, asaltado por terribles dudas, Antonio penetrando su corazon, le vuelve la tranquilidad con el conocimiento. Si un novicio se vé asaltado por tentaciones que le arrastran al precipicio, Antonio que conoce su secreto, con una sola palabra, serena la peligrosa borrasca que amenazaba la vida de su alma. Si en los numerosos auditorios que escuchan sus sermones, se encuentran gentes de diferentes naciones, Antonio no obstante predicar en lengua toscana, es comprendido de todos, como si predicase á la vez en cada uno de los idiomas. Si estando en Pádua, sabe los infortunios que sufren en Lisboa sus amados padres, apareciéndose milagrosamente en aquella capital, hace hablar á un difunto, y salva la vida de aquel á quien debiera la suya. Si por último penetra los negros pensamientos de un consorte que guiado por caprichosos celos

intenta dar muerte á su esposa, Antonio pone en movimiento la lengua de un recién nacido infante que declarando la inocencia de su Madre, desarma las venganzas del padre injustamente enfurecido. No hay gracia, no hay don, no hay virtud que no acompañe á su espíritu de Profecía.

Parece, mis señores, que el Cordero ha colocado abierto en manos de Antonio el libro de la vida cerrado desde la eternidad con siete sellos. El secreto de la predestinacion de los hombres, misterio escondido que nadie ha podido investigar, se presenta sin velos delante de sus ojos. El lee en aquel sagrado volúmen el catálogo de los predestinados, y en el número de los mártires, ve registrado un tierno infante y á un curial entonces licenciado, á los cuales tributa sus obsequios, mirando con santa envidia la preciosa aureola que mas tarde habian de ceñir en sus sienes, felicidad por la que él habia anhelado desde su mas tierna edad.

¡De que modo tan admirable se ostentan las riquezas del Dios Omnipotente en este su amado y humilde siervo! Permite el Señor que cual otro Ezequiel vea á través de los dias la reparacion del templo, esto es, la magnificencia y suntuosidad de aquella iglesia que Pádua habia de dedicar á su nombre, y que es justamente considerada como obra maestra de la piedad, de la arquitectura y de la opulencia: vé el concurso numeroso de príncipes y magnates, de grandes y pequeños que como en tropel habian de acudir á su templo, y se presentan á su vista la multitud de altares é imágenes suyas que repartidas por toda la estension del mundo cristiano, habian de ser objeto de

veneracion para los fieles. Arrebatado en espíritu cual otro Isaías, vé la vocacion de las gentes, que con religiosa pompa habian de acudir á visitar sus reliquias y sepulcros, ante el cual depositarán magnificas promesas; todo lo vé con distincion este admirable Profeta, á quien conviene tambien el dictado de Doctor.

Y lo fué, señores, y tan honroso título lo recibe del serafin llagado, de Francisco de Asís, su Padre y Hermano, que penetrando á fondo el espíritu de Dios que le enaltece, le instituye Doctor y primer maestro de su religion, mandándole que enseñe á sus hermanos la ciencia de la religion. San Buenaventura, que admira en Antonio la ciencia sagrada de que está poseido, le consagra los mas elocuentes elogios, y el oráculo de la verdad, la cabeza suprema de la Iglesia, el Pontífice Gregorio IX, contempla su sabiduría y no duda llamarle *¡Arca del Testamento!* Ah, señores, ¿Qué doctor ha recibido una alabanza tan eminente, ni menos sospechosa, ni mas bien merecida? Antonio es el Arca del Testamento, el archivo de la Divina Sabiduría; tal elogio pronunciado por el Maestro de los maestros es ciertamente el mayor con que puede honrarse á un sábio. No busquemos comparaciones en la ciencia imperfecta ó defectuosa de los hombres, ni tratemos de explicarla con nociones creadas; necesario nos es recurrir á las ideas de Dios para darnos la de su sabiduría y anunciarnos aquella ciencia santa, pura é inmaculada de que estuvo ilustrado su espíritu. Su corazon puede decirse que fué un animado archivo de toda la ley de Dios; su memoria un arca

santa que encierra la historia, la moral y cuanto de grande y sublime se contiene en ambos testamentos, penetrando su ilustrado espíritu con la mas profunda comprension los ocultos misterios y sacramentos de la Escritura Santa. Su siglo posee en el espíritu de su doctrina lo que no poseyó la Sinagoga sino en la corteza de la letra, y cual otro Esdras, tuvo tan reservada en su corazon la ciencia de los santos libros, que para restituirlos á su integridad primitiva, no le faltó á este nuevo Esdras, en comun sentir de escritores, otra cosa que la ocasion del primero, ó que habiéndose perdido los originales, la obediencia le hubiese encomendado su restauracion. Con razon, pues, el Sumo Pontífice que le eleva al honor de los altares, hace que la Iglesia le dirija esta plegaria: «Dignaos lumbrera de la Iglesia santa, interceder á favor nuestro ante el sólio de la sabiduría increada. O Doctor óptime, Ecclesice santo humen, Beate Antoni.

Si os quereis persuadir, mis señores, de que ni la mas mínima exageracion envuelven estos elogios, leed sus obras que el tiempo ha conservado, y no podreis menos de dar ascenso á mis palabras y aun confesar que soy parco en alabanzas. Leed con detenimiento aquella obra, riquísima de fondo y erudicion, que escribiera para facilitar las tareas del púlpito y que dividida en cinco libros, la intituló *Concordancias morales*, y vereis cuantos secretos tiene la naturaleza, la gracia y la gloria, las pasiones, los vicios y virtudes, sus grados, órdenes y gerarquías, deducidas con admirable facilidad y destreza, fundado todo en los mas oportunos luga-

res de la Escritura Santa. Esta obra sola, es una biblioteca completa para el encargado de predicar el Evangelio. Leed su *Exposicion mistica sobre ambos Testamentos*, y descubrireis un inagotable tesoro de sabiduría. Su *Coleccion de sermones* respira claridad, erudicion y grandeza de ideas, que no pueden menos de llevar el convencimiento á la inteligencia menos privilegiada. Bolonia conserva con el mayor aprecio y cual rico tesoro, el original de su *Glosa moral sobre el Psalterio*, libro escelente en el que resplandece la verdadera imagen de la doctrina de Jesucristo, y la Santa y Patriarcal iglesia de Sevilla, rica en preciosos monumentos conserva inédita y cual reliquia, su pasmosa obra *Incendio del Divino Amor*. Al leer tan precioso documento se nota mas bien que la obra de un hombre mortal, la revelacion de un serafin celeste. Aquel lenguaje afectuoso, dulce, persuasivo, se insinúa blandamente en los corazones é inspira de una vez la piedad al sábio, la doctrina al piadoso, el amor á todos los mortales. No lo dudeis, mis señores, sobre el alma del que lee tan precioso tratado, parece que se derrama una uncion santa é imperiosa que la conmueve y liquida en el fuego del amor divino. Parece, oh Dios mio, que le habeis encargado la comision de proporcionaros fieles amigos y constantes adoradores en la tierra, comunicándole á este efecto el secreto infalible de conseguirlo! Si en concilio se consigna que ningun sábio habia penetrado mejor que San Gerónimo, la ciencia de la Escritura Santa, respetando cual es debido tan infalible oráculo, creo que podré poner en segundo lugar á San Antonio, puesto que este

fué su estudio privilegiado, y la continua materia de su meditacion, y sin pretender examinar si ha habido talentos más universales, ó de mas estensa erudicion, no puede dudarse que en estudio de la Escritura Santa, es uno de aquellos talentos mas sobresalientes que de tarde en tarde producen los siglos. Penetra la oscuridad de sus misterios, desenvuelven con suma facilidad sus secretos, acomoda oportunamente sus espresiones en lo litoral y en lo místico; ilumina con los mas vivos colores sus imágenes y las refiere con utilidad á la conducta de los fieles: ora demostrando en sus esplicaciones la claridad de Moisés: ora presentándose sublime como David: tan pronto misterioso como Salomon ó sencillo como los Evangelistas, es semejante á todos cuando lo exige la ocasion ó la materia.

Empero yo me he colocado en un terreno asaz dificultoso. Por mas que me halle ganoso de satisfacer vuestra piedad y religiosa curiosidad, ¿cómo pudiera daros una perfecta idea de sus discursos, sin estar adornado de su ingenio, y antes por el contrario encontrándome desnudo de saber y de elocuencia? Sus obras son su mayor elojio, y ellas y sus hechos todos, nos testifican que Antonio fué un Doctor iluminado destinado por Dios para ser luz de su siglo al que alumbró con su ciencia y sus virtudes.

¡Las virtudes de San Antonio! Tan solamente podremos tocarlas como de paso, pues que si hemos podido vadear el caudaloso rio de su sabiduría, tal vez titubaremos de temor al pretender sondear el hondo océano de la piedad que le enaltece. Con solo abrir la historia de su vida, y pasar la vista por sus

preciosas páginas le veremos como un hombre de santidad universal. Si le examinamos en su vida interior, veremos un ángel en la tierra, cuya pureza sin mancha es blanca como las estolas lavadas en la sangre del Cordero, cuya humildad profunda le hizo conservar por mucho tiempo bajo las apariencias de necedad un fondo extraordinario de sabiduría. Si le seguimos en el cláustro, veremos un hombre muerto á sí mismo, por el rigor de los ayunos, vigiliass y maceraciones, no menos que por una sumision profunda á sus superiores: un hombre que sufre con alegría de espíritu grandes persecuciones por la justicia, y con serenidad de ánimo, injurias y afrentas á la presencia misma del soberano Pontífice. En el trato con sus hermanos es afable en su conversacion, grave sin afectuacion, circunspecto sin aspereza, compasivo en los males agenos y sellados sus lábios con un silencio tan profundo, que no puede romperle ni la sospecha general de que es un hombre inútil, ni el desprecio que algunos hacen de su persona. Su estudio comienza por la oracion, es santificado por la pureza de su deseo, que no es otro que ser útil á sus hermanos, cuidando de aprender á ser santo antes que sábio, teniendo siempre presente que el principio de la sabiduría es el amor santo de Dios, y que no hay ciencia mas útil que la ciencia de salvarse. Si en suma, le seguimos al templo, le veremos postrado al pié de los altares, penetrado de los mas vivos sentimientos de piedad. Allí se postra con Moisés, ama con Jacob, sacrifica con Abraham, anda con la esposa de los cantares, contempla con San Pablo, y se recrea con el mismo Jesucristo, que en forma de hermoso niño le colma

de cariños y finezas y reposa entre sus benditos brazos.

¿Qué he dicho, Señores? El Dios de Magestad y de grandeza que sentado en mansiones de paz, sostiene con dos dedos la pesantez del orbe visible; el que hace ostentacion brillante de su gloria y de su poder; el que sentado en su carro de fuego se pasea por las alturas de los cielos, colocados sus piés sobre las cabezas de los Serafines. Aquel en quien la fuerza es su astro dominador, el trueno su voz, sus armas el viento y el fuego abrasador, cuya presencia aterra á los mortales, descansa gustoso sobre los brazos de Antonio. Que tiernos desahogos... pero temeridad seria el querer penetrar los secretos de Dios y su comunicacion con los escogidos. No intentamos descorrer tan misterioso velo á menos que no deseemos quedar confundidos bajo el peso de nuestra ignorancia. ¡Qué dulces manos las que se unen y se enlazan con las de aquel dulce Jesus que forma la complacencia del Padre y las delicias de María! Los ángeles del cielo se admiran y estáticos contemplan este espectáculo sublime. San Buenaventura considera á Antonio semejante á todas las Gerarquías celestes y adornado de las escelencias de todos los coros angélicos. Creo que no necesitaremos añadir mas para que comprendais que tuve razon al presentar á Antonio de Pádua como el santo de todas las virtudes, en el que se reunieron todos los dones del Dios Omnipotente, habiendo sido la luz del mundo, pues que alumbró á su siglo y á los siguientes con el ejemplo de sus virtudes y con los resplandores de su sabiduría. *Vos estis lux mundi... Sic luceat lux vestra coram hominibus.*

Señores: mas de cinco siglos han transcurrido

desde que Antonio dejando esta vida mortal, subió al cielo á recibir el premio de sus virtudes. Sin embargo, lejos de haberse enfriado su devocion, hoy como á fines del siglo XIII es general en todo el orbe cristiano el entusiasmo por sus glorias: hoy como en los siglos anteriores sus imágenes se ven rodeadas de fieles que acuden á impetrar su proteccion y alcanzar por su intercesion el remedio de los males del mundo que solo de Dios procede. No es esto, para mí un fenómeno inesplicable, y antes por el contrario, veo muy clara la razon. Me explicaré.

Nosotros sabemos, y el santo Concilio de Trento lo declara solemnemente, que los santos que reinan con Jesucristo en el cielo tienen poder para socorrer, mediante su intercesion, á los mortales. Empero que este poder, este valimiento sea universal á favor de todos los hombres, y en cualquiera de sus necesidades, es un privilegio particular que ha dado Dios á San Antonio de Pádua. Para hablar con acierto en punto tan delicado, y que nada tenga que objetar la crítica, oigamos al Padre San Agustin. No todos los santos, dice, han recibido de Dios virtud para todo. La gracia es en esto semejante á la naturaleza, que no produce todos los frutos en todos los paises: es como el cuerpo humano, para usar de la comparacion del Apóstol, en el que cada miembro tiene su ministerio propio, y ninguno tiene el ministerio de todos, y es la razon, añade el Santo Doctor, porque la gracia, segun la doctrina de San Pablo, tiene sus divisiones, con las cuales reparte Dios sus dones entre sus amigos como es su voluntad: y segun esto, no todos reciben juntos todos los dones de

Dios, sino cada uno el suyo, uno de una manera, otro de otra: así nosotros, concluye el grande Agustín, para alcanzar diversos beneficios, recurrimos á diversos intercesores y celebramos en su obsequio diferentes memorias. Solo San Antonio parece no estar comprendido en esta asercion general: él se representa como un Santo cuya proteccion es todo para todos los hombres. La razon en que me fundo es que si él ha recibido juntos con plenitud todos los dones de Dios, como hemos demostrado en el presente discurso, es consiguiente que su virtud sea universal en todas las necesidades y en favor de todos los hombres. Vosotros los que sois sus devotos, leed con detenimiento la historia de su pasmosa vida, que yo no he podido tocar sino de paso, y vereis que durante el tiempo que vivió entre los hombres fué benéfico para todos, pues que resplandeciendo en él todos los dones, tuvo gracia universal: gracia de curaciones, socorros, gobernaciones, género de lenguas, interpretacion de palabras: *gratias curationum, opitulationes, gubernationes, genera linguarum, interpretationes sermonum*. Semejante á Abraham en la obediencia y en la fé, á Jacob en la caridad, á David en el celo y en la piedad, á Josué en el poder, á Moisés en la sumision y rendimiento, y á Zaqueo en la obediencia, dió gloria al Señor y trabajó sin descanso en beneficio de sus hermanos; reunid ahora cuanto llevamos dicho, y al contemplarle Apóstol celoso que lleva de una á otra parte la luz del Evangelio, consiguiendo en todas admirables triunfos, Profeta santo que penetra los secretos de los corazones, descubriendo su mal estado á los pecadores para atraerlos á los caminos de la

salvacion, y Doctor eminente que ilustra al mundo con su sabiduría: considerad que el poder que manifestó en la tierra lo conserva con aumento en el cielo á favor de los mortales, y tratareis de guiaros entre las escabrosidades del mundo por esta luz brillante que de tal modo resplandeció delante de los hombres: *Lucaat lux vestra coram hominibus*.

Sábios que me escuchais: aprended de Antonio á hacer útil vuestra sabiduría, en vuestro provecho y el de vuestros prójimos: hoy como en sus dias, la filosofia engalanada con la pompa del estilo y las galas de la elocuencia, mina los cimientos del edificio fundado por Jesucristo: la nave de la Iglesia se conmueve y agita: el venerable, el santo anciano que gobierna su timon, llora y se aflige, por que padece la Esposa inmaculada del Cordero: la nave no naufragará; seguros estamos de que vogará serena por medio del borrascoso mar de las persecuciones: empero cuando la nave de la Iglesia se agita, la sociedad se conmueve tambien necesariamente: la religion y la sociedad os demandan vuestra defensa, y á objetos tan caros no debeis dudar sacrificar vuestra existencia. Y á todos vosotros, amados fieles, la Iglesia afligida: la religion católica con su origen celestial, con su magnífica genealogía de Santos: la religion que salvó al mundo y civilizó las naciones, pide vuestras oraciones. Fuera de esta Arca misteriosa no hay salvacion. Orad pues, y orad con fervor á fin de que el Señor traiga á verdadero conocimiento á los que son apóstatas de la fé: á los apóstoles por causa de la persecucion, por la indiferencia ó por la impostura, teniendo presente que á todos

debemos la caridad y á ninguno la injusticia. Pidamos al Señor por la intercesion del glorioso Antonio de Pádua, que nos conceda su divina gracia para que no nos dejemos alucinar por las falsas teorías del moderno filosofismo. Permanezcamos unidos por la caridad bajo la égida del sucesor de Pedro, Maestro de toda la doctrina ortodoxa, faro luminoso de toda civilizacion bien entendida y del verdadero progreso. De este modo viviremos en santa paz, y siendo felices en el tiempo, lo seremos tambien en la eternidad. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO 2.º

DE

SAN ANTONIO DE PÁDUA.

Quia ostendit tibi Deus omnia quæ locutus es, numquid sapienterem et consimilem tui invenire poterò?

Puesto que Dios te ha manifestado todo lo que has hablado, ¿acaso podré hallar otro mas sábio y semejante á ti?

Génes. cap. XLI, v. 39.

Es innegable, señores, que cada siglo tiene su carácter particular que le distingue tanto de los que le precedieron como de los que le han de suceder. El siglo XII tuvo por carácter particular el error y la impiedad. Cuanto en la vehemencia de sus vértigos hablaron y obraron contra la immaculada Esposa de Jesucristo los heresiarcas de los siglos anteriores, otro tanto vióse reproducir en la época á que nos referimos.

El corazon católico se oprime de dolor y los ojos se cubren de lastimeras lágrimas al leer en la Historia eclesiástica, la inmoralidad y el desenfreno con que los Guillelmos de Sancto Amore, los Fraticellos, los Raimundos de Tarraga y otros muchos héroes de la impiedad, cebando su febril

debemos la caridad y á ninguno la injusticia. Pidamos al Señor por la intercesion del glorioso Antonio de Pádua, que nos conceda su divina gracia para que no nos dejemos alucinar por las falsas teorías del moderno filosofismo. Permanezcamos unidos por la caridad bajo la égida del sucesor de Pedro, Maestro de toda la doctrina ortodoxa, faro luminoso de toda civilizacion bien entendida y del verdadero progreso. De este modo viviremos en santa paz, y siendo felices en el tiempo, lo seremos tambien en la eternidad. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO 2.º

DE

SAN ANTONIO DE PÁDUA.

Quia ostendit tibi Deus omnia quæ locutus es, numquid sapienterem et consimilem tui invenire poterò?

Puesto que Dios te ha manifestado todo lo que has hablado, ¿acaso podré hallar otro mas sábio y semejante á ti?

Génes. cap. XLI, v. 39.

Es innegable, señores, que cada siglo tiene su carácter particular que le distingue tanto de los que le precedieron como de los que le han de suceder. El siglo XII tuvo por carácter particular el error y la impiedad. Cuanto en la vehemencia de sus vértigos hablaron y obraron contra la immaculada Esposa de Jesucristo los heresiarcas de los siglos anteriores, otro tanto vióse reproducir en la época á que nos referimos.

El corazon católico se oprime de dolor y los ojos se cubren de lastimeras lágrimas al leer en la Historia eclesiástica, la inmoralidad y el desenfreno con que los Guillelmos de Sancto Amore, los Fraticellos, los Raimundos de Tarraga y otros muchos héroes de la impiedad, cebando su febril

y ponzoñosa rabia en cuanto disminuía el imperio de Satanás, hicieron guerra á muerte á la Iglesia Santa, combatiendo sus puros y sacrosantos dogmas. Empero necesario era que aquel Dios de amor que vela por su Iglesia y que en los siglos anteriores suscitara esforzados atletas que destruyeran los cismas y heregías, hiciese aparecer en el mundo un nuevo héroe, que, lleno de sabiduría y santificado por heroicas virtudes, fuese suficiente á desterrar el error, volviendo la tranquilidad á la Iglesia y la verdadera alegría á los fieles. Así fué en efecto, y el Omnipotente que suscitó Padres Apostólicos que defendieran la doctrina que los Apóstoles enseñaran de viva voz y por escrito, y que despues en el siglo IV, hiciera aparecer á los Crisóstomos, Agustinos y Gerónimos, campeones suficientes para combatir á los Arrianos, Apolinarios y Macedonianos, dispone que Antonio de Pádua, objeto de estos cultos que el fervor de sus devotos le consagran, sea un héroe que, reuniendo la ciencia, el celo, la prudencia y fortaleza de los Atanasios, Ireneos, Gerónimos y Agustinos, destruye con su lengua el mónstruo de la heregía, hidra ponzoñosa de cien cabezas que en el siglo XIII llenara de luto y dolor al mundo cristiano.

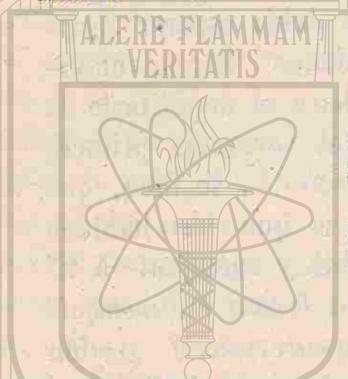
Su lengua, mas penetrante y afilada que la espada de David, postró á los gigantes de la maldad, hirió la tierra con la vara de su boca y destruyó al impío con el espíritu de sus lábios, segun del Salvador profetizara Isaias (1). Y que, ¿no podré

(1) Percutiet terram virga oris sui, et spiritu labiorum suorum interficiet impium.—Isaias c. XI. v. 4.

yo y deberé aplicar á Antonio de Pádua las palabras de mi tema que fueron el testimonio que en otro tiempo dió Faraon á José cuando despues de haber explicado á aquel príncipe el fatal sueño que inquietaba su espíritu, colmó sus sobresaltos por medio de saludables avisos, mereció los aplausos del consejo é hizo ver lo que debia esperar Egipto de su fidelidad y sus cuidados? Faraon manifiesta su gratitud á José, le hace el depositario de sus secretos y le constituye el personaje primero y mas digno de su reino; y puesto, le dice, que Dios te ha manifestado todo lo que has hablado ¿podré yo hallar otro mas sábio y semejante á tí? *Quia ostendit tibi Deus omnia quæ locutus es, numquid sapientiozem et consimilem tui invenire poterò?* ¿Quién hizo á la Religion servicios mas importantes que los que le ofreció Antonio en su siglo? José fué el apoyo del trono, es verdad, pero Antonio fué la columna firme de la Religion: á éste le envió el Señor para defender á la perseguida Iglesia como á aquel para ser la esperanza y el consuelo de Egipto; y en consecuencia de esto voy á fundar el elogio de Antonio de Pádua en su sabiduría. Las brillantes páginas de su historia, no me ofrecen otra cosa que prodigios de sabiduría, que le sirvió para su santificación y la de sus prójimos.

¡Ojalá, Dios omnipotente, que la palabra divina que ha de salir de mis lábios, produjese en los corazones de mis oyentes el mismo efecto que causaba la de Antonio! No reinan en mí, Señor, las virtudes de vuestro siervo, pero no obstante mi pequeñez y mi miseria, me atrevo á suplicaros os

digneis iluminar mi entendimiento á fin de que pueda cumplir dignamente esta parte de mi sagrado ministerio. Atended á los méritos de vuestra Santísima Madre, á la que reverentes y devotos saludamos con las espresiones del Angel. *Ave María.*



Quia ostendit tibi Deus omnia quæ locutus es, numquid sapientiores et consimilem tui invenire poteris?

Puesto que Dios te ha manifestado todo lo que has hablado, ¿acaso podré hallar otro mas sabio y semejante á tí?

Génes. cap. XLI, v. 30.

Un sabio es, señores, el hombre mas útil para su patria, puesto que él solo puede ilustrar á sus semejantes: su sabiduría triunfa en todas partes, y sirve para hacer conocer la verdad de nuestra religion. Empero tan útil como es un sabio cristiano que funda en el temor santo de Dios el principio de la sabiduría (1), tan perjudicial y nocivo es el sabio que no guía sus pasos por las sendas de la verdad; él entra en el santuario de las ciencias para extinguir las siete antorchas que arden en el templo de la sabiduría, en vez de inclinar su cabeza y recibir una ráfaga y destello de aquella luz divina.

Por el contrario, ¿quién podrá numerar las victorias que consiguieron en todos tiempos aquellos hombres que trabajaron para hacerse útiles á la Religion y á la sociedad, buscando los medios con que

(1) Instium sapientiæ est timor Domini.—Ecli. 1.º v. 16.

se consiguen los fines que el Criador impone á la criatura? Pues á este número pertenece sin duda el héroe objeto de estos cultos, que trabajando continuamente en beneficio de la Religion, empleó sus dotes de sabiduría en predicar los dogmas, y trabajó continuamente hasta destruir á los muchos herejes que en el siglo XIII devoraban las entrañas de la Iglesia madre, oponiéndose tenazmente á sus dogmas y misterios principales. Nadie puede decir por lo tanto con mas razon que Antonio de Pádua, que no trabajó para buscar crédito ni formarse una corona mundana de falso oropel; sino por el contrario, que deseando el mayor brillo de la Religion, y anhelando propagarla por todas partes, trabajó en favor de todos los que procuraban la enseñanza. *Respiscite quoniam non soli mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplina* (1). Sí, señores: yo recorro con admiracion las brillantes páginas que nos recuerdan la vida de este atleta del cristianismo, y al contemplar sus obras, no puedo menos de comprender que Antonio fué formado para la Religion por la sabiduría, y las pruebas de esta verdad formarán la primera parte del presente discurso, y en la segunda os presentaré á la Religion triunfante por su sabiduría. De este modo concluiremos, que puesto que Dios lo iluminó de un modo tan maravilloso, no podremos hallar otro mas sabio y semejante á él. *Quia ostendit tibi Deus omnia quæ locutus es, numquid sapientiores et consimilem tui invenire poteris?* Suplico me favorezeais con vuestra piadosa atencion.

(1) Ecli. cap. XXXIII, v. 18.

PRIMERA PARTE.

He dicho, señores, que es útil á la sociedad el sábio cristiano que funda su ciencia en el sólido cimiento del temor santo de Dios, y que trabaja para conseguir los fines que el Criador impone á las criaturas; y siendo Antonio de Pádua de este número ¿habré tenido razon en decir que fué un hombre formado para la Religion por la sabiduría? Veámoslo.

Lisboa fué la ciudad afortunada que tuvo la dicha de ser patria de nuestro glorioso Santo. Rodeado de bienes de fortuna, y descendiente de una de las mas ilustres casas de Portugal, no se enorgullece Antonio; antes por el contrario, conociendo por un efecto de su sabiduría los escollos que para la salvacion presentan las riquezas, se determina, á la tierna edad de quince años, á huir de las grandezas, mejor diré, de los engaños de este mundo seductor y embustero y á buscar seguro asilo en el cláustro; y deseando ser verdadero discípulo de Jesucristo, toma su cruz para seguirle, abandonando padres, familia, bienes y cuanto poseia, cumpliendo así con el consejo del Evangelio que conduce á la perfeccion (1). El orden esclarecido de San Agustin fué el elegido por Antonio, y conseguido el vestir su hábito ¿quién será capaz de esplicar el modo tan maravilloso con que se entregó al ejercicio de todas las virtudes? Cie-

(1) Si quis venit ad me, et non odit patrem suum et matrem, et uxorem, et filios, et fratres et sorores, adhuc autem et animam suam non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus.—Luc. c. XIV, v. 26 y 27.

go en la obediencia, profundo en la humildad, fervoroso en la oracion, ardiente en la caridad, recto en sus palabras, ejemplar en sus obras, se hizo al poco tiempo de su entrada en la Religion un maestro consumado de la perfeccion cristiana, siendo el modelo de toda su comunidad.

Empero no solamente adelantó Antonio en el cláustro en la práctica de las virtudes: tambien hizo rápidos progresos en las letras, por lo que concibieron grandes esperanzas sus superiores. ¡Qué he dicho! ¿Que hizo Antonio grandes adelantos en las letras dentro del cláustro? Pues qué ¿las ciencias se cultivaban en las órdenes religiosas? ¡Ah! No obstante que muchos de vosotros, amados fieles, habreis llegado al uso de la razon cuando el nombre monacal era ya mirado por los reformadores de la época con prevencion y con desprecio, podeis leer y os convencereis de que á pesar de que el error y el falso filosofismo han tratado de presentar á los ojos de la nueva generacion á los institutos religiosos como asociaciones de gente ociosa é hipócrita, decidme en cuanto á lo primero, ¿quién ha trabajado mas y con mas constancia en la civilizacion de los pueblos que los dignos miembros de los institutos religiosos? ¿Dónde se han cultivado las ciencias como en el retiro del cláustro? Y cuenta, señores, que yo hablo desapasionadamente, pues no he tenido la honra de pertenecer á tan santas sociedades. ¡Ociosos los hijos de Francisco de Asis, de Agustin, de Ignacio de Loyola, y de otros ilustres fundadores! Pues que, ¿cómo se habrian elevado á la altura de civilizacion en que hoy les vemos los diferentes países del Nuevo Mundo, á pesar del mérito y los traba-

jos de Colon y de sus compañeros, si los frailes no hubiesen acudido con el estandarte de la Cruz en una mano y el Evangelio en la otra á enseñar á aquellos salvajes, á moralizarlos, á hacerlos miembros de la iglesia de Jesucristo, y vasallos fieles del trono de Castilla?

Registrad, señores, las mas completas bibliotecas y al frente de las obras mas profundas de teología, literatura, leyes, oratoria, geografía y demas ciencias, encontrareis nombres monacales de sacerdotes que las escribieron en la soledad y el silencio de los claústros.

No es mi mision en esta mañana el formar la apología de los regulares. ¡Ojalá lo fuese! Empero, contestando á la segunda parte de la objecion de los filósofos que les llaman hipócritas, yo quiero que busqueis en los perseguidores de la vida monacal, en los que compadecen como á imbéciles á los partidarios de los frailes, en los que directa ó indirectamente favorecieron el inhumano y bárbaro sacrificio que se efectuara..... Corramos un tupido velo sobre escenas que no podemos recordar sin dolor y estremecimiento. Buscad, repito, en los que borrando de su diccionario la divina palabra *caridad cristiana*, decantan el nombre de beneficencia y filantropía, la humildad de un Francisco de Asís, la caridad extraordinaria de un Vicente de Paul, la misericordia para con los pobres de un Juan de Dios; la ciencia bien empleada de un Agustin y un Antonio, la..... mas breve, pobres infelices los que en las porterías de los conventos encontrabais un pedazo de pan con que alimentar á vuestros desgraciados hijos, y despues exhortaciones piadosas y saludables consejos

con que hacer mas llevaderos los trabajos y penalidades de esta vida, ahora cuando veis convertidas en suntuosos palacios, en teatros ó en magníficos edificios tan santas moradas, llegaos en el dia de la necesidad á esos que veis tan poderosos, y lejos de salir socorridos como en los dias llamados del oscurantismo, tal vez os despidan los porteros. Mas para concluir este asunto solo os diré, que si las comunidades no hubieran tenido bienes, si el Tabernáculo donde se custodia la hostia sacrosanta, lejos de ser de oro y estar adornado de piedras preciosas hubiese sido de corcho, si en vez de estar decoradas las paredes de los templos con pinturas de gran valor y los altares con alhajas, se hubiese celebrado el augusto sacrificio de la Misa ante una Cruz de madera y sobre el cuerpo de un mártir, en este caso ni los regulares hubiesen sido perjudiciales á la sociedad, ni se hubiese concitado contra ellos el odio de los pueblos.

Perdonadme, señores, que haya hecho esta digresion separándome del asunto principal, efecto de mi amor á los institutos religiosos. Empero, anudemos el hilo de la vida de Antonio. Poco tiempo permaneció en la Religion agustiniana, pues que la Providencia divina le llamó al órden seráfico, para que en él adquiriera una reputacion universal. Ocho ó nueve años habia permanecido en el monasterio de Santa Cruz de Coímbra, entregado á las delicias de la virtud y al adelanto de las ciencias, cuando llegaron á su convento los cuerpos de cinco religiosos del seráfico órden del padre San Francisco, que habiendo pasado á Marruecos á predicar la fé de Jesucristo, á aquellos mahometanos, recibieron en pre-

mio la gloriosa corona del martirio. Inflamado de celo el bendito Antonio á vista de tan santas reliquias, se encendió en su corazon el deseo de verter su sangre por amor de Jesucristo, é inmediatamente trata de trasladarse á la religion seráfica que ya desde su cuna daba mártires á la Religion.

Como es natural, llénanse de sobresalto los agustinos sintiendo vivamente perder prenda de tanto valor, y trabajaron cuanto les fué posible por disuadirle de su propósito; empero Antonio, fiel á las inspiraciones de Dios, logró vestir el hábito franciscano el año de 1221, no sin haber tenido que vencer obstáculos que se le presentaron.

De dia en dia empieza á crecer el fervor de este esclarecido héroe; á vista de la pobreza evangélica, de la humildad, obediencia y grande austeridad de los hijos del seráfico Francisco, se aumenta en él por momentos el deseo de derramar su sangre en defensa de la Religion, y de aquí el solicitar continuamente de sus superiores la licencia para marchar á predicar la fé á los infieles. En vano le hacían ver los peligros á que se esponia; él contemplaba la bravura de los mares, el rigor de la estacion, y los ultrajes de que habia de ser víctima, y esclamando cual otro Pablo: «todo lo puedo en el Señor,» (1) obtiene la licencia que solicita y embárcase para Marruecos.

Empero ¿quién penetró jamás los juicios del Señor? ¿ó quién fué su secretario? (2) Por mas que Antonio suspirase por el martirio, Dios que dispone

(1) Omnia possum in eo, qui me confortat. Ad Philip. IV, v. 13.

(2) Quis cognovit senum Domini? Aut quis consiliarius ejus fuit? D. Paul. ad Rom. c. XI, v. 34.

á su placer de las criaturas, lo ordena de otro modo. Una grave enfermedad le acomete, obligado por la cual se detiene y se vé precisado á pasar todo el invierno en las costas de Africa. Determinó venir á España, y cuando ya estaba cercano á nuestra nacion, un golpe de viento arrojó el bajel en que navegaba, sobre las costas de Sicilia, tomando tierra en Messina, donde supo que el seráfico San Francisco celebraba capítulo general en Asís, y deseando conocer personalmente á su esclarecido padre, dirige sus pasos hácia aquella ciudad. Tuvo Antonio un buen recibimiento de San Francisco, quien abrazándole tiernamente descubrió al punto el precioso tesoro que se ocultaba en este siervo de Dios, dándole á entender á todos por las demostraciones de amor con que le distinguió.

Vivió retirado por algun tiempo en el convento de Monte-Paulo, contento porque de este modo sus talentos y virtudes estraordinarias podian permanecer ocultas, puesto que este convento estaba situado en un desierto. Mas necesario era que aquella antorcha resplandeciente se pusiese sobre el candelero debajo del celemin. Italia se vé combatida por todas partes por los monstruos de la heregía, del cisma y de la impiedad. Con el veneno de la mala doctrina, los enemigos de Dios, puede decirse que incendiaron el santuario, destruyeron sus muros, abrazaron y abatieron los fuertes baluartes de la doctrina santa, y esparcieron sus preciosidades y tesoros (1). Necesario era por lo tanto en aquel pais un héroe que

(1) Incenderunt hostes domum Dei, destruxeruntque murum Jerusalem, universas turres combusserunt, et quidquid pretiosum fuerat, demoliti sunt. II Paralip. cap. XXXVI, v. 19.

reuniendo á sus virtudes una ciencia capaz de combatir con la impiedad, fuese suficiente á volver la tranquilidad á la Iglesia, y Antonio que ya habia dejado ver su sabiduría, enseñando Sagrada Teología por mandato de San Francisco, es el elegido para marchar á Italia á combatir frente á frente con los herejes: ved, pues, si con razon os dije que Antonio de Pádua fué formado para la Religion por la sabiduría.

Sigamos la historia de su maravillosa vida, y veremos triunfar la Religion por su misma sabiduría. Estoy en la

SEGUNDA PARTE.

Sí, grandes eran, señores, los errores del siglo XIII, Dios, que mira por su Iglesia, suscitó á Antonio de Pádua, para que combatiéndolos, dejase sin fuerza á los enemigos é hiciese con su sabiduría triunfar la religion tan fuerte y tenazmente perseguida por los heresiarcas en aquellos calamitosos días. Obediente nuestro héroe al mandato superior, preséntase en Italia, y en elocuentes y persuasivos sermones, empieza á defender los dogmas del catolicismo, y á refutar todos los falsos argumentos de los herejes. Lleno de celo por la causa de la Iglesia, puede decirse que volaba de una á otra parte, sembrando en todas la semilla del Evangelio, y arrancando la cizaña; y Provenza y la Marca Trevisana, y Velay y Roma y Pádua, con otras muchas ciudades, testigos fueron de los admirables frutos que sacaba Antonio de sus sermones. Cual ángel del Señor enviado para anunciar la verdad, es escuchado en todas

partes con el mayor respeto: veíase á cada paso interrumpido por los sollozos y llantos, siguiéndose á ellos innumerables conversiones. En todas partes penetra el eco de su voz: en los alcázares de los grandes reprende los vicios con libertad evangélica, haciendo ver á los poderosos la obligacion en que están de socorrer con sus limosnas á los menesterosos, de tratar con caridad á los pobres y de ayudar á sostener el culto de Dios: pasa despues á la humilde choza del pastor, á la casa del pobre, y enseñando á los infelices á ser fieles á Dios, y conformarse con el estado en que les ha colocado la Divina Providencia, les hace conocer los imperecederos bienes y eternas riquezas que están reservadas en el Cielo á los que se conforman con la voluntad del Hacedor supremo, la acatan y reverencian. Con todos consigue sus santos fines el bendito Antonio, y nuevos triunfos, nuevas glorias adquiere la Religion por su sabiduría.

No sin razon, ha sido apellidado nuestro héroe *martillo de los herejes*, pues puede decirse que jamás tuvo la herejía enemigo tan formidable, logrando desarmarla en todas partes, así con la persuasion de sus discursos, como por los milagros repetidos que Dios obra por su ministerio y en confirmacion de su doctrina. Hable Tolosa, testigo del gran prodigio que obra para la conversion de un heresiarca. Predicaba un dia con su acostumbrado celo sobre la presencia real de Jesucristo en el augusto Sacramento de nuestros altares, y como le hubiese oido un famoso hereje, le confesó que sus razones no tenian réplica, empero que él no creia tan gran misterio, toda vez que no viese un milagro que le persua-

diese. Bien está, le replicó el Santo, escoge el que sea tu voluntad. Pues el milagro que escojo, respondió el hereje, es que mi mula, estando bien hambrienta, deje la comida, por postrarse ante una hostia consagrada. Lleno de fé, el bendito Antonio convino en esta prueba, y despues de haber hecho ayunar por tres dias á la bestia, coloca la hostia sacrosanta delante de la mula, y bien cerca su usual alimento, y ¡oh prodigio de la diestra del Eterno! El que carecia de entendimiento y de alma racional, se postra de rodillas y presta á Dios sacramentado la adoracion que le habia negado aquel hijo rebelde y desnaturalizado de la Iglesia, que despedazaba las entrañas de su tierna y caritativa madre. Convirtiósse el obstinado hereje, y á su imitacion y á vista de tal portento, entraron en el seno de la Iglesia otros muchos incrédulos. Tan cierto es, señores, que Dios dá virtud y fuerza admirable á las palabras del predicador de su divina ley (1).

Subió en una ocasion á predicar en un puerto de mar, y como nadie quisiese oirle, vase á la orilla de las aguas, y lleno de confianza en el Señor, grita á los peces. *Pues no hay quien quiera oir la palabra de Dios, vosotros, que sois criaturas suyas, venid, y con vuestro rendimiento confundid la indocilidad de estos impios.* ¡Prodigio extraño! Llenóse la playa de peces que sacando las cabezas del agua parecian escuchar atentos la plática que les dirigió el santo sobre la omnipotencia de Dios, permaneciendo tranquilos hasta que los despidió Antonio echándoles la bendicion; milagro que fué causa de la conversion de todo aquel

(1) Dominus dabit verbum evangelizantibus, virtute multa. Psalm. LXVII, v. 12.

pueblo; y ved aquí, señores, confirmado como la religion se vió triunfante por su sabiduría y predicacion elocuente, confirmada por multitud de prodigios.

Todo predicaba en Antonio; su modestia, su humildad, su mansedumbre, su caridad heróica: él sabe que está obligado á practicar las virtudes que predica si ha de ser bienaventurado (1), y así ganaba siempre los corazones y despues los convertia.

El tirano Ezelino, se habia apoderado de Verona, de Pádua, y de casi toda la Marca Trevisana, y engolfado en las encrespadas olas de la ambicion y guiado por la vanidad, eran para él de poco momento las ex-comunionen de la Silla Apostólica, y no hacia aprecio de las reconvenciones de los príncipes confederados, cumpliéndose en él el dicho del salmista: *Vi al impio sumamente ensalzado, y elevado como los cedros del Libano* (2). El que á nadie habia temido, rindiósse ante la sabiduría de un fraile franciscano; Antonio se pone en su presencia, reprende sus maldades y le amonesta sériamente para que se convierta. «Atiende, le dice, á la equidad. No olvides que Dios protegerá al hombre pacífico, mas los injustos perecerán y las reliquias de los impios serán destruidas. Vuelve en tí, llora tus crímenes, y eleva tus ruegos á Dios para que te perdone y te bendiga.» ¡Oh portento de la sabiduría y de la virtud de Antonio! Ezelino, dócil á la voz de este siervo de Dios cual los habitantes de Nínive á la del Profeta, se

(1) Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sit homines, minimus vocabitur in regno caelorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.—Math. c. V, v. 19.

(2) Psal. XXXVI, v. 35.

postra en su presencia, y siguiendo su consejo, ofrece como lo hace por entonces mudar de vida y corregir sus costumbres.

Así, consiguiendo triunfos admirables en todas partes, trabaja sin cesar, efecto de su amor á Jesucristo, y no obstante su quebrantada salud, consecuencia necesaria de sus continuas y rigurosas penitencias, convierte con su doctrina innumerables pecadores en Italia, Francia, Sicilia y España, recibiendo en premio de sus méritos, favores extraordinarios del Señor, que apareciéndosele en forma de niño hermoso le llenaba de celestiales dulzuras.

Llegó, empero, señores, la época en que Antonio debía subir al cielo á recibir la corona preparada á los justos. El sabe por revelacion del Señor su cercana muerte, y se prepara dignamente para ella: recibe con edificacion de los circunstantes los Santos Sacramentos, y entonando el himno *O gloriosa Domina*, entregó su alma á Dios el 13 de junio de 1231 á los treinta y seis años de su edad.

Tan grande era el concepto que en todas partes tenían de la santidad de este bienaventurado, que Gregorio IX, testigo ocular de sus virtudes, procedió con la mayor priesa á su canonizacion, de suerte que al año de su preciosa muerte estaba ya colocado en los altares; ¿y cómo podria ser de otro modo, cuando se sucedian con la mayor rapidez los prodigios y maravillas que el Señor se dignó efectuar por su intercesion despues de su muerte?

¡Ah señores! si hubiese de referir en este momento algunos de los prodigios obrados por el Santo, los muchos enfermos que salieron sanos al rogar ante su sepulcro, las muchas necesidades socorridas, los repeti-

dos milagros que leemos en las páginas de su historia, haria interminable el discurso, porque así por medio de sus reliquias, como de su sepulcro é invocacion, ha querido el Señor, en prueba de su santidad, como por uno de sus amigos, ostentarse en todos tiempos por él admirable con repetidos milagros, segun que en sentir del gran padre de la Iglesia San Agustin (1) y del angélico maestro Santo Tomás (2) suele hacerlo en prueba de la de sus muy amados siervos.

¿Quién recurrió jamás á Antonio que no salió socorrido? ¿Quién pidió algun favor particular á Dios por la intercesion de este Santo que no consiguiera el objeto de sus súplicas? (3). Su nombre es continuamente invocado, y los templos magníficos y altares suntuosos levantados á su memoria, pruebas son, señores, de la confianza que en él tienen los cristianos. Y puesto que á su sabiduría extraordinaria, se debieron tantas conversiones y que derrotando á tantos herejes como en sus dias afligian á la Iglesia, hizo triunfar la Religion, ¿no habré tenido razon para aplicarle las palabras con que di principio á este discurso? *Quia ostendit tibi Deus omnia quæ locutus est numquid sapientiore et consimilem tui invenire potero?*

Sí, glorioso Antonio; á tu sabiduría y heroicas virtudes se debió en tus dias el triunfo de la Religion:

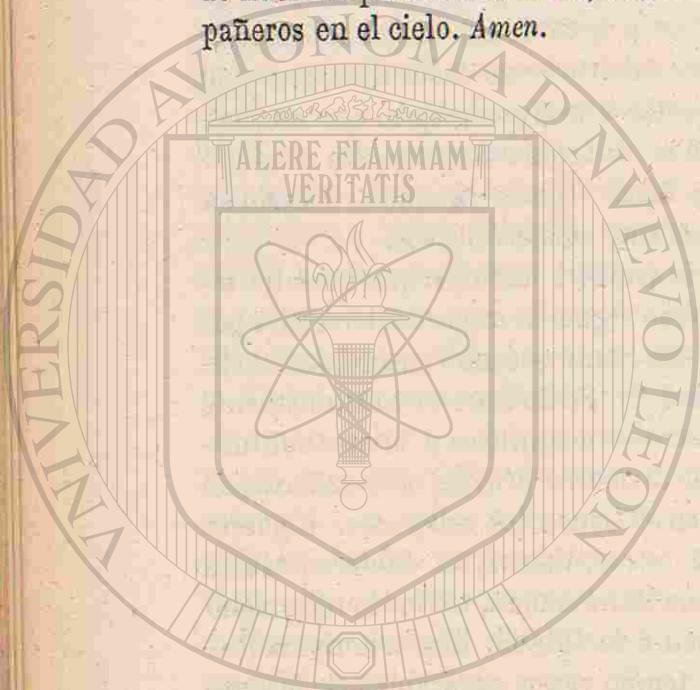
(1) D. Agust., epist. CCV.

(2) D. Thom., 1 part., quæst. CX.

(3) Las muchas maravillas que cada dia obra el Señor por los méritos de este Santo, se compendian en el siguiente responsorio, con que comunmente invocan los fieles á San Antonio:

Si quæris miracula, mors, error, calamitas
Dæmon, lepra, fugiunt; ægri surgunt sani:
Cedunt mare, vincula, membra, resque perditas
Petunt et accipiunt juvenes et cani.
Pereunt pericula, cesat et necessitas;
Narrent hi qui sentiunt, dicant paduani.

debamos nosotros á tu intercesion la Divina gracia, á fin de que imitando tus virtudes en la tierra, y llorando nuestros pasados extravíos, seamos un dia tus compañeros en el cielo. *Amen.*



SERMON PANEGIRICO

DE

SAN ANTONIO ABAD.

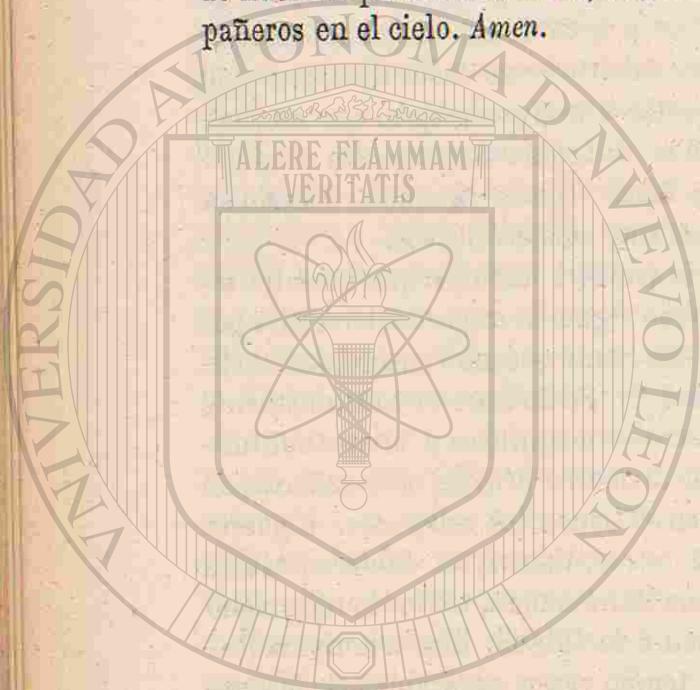
Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.

Vuestra vida está escondida en Dios por amor á Jesucristo.

Ad Coloss. cap. III, v. 3.

¡Qué dias tan felices para la Iglesia de Jesucristo, aquellos primeros del cristianismo en los que ser cristianos era ser santos! No bien el hombre reconocia como santa y verdadera la doctrina del Crucificado, cuando reengendrado por el bautismo, puede decirse que moria al mundo para siempre, para vivir en Dios por amor á Jesucristo. Ora el cristiano hiciese pública su santidad predicando y combatiendo los errores; hasta concluir su carrera en los martirios, ora practicase su ley en la oscuridad y sin darse á conocer por sus virtudes, siempre su vida era pura, sus costumbres santas, sus acciones todas arregladas á las que prescribe el Evangelio. Pablo, aquel Apóstol de Jesucristo, tan celoso por estender su gloria, y que si no multiplicaba su presencia, atendia á todos los

debamos nosotros á tu intercesion la Divina gracia, á fin de que imitando tus virtudes en la tierra, y llorando nuestros pasados extravíos, seamos un dia tus compañeros en el cielo. *Amen.*



SERMON PANEGIRICO

DE

SAN ANTONIO ABAD.

Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.

Vuestra vida está escondida en Dios por amor á Jesucristo.

Ad Coloss. cap. III, v. 3.

¡Qué dias tan felices para la Iglesia de Jesucristo, aquellos primeros del cristianismo en los que ser cristianos era ser santos! No bien el hombre reconocia como santa y verdadera la doctrina del Crucificado, cuando reengendrado por el bautismo, puede decirse que moria al mundo para siempre, para vivir en Dios por amor á Jesucristo. Ora el cristiano hiciese pública su santidad predicando y combatiendo los errores; hasta concluir su carrera en los martirios, ora practicase su ley en la oscuridad y sin darse á conocer por sus virtudes, siempre su vida era pura, sus costumbres santas, sus acciones todas arregladas á las que prescribe el Evangelio. Pablo, aquel Apóstol de Jesucristo, tan celoso por estender su gloria, y que si no multiplicaba su presencia, atendia á todos los

fieles, enseñándolos, á unos con su predicacion fervorosa y á otros con sus escritos, nos declara esta verdad, en su carta dirigida á los fieles habitantes de Colossas: no habia estado el santo Apóstol en esta populosa ciudad, que habia sido reducida al conocimiento y fé de Jesucristo por su discípulo Epaphras; pero sabia que tanto los judaizantes como los discípulos de Simon Mago, trataban de sembrar errores de gran bulto entre los colossenses: por esta causa les dirige la carta que veneramos como canónica, dándoles en ella saludables instrucciones, y exhortándoles á que se revistan del espíritu de Jesucristo y de su Evangelio: «Si resucitásteis, les dice, con Cristo, es decir, si sois ya cristianos, comprended que ya estais muertos á las cosas del mundo, porque vuestra vida escondida en Dios por amor á Jesucristo: *vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*

Y estas espresiones que el Apóstol dirigia á los colossenses, cuando fresca estuviera aun la sangre Divina que bañara el Gólgota, ¿no podré yo aplicarlas con razon al héroe del cristianismo, á quien celebramos en este dia, al fundador de la disciplina Monástica, al Patriarca de los anacoretas, al Maestro de los solitarios, al bienaventurado San Antonio Abad? Sí, ya le consideremos como ornamento de la soledad, ya como terror del infierno, á quien venció en crueles batallas, ora le observemos salir de su soledad lleno de celo para ser el azote del arrianismo, siempre será Antonio la admiracion del mundo, y el asombro de los siglos; siempre se reconocerá que su vida estuvo escondida en Dios por amor á Jesucristo.

Antonio Abad, oculto en el desierto por amor de su Dios, y saliendo del desierto para gloria del mismo Dios en la destruccion del arrianismo. Ved aquí la idea del presente discurso. En el desierto vence al infierno, saliendo victorioso de terribles y continuas batallas: fuera del desierto vuelve á triunfar del mismo infierno, destruyendo la heregia. En el desierto y fuera de él, siempre tuvo su vida oculta en Dios, por su amor á Jesucristo. *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*

Imploremos la proteccion de la Reina de los Angeles, á fin de que interceda con el Señor, para que me comunique la gracia necesaria para elogiar dignamente á nuestro Santo, y para que su panegirico sea á mayor honra y gloria de Dios, y utilidad de los fieles que me favorecen con su atencion. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El sagrado libro del Génesis, donde está consignada la historia de la creacion, nos dice que la tierra estaba estéril y vacía, y que grandes tinieblas cubrian su superficie (1), y que el espíritu de Dios se cernia sobre las aguas. Estas espresiones no solo nos manifiestan el estado espantoso de la tierra en tiempo de la creacion, sino que forman tambien una profecía de aquel en que se habia de encontrar el mundo á la venida del Redentor. Considerad, señores, el estado de la sociedad en la época memorable en que consumado el cruento sacrificio del Calvario, sube Jesucristo á los cielos, y deja encomendada á sus

(1) Terra autem inanis et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi. El Spiritus Dei ferebatur super aquas. Gen. c. 1. v. 2.

discípulos la conversion del mundo. Bien puede decirse, al narrar esta época, que la tierra estaba cubierta de grandes tinieblas. Pero el Espíritu Santo tambien entonces puede decirse que se cernió sobre ella. Descendió sobre el colegio apostólico, é iluminados y santificados aquellos fieles discípulos de Jesucristo, se preparan para hacer resonar de uno á otro polo la trompeta del Evangelio. ¡Qué obra mas difícil el conquistar el mundo, si no fuera obra de Dios! En el momento en que los Apóstoles se preparan para su empresa, los mayores errores estaban estendidos por el mundo; se levantaban altares á los vicios, el orden moral era un abismo de perdicion, y el político un caos de desorden, de confusion, una anarquía completa. Empero, registrad con atencion la historia del nacimiento del cristianismo y sus progresos, y al ver á Pablo, que de perseguidor de la Iglesia se convierte en Apóstol, y de vaso de errores queda trocado en vaso de eleccion; al ver á Mateo el publicano predicando á Jesucristo y escribiendo el Evangelio, al tímido Pedro que por miedo negara á su Maestro, intrépido y celoso por defender y estender su doctrina; al ver tantos miles de cristianos de toda edad y sexo, que despreciando los mayores y mas crueles martirios, vencen esforzados, vertiendo su sangre por conseguir la gloria; al ver, en suma, que los cristianos de los primeros siglos preferian la pobreza á las riquezas, los trabajos á la vida muelle, el perdonar las injurias á las venganzas, el socorrer á los mismos enemigos antes que verlos tranquilos perecer en sus necesidades, no podreis menos de exclamar llenos de admiracion y con lágrimas de alegría: ¡Oh Religion Divina! ¡Oh Evan-

gelio Santo! ¡Oh código sagrado de nuestras leyes religiosas! Tú descendistes del cielo, y solo en tu observancia podremos ser felices.

En efecto, señores: ¡Qué bello y admirable es el jardin de la Iglesia! Para alentar nuestra tibieza, y que conozcamos de una vez que en todos los estados podemos dedicarnos al servicio de Dios, y que son diversos los caminos que pueden conducirnos á la santificacion, ya nos presenta jóvenes que en la flor de su edad, en la primavera de su vida, se entregaron al martirio, antes que hollar la ley de Jesucristo; ya á otros santificándose en medio de la sociedad por el cumplimiento de sus obligaciones y la observancia de la ley. Aquí nos presenta predicadores celosos y ejemplares que con la práctica de las virtudes consiguieron la corona de confesores de la Religion: allí, para hacernos ver que no es imposible practicar los consejos del Evangelio, y que el camino de la perfeccion es el desprendimiento de todas las cosas de la tierra, nos recuerda la vida de aquellos varones insignes, que habiendo conocido que la vida del cristiano debe ser una preparacion para la muerte, se retiraron á los desiertos para vivir una vida escondida en Jesucristo su Dios, estando muertos para el mundo. A esta clase pertenece nuestro santo, cuya fiesta viene hace muchos siglos celebrando la Iglesia en este dia.

Antonio Abad, escogido por Dios para astro luminoso de la Iglesia, nació á mediados del siglo III, gobernando el Imperio de Roma el emperador Decio, y nació para vivir mas de un siglo en la práctica de la virtud. Nada importa que él sea descendiente de casa rica y opulenta, ni que se vea rodeado de gran-

deza en sus primeros dias. No bien llega á la edad de la reflexion, cuando lejos de dedicarse al estudio de las ciencias profanas, empieza dice San Atanasio, á estudiar el cristianismo y la virtud (1); y no fué tan superficial su estudio, que la virtud no se apoderase prontamente de su tierno corazon: mira desde entonces sin afeicion las riquezas, determinando desprenderse de cuanto pudiera pertenecerle, y seguir á Jesucristo por el camino de la cruz, por la senda de la humillacion y la pobreza. Su modestia y su respeto en las iglesias, su frecuente oracion, su docilidad y tierna devocion, presagios eran de la santidad eminente á que con el tiempo habia de llegar.

Huérfano Antonio, cuando solo contaba veinte años de edad, se halló heredero de los cuantiosos bienes de sus padres, sin otro cargo que el de cuidar de una hermana menor. No se enorgulleció por verse rico en tan tierna edad, ni le sirvieron los bienes para caminar sin brújula ni guia por la Babilonia del mundo, entregado á los placeres, dormido en los vicios hasta despertar en la ruina, como por lo comun sucede á los jóvenes, en cuyas manos caen ricas herencias, cuando carecen de esperiencia y conocimiento del mundo. Por el contrario, Antonio se vé solo, sin padres ni superiores, y solo piensa en el modo de unirse á Dios para siempre. Continuamente fijaba su atencion en el heroismo de los Apóstoles y de los cristianos de los primitivos tiempos de la Iglesia, y al leer aquel desprendimiento con que renunciaban cuanto poseian por seguir á Jesucristo, se anardecia en el deseo de hacer lo mismo.

(1) Athan. in vita Ant. c. I.

Entró un dia en la Iglesia á tiempo que se leia aquel lugar del Evangelio en que Jesucristo dice á un rico: *Si quieres ser perfecto, vé y vende todo lo que tienes y hallarás un tesoro en el cielo.* Bastó esto para que Antonio acabase de resolverse. Creyó que no por casualidad habia oido aquellas palabras, sino que Dios le habia conducido al templo para que las aprendiese y pusiese en práctica. No titubeó un momento. Inspirado por el espíritu Divino puso en práctica el consejo del Evangelio. En el momento vendió cuanto poseia repartiéndolo entre los pobres, y poniendo á su hermana al cuidado de unas virtuosas mujeres, se retiró á un sitio no muy distante del pueblo, para libre de los cuidados que traen consigo los bienes de fortuna, entregarse al amor y servicio de su Dios.

Esta resolucion de Antonio, esta docilidad á seguir los consejos del Evangelio, es una elocuente leccion para nosotros. No creais que al deciros esto, voy á exhortaros, señores, á que abandoneis á vuestras familias, á que repartais vuestros bienes entre los pobres y os retireis de la sociedad como Antonio. No: esto no es un precepto, es sí tan solo un consejo del Evangelio. No á todos llama Dios para el retiro. Pero si digo que nuestro Santo nos dá una elocuente leccion con su resolucion, es porque en ella tenemos mucho que aprender. No nos obligan los consejos del Evangelio, es verdad, pero sí nos obligan los preceptos: podemos salvarnos sin renunciar cuanto poseemos, pero no podemos sin observar los mandamientos, sin practicar la caridad. Y cuantas veces oimos esto en los templos, cuantas ocasiones resuenan en nuestros oidos las palabras del Sacerdote, que nos dice que si no hacemos penitencia despues

de haber pecado no tenemos que esperar misericordia, y sin embargo, permanecemos envueltos en el pecado y en los vicios, como si no hubiésemos de morir y tuviésemos que presentarnos á un juicio terrible, á un tribunal rectísimo donde no se pronuncia una sentencia que no sea justa. ¡Oh! ¡Qué felices seríamos los cristianos si fuésemos tan dóciles y tan prontos para cumplir los preceptos del Evangelio, como Antonio lo fué para practicar los consejos!

Consideremos ya, señores, á nuestro Santo en la soledad, pero ¿nos será permitido profundizar su corazon, descorrer el velo que le oculta al mundo, contemplar sus obras, y seguirle paso á paso dentro de su humilde gruta? ¡Y por qué no! Los héroes de la Religion cristiana deben observarse, sus obras deben hacerse públicas para gloria de Dios, para utilidad de los fieles. Preparaos, pues, cristianos, para descubrir maravillas. Cual si tuviese que purgar grandes crímenes, aquel que era santo y puro, empieza á practicar austeridades que pasan á la naturaleza. Su ayuno era continuo, su cama la dura tierra. Su cuerpo lo cubre de cilicios, inventando para sí tormentos desconocidos. El ama extraordinariamente á su Dios, el amor es el que le ha sacado del mundo y le ha conducido al desierto, pero no ignora Antonio que el demonio tiene que presentarle crueles batallas, que ha de procurar vencerle y ha de ser un tirano encolerizado, pretendiendo hacerle caer en los pecados. Por esta razon el Santo se adelanta pidiendo al Señor le dé fuerzas, ofreciéndole sus continuas penitencias. Así fué en efecto: envidioso el infierno al ver tanta virtud, y conociendo los muchos que habian de salvarse por seguir la vida de Antonio, se propone

combatirlo con tentaciones continuadas, y tentaciones tales y tan duraderas cual no leemos las haya experimentado Santo alguno. Pero no hay que maravillarse de que Dios permitiese fuese tan tenazmente atormentado por las tentaciones nuestro Santo. ¿Habeis observado, señores, las grandes borrascas de los mares? ¿No habeis visto que cuando son agitadas por los aires las aguas, levantan espumosas olas que parecen tocar á las nubes, y que hacen desconfiar de su vida al mas diestro y acreditado piloto? Dios lo permite para hacer ostentacion de su poder y su grandeza, para que el hombre conozca su pequeñez y su miseria, su dependencia en suma del único *Ente in se*, del poderoso Dios que detiene la bravura de los mares en cuatro granos de arena, en el término que les tiene señalados. Así de este modo permite que los santos sean continuamente atormentados para gozarse en el triunfo de sus escogidos, para que conozcamos lo que puede la criatura ayudada de la gracia de Dios. Entremos ya en la narracion de sus combates. Lo primero que se propone el demonio es tentarle por la vanidad, por la representacion de las grandezas del mundo. El podia hacer un papel brillante en la sociedad, podia ser amado de todos por su bello carácter, podia ser feliz en el mundo, y mucho mas cuando era débil, flaco y sin fuerzas para la vida que habia escogido. Tal fué la primera tentacion. Antonio recurre á su Dios, le pide fuerzas, el Señor se las concede y se afirma mas en sus propósitos, quedando burlada la astucia de Lucifer. Pero es una verdad, señores, que el hombre puede huir del mundo, pero no puede huir de sí mismo, no puede separarse de su carne, y la carne es tan enemiga

del hombre como el mundo: al cláustro, á la soledad, al desierto, á todas partes camina acompañado de su enemigo. El entendimiento, el corazón no puede separarse de la criatura ¿y cómo apartará de sí el hombre las ideas de su entendimiento, los recuerdos involuntarios, los deseos desordenados de su corazón? ¡Ah! Que no puedo menos de recordar ahora los tristes lamentos del P. S. Gerónimo. Escuchadlos. «En esta vasta soledad (en el desierto) abrazado de los ardores del sol, me lleva mi imaginación á las delicias de Roma: en esta profunda cueva, en que no tengo mas comercio que con las fieras feroces, creo encontrarme como otras veces en una concurrencia mundana y que converso con las damas de Roma; ya el ayuno ha descarnado mi cuerpo, secado mi piel, y desfigurado mi rostro, aunque rasgo y crucifico mi carne y golpeo mi pecho con la piedra, todavía vive la llama impura en un hombre tan mortificado. Indignado contra mí mismo, huyo á mi celda, y casi la creo cómplice de mis pensamientos: me entro por los desiertos, resuenan los ecos de mis gritos, y muchas veces la noche que me sorprende en las selvas, no hace mas que aumentar con sus negros fantasmas, la turbación de mi corazón. ¡Cuántas veces abatido y estenuado mi cuerpo con el cansancio y las vigiliass está ya para rendirse! ¡Cuántas veces me he visto á las puertas de la muerte sin poder retirar mi corazón de sus extravíos! Terrible pasión, cuyos asaltos ni el ayuno, ni la mortificación consiguen evitar, cuyos ardores no acaban de sofocar las lágrimas ni la sangre. Tú ardes bajo este saco que me cubre; te mantienes en la misma ceniza en que yo te

sepulto, y mis suspiros irritan tus incendios (1).»

A Antonio, no podían recordársele como mas tarde á San Gerónimo las delicias de la sociedad, porque Antonio no habia nunca participado de ellas; pero á pesar de sus virtudes, no obstante sus austeras penitencias, el demonio trata de tentarle y le tienta en efecto por el feo vicio de la lascivia. Le representa, y esto sin tregua ni descanso, así en el día como en las mas altas horas de la noche, escenas deshonestas, goces que en dorada copa podia disfrutar en la sociedad. Antonio ni un momento para su consideración en tales visiones; su corazón estaba entregado á Dios por completo y él no conocia otros goces que los hermosos de la virtud. ¿Cederá el enemigo de su alma, viendo su virtud y su constancia, y se retirará de aquel lugar de penitencia conociendo que nada puede sacar de aquel santo ermitaño? Nada menos. Leed, mis amados, los anales que nos conservan y transmiten de una en otra generación la vida de Antonio. ¡Qué tempestades! ¡Qué tinieblas! ¡Qué rayos centellantes alrededor de la morada de Antonio! ¡Qué escenas tan espantosas, todas con el objeto de hacerle huir de la soledad! ¿Y conseguirá su intento el infierno? No: Antonio confía en Dios y con la cruz triunfa del demonio y sus tentaciones, y él mismo puede decirse que le provocaba al combate. Cuando se presentaban en gran número, y bajo horribles figuras, les reprendía haciéndoles ver su cobardía y poca fuerza, cuando se presentaban tantos y en tan continuas luchas para pelear con un hombre solo, sin armas ni defensa. Y sin mas armas que la cruz, sin otra fuerza que la con-

(1) S. Gerón. Epist. ad Eutoch. quæ incipit: Audi filia, etc.

fianza en Dios, vence siempre al enemigo de su salvacion, y no sale del desierto, hasta que conoce debe hacerlo para conseguir mayores triunfos para la religion.

Y ¿cómo no nos avergonzamos nosotros, al ver la constancia de Antonio, cuando débiles y miserables no necesitamos horribles visiones, sino una leve tentacion para caer en el pecado? ¿Y en qué consiste esto, sino en que no cooperamos fielmente á la gracia? No culpemos á la debilidad de nuestra naturaleza humana, porque ¿por ventura no era Antonio de nuestra misma naturaleza? ¿No estaba revestido de nuestra carne? Sí: la diferencia consiste en que él era hombre de fé y nosotros no tenemos por lo comun mas que una fé muerta, una fé sin obras que no puede justificarnos.

Al triunfo de las tentaciones añadid sus trabajos en la fundacion de la vida eremítica, en instruir á sus discípulos, en enseñarles el modo de triunfar de los enemigos del alma. Antonio es el padre de los solitarios, y cuando así le llamo y cuando añadido que fué el primer fundador de la disciplina monástica, el Patriarca de los Anacoretas, la estrella del desierto. No; yo sé bien que Elías se retiró al Carmelo, que Pablo y Juan Bautista tambien lo hicieron, pero tocóle á Antonio la suerte de ser el primero que estableciese reglas y reuniese discípulos en medio de la soledad.

Observad ahora á nuestro santo, cuando sabe que hay en el desierto otro solitario que, segun él creyó, le aventajaba en virtud: hablo de Pablo, aquel primer ermitaño, que convirtió el desierto en una escuela de caridad, aquel héroe que agoviado bajo el

peso de los años conservaba aun su primitivo fervor, el mismo fuego del amor divino que le condujera al desierto. Antonio desea encontrarle, ignora el lugar de su retiro, y por sendas desconocidas camina sin temor á la aspereza, ni á las fieras de los montes hasta conseguir el encontrar la gruta donde Pablo se ocultara del mundo, para estar visible solo á Dios. Encuentra al que buscaba, le abraza, le pide consejos, pero Pablo se disponia ya para el viaje de la eternidad: estaba al concluir su carrera y ya veia la corona que debia ceñir sus sienes en premio de sus trabajos y virtudes. Espiró Pablo, y Antonio se cubre con su vestido, con su humilde saco deseando siempre que se impregnaran en él la virtudes de aquel maestro de la perfeccion cristiana que tan tarde habia conocido. Vuelto Antonio á su soledad sigue en ella por espacio de muchos años, ocupando el tiempo en la práctica de las virtudes, y en la instruccion de los ermitaños sus discípulos. De este modo puede decirse que pasó su vida oculta en el desierto por amor á Jesucristo, saliendo victorioso en él de las tentaciones del demonio. *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Veámosle ahora fuera del desierto para gloria de Dios, en la destruccion del arrianismo, lo que nos dará á conocer sus nuevos triunfos. ®

SEGUNDA PARTE.

Los siglos III y IV de la Iglesia en los que vivió San Antonio fueron de grandes persecuciones para la inmaculada esposa de Jesucristo. En el III, bajo el imperio de Maximino, Decio y Valeriano sucesivamente, las persecuciones fueron terribles y

el último de ellos en particular se había propuesto concluir con la Iglesia, y tales fueron las medidas que para ello tomó, que lo hubiera conseguido si la Iglesia hubiera sido obra de los hombres, si no fuese una fundación divina sostenida por Dios, contra la cual no pueden prevalecer las puertas del infierno. El Pontífice San Fabian en Roma, San Babilés en Antioquía, y San Alejandro en Jerusalem, y mas tarde el Papa San Sisto, San Cipriano obispo de Cartago y el ínclito é invencible español San Lorenzo, sellaron en aquella época, con su sangre la fé del Crucificado. Empero si grandes y terribles fueron estas persecuciones, ninguna de las diez que la Iglesia ha sufrido desde su fundación puede decirse que ha sido tan violenta y terrible como la que experimentara á fines del siglo III y principios del IV bajo el imperio de Dioclesiano y Maximiano. La sangre humeante de miles de cristianos corria á torrentes por todas las provincias sujetas á los emperadores. Los mas crueles tormentos se inventaban para atemorizar á los cristianos, y las ruedas, les potros, las hogueras, los toros de bronce, las parrillas y otros instrumentos terribles, empleados estaban continuamente en aumentar el número de los mártires de la religion sacrosanta.

Mas como sino fuese suficiente tan cruel persecucion para llenar de dolor á la Esposa del Cordero, cuyos vestidos estaban tan salpicados de la sangre de sus fieles y amados hijos, tambien la heregía vino á esparcirse y á buscar prosélitos en el campo de la Iglesia. Varios fueron los heresiarcas del siglo IV, pero ni los errores de los *Donatistas*, ni los de los *Melecianos*, ni los de los *Apolinaristas*, ni las falsas doc-

trinas de *Macedonio*, ni los delirios de los *Priscilianistas*, y de otros varios herejes de aquel tiempo, se estendieron tanto y llegaron á tener tantos prosélitos como los errores de *Arrio*, que tuvo la temeridad de combatir la doctrina católica sobre la Divinidad de Jesucristo, sosteniendo impiamente que el Hijo de Dios, era una criatura formada como las demas, de la nada: capaz como las demas de virtud y vicio, no siendo eterno como el Padre. Los errores de los arrianos habian hechado tan hondas y profundas raices, que prontamente se estendieron por todas partes.

Ved aquí, señores, la causa, mejor diré, la noble, la santa causa de salir Antonio Abad de su gruta, de aquella gruta, testigo de tantos años de penitencia, de tantas mortificaciones, de tantas y tan heroicas virtudes. Las mayores dignidades, los puestos mas elevados de la sociedad, ninguna persecucion humana hubiese sido suficiente para sacarle de su soledad. Pero él sabe que los arrianos despedazaban las entrañas de la Iglesia, que hipócritas y malignos, habian engañado príncipes, sorprendido obispos, y atraído discípulos: que *Arrio*, no obstante haber sido excomulgado por su obispo, y condenado como hereje por un concilio, se mantenía tenaz en su herejía; llénase de celo extraordinario, sale del desierto, y empieza á trabajar con asiduidad oponiéndose á la herejía, y declarando guerra á muerte á los arrianos que habian tenido la osadía de publicar que Antonio seguía la doctrina de ellos, con el malicioso objeto y criminal designio de autorizar sus errores, por el buen crédito y fama que gozaba el santo solitario. Admirad, señores, los designios de la Providencia, los altos juicios de Dios incomprensibles á

nuestra débil inteligencia. El Señor, que desde los primeros dias de Antonio se complació en su inocencia y rectitud, le lleva al desierto para que en él estuviese libre de los malos ejemplos con que la sociedad suele viciar y corromper á los jóvenes, y para que en su retiro y soledad triunfara de la astucia del demonio; y cuando es su voluntad soberana permite y dispone que salga de la soledad y vuelva al mundo, para salvar á muchos con sus ejemplos y para triunfar de nuevo del demonio, destruyendo la herejía, humillando y confundiendo á los arrianos.

Pero ¿cómo, me direis, se determinó Antonio á trabajar por confundir la herejía, cuando entregado siempre en el desierto á las delicias de la virtud y penitencia, no se habia dedicado al estudio, y carecia por lo tanto de erudicion y elocuencia para convencer? A esta pregunta os contestaré con otra: ¿cómo fué, señores, que siendo Pedro un pobre pescador, sin mas ciencia ni literatura que la que adquirir pudiera entre sus humildes redes, fué tan sábio y tan elocuente, que solo en un sermon convirtió mas de cinco mil personas? Porque aunque hablaba Pedro, hombre sin reputacion y al parecer ignorante, hablaba por él aquel Dios que le habia destinado para cabeza visible de la Iglesia. Del mismo modo puede discurrirse con respecto á Antonio. No tenia instruccion en las ciencias, no habia cursado escuelas ni academias, pero esto nada importaba; Dios le escoje para terror del infierno, quiere por él confundir la herejía, y para esto le infunde la ciencia necesaria. Sin temor á nada, confiando en la gracia de su Dios, en todas partes penetra su voz, hace ver que Jesucristo es *consustancial* al Padre, y único Dios con el Padre y

el Espíritu Santo; y ora escribiendo al emperador Constantino, ora hablando á los obispos, aquí predicando con la mayor energía, allí persuadiendo á otros con razones incontestables, en todas partes era la admiracion de las gentes, en todas partes conseguia su objeto, y triunfos extraordinarios reportaba para la religion.

Ved, señores, si fué justa la alta reputacion de que en todas partes gozaba. El grande Constantino, no se desdeñó de ponerse en relaciones con Antonio; antes por el contrario, le escribió en diversas ocasiones, consultándole y suplicándole siempre se dignase contestarle, pues que aguardaba impaciente sus respuestas, para sus decisiones en algunos asuntos graves. ¡Qué honra que un emperador, y un emperador como Constantino, escribiese por sí mismo y consultase á un pobre ermitaño! Pero Antonio no estaba formado segun el espíritu del mundo, y si le contesta, es sin la adulacion y lisonja con que comunmente se acostumbra hablar con los reyes. Constantino se hallaba en circunstancias críticas y difíciles; tenia, á mas de gobernar un imperio, que defender la Iglesia segun se habia propuesto; por sus estados discurrían multitud de heresiarcas, con los que queria concluir, perseguidos cristianos á quienes proteger, y guerras que sostener. No reúne en medio de tantas y tan difíciles atenciones los sábios mas acreditados de su imperio para consultar con ellos: le basta tan solo consultar el parecer de Antonio, y este le contesta á sus preguntas con sinceridad y con energía. Llegó el caso en que San Antonio entendió que los herejes, abusando de la sinceridad del emperador, pretendian engañarle y sorprenderle. No esperó entonces el santo

á que le escribiese en consulta con Constantino; adelantóse, y le escribió con tan religiosa viveza, que mostró bien claramente que era incapaz de darse á partido con los enemigos de la religion.

Agoviado, en suma, nuestro santo, por sus muchos trabajos, por su austera penitencia, y habiendo triunfado del demonio, primero en las continuas batallas que sostuvo por las tentaciones en el desierto, y segundo, por el desarme de los enemigos de la pureza del dogma católico, este varon bienaventurado, á quien con razon se ha llamado azote de los herejes, terror del infierno, ornamento de la Iglesia, maravilla del mundo y asombro de su siglo, despues de haber estado adornado del don de profecía, y ser instrumento para que Dios obrase por su ministerio infinidad de milagros, abrasado en el amor de Jesucristo y de la Santísima Virgen, de quien fué devotísimo toda su vida, cerró los ojos en el mundo para abrirlos en el cielo, el 17 de enero del año 356 de la era cristiana, á los ciento cinco de su edad, y ochenta y cinco de penitencia y austeridades. Pero si se os hace imposible imitar la vida de Antonio, y por eso os contentais con celebrarle y bendecir á Dios que tan admirable se hace en sus escogidos, fijad, señores, fijad vuestra vista en su muerte, y en ella encontrareis bastante que aprender, y hechos que podeis imitar.

Antonio, ni deseaba morir, ni siente el dejar de vivir cuando vé cercano el momento de su partida del mundo. Siempre estuvo conforme con la voluntad de Dios, y en sus últimos momentos muestra la tranquilidad del justo, y ángeles de paz, soberanos espíritus, descienden de las alturas para conducir su

alma á la mansion de los escogidos. ¡Qué hermosa es, mis hermanos, la muerte del justo! ¿La envidiais? ¿Quisiérais, no es verdad, tener una muerte como la de Antonio, que fuera tan solo un tránsito para la gloria? Pues en vuestra mano está: no es necesario que os retireis á los desiertos. ¿Quereis morir bien? Pues sed buenos cristianos, cumplid la ley de Dios, ejercitad la caridad en orden á Dios y á las criaturas, obrad, en suma, con justicia; si en esto solo no consiste la santidad heróica, forma la santidad esencial que es la que se os exige. Observando los preceptos del Evangelio, gozareis la muerte de los justos. No os hagais ilusiones, hemos de morir; esto es una verdad infalible: pues bien, *de la vida, dice San Bernardo, pende la muerte, y de la muerte la eternidad.* Vivid cristianamente, y vuestra muerte será el principio de la verdadera y eterna vida.

Empero, señores, ¿concluyó con la muerte la reputacion que gozara Antonio en todas partes? No: Antonio no era héroe mundano. Antonio no debia su celebridad á ilusiones de los hombres: no debia su reputacion á motines populares, no habia adquirido su fama por haber contribuido al triunfo de esta ó aquella causa política. Los héroes que de este modo llegan á formarse áura popular, disfrutan de ella un tiempo dado, y cuando no son privados de sus honores por los mismos que fueron causa de su engrandecimiento, al menos con la muerte acaban las celebraciones de sus hechos. No así los héroes de la religion, no así Antonio, cuya muerte, dice entusiasmado San Gerónimo, fué llorada hasta por los elementos (1).

(1) Hieron. in vita Hilar. 2.

Murió, pero no murió con él la fama de sus acciones; antes al contrario, tuvo muchos seguidores que emprendieron su mismo género de vida: en todas partes deseaban saber los pormenores de sus hechos admirables, y cuando el Padre San Atanasio escribió la vida de nuestro Santo, estendióse por todas partes, y con ansia era leída por todos los cristianos, y si milagros habia obrado el Señor por su ministerio durante su vida, efectuólos en gran número despues de su muerte, tanto por el contacto de sus reliquias como por la invocacion de su nombre. A su buen ejemplo se debió en parte la conversion del grande Agustino, y con solo la lectura de la vida de Antonio, trocó sus costumbres una señora romana, haciéndose, de pecadora, edificacion de los fieles por sus virtudes.

Yo no concluiría nunca, si hubiera de referir en obsequio á vuestra devocion quanto encuentro escrito de Antonio. Murió en el siglo IV de la Iglesia, y desde entonces hasta nuestros dias, sin interrupcion ha conservado su fama: en todas partes se ha celebrado su nombre, y los muchos templos é innumerables altares levantados en todo el mundo cristiano á su memoria, y los muchos prodigios que por su intercesion obra el Señor cada dia, pruebas son del amor que le profesan los cristianos, de lo mucho que esperan por su intercesion, y de lo abundantemente con que el Señor le otorga quanto pide en favor de sus devotos, premio merecido por Antonio, por sus heroicas virtudes; porque ora le consideremos en el desierto entregado á la mayor austeridad y resistiendo á las tentaciones del demonio, triunfando de sus ardides; ora le observemos fuera

de la soledad siendo el azote de los herejes y consiguiendo nuevos triunfos del infierno, siempre vemos que tuvo una vida oculta en Dios por amor de Jesucristo: *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.*

Glorioso Antonio, que hoy gozas los premios merecidos por tus virtudes, ¿qué te pediré en este dia en que celebramos tu memoria? ¡Ah! que nos alcances la divina gracia, á fin de que practiquemos las virtudes, y resistamos con firmeza las tentaciones del enemigo de nuestra alma, y tambien para que tu mismo ejemplo pueda ser nuestra instruccion, para practicar la penitencia, y con ella desagruar á nuestro Dios á quien tantas veces hemos ofendido con nuestros pecados, á fin de que muriendo con la muerte de los justos, entremos en tu compañía á participar de las delicias eternas de la gloria. Esto os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO
DE
SAN AGUSTIN, DOCTOR DE LA IGLESIA.

Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audiui.

Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído.

Lib. III Reg. cap. X, v. 7.

Ministros del señor, católico auditorio: El hombre sábio que emplea sus dotes de sabiduría en beneficio de sus semejantes, tiene un derecho indisputable al aprecio de las gentes y su memoria pasa de generacion en generacion, alabada en todas partes y mucho mas en su patria á la que honra con su ciencia. Salomon fué un sábio útil: favorecido de Dios, é ilustrado con sus soberanas luces, establece el buen órden en sus pueblos, afirma la paz en sus estados, eleva á Israel al colmo de la gloria, le instruye con su sabiduría, y le hace florecer sobre todos los imperios: El fué destinado para edificar el templo al Dios de la Magestad, y por su grande entendimiento adquirió justamente el renombre de sábio; por todas partes volaba la fama de sus hechos, y aun los mismos reyes le consultaban como

á un prodigio de sabiduría. La reina Sabá habia oido cosas extraordinarias con respecto á la sabiduría de Salomon; quiere ver por sí misma si es cierto cuanto se decia, y presentándose al sábio hijo de David, le hace preguntas ingeniosas y llenas de artificio, á las cuales contesta Salomon inmediatamente, mostrando su sabiduría en sus mismas respuestas. Admirada la reina Sabá tanto de sus discursos, como del buen órden que reinaba en su palacio, no puede menos de exclamar: «Verdaderas son las cosas que de tí habia oido en mis estados. Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oído.» *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audiui.*

¿Y acaso, señores, me tachareis de exagerado, si aplico estas mismas espresiones que á Salomon fueron dirigidas, al grande Agustin, cuya fiesta celebramos? No lo creo: vosotros sabeis quien fué Agustin, á donde llegó su sabiduría y cuán útil fué por ella á la Iglesia de Jesucristo, suscitado por Dios para detener el rápido torrente de la impiedad, desolar el imperio del príncipe de Babilonia, y edificar sobre sus ruinas, é ilustrado del cielo para dispensar sus misterios, condujo con su celestial sabiduría á los fieles por el recto camino de la verdad y de la justicia. No es necesario mas que echar una rápida ojeada por las páginas de su maravillosa vida, leer con atencion las elocuentes obras que escribiera su docta pluma, para convencernos que Agustin fué rayo esterminador de la incredulidad, terror y espanto de las herejías, panegirista elocuente de la religion, luz de los concilios, orador sublime, filósofo sutil, teólogo profundo y controversista incomparable. Añadid á esto, que ha sido la admiracion no solo de su

siglo sino de los siguientes hasta el nuestro, el apoyo firme de la Iglesia, el defensor valeroso de la fé y el oráculo del mundo, y conoceréis si he tenido razon suficiente para aplicar á nuestro Santo las palabras de mi tema. *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.*

Agustín, señores, fué un sábio verdadero porque su sabiduría basaba sobre el sólido cimiento del temor santo de Dios: un sábio que no solo es grande á los ojos del mundo sino que lo es mucho mas á los de Dios: su sabiduría no es ya vana, orgullosa, inútil y seductora, como lo fuera en los tristes dias de sus pasados extravíos: es por el contrario una sabiduría ilustrada del cielo, purificada por la gracia, y dirigida por la religion: una sabiduría que él refiere á solo Dios, y con la que procura glorificarle, y ved un sábio humilde. Una sabiduría que emplea en beneficio de los hombres de todos los siglos y que favorecerá la religion, y ved un sábio útil. Tal es el carácter de la sabiduría del gran P. S. Agustín. Una sabiduría humilde que le santifica: una sabiduría útil que aprovecha á los demas. Tal va á ser la materia de su panegírico. *Agustín un sábio humilde.* Primera parte. *Agustín un sábio útil.* Segunda. En una palabra, Agustín un sábio cristiano, acreedor á que se le consagre el elogio dirigido por la reina Sabá á Salomon, consignado en el libro tercero de los Reyes. *Major es sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.* Imploramos los divinos auxilios, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

¿Cuáles son, señores, los fines que la orgullosa sabiduría del siglo se propone, al cautivar con su elocuencia las atenciones del mundo? ¿Qué objeto mueve por lo comun al hombre de talento, para estender por todas partes los escritos que muestran la estension de sus conocimientos, la fuerza de sus argumentos, y los triunfos que consiguen los principios que defiende ya sean justos ó no? No son otras sus miras que adquirir estimacion entre las gentes, figurar entre los sábios, aumentar su propia gloria, y aspirar á ocupar un dia un asiento en las asambleas ó juntas de los grandes ingenios. La vanidad y el orgullo suelen caminar hermanados con la ciencia, razon por la cual, lejos de ser útiles á la sociedad, los sábios del siglo, son perjudiciales en extremo, toda vez que su ciencia no está basada en el santo temor de Dios.

Ved, señores, lo que fué Agustín en la primera época de su vida; en aquella época en que caminando sin brújula por el anchuroso mar de las pasiones, veíase adornado de disposiciones las mas felices para las ciencias, de talento no comun y asombroso ingenio. Deseaba brillar en el mundo, adquirirse reputacion de sábio, y se dedica á estudiar, mejor diré, á profundizar las ciencias, y de tal modo lo hizo, y tal era el ingenio que había recibido, que bien pronto pudo considerarle el mundo como maestro, no de una sino de todas las ciencias: físico profundo, estudia la naturaleza, la observa, y sorpréndele en sus operaciones; dialéctico, sutil, vence siempre á sus contrarios con la fuerza de sus argumentos; humanista agrada-

dable, posee lo mas selecto de la erudicion, y lo mas encantador de la poesia y de la música; y en suma, orador elocuente, era dueño de los corazones encadenando los entendimientos. Pero su orgullo era tan elevado como su ciencia. El amor de su propia gloria, y la ambicion de distinguirse le domina sobre todas las demas pasiones, y desea y procura á todo trance adquirir el título de sábio, sin querer aguardar para ello á la edad madura, porque su ambicion no daba tréguas.

Y lo consiguió en efecto, pues que volando por todas partes la fama de Agustin, era la admiracion de los sábios por su perfecta comprension de todos los libros de Aristóteles, y cuando solo contaba veinte años de edad, enseñó la retórica en Cartago, mereciendo aplausos de los sábios; aplausos que producian necesariamente en su corazon los perniciosos efectos de aumentar su vanidad y soberbia, y Roma y Milan admiradas quedaron tambien á vista de la sabiduría de Agustin. Y ¿cómo no habian de admirarse, cuando veian en él una penetracion y una profundidad de conocimientos que le colocaban en la clase de aquellos hombres que uno solo basta para hacer famoso su siglo? Maestro á la edad de poco mas de veinte años, cuando otros que han sido sábios apenas han empezado á ser discípulos, consulta los astros, penetra los tiempos futuros, rompe el velo de los pasados siglos, se corona de laureles en los certámenes públicos, entra en relaciones con los grandes, y su nombre resuena en todas partes siendo reconocido como el hombre mas sábio de su siglo.

¡Qué feliz y dichoso podia el mundo considerar á Agustin en este estado, si para serlo bastasen las

ciencias! Pero no; él no era feliz, porque los laureles del mundo se marchitan; porque no pasan mas allá del sepulcro. Entregado á los placeres sensuales y envuelto en los errores de los maniqueos, aunque en el fondo de su corazon siempre los reconociera extravagantes, vivia casi olvidado de Dios, á quien solo acudia de tarde en tarde pidiéndole el don de la castidad, aunque casi con miedo de que se lo concediese, pues que se hallaba muy á gusto envuelto en el torbellino de sus desórdenes.

No es esta ocasion oportuna para que yo refiera los ruegos y lágrimas de su madre Santa Mónica, ni el terrible y porfiado combate de Agustin contra la gracia y la poderosa fuerza de la gracia que obra en él. Para esto tiene la Iglesia establecida su fiesta particular, en celebracion de su conversion. Pero sí os diré que despues de haber caminado y tal vez hecho caminar á otros por los senderos del error, fueron tales los poderosos influjos de la divina gracia, alcanzados por los ruegos y lágrimas de su santa madre, que vino á conocer sus extravíos convirtiéndose á Dios, á quien entrega desde el momento su corazon todo entero, sin reservar nada para el mundo. Las almas grandes en nada son medianas, ora se dediquen á la virtud, ora al vicio; hácese en el primer caso lumbreras de la Iglesia, astros luminosos que con su ejemplo guian á muchas almas á la felicidad eterna, y en el segundo mónstruos terribles que arrastrando tras sí á innumerables criaturas, las hacen tan desgraciadas como ellos. Tan vehemente fué en Agustin, pecador, el amor del mundo, el deseo de la fama y de inmortalizar su nombre en los anales profanos, como en Agustin convertido su amor á Dios, el deseo de procurar su mayor

gloria, sus trabajosas y difíciles tareas por combatir unas herejías en las cuales estuvo él mismo envuelto por algunos años.

¡Cuán incomprensibles son, señores, á nuestra débil inteligencia los juicios de Dios! ¿Es posible la conversion de un hombre á los treinta y tres años de su edad, cuando merced á sus grandes talentos, á sus superiores conocimientos, vé sus sienes ceñidas de laureles, estendida su fama por todas partes, aplaudido de los sábios, honrado por los grandes, y admirado por todos? Lo es en efecto: en Agustin se vió confirmada esta verdad, pues tal es el influjo de la divina gracia. Tal vez diga algun rigoroso crítico, mejor diré, algun desgraciado envuelto en los errores, ¿no es vergonzoso en un sábio retroceder en la creencia? No, hermanos míos, no es retroceder volver al camino recto, cuando nos reconocemos extraviados. No se aparta del camino el viajero que reconociéndose perdido le busca con el objeto de no perderse mas. Agustin es un sábio, pero conoce con una luz superior que la sabiduría de la carne es tan sutil é indomable como enemiga de Dios (1), y ved aqui porque apartando de su corazon la vanidad y la soberbia que antes le dominaba, se propone emplear en adelante su ciencia en honor y gloria de aquel de quien la habia recibido.

¡Oh, sábios del mundo! ¡Oh, literatos y hombres científicos del siglo XIX que podeis con vuestras luces y escritos servir de guia á los pueblos combatiendo los errores, y procurando algun remedio á los horribles males con que la corrupcion de doctrinas amenaza á la Europa! Tomad el ejemplo de Agustin,

(1) D. Paul. ad Rom. c. VIII. v. 7.

que poseyó todas las ciencias: no creo que haya quien se atreva á disputarle ni el talento ni los conocimientos, ni la firmeza que tuvo antes de su conversion en las opiniones del error y la filosofia. Pues bien, no perded de vista que Agustin, en medio de su ciencia, á través de los aplausos del siglo, no encontró la paz, el reposo, la persuasion de la verdad buscándola en la Academia y el Gimnasio, sino únicamente en la doctrina de la iglesia católica (1). ¡Ah! permitió el Señor que Pablo se instruyese en las tradiciones del judaismo, para que despues pudiese con todo conocimiento defender la doctrina Evangélica, llegado que fuese el dia de su conversion, el dia señalado por el dedo de Dios para constituirle vaso de eleccion, maestro y Apóstol de las naciones. Así de este modo permitió tambien que Agustin, destinado para rayo esterminador de la incredulidad, estuviese algun tiempo envuelto en los errores, para que despues pudiese mejor destruirlos, y defender, explicar y presentar al mundo con toda brillantez la doctrina del Crucificado.

La humildad, esta virtud preciosa que consagra todas las virtudes, empieza á reinar en el corazon de Agustin desde el momento mismo en que San Ambrosio derramó sobre su cabeza el agua de la regeneracion. La vanidad, la soberbia, el amor á los deleites de la carne, todo muere en Agustin, y cubierto ya con la estola de la inocencia que recibe en la sagrada piscina, busca el retiro, entregándose en él á un continuado ayuno, y á las mas rigorosas penitencias, empezando á escribir esas admirables obras

(1) Confes. Lib. IX. c. 4.

que son con tanto empeño buscadas y leídas por los sábios de todos los siglos.

La Providencia divina, cuyos designios son incomprendibles, le conduce á Hipona, donde á pesar de su resistencia, de sus elocuentes argumentos, fué sorprendido y elevado á la dignidad sacerdotal; es decir, de siervo y doméstico pasó á ser amigo y confidente del Señor: (1) alegróse la iglesia, llenóse de regocijo esta esposa inmaculada del Cordero que vé siempre en el sacerdote sábio y virtuoso una columna firmísima que sostiene su doctrina, sus virtudes y su gloria. (2). Cada sacerdote puede decirse que es un Dios sobre la tierra; por lo tanto debe representarle, con su doctrina, su caridad, su humildad y toda clase de virtudes: el sacerdote ofrece y tiene por víctima al Cordero inmaculado, por lo que debe exceder en pureza á los mismos ángeles, y como mediador entre Dios y los hombres, debe ser una víctima agradable; porque por tanto es escogido el sacerdote entre los hombres para que representándole á veces ante Dios, y ejerciendo otras las funciones del mismo Dios para con ellos ofrezca dones y sacrificios por nuestras culpas, y alcance gracias y favores de su misericordia (3). Agustín conoce lo encumbrado de su ministerio y los deberes que impone: sabe que el poder que le dá su nueva dignidad es superior al de Josué cuando enfrena el sol en su

(1) Jam non dicam vos servos sed amicos quia omnia quaecumque audivi á Patre meo nota feci vobis.—Joan. XV. Pontif. Rom.

(2) S. Próspero llama á los Sacerdotes: columnæ firmissimæ quibus in Christo fundatis innititur multitudo credentium. Lib. 2. de vit. contemp. sacer. c. 3.

(3) Omnis namque pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in his quæ sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis. D. Paul. ac Heb. c. V.

veloz carrera, obedeciendo Dios á su mandato, según la espresion de la Escritura Santa (1): contempla que en la antigua ley, sombra y figura del sacerdocio y sacrificio de la ley de gracia, se encargaba con esmero á los levitas se purificasen para tocar los vasos del Señor (2), y esto le hace comprender la sensibilidad y pureza que debe adornar al dispensador del cuerpo de Jesucristo; que si á aquellos se les decia que fuesen santos porque lo era el Dios á quien servian (3), grande debia ser la santidad del que continuamente tiene á su Dios en las manos y en el pecho, y estas consideraciones le hicieron exclamar: ¡Qué hombre habrá tan impío, que se atreva á tocar con manos encenagadas este Sacramento terrible? (4).

Consideremos, pues, señores, la vida interior de este ministro de Jesucristo, de este sábio humilde. Funda con anuencia y beneplácito de su Prelado, un monasterio, al cual acuden en seguida gran número de sugetos recomendables por sus buenas costumbres, escribiendo el santo la regla de su orden para el arreglo de aquella su naciente comunidad, maestra y madre de tantas como habian de poblar el mundo cristiano; orden religioso que tan venerado habia de ser en todos los siglos por el gran número de santos y de sábios que ha dado á la iglesia de Jesucristo. Esplicar, señores, el modo como se entregó á la práctica de la virtud dentro del cláustro, los triunfos que consiguió para la iglesia con su

(1) Obediente Domino voci hominis. Josu. c. X.

(2) Mundamini qui fertis vasa Domini. Isaias c. LIII. v. 11.

(3) Sancti estote quoniam ego sanctus sum.

(4) Qui adeo impius erit, qui lutosus manibus sacratissimum Sacramentum tractare presumat. D. Aug. S. 244 de temp.

ardiente y celosa predicacion, el modo heróico con que combatió las herejías, su resistencia para ser ascendido á la sublime dignidad del episcopado, seria una empresa difícil de llevar á cabo en los límites estrechos de una oracion panegirica, á mas que seria abusar de la benevolencia con que soy escuchado. Basta, pues, tan solo, para probar que Agustin fué un sábio humilde, leer el admirable libro de sus *Confesiones*: ¿y lo habeis leído, señores? ¿y no habeis descubierto en él un nuevo género de humildad no conocido hasta entonces? Sí, es natural que un pecador convertido trate de ocultar sus pasados delitos y que se contente con manifestarlos al sacerdote en el tribunal de la penitencia: pero Agustin sabe que su fama se estiende por todas partes, que su virtud era celebrada, y se propone con la mayor humildad ahogar la fama de sus virtudes en la pública manifestacion de sus pecados, y pasan los siglos, y vienen á tierra convertidas en polvo las estátuas de los monarcas, y aun cuando el tiempo hace desaparecer las inscripciones grabadas para perpetuar algun hecho notable, en el mármol ó en el bronce, las caidas y flaquezas de Agustin, pasan de una en otra generacion sabidas, y todo porque el humilde obispo escribe no solo sus pecados públicos, sino hasta las culpas mas secretas que habia cometido.

Ahora deberia yo dirigirme á los cristianos tímidos y de poca fé que temen acercarse al tribunal de la penitencia, á ese tribunal santo donde bajo un secreto inviolable, se comunican los pecados al ministro del Señor, para alcanzar el perdon de ellos. Aprender pueden del humilde Agustin que los hace públicos por medio de sus escritos. Y observad que

no presento el ejemplar de un hombre ignorante, sino de un sábio, y de un sábio como Agustin, cuya sábiduría, cuyas obras, esceden siempre á cuanto pueda decirse de él, á cuanto el rumor y la fama pueda comunicarnos. *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.*

Verdad es, señores, que ha habido filósofos que deseando singularizarse y que se hable de ellos, han arrojado las riquezas; y desprendiéndose de cuanto han poseido han abrazado la pobreza; ha habido otros que han despreciado los honores y grandezas de la tierra; pero observad á los filósofos de todos los siglos y buscad cual ha sido humilde de corazon: no veo sino á Agustin, hombre extraordinario que tanto se esfuerza en ocultar sus virtudes como en hacer públicos sus defectos.

Ni fué tan solo la suya humildad de corazon, sino tambien de entendimiento. El ha hecho ver al mundo que su vida no estuvo exenta de pecado, pero no se contenta con esto solo y hace ver que tampoco es infalible en su espíritu y de aquí el escribir sus retractaciones. Cuando los Pontífices consagran con decreto su doctrina, los concilios insertan sus sentencias en los cánones, los obispos recurren á sus luces, cuando los padres en los concilios de Hipona, de Cartago y de Numidia, no pueden menos de hacer pública la admiracion que les causaban sus elocuentes peroraciones, cuando en suma, su sabiduria es alabada hasta por sus mismos enemigos, entonces es cuando él se constituye juez severo é inexorable de sí mismo: examina con el mayor cuidado y diligencia todas sus obras, las corrige con exactitud, publica sus retractaciones y las sujeta todas al exá-

men de la verdad y al juicio de la silla apostólica. ¡Oh humildad profundísima nacida de la llama del amor de Dios! ¡Qué importa á Agustino para llevar á cabo el exámen de sus obras, el interés de la propia reputacion, ni su posicion, ni los dichos de los sábios, ni la murmuracion y risas de sus enemigos! Nada le importa el mundo, puesto que su corazon era todo de Dios á quien solo amaba. Oidle exclamar embriagado de amor: «solo quiero ¡oh mi Dios! respirar para amaros. Heriste mi corazon y ya es vuestro: el cielo, la tierra y el infierno me dicen que os ame: si elevo mis ojos al cielo y observo y admiro los astros, es porque os amo á Vos que sois el Artífice supremo, el autor de cuanto tiene sér: si temo las penas de vuestra justicia es porque os amo, y cuanto el mundo puede presentarme de hermoso y encantador, todo me es odioso, no solo lo que está fuera de mí, sino lo que está en mí mismo, si en ello no os descubro. Sin Vos, toda prosperidad, toda abundancia no es otra cosa que infelicidad y miseria. Venid, pues, á mí ¡oh mi Dios! hacedme la gracia de morar en mi corazon, para que yo os ame mas, para que me una á Vos para siempre por los vínculos estrechos é indisolubles del amor.»

Cierto es, señores, que la ciencia, llena de soberbia, como dice el Apóstol, y nosotros lo vemos cada dia confirmado en los sábios conducidos por un espíritu antievangélico. Pero esto no tuvo lugar en Agustino, cuyo espíritu fué todo de Dios. Su resistencia al sacerdocio y despues el episcopado, su retiro al cláustro, sus confesiones en las que hace públicos sus pecados, y el libro de sus retractaciones, nos prueban suficientemente que él fué un *sábio humilde*.

Nos falta probar que fué tambien un *sábio útil*. Os suplico me continueis prestando vuestra atencion, pues no abusaré demasiado de vuestra paciencia.

SEGUNDA PARTE.

No hay duda, señores, que existen sábios en el mundo, pero no todos los sábios son útiles á la sociedad. ¿Dónde está aquel *sábio* que parece haber nacido mas para los demas hombres que para sí mismo? ¿Quién es aquel *sábio*, que atrae sobre sí las miradas de todos, la confianza de los pueblos, que es en suma el alma y el móvil de los grandes acontecimientos de su siglo? No es otro, que el santo obispo de Hipona, el grande Agustino, astro brillante y columna de la militante iglesia. ¿Y por qué tan célebre, por qué tan útil? Bien lo conoceis, señores, porque su sabiduría tuvo por base el temor de Dios; porque descansaba en la práctica de las virtudes todas.

¿Qué vió la religion en Agustino? ¿Qué admiró el mundo en su santidad? No otra cosa que virtudes que embelesan, singularidad que le distingue, y excelencias que le elevan y le hacen la admiracion de la iglesia. Celebre en buen hora la Escritura Santa, la maravillosa conversion de Pablo, por los triunfos que con ella consigue la naciente Iglesia de Jesucristo. ¿Pero podremos celebrar cual se merece el triunfo de la gracia en el corazon de Agustino? Aquel se trocó de vaso de error en vaso de eleccion, de perseguidor de la Iglesia en propagador y apóstol del Evangelio, y Agustino, aquel pecador que se bañaba en las cenagosas aguas de las delicias del

mundo, que caminando de error en error, de precipicio en precipicio, corrompiendo á su pueblo como Ananías á Jerusalem, ese varon tan sábio como engañado que hizo entonar al grande Ambrosio canticos de dolor; cual otro Pablo, dócil á la voz del cielo y detestando sus errores, queda convertido en apóstol, doctor y santo. San Mateo todo lo abandona al escuchar la voz de Jesucristo que le llama: los Apóstoles por seguir á su maestro renuncian cuanto poseian en el mundo: ved la imágen de ellos en Agustin, que menospreciando los laureles del siglo que tanto amaba en otros tiempos, solo se propone ganar el cielo por el camino hermoso de la caridad. Y lo consiguió, porque esta virtud, reina de todas, le hizo trabajar continuamente en favor de los demas hombres, le hizo en una palabra ser un sábio útil á la sociedad, pues ora le consideremos como fundador de un órden que tantos santos ha dado á la Iglesia, ora como predicador celoso, cual otro Jeremías por la conversion de sus hermanos; ya le observemos penitente cual otro David, y confesando públicamente sus culpas, ya en suma, abramos las páginas de las admirables obras que escribió su docta pluma, siempre encontramos modelos y ejemplos que imitar.

Empero ¡qué palabras han pronunciado mis labios! ¡Las obras que escribió Agustin! En verdad, señores, que de buena voluntad me daría por dispensado de hablaros de los sábios escritos de nuestro santo obispo, sino fuera necesario hacerlo para probar que fué un sábio útil. Porque ¿quién será capaz de hablar de las obras de Agustin sin ser Agustin mismo? ¿Cómo podrá un orador jóven é inesperto, hacer la apologia de aquellos sábios escritos que ser-

virán para enjugar las lágrimas de la Iglesia, y reformar su siglo? ¡Ah! que me es imposible hacerlo dignamente.

¿A quién debió la Iglesia la destruccion del paganismo, que abatido por largo tiempo, trabajaba sin descanso por dominar las naciones, prevaleándose de la decadencia de Roma para acusar al cristianismo de haber trastornado las divinidades tutelares del imperio? No á otro que á Agustin, que escribiendo la magnífica obra de *La ciudad de Dios*, obra que ha sido siempre el asombro de los sábios, por su inimitable erudicion, método y elegancia, y por la fuerza de sus incontestables argumentos, le causó una herida mortal que aun despues de tantos siglos no le ha permitido levantar la cabeza. Nunca, señores, podremos celebrar cual se merece esta obra maestra de Agustin, escrita no con la calma y tranquilidad que se necesita para escribir bien, sino formada en poco tiempo, y cuando se veia rodeado de graves asuntos y ocupaciones.

En vano combaten la doctrina de la Iglesia, hombres que, gloriándose de ser discípulos del Crucificado, pretenden al mismo tiempo la destruccion de la fé. Nada importa que estos osados herejes dirijan sus tiros contra la immaculada Esposa de Jesus: vive Agustin y lleno de celo sabrá combatirlos para hacer aparecer mas pura y radiante la religion divina. Hombres ilusos, sectarios del error, llegó ya el dia de vuestro esterminio. Agustin estuvo algun dia entre vosotros, pero ¿no habeis conocido que es un Sanson que contrae alianza con los Filisteos para destruir sus ejércitos y volver la tranquilidad y el consuelo á los hijos de Israel? Agustin impugna la herejía

con sus mismos principios, en voluminosos escritos y públicas disputas: vindica de las calumnias á la Escritura Santa: descubre lo ridículo y absurdo de los principios en que se apoyaban los herejes y arranca el velo de la hipocresía á la santidad fingida y continencia aparente de los fanáticos. Trata Fortunato de ocultar el veneno que esparce bajo las flores de la elocuencia, pero en vano, pues que Agustín acostumbrado á descubrir tales artificios, habla, arguye, y Fortunato se vé obligado á nuir envuelto en el manto de la confusion y la vergüenza. Si Fausto publica un libro blasfemo contra Dios y los Profetas, Agustín lo refuta con solidez y el hereje se ve obligado á sellar sus lábios, conociendo que nada puede objetar á la doctrina del sábio y santo Prelado. Provoque Félix á Agustín para una disputa pública: no importa, pues que esto será un nuevo triunfo: Agustín acepta, arguye con calor; Felix titubea, y reconociendo la verdad se convierte. Este triunfo, señores, no puede menos de demostrarnos que si la gracia sacó á Pablo del seno del judaismo para confundir á los judíos, la misma gracia sacó á Agustín del maniqueismo para la destruccion de los maniqueos.

Mas no concluyeron aquí los triunfos de Agustín: confundidos aquellos sectarios, aparecen en el campo de batalla los *Donatistas*, cuyo nombre no puede leerse sin espanto en los anales eclesiásticos. ¡Qué siglo tan funesto, señores, el IV de la Iglesia, si Dios no hubiese suscitado al grande Agustino, á los Crisóstomos y Gerónimos, que tan glorioso le hicieron! Traed á la memoria las célebres conferencias de Cartago y vereis á Agustín defendiendo la causa de

toda la Iglesia, confundiendo á los donatistas: él solo arguye á cerca de trescientos obispos cismáticos, ¿y qué resulta? Que muchos de ellos convertidos por la fuerza de sus argumentos se convierten, otros quedan confundidos, y la fé brilla, la Iglesia se consuela, triunfando la sabiduría de Agustín de la incredulidad y la herejía.

Cierto es, señores, que los Atanasios é Hilarios, habian dado golpes de muerte al arrianismo: pero aquel mónstruo soberbio nacido en el Oriente, habia corrido por todas partes, penetrando en el África, estendiéndose con la mayor rapidez. No habia muerto á pesar de los esfuerzos de aquellos Padres. Estaba reservada esta gloria para Agustín, que ora en eloquentísimos sermones, ora en sábios escritos le combate hasta lograr confundir á la herejía y hacer desaparecer á sus autores llenos de confusion y de vergüenza. Para el sentir de un hombre que no tuviese una fé firme, que no estuviese convencido de la existencia de Dios á su Iglesia, pareceria que el siglo IV era el último que debia contar de vida esta fundacion divina. No bien se ahogaba una herejía cuando al momento asomaba otra la cabeza; no bien eran disipados unos errores cuando aparecian otros de mayor bulto, de peores consecuencias.

¡Por qué, oh gran Dios, tantas persecuciones para vuestra Iglesia! ¡Yo adoro postrado en tierra las disposiciones de vuestra sábia providencia! No bien habia desaparecido el arrianismo, cuando aparece y se da á conocer la doctrina de Pelagio, que, hombre de espíritu vivo, de entendimiento sutil, austero y rígido en sus costumbres, maestro consumado en el arte de la hipocresía, por lo que se habia adquirido

fama y estimacion hasta el grado de ser tenido por santo, hacia que sus errores fuesen mas funestos para la Iglesia: El peligro no hay que dudar que era grave é inminente, empero Agustin lo conoce á tiempo y esto basta. La Esposa de Jesus parece temblar á fuerza del dolor que los Pelagianos le causan: los prelados y mas sábios ministros de la Iglesia se alarman temiendo por la felicidad eterna de los fieles redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo; el mismo San Gerónimo asoma la cabeza fuera de su cueva y se dispone á dejar su soledad para luchar en favor de la Iglesia, pero se detiene y queda en su amable soledad. ¿Y por qué así? Porque sabe que Agustin vela, que combate con valentía, y conoce que él solo basta para dar muerte al error (1): confesion tanto mas gloriosa para Agustin, cuanto que procede de la pluma de un San Gerónimo. Y fué en efecto Agustin bastante para combatir á Pelagio. Al modo que Saul confió á David la ruina de Goliath que insulta á los Israelitas, los Padres de África confian á Agustin la ruina y destruccion de Pelagio que insultaba la gracia. Agustin, aceptando gustoso este encargo en honra y gloria de Dios y utilidad de los fieles, toma la pluma y en sus primeros escritos empieza á conseguir triunfos de Pelagio.

En vano este sutil hereje, trata de dar nueva forma á sus errores, inútilmente los retracta en parte, valiéndose de esta astucia con la que sorprende en Palestina un concilio y en Roma á un gran sucesor de Pedro. A pesar de todo, el error no triunfa, su autor no logra sorprender á Agustin, instrumento de que

(1) S. Hieron. Dial. 3 contra Pelag.

se valió Dios para que las puertas del infierno no prevalecieran contra su Iglesia. Los discípulos de Pelagio se retiran á Italia, huyen á Constantinopla y se ocultan en Francia: y Agustin, cual otro Macabeo, los busca, los persigue y triunfa de ellos. El orbe cristiano aplaude su celo y la utilidad de su sabiduría, y al mismo tiempo que Roma mira sus sentencias como oráculos, los Padres le aclaman Doctor, Apóstol y defensor magnífico de la gracia.

Ni esto solo le dió que trabajar á Agustin, pues que su celo le llevó á argüir á unos monges de la Francia á donde habian ido á refugiarse las últimas chispas del voraz incendio de la herejía de los pelagianos. La sabiduría de Agustin disuade del error á aquellos solitarios. Leed, señores, leed con atencion sus magníficas obras tituladas la una *Del don de la perseverancia*, y la otra *Predestinacion de los santos*, y entonces conoceréis cuánto trabajó en defensa de la fé, cuán útil fué su sabiduría.

Agustin habia envejecido en los trabajos, y esto dió motivo á no temer á Juliano, que jóven y atrevido, creyóse suficiente á medir sus armas con el anciano obispo. Publica aquel nuevo hereje escritos llenos de ponzoña y errores, provocando á la lid al santo Prelado, y este le combate en los últimos dias de su preciosa vida escribiendo la que es conocida con el nombre de *Obra imperfecta*, por no haberle durado la vida el tiempo necesario para concluir la.

Compendiemos ahora, señores, en breves palabras las tareas, el celo y los triunfos de Agustin. Su caridad no se contentó solo con glorificar á Dios defendiendo sus eternas verdades: su amor, semejante á aquel que ardia en el corazon de Ezequiel, no se

contiene en su pecho sino que quiere comunicarlo á las personas de toda edad, sexo y condicion, y al tiempo mismo que aquí da regla á los monges, allí edifica monasterios; ora cual otro Esdras recorre las tribus y busca los dispersos de Israel para formar de nuevo el pueblo del Señor; ya combate la herejía, ya predica lleno de celo hasta conseguir desterrar el abuso de las comidas sobre el sepulcro de los mártires; no obstante estas continuas tareas, dedica las horas de la noche para escribir esos hermosos libros en los que vive su memoria, libros tan venerados en la Iglesia como buscados por los sábios. Decidme, pues, señores, ¿qué adelantos no hizo en las ciencias? ¿qué punto dogmático no defendió? ¿qué errores no combatió? ¿qué dejó de hacer en beneficio de la Iglesia, en utilidad de los fieles? ¡Ah! que bien puede esclamar Agustino con razon, que no solo trabajó para él sino para todos los que procuran la enseñanza. Como el mayor apologista de la religion contra los filósofos, déjase ver Agustín en el libro que escribió de *Vera religione*. Como teólogo, en los varios libros que compuso donde trata de todos los dogmas, de todos los ritos y ceremonias: en sus escritos se encuentra un curso completo de teología dogmática, escolástica, espositiva, moral y ascética, escrito con tanta solidez, profundidad y piedad, que le han grangeado con razon los epitetos de Padre de los padres; Doctor de los doctores; príncipe de los teólogos; controversista inimitable; águila de la Iglesia, el mas sábio entre los santos y el mas santo entre los sábios. Con estos honoríficos y gloriosos títulos le nombran San Pedro Damiano, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y el sutil Scoto; este último le cita

en sus obras mas de ochocientas veces, y Tomás de Aquino se gloria en decir que es su discípulo, le respeta como maestro y le alaba sobre todos los sábios. Ved, pues, justificado el móvil que me hizo poner al frente de su elogio las palabras dirigidas por la reina Sabá á Salomon: *Major est sapientia et opera tua, quam rumor, quem audivi.*

Recordad, ahora, señores, su maravillosa conversion, su retiro al claustro, sus austeras penitencias, su humildad profunda componiendo y publicando el libro de sus *Confesiones*, y comprendereis que verdaderamente fué un *sábio humilde*. Contempladle despues sosteniendo guerra á muerte con los enemigos de la Iglesia, observad su continua y fervorosa predicacion, el espíritu que le animó para escribir sus obras, considerad tan solo y por último que nos dejó doscientos veintitres libros, seiscientos noventa y dos sermones llenos de doctrina, doscientas setenta epístolas, sin contar otros varios tratados, ni hacer mencion de otros libros que se han oscurecido, y reconociendo el bien que con ellos ha causado á la Iglesia, no dudareis que fué un *sábio útil*. Contemplad bajo un solo punto de vista sus heróicas virtudes y su sabiduría, y vereis un sábio cristiano que emplea su ciencia en beneficio de la Iglesia, en su propia santificacion y en la de muchos.

Afortunadamente, señores, el siglo XIX en que vivimos no es el siglo de las herejías, pero no por eso deja de cubrirse la Esposa de Jesus con vestiduras de dolor á causa de la incredulidad de muchos de sus hijos. No existen, es verdad, esos herejes que públicamente combaten el dogma, pero no por eso dejan de existir sociedades secretas donde se jura ódio eterno á Dios y á sus ministros: de aquí y de estos

combinados esfuerzos nacen las robustas raíces que trastornan los estados, agitan las sociedades y hacen temblar á los reyes en sus tronos. La corrupcion de las costumbres desvia á la juventud del cumplimiento de sus deberes religiosos, entrando así insensiblemente en el estado de indiferencia que conduce necesariamente al desprecio, del que nace la incredulidad. ¡Ah! necesario sería que pareciese de nuevo Agustin entre nosotros, que penetrase con su elocuente voz en todas partes, y principalmente en aquellas grandes asambleas donde sus obras no son leídas, que hiciese conocer á todos sus deberes, para que no caminasen los hombres por la senda de la perdieion eterna.

Cristianos, desengañaos de una vez. No hay felicidad fuera del cristianismo. Observad las naciones que se apartan de Dios, que menosprecian la Iglesia, se dividen en fracciones y las vereis desoladas y empobrecidas. Es constante el oráculo divino. Sin salir de nuestra España, abrir la historia y admirao. Cuando nuestros Padres eran verdaderamente católicos, cuando se amaban los Reyes, se respetaba la Religion y se veneraban sus ministros, cuando los españoles no tenían mas que un Dios, un Rey, una voluntad, entonces ¡ah! ¿qué sucedia? que reinaba la paz, esa dulce paz, que viene de Dios y no del mundo; habia felicidad, abundancia, y por su poder y por lo dilatado de sus dominios era España respetada de propios y extranjeros, ¿Y qué remedio hay para volver á aquel feliz estado? ¿qué bálsamo será á propósito para cicatrizar las llagas que corroen las entrañas de la sociedad? No otro que estudiar las obras de Agustino y practicar su doctrina. Reyes y

gobernantes de la tierra, acercaos á Agustin, leed sus obras y quedareis iluminados, *accedite ad eum et illuminamini*. Para todos escribió. Leedlas, pues, y aprendereis á guiar á los pueblos por el camino de la felicidad. Sabios prelados de la Iglesia *accedite etc*, acercaos á él y tambien sereis iluminados: en sus obras encontrareis el modo de dirigir vuestros rebaños con tino y con acierto: tomad su doctrina, y entonces conoceréis la necesidad de proveer á la Iglesia de ministros útiles, porque ¡cuánto mal resulta á la religion y al estado esa facilidad de conferir órdenes, sin tener en cuenta si los que las solicitan son ó no llamados de Dios, si entran en la Iglesia para sostenerla con sus doctrinas ó para socabar sus cimientos con su mal ejemplo y su conducta! Hombres todos de la tierra, acercaos á Agustin, *accedite etc.*, leed sus obras, pues que en ellas encuentran instruccion, el Pontífice, el Magistrado, el hombre, en suma, de cualquier estado. Y vosotros trastornadores de oficio, que no encontrais el medio de conciliar la religion y la sociedad, leed en su libro del *Combate cristiano*, en los que escribió contra los donatistas, y particularmente en el segundo, y vereis con exactitud señalados los justos límites entre el sacerdocio y el imperio, y concluireis de una vez tantas disputas ó al menos aprendereis á discutir sin lastimar la caridad.

Y vos ¡oh gran Padre San Agustin! que hoy gozais en el cielo el premio de tantos trabajos apostólicos, alcanzadnos la divina gracia, esa gracia de que fuisteis magnífico defensor, á fin de que os sigamos en la doctrina y en la práctica de las virtudes, con las cuales seamos felices en el tiempo y en la eternidad. Amen.

SERMON PANEGIRICO
PARA EL DIA DE SANTA ANA,
MADRE DE NUESTRA SEÑORA.

Laudabo nomen tuum assidue et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.

Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimiento de gracias, porque mi oracion fué oída, y me libraste del oprobio.

Eccli. cap. LI.

Al modo que cuando el Evangelio hace el elogio de la Bienaventurada Virgen María, usa de estas lacónicas espresiones: *María de la cual nació Jesus que se llama Cristo*, así el mas perfecto panegirico de la Santa cuya fiesta celebramos, podríamos concretarlo á estas breves palabras: *Ana, Madre de la Bienaventurada Virgen, que lo fué de Jesus*. Toda la elocuencia de los mas célebres oradores que han sido la admiracion del mundo por la brillantez con que supieron espresar sus pensamientos, no pudieron espresar mas elevados conceptos en menos número de palabras.

En efecto, ilustre y muy venerable hermandad y piadoso auditorio: Si el mérito de los hijos es la

mayor gloria de los padres, bástanos fijar la atencion en el sublime destino de la augusta hija de Ana, contemplar el piélago de gracias con que fué adornada y enriquecida, su altísima dignidad de Madre de Dios, para que vengamos en conocimiento de la santidad y los merecimientos de la ilustre hebrea, esposa de Joaquin, que produjo de su seno tan fecundo fruto. Tenemos, sin embargo, mucho que admirar y no poco que aprender en la vida de la gloriosa Santa Ana. Habia pasado sus dias en el ejercicio de las virtudes: su alma se elevaba de continuo hácia su Dios, y la alimentaba y nutria con el celestial alimento de la oracion.

Por muchos años hubo de sufrir con paciencia y sin exhalar una queja la esterilidad, que era mirada en el pueblo de Israel como un oprobio. Ella devoraba en silencio la profunda pena que le afligia, viendo casi perdida la esperanza de que de su raza pudiera surgir el suspirado Mesías. En su humildad llegó á creer si no seria digna de honor tan encumbrado. ¡Todo estaba escrito en el libro de oro de los destinos de la humanidad!... La oracion del justo sube siempre al cielo en olor de suavidad; y Dios se dignó oír la de la Esposa de Joaquin. Hallábase en edad avanzada, cuando dispuso el Señor que concibiera en su seno á aquella Virgen venturosa que viera Isaiás á través de los velos del tiempo: aquella que habia sido anunciada bajo mil símbolos y figuras en las páginas del Testamento antiguo, de la que fueron representacion y anticipadas figuras las ilustres heroínas del pueblo de Israel; aquella mujer, en suma, en cuyo seno virginal habia de obrarse un día el gran prodigio de la Encarnacion del Divino Verbo.

¿A qué mejor recompensa podía aspirar la bendita Ana por sus pasadas angustias? Dios fijó sobre ella su mirada y la colmó de bendiciones concediéndole fecundidad tan dichosa.

¿Quién, señores, no comprende toda la grandeza de Santa Ana? Creo poder decir que esceptuando á su augusta Hija la Virgen María, no ha existido otra mujer mas santa que ella. Me fundo en la doctrina del angélico Doctor, que dice que si hubiese habido una mujer mas santa que María, esta no hubiese sido digna de ser Madre de Dios. Así podemos creer que si hubiese habido otra mas santa que Ana, esta no hubiese sido digna de ser Madre de María, de la que habia de nacer el Unigénito del Padre, engendrado de toda la eternidad.

Sin que tratemos de investigar los designios de Dios en orden á la eleccion de Santa Ana, para abuela segun la carne del Hijo de Dios, vamos á descubrir sus merecimientos en la resignacion con que supo sufrir su esterilidad, y en el premio que recibió en su admirable fecundidad. A mi me parece oírla exclamar en el dia de su dicha: «Alabaré ¡oh Señor, continuamente tu nombre, y le celebraré con himno de gracias, porque mi oracion fué oída y me libraste del oprobio.» *Laudabo momentuum assidue, et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.* ¡Ojalá que su ejemplo nos haga dignos de los favores del Señor, y aprendamos á estimarlos y agradecerlos en lo que valen!

Tengo propuesto el plan y objeto de la presente oracion panegirica. Para que dignamente pueda yo desenvolver la idea que me he propuesto, imploramos los auxilios de la gracia, por la intercesion po-

derosa de la augusta hija de Joaquin y Ana, Madre de Dios y Señora Nuestra, saludándola reverentes con la espresiones del Ángel. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Clamaba el pueblo de Israel por la venida del Mesías: la sinagoga elevaba continuos votos al cielo, de suerte que de tanto pedir habia enronquecido. Cielos, exclamaban sin trégua ni descanso, enviad el rocío de lo alto, y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y brote al Salvador (1). ¡Cuándo vendrá el deseado de las naciones!

Todo daba á comprender que era llegado el tiempo de la realizacion de las promesas: se estaba cumpliendo la profecía de Jacob, pues que el cetro de Judá habia pasado á una mano extranjera, y cada dia se hacia mas vehemente el deseo de que apareciese sobre la tierra el Sol divino de Justicia, que la habia de iluminar, dando al mismo tiempo al hombre su libertad perdida. ¿Cuál será la familia feliz, la raza venturosa que producirá al Mesías? Este era un secreto incomprendible á la débil razon humana. Las mujeres israelitas suspiraban por tener sucesion, porque todas aspiraban á la alta honra de ver surgir de su descendencia al Mesías. La estéril lloraba amargamente, viendo en su desgracia un oprobio, y así nos admira el ver que Thanías quisiera juntarse á su suegro valiéndose de la ficcion y del engaño, esperando por este medio el conseguir la dicha de tener un hijo.

(1) Isaiás cap. XLV. v. 8.

En la pequeña villa de Nazareth, cerca del monte Carmelo, vivia un santo matrimonio, cuyas principales ocupaciones eran la práctica de las virtudes. En nada se habian separado del cumplimiento de la ley, y en su retiro y soledad vertian lágrimas de dolor, que no eran producidas por la consideracion de verse reducidos á estado de estrechez, no obstante ser de elevado origen, sino por los males que pesaban sobre el pueblo donde habian llovido tantas bendiciones del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Este matrimonio tan rico en virtudes era Joaquin y Ana, ilustres personajes elegidos en la mente divina para los mas altos fines. Fijemos hoy nuestra atencion en Ana, la célebre nieta de Natham, pues que á ella consagra la Iglesia la presente festividad.

Es, señores, una verdad bíblica, que las almas justas deben probarse en la humillacion como el oro en el crisol (1). Ana era aceptable á Dios: sus virtudes subian al cielo en olor de suavidad. ¿Cómo habia de estar exenta de tribulacion? ¿Cómo no habia de experimentar humillaciones? El estado de Israel era el mas deplorable: aquel pueblo do habian surgido iluminados profetas que anunciaran los grandes sucesos que se habian de realizar en la plenitud del tiempo, ilustres patriarcas y privilegiados justos: aquel pueblo tan favorecido por Jhowah, escogido para ser el depositario de las promesas y al que el Señor habia entregado por manos de Moisés las táblas de la Ley; aquella porcion privilegiada que tan repetidas veces habia sido bendecida, y que fué ob-

(1) Quoniam in igne probatur aurum et argentum, hominis vero receptibiles in camino humiliationis. Eccli. cap. II, v. 5.

jeto de los mas señalados favores, sufría bajo el yugo de una dominacion extranjera, viendo empañado el esplendor del Santuario é interrumpido su culto. Las almas justas sentian un vivo dolor. Tocaban á su término las setenta semanas de años, señaladas por Daniel: el cetro de Judá habia pasado á extrañas manos, todo lo cual anunciaba que era llegada la época de la realizacion de la gran promesa. La virtuosa Ana, devoraba en silencio las mas amargas penas, y bebia resignada la copa de la tribulacion. Ya hemos dicho, que estas amarguras en que rebosaba su bendita alma, no reconocian por causa el humilde estado en que se encontraba, no obstante el brillo de su cuna, pues que pertenecia á la familia proscripta de David. No podia ser causa de turbacion para aquella mujer fuerte que miraba el mundo como un lugar de tránsito. Quédese en buen hora para los mundanos el verter lágrimas de desconsuelo, cuando ven eclipsado el esplendor en que se mecieran y se ven obligados á vivir reducidos en la estrechez. Ana ni para mientes, ni hace la menor reflexion sobre estos asuntos que no pueden preocupar á almas sublimes que nada tienen de vulgares. Lloro si sobre los desastres que pesan sobre su escogido pueblo, y lloro tambien porque el cielo se niega á concederle el gran consuelo de la maternidad. Su esterilidad, le hacia perder toda esperanza que de su sangre pudiera surgir el Salvador de Israel. ¡Oh que pena para la santa matrona! Veia pasar los tiempos: habian desaparecido los hermosos dias de su juventud: tocaba al otoño de su existencia, y el árbol de su vida casi se disponia para arrojar sus ojos secas sobre la tierra. ¡Ni la mas re-

mota esperanza le hacia creer que habia de recibir la suspirada bendicion!.. A través de tales angustias, su fé no flaquea; se resigna con la voluntad divina, y mira como un castigo lo que no era otra cosa que una prueba que el Señor hacia de su virtud para premiarla con largueza.

En este estado, dice un Padre, resalta admirablemente en ella la humildad, pues que dirigiéndose al Eterno, le suplica diariamente y en fervorosa oracion, que conceda á su pueblo la dicha porque tanto suspira de ver á su libertador.

Sonó por fin en el reló de la eternidad la hora señalada para que fuese concebida aquella mujer anunciada en el Paraiso que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente; la que en la mente divina habia sido concebida de toda la eternidad; la estrella brillante que habia de preceder al Sol divino de justicia; en una palabra, la angelical María en cuyo favor se habian de abrir los tesoros de las gracias para que pudiese ser digna Madre del Dios que se habia de humanizar para salvar al hombre. Ana despues de tantos años de esterilidad es fecundada. Su tristeza se ha trocado en gozo y regocijo, y bendice el nombre del Señor, con hacimiento de gracias, porque habiendo sido oida su oracion se vió libre del oprobio de la esterilidad: *Laudabo nomen tuum assidue, et collandabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.*

¿Quién podrá espresar, señores; el júbilo de la ilustre nieta de Natham, al verse bendecida por el Señor? Rebosando su corazon en las mas dulces expansiones, esclama de este modo: «Cantaré alabanzas á Dios mi Señor, por que se ha dignado visitarme

y desviar de mí el oprobio de mis enemigos, dándome el fruto de la justicia que se ha de manifestar en su presencia. ¿Quién anunciará á los hijos de Rubens que Ana está lactando? Oigan, oigan este acontecimiento las doce tribus de Israel (1).»

Yo contemplo ya á la gloriosa Santa Ana, teniendo entre sus brazos á la angelical María. Ella misma no comprende todavía la preciosidad de la dádiva que el cielo la ha concedido porque ignora que tiene entre sus brazos el precioso Tabernáculo donde ha de encerrarse la Divinidad, el reclinatorio de Dios, y el Archivo de sus secretos. Dichosos y mil veces felices Joaquín y Ana, esclamaré yo aquí con el Damasceno, por cuyas virtudes os hicisteis acreedores á la incomparable honra de engendrar á la que es honor de la virginidad, al tesoro de las gracias, al abismo de las perfecciones, al compendio de los prodigios de Dios Omnipotente, la maravilla nueva y nunca vista sobre la tierra (2). Bienaventurada eres ¡oh Ana! y bienaventurado el fruto de tu vientre. Todas las generaciones te colmarán de bendiciones porque nos diste á la Virgen venturosa destinada para darnos al Salvador.

¡Qué grandeza puede ya compararse con la de Ana! Corred en buen hora, vosotros apasionados del mundo, en busca de esas grandezas y de esos honores que halagan vuestro apetito: buscad afanosos esas riquezas con las que creéis poder rodearos de felicidad, sin atender á su poca duracion, por la

(1) Una antiquísima tradicion nos ha trasmitido estas palabras con las cuales se dice dió gracias á Dios la madre de la Virgen, al ver que habia cesado en ella el oprobio de la esterilidad.

(2) S. Joan. Damas Orat. de Nat. B. M. V.

brevidad de la vida: vuestra grandeza es ficticia, y tan veloz como la luz del relámpago. No querrais compararos con Ana cuya grandeza es eterna: su tesoro es la preciosa Niña que le ha concedido el Omnipotente y que está llamada al mas sublime de los destinos. En esa angelical criatura fruto del seno de la Esposa de Joaquin, han de realizarse los designios misericordiosos de Dios para con la humanidad. ¿La veis en brazos de su virtuosa madre, llena de candor, de gracia y de hermosura? Ella es el principio de las bondades de Dios para con los humanos: su anuncio fué envuelto con el del Reparador, y el cielo no se unirá á la tierra; el hombre no verá rotas las cadenas de su esclavitud, no aparecerá sobre la tierra el suspirado Mesías sin que ella dé su consentimiento para que en su seno virginal se verifique el gran prodigio de la union hipostática de ambas naturalezas en la Persona del Verbo: ella tomará despues una gran parte en la Redencion humana, pues que cual sacerdotisa ofrecerá al Eterno en el Calvario el fruto de sus entrañas. ¿Y todas estas glorias no vendrán á resplandecer en su dichosa Madre?

Mas no hemos dicho aun todo lo que forma la verdadera grandeza de la bienaventurada matrona, objeto de los presentes cultos. María es Madre de Dios: luego Ana es abuela segun la carne de este mismo Dios que se hizo hombre por salvarnos. ¡Qué relaciones tan íntimas con la Divinidad! Hed aquí por que los padres y doctores de la Iglesia han agotado todo el caudal de su elocuencia para colmar de bendiciones á la ilustre Madre de María.

¡Qué admirablemente fué recompensada, su hu-

mildad profunda y aquella resignacion con que supo soportar el oprobio de su esterilidad! Dios que oye siempre las oraciones de los justos, escuchó benigno las de Ana, concediéndole fruto tan bendito. Con cuanta razon pudo esclamar en el dia de su dicha: «Alabaré continuamente ¡oh Señor! tu nombre y le celebraré con nacimiento de gracias, por que mi oracion fué oida: y me libraste del oprobio.» *Laudabo nomen tuum asidue, et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.*

¡Cuán sublimes se presentan á mis ojos las virtudes de la gloriosa Santa Ana! Amaba tiernamente á su hija: reconocia los dones celestiales que en ella resplandecian, y no podia menos de observar un prodigio de la gracia al verla desde su mas tierna infancia con perfecto uso de razon. Asi pues si cuando teniendo la Santísima Virgen tan solo tres años de edad, quiere entrar en el Templo para consagrarse al servicio del Señor con las otras doncellas que allí vivian al cuidado de los sacerdotes y maestros, Ana en compañía de su esposo Joaquin la conduce, desprendiéndose sin repugnancia de aquel precioso tesoro que formaba las delicias de su corazon maternal. Daba á Dios lo que de Dios habia recibido.

Quedaba aun á la ilustre matrona, pasar un nuevo trago de amargura antes de bajar al sepulcro: tuvo que presenciar la muerte de su esposo San Joaquin. Amábale con la mayor ternura profesándole veneracion y respeto, porque conocia sus altísimas virtudes. Recibió su último suspiro, y si pagó á la naturaleza el tributo de sus lágrimas, recibió aquella pena con la mayor humildad y resignacion conformándose en

todo con la voluntad de Dios. Al poco tiempo debía ella tambien dejar esta vida mortal y su alma debía pasar al seno de Abraham para esperar en compañía de la de su feliz esposo y demas justos el gran dia en que á virtud de la Redencion habian de abrirse las puertas de los cielos.

María vivia en el colegio del Templo, pero Dios quiso, en sentir de una piadosa escritura (1), hacer un nuevo prodigio para premiar la virtud de su sierva. Por ministerio de los ángeles fué María trasladada desde el templo á la morada de su madre moribunda, sin que fuese notada su falta, por sustituirla durante su ausencia un ángel, tomando su figura.

La Virgen María, colocada al lado de su madre, la consoló con las mas dulces palabras, y la santa matrona, llena del mayor gozo, entregó su espíritu en brazos de su bendita Hija, dejando esta vida cuando contaba cincuenta y seis años de edad, teniendo doce la Santísima Virgen y llevando nueve de permanecer en el templo.

¡Dichosa Santa Ana! ¡Cuán inestimables bienes ha reportado el mundo de su singular y portentosa fecundidad! Con razon el cristianismo la saluda entusiasmado, llamándola bienaventurada por haber concebido y dado á luz esa divina Niña, de la cual nació Jesus que se llama Cristo. Su muerte feliz fué consecuencia de una vida llena de virtudes y de merecimientos.

Si nosotros, mis amadísimos hermanos, imitéramos el ejemplo de la gloriosa Santa Ana, si á imitacion suya nos resignáramos en nuestras tribulaciones;

(1) M. Agreda. Mistica ciudad de Dios. Part. 1.ª lib. II.

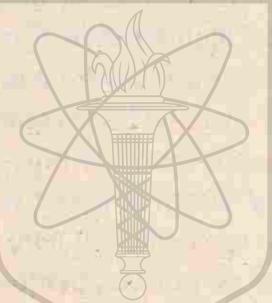
si fuéramos humildes recibiendo como regalos de la Providencia los trabajos y las aflicciones de la vida, nos haríamos acreedores á los favores del Señor, estimándolos y agradeciéndolos en lo que valen. Hagámoslo así, y mereceremos la proteccion de nuestra Santa, cuya grande intercesion no puede ponerse en duda, atendidas sus relaciones con el Señor, por ser Madre de la Madre de Dios. Ella, si la imitamos en sus virtudes, nos alcanzará los divinos auxilios, que nos sacarán á salvo de en medio del embravecido mar de las pasiones mundanales: nuestras oraciones subirán al cielo en olor de suavidad, y á vista de los favores celestiales que recibiremos, podremos tambien repetir las espresiones con que abrí y cierro el presente discurso: «Alabaré continuamente ¡oh Señor! tu nombre y le celebraré con hacimiento de gracias, porque mi oracion fué oida: y me libraste de la perdicion.» *Laudabo nomen tuum assidue et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. El liberasti me de perdicionem.*

Que por tu intercesion ¡oh gloriosa Santa Ana! y la de tu Santísima Hija María Nuestra Señora, alcancemos del Señor los auxilios necesarios para imitar tus virtudes en la tierra y poder de este modo ser participantes de la eterna bienaventuranza. Amen.



SERMON PANEGIRICO

DE
SAN ANDRÉS APÓSTOL.



*Venite post me et faciam vos fieri, pisca-
tores hominum.*

Venid en pos de mí, y os haré pesca-
dores de hombres.

Math. cap. IV, v. 19.

La hija del cielo; la religión católica que nació y se robusteció á través de las mas terribles persecuciones, no ha dejado un solo momento en el trascurso de cerca de diez y nueve siglos que cuenta de existencia, de ser objeto de luchas y combates: la herejía por una parte, y por otra el filosofismo, han hecho los mayores esfuerzos á fin de destruir una fundación á la que el mundo debe la civilización y la verdadera libertad. Sin embargo, los mismos enemigos de la Iglesia hánse visto obligados á pesar suyo á confesar que á ella es debida la moralización de las costumbres, el haberse mitigado el rigor de las leyes, y el haber aprendido los hombres á ser humanos y caritativos amándose como hermanos.

Ahora bien, señores; ¿cómo es que una institución contra la cual se han levantado en todos los siglos las

mas encrespadas olas de las persecuciones, subsiste tan gloriosa y tan triunfante? ¿Cómo es que mientras desaparecen los mas florecientes imperios y caen por tierra los mas sólidos tronos, la Iglesia se presenta coronada de gloria á la faz de los pueblos y naciones? Esto debia bastar al incrédulo para doblar su cerviz y reconocer la mano de Dios en esa obra tan sólida y tan fuerte, que resiste sin conmoverse ni bambolearse sobre sus cimientos los grandes esfuerzos de los hombres por destruirla.

A pesar de esta elocuente demostración, aun hay hombres que permanecen ciegos y que se resisten á someterse á esta Iglesia, á la que temerariamente persiguen. ¡A cuántas aberraciones está sujeta la menguada inteligencia humana! Justamente cuando hoy debo hablaros de los trabajos apostólicos de uno de los fuertes heraldos del crucificado del Gólgota, de uno de los elegidos por Jesucristo para que llevarsen la gloria de su nombre hasta los últimos confines de la tierra, de Andrés, en suma, que supo confundir con la sabiduría del Evangelio toda la ciencia del paganismo, he de presentaros necesariamente el cuadro de las maravillas que acompañaron en su fundación á la Iglesia de Jesucristo, en el que encontrareis las mas claras y luminosas pruebas de su verdad y de la divinidad de su Fundador.

¿Habeis oído, mis señores, las palabras con que he abierto el presente discurso? «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.» Tales son las expresiones que Jesucristo dirige á Simon y Andrés, pobres pescadores que se ocupaban en arrojar sus redes al mar. Feliz Andrés que en compañía de su hermano tuvo la gloria de ser el primero llamado al Apostolado para

ser testigo de la predicacion y de los milagros del Salvador, y ser despues uno de los continuadores en la gran obra de la conversion del mundo. ¡Cuán fielmente supo corresponder á la vocacion divina! Por seguir á Jesucristo todo lo abandona sin examinar lo que se le ofrece en aquella nueva escuela. Discípulo fiel, predicador celoso y mártir de la religion, fué un verdadero discípulo del Salvador, digno de la corona de gloria que le enaltece en el cielo, y de los cultos que se le consagran en la Iglesia.

Vamos, pues, á recorrer aunque con rapidez sus hechos admirables, á seguirle en su predicacion y á contemplarle en el martirio, y al par que admiraremos el celo del Apóstol y la fortaleza del mártir, veremos demostrada la verdad de la religion cristiana por las maravillas de su establecimiento.

Imploremos los auxilios divinos por la mediacion de la Reina de los apóstoles, María, Señora Nuestra, saludándola con las palabras del ángel: *Ave Maria*.

PARTE UNICA.

Cuando el mundo habia llegado al mayor grado de abyeccion posible: cuando el verdadero Dios era tan solamente reconocido y adorado en un rincon de la Judea, postrándose el resto de la humanidad ante inmundos ídolos: cuando el mundo de la razon y de la intelijencia se hallaba envuelto en el negro manto de los mas groseros errores, pues que eran desconocidas las grandes nociones de Dios, de su Providencia vigilante y de su Justicia eterna, llegó el tiempo designado por los Profetas y apareció entre los hombres, hecho hombre el que era Hijo de Dios

desde la eternidad. Dios mismo, uno Dios con el Padre y el Espíritu Santo. Era el prometido desde el Paraiso: luz verdadera cuyo destino era iluminar á todo hombre que viene á este mundo. Nació en la humildad de un pesebre, donde fué alabado por los ángeles y adorado por reyes y pastores. Creció en el seno de una familia desvalida y llegado que fué el tiempo de llenar su altísima mision entre los hombres, empezó á recorrer los pueblos de la Judea, predicando una doctrina santa, celestial, divina, pero hasta entonces desconocida. La doctrina de Jesus basada toda ella en la ley de la caridad, debia sustituir á las leyes del egoismo que dominaban la sociedad humana.

Quiso, pues, el Salvador rodearse de discípulos que fuesen testigos de su celestial enseñanza, como así mismo de sus repetidos prodigios para que continuasen despues de su sacrificio, la obra de la regeneracion social, siendo al mismo tiempo los primeros heraldos de la Cruz. Si Jesucristo no hubiera sido un Dios: si como quieren el judío Salvador y el impío Renan, no hubiese sido otra cosa que un gran filósofo, un hombre de superior talento, puesto al frente de una revolucion moral, que llevaba en pos de sí el trastorno de todo el orden social, hubiese acudido en busca de discípulos al Areópago, al Pórtico ó al Liceo: se hubiese rodeado de hombres sábios, reconocidos en la república de las letras, y suficientes por la reputacion de que gozaran para influir en todos los ánimos. La verdad no necesita tales recursos: las obras de Dios son en todo diferentes de las obras de los hombres. Por esto Jesucristo busca á los que han de predicar su doctrina, no en las escuelas

de la sabiduría humana, sino en las orillas del mar: pobres pescadores, sin reputación entre las gentes, sin más bienes que sus miserables barquillas, ni más trato que con los compañeros de su oficio, son los llamados á luchar con los filósofos, á destruir los vicios á los cuales se erigian altares, y á mudar las leyes del mundo, sin protección alguna de príncipes ni magnates.

Entre estos Apóstoles, predicadores de la verdad, se cuenta el glorioso San Andrés: su fé heroica confundió la incredulidad de los cristianos de nuestros días. ¿Qué vió nuestro Apóstol en Jesucristo, para determinarse á seguirle desde el momento en que le conoce? ¡Ah! Que lleno de fé, penetró la divinidad por entre los velos de la carne. No fué un fanático seducido por halagüeñas promesas, puesto que el Salvador, solo ofrecía á sus discípulos luchas y contradicciones. Fué llamado y correspondió con fidelidad al llamamiento divino. Pasaba un día el Salvador por delante del Precursor Juan Bautista, y éste al verle exclamó dirigiéndose á sus discípulos: «¡Ved ahí el Cordero de Dios!» Andrés oye estas palabras, fija sus ojos en el rostro del divino Nazareno, y le dice: «Maestro ¿dónde moras?» Y acompañándole á su morada, permanece con él todo el día. Bastó, pues, la insinuación del Bautista para que Andrés reconociese en Jesucristo al Mesías libertador, y fué suficiente este reconocimiento para amarle y entregarle su corazón por completo. ¡Qué efecto tan admirable obró la gracia, durante el tiempo que permaneció al lado del Señor, escuchando su doctrina! Lleno de fé, impulsado por la caridad que ya habia tomado posesión de su corazón, apenas se separa de Jesús, corre

presuroso en busca de su hermano Simeon, al cual comunica la agradable nueva de que ha visto al Mesías, llevándole á él á fin de que participase de su misma felicidad.

¿Y cuál es ya la misión de Andrés desde el momento en que se asocia á Jesucristo? ¿Cuál es su destino? El mismo Salvador se lo dijera un día cuando en compañía de Simeon echaba las redes en el mar de Galilea. «Venid en pos de mí: y os haré pescadores de hombres.» Es decir: en adelante vuestro oficio no será ya pescar los peces, sino convertir á mí los hombres, enseñándoles mi doctrina.

En efecto: al primer sonido de la voz divina del Mesías, Andrés se hace amigo, discípulo y compañero de sus glorias y fatigas, sin examinar lo que se le ofrece en la escuela de un Dios-Hombre: sin parar mientes en el odio de los escribas, ni en el desprecio de los grandes: une voluntariamente su suerte á la de aquel que le habia dicho: «Ven en pos de mí y te haré pescador de hombres.»

Más tarde Jesucristo, cuya vida pública habia sido un encadenamiento de prodigios, es perseguido por aquellos mismos que participaron de sus beneficios. Las profecías debían cumplirse, y el Salvador cayó voluntariamente en manos de sus enemigos. ¿Titubea por esto la fé de Andrés? ¿Créese engañado y vuelve las espaldas al que con tanta prontitud y constancia habia seguido? Esto hubiera sido efecto de una fé tibia, pero no de una fé viva, eficaz, robusta cual la que ardia en su pecho. Jesús muere en un patíbulo de afrenta cual un facineroso, siendo la santidad por esencia. Andrés llora por la muerte de su soberano Maestro, recuerda de continuo sus pala-

bras, y espera confiado que resucitará de entre los muertos como lo había anunciado.

Era llegada la hora en que el Evangelio debía ser anunciado por todas partes: Jesucristo, despues de resucitado y antes de subir á los cielos, había dicho á sus discípulos: «Id por todo el mundo y predicad el santo Evangelio á todas las criaturas, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Los Apóstoles estaban prontos para cumplir el soberano mandato. Nada podía arredrarles: habían visto á Jesus resucitado, habían escuchado su voz, é inflamados por el fuego de la caridad, deseaban ser víctimas inmoladas por la verdad evangélica. Así es que apenas el Espíritu Santo descendió sobre ellos, se separaron unos de otros para hacer resonar en los diversos países del mundo la trompeta evangélica. El nombre de Jesucristo crucificado es conocido en Macedonia por la predicacion de Mateo: Bartolomé en Lycaonia, y en Babilonia Tadeo, triunfan del error, y mientras Santiago el menor predica en Mesopotamia, se descubren los grandes triunfos de Tomás en la India y los de Felipe en la Frigia, así como las rápidas conquistas de Simon en Egipto y de Matías en Judea. Empero dejemos á estos apóstoles trabajar con santo celo en la propagacion del Evangelio, y sin detenernos en contemplar al Príncipe de todos ellos evangelizando en Roma, á Juan en Asia y Santiago el mayor en nuestra España, fijemos nuestra atencion en el héroe de los presentes cultos, en Andrés, destinado á predicar en Acaya. ¿Se contenta por ventura en hacer reconocer á Jesucristo en un solo pueblo? No: él parece que multiplica su presencia. A su voz caian por todos los pueblos por

donde pasaba los altares de los ídolos. Su predicacion producía tal fruto, que sus oyentes detestando los errores, corrian presurosos á alistarse en las banderas de Jesucristo: y allí, donde poco antes existieran monumentos de un culto sacrilego, se ostenta triunfante el estandarte de la cruz. Y qué, ¿á vista de los triunfos que consigue no podremos decir que fué Andrés un héroe admirable de virtud, que cumplió perfectamente los deberes de su ministerio?

Así es, señores, pero fijemos nuestra atencion si quiera sea por breves momentos en las maravillas que acompañaron á la estension del Evangelio. Ya hemos visto que Andrés, como los demas apóstoles, eran unos hombres pobres, que emprendieron la predicacion sin contar con apoyo alguno humano. ¿Cómo, pues, tuvieron tanto ascendiente para atraer á sí los pueblos enteros, destruyendo los errores, propagando nuevas doctrinas y llevando á cabo la revolucion moral mas extraordinaria que vieran los siglos? En primer lugar, ellos no se hubieran atrevido á emprender tal empresa si no hubiesen visto á Jesucristo resucitado, y Jesucristo no hubiera resucitado no siendo Dios verdadero, al tiempo mismo que verdadero hombre. Sabian, pues, que era divina la doctrina que predicaba, y nada les importaba morir por la verdad. Los milagros confirmaron su predicacion, y esto á no dudarle era un gran apoyo para que fuesen recibidos y escuchados. Acaso ¿fueron debidos los triunfos de la predicacion de los Apóstoles á la brillantez y hermosura de la doctrina que enseñaban? ¡Ah! Que si los judíos esperaban un Mesías, como quiera que acomodaban á sus caprichos las profecias de la Escritura, creian que había de venir rodeado

de pompa y de majestad, y no podían acomodarse á la idea de un Mesías nacido en la pobreza, sin aparato alguno mundano. La doctrina evangélica predicada por los discípulos de Jesucristo, se oponía completamente á las costumbres arraigadas y á los usos establecidos: no podía bajo ningún concepto halagar los corazones por cuanto prescribía la mortificación, el ayuno y la penitencia. Sin embargo, y á pesar de de todo esto y de las terribles persecuciones que se levantaban para concluir con el naciente cristianismo, éste, como el grano de mostaza, crece y se convierte en árbol corpulento.

Estos son milagros, señores, que no podría hacerlos jamás la ciencia humana. Hacer que los hombres abandonen sus creencias, que se postren ante una Cruz, que reconozcan y adoren como único y verdadero Dios al que había muerto con la nota de infamia; hacer, en suma, que acepten un código en el que se prescribe abnegación y sacrificio, y esto á hombres carnales, no acostumbrados á negar capricho alguno á sus pasiones, bien comprendéis que es obra de Dios y no del hombre.

Era necesario que los que habían de llevar á cabo esta obra admirable á todas luces de la conversión y civilización del mundo, fuesen dotados de sabiduría celestial, y este don lo concedió el Señor á los Apóstoles que en el instante de descender sobre ellos el Espíritu Santo en el Cenáculo, quedaran trocados de rústicos é ignorantes, en sábios que supieron confundir la arrogancia presuntuosa del siglo. ¡Oh como resplandece esta sabiduría celestial y divina en nuestro santo Apóstol! Lleno de fé y deseoso de cumplir con la mayor exactitud el precepto del soberano Maestro.

«Id y enseñad á todas las gentes» recorre los pueblos de la Judea, predicando á Jesucristo, á aquel mismo Jesucristo que había muerto crucificado en la cresta del Gólgatha por verdadero Dios. Verdad es que el Sinedrio quiere poner un candado en sus labios y le amenaza para que no continúe en su predicación, y la Sinagoga amotinada le persigue. Pero ¿qué podrían importar á Andrés las persecuciones, las amenazas ni la muerte? El sabía que no podía esperar otra cosa que contradicciones, afrentas y suplicios, pero su mayor gloria la cifra en ser digno discípulo del soberano Maestro, y en dar su vida en defensa de su doctrina.

El corazón de Andrés inflamado por el fuego de la caridad no se hallaba satisfecho y á serle posible quisiera haberse hallado al mismo tiempo en todos los pueblos de la tierra para acrecentar el rebaño de Jesucristo. En alas de esta misma caridad vuela de una en otra parte, y después de haber evangelizado en la Judea recorre la Tracia, el Egipto y la Scytia. Llega después á Galacia, á Bitinia y en todas partes recoge abundantes frutos de su predicación. Al imperio de su voz caen por tierra desmenuzadas en pequeños fragmentos las estatuas de los dioses, huye como avergonzado el error, triunfa la verdad y el nombre de Jesucristo resuena con gloria, pronunciado y bendecido con entusiasmo por aquellos que antes se postraban ante deidades fe mentidas.

¡Oh! No queráis parangonar las grandes conquistas de los más célebres capitanes del mundo, con las de Andrés y los demás apóstoles. Aquellos se valieron de la fuerza y del terror de las armas, y

estos tan solamente de su palabra, que era la palabra del mismo Dios.

En los oídos de Andrés resonaban de continuo aquellas memorables palabras que á él y á su hermano dirigiera el Salvador al llamarlos al Apostolado: « Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. » *Venite pos me, et faciam vos fieri piscatores hominum.* Contempladle, señores, en la ciudad de Patras en Acaya, lugar donde consiguió sus mayores triunfos. ¡Oh que pesca tan abundante y milagrosa! Es imposible reducir á guarismos el número de almas que atrajo con su predicación al conocimiento de la verdad. Grandes y pequeños, sábios é ignorantes arrebatados por su don de persuadir y por los milagros con que acompañaba y confirmaba su doctrina volvian las espaldas á sus falsas creencias, recibiendo con docilidad la fé de Jesucristo.

Era necesario, señores, que despues de tantos trabajos y de tan penosas fatigas coronase su apóstolica mision imitando en su muerte al Dios-Hombre que tan fielmente habia imitado en su vida.

El César romano habia dado las órdenes mas terminantes á fin de que en todas partes fuesen perseguidos sin tregua ni descanso los profesores de la doctrina del crucificado, obligando á sus predicadores á callar y á ofrecer adoracion á los dioses del imperio, dándoles á escojer entre hacerlo así, ó morir en crueles tormentos. El procónsul Egeas, era en Acaya el representante de la autoridad imperial, no tardó en apercibirse de la gran revolucion moral que produjo necesariamente la predicacion de Andrés y celoso por cumplimentar las órdenes de Roma, hace comparecer ante su tribunal al esforzado Apóstol

de Jesucristo. No se acobarda este en la presencia del tirano; antes por el contrario siendo preguntado acerca de su doctrina y enseñanza abre sus lábios, de los cuales brota un rico venero de celestial enseñanza. Con una sabiduría admirable esplica los grandes misterios de la Religion, demostrando que Jesucristo á quien los judíos habian crucificado era el verdadero Dios, único que debia ser adorado, y no los dioses del imperio, hechura de las manos de los hombres, y dignos del mayor desprecio.

Con tan divino razonamiento, Andrés anunció su sentencia de muerte. Egeas permaneció en su ceguera, y lejos de dar el menor crédito al Santo Apóstol, ni de convencerse con sus esplicaciones, se llena de furor, queriendo obligarle á que ofrezca sacrificios á los dioses del imperio, amenazándole para ello con la muerte.

No temais que Andrés se intimide ni por un solo momento. Los verdaderos discípulos de Jesucristo no temen á los que solo pueden quitar la vida del cuerpo, sino á Aquel que puede mandar el alma á los eternos tormentos. El fuego del amor de Dios arde en su pecho é inflama su corazon. La sola idea del martirio le llena de gozo y de alegría, y así con el mayor valor y denuedo se afirma y ratifica en cuanto habia dicho, asegurando que jamás ofrecerá los sacrificios que se le exigen á los dioses. Los medios mas crueles se ponen en práctica; pero las cadenas, el hambre, la oscuridad de los calabozos, los azotes, todo lo sufre con resignacion y aun con alegría, bendiciendo al verdadero Dios y suplicándole le concediese fortaleza para sufrir los tormentos. Viendo Egeas que nada puede conseguir del esforzado atleta, manda que le

sea quitada la vida en una cruz. ¡Oh que honor para el fiel discípulo de Jesucristo! Morir y en el mismo suplicio que el Salvador era para él una doble gloria. Sale de su prision, divisa el madero destinado para su suplicio y no experimenta tanto regocijo en su corazon el conquistador, que ceñida sus sienes de laureles, entra triunfante en su patria rodeado de los aplausos y vítores de un pueblo entusiasmado, como siente el alma de Andrés al ver el trono donde había de consumir el sacrificio de su vida. En vano quiere prepararse á su defensa aquel pueblo que merced á sus predicaciones había abierto los ojos á la luz de la verdad y de la fé. Andrés suplica con lágrimas en sus ojos que no traten de privarle de la corona del martirio.

No temais, señores, que la muerte de Andrés y de sus compañeros pueda interrumpir la marcha progresiva de los triunfos del Evangelio. La sangre de los mártires hará brotar nuevos defensores de la verdad, contra la que nada podrán las persecuciones de los hombres.

En el cielo hay preparada una corona para Andrés, y es llegado el momento en que su alma suba á disfrutarla. Los ejecutores de la sentencia amarran fuertemente al leño al Santo Apóstol, y de aquel modo permanece por espacio de dos dias; el pueblo le rodea y él convierte el instrumento de su suplicio en cátedra de la Religion. Con la misma energía que antes, predica á Jesucristo, exhortando á los convertidos á que permanezcan fieles en la fé, y á los demas á que vuelvan las espaldas á todos los errores, á que miren con horror y con desprecio los dioses del imperio, y á que abracen la verdadera religion del Crucificado en la que

únicamente podrán ser salvos. A vista de su última predicacion, de su mansedumbre, de su humildad manifestada en aquel tormento, todos vierten lágrimas, y tratan de librarle de aquel terrible martirio. Pero Andrés digno discípulo del Dios-Hombre que antes de morir pidió á su Eterno Padre perdon para sus enemigos, les exhorta á que no se opongán en nada á lo dispuesto por la autoridad y á que respeten las disposiciones del Señor. Agotadas sus fuerzas y despues de sufrir las mayores fatigas, entregó su alma en manos del Criador, sellando con su sangre la Religion Divina que con tanta fé y constancia había predicado. De este modo concluyó su gloriosa vida y dió fin á sus apostólicas tareas, Andrés, uno de aquellos á quienes dijo Jesucristo al llamarlos al honor del Apostolado: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.» *Venite post me, et facian vos fieri piscatores hominum.*

Creo, mis señores, que al mismo tiempo que habeis tenido ocasion de admirar el celo del Apóstol y la fortaleza del mártir, no habeis podido menos de reconocer la divinidad de nuestra religion santa, atendidas las maravillas que acompañaron á su establecimiento. Hombres pobres, sin reputacion entre las gentes, sin haber cursado academias ni tener conocimiento alguno de la ciencia del mundo, fueran suficientes para llevar á cabo la grande obra que les encomendara Jesucristo de la regeneracion social. Inclinad, pues, vuestras cabezas, enemigos de la religion, y si deseais conseguir la salvacion, no teneis otro medio que acogeros á la nave mística de la Iglesia. Y nosotros todos, que admiramos hoy las grandes virtudes y los trabajos del glorioso apóstol

San Andrés, procuremos imitarle en aquella fé que le condujo al martirio. Hoy tambien la religion perseguida necesita de apóstoles que la defiendan. Seámoslo nosotros, combatiendo unos con la palabra, otros con el buen ejemplo de su vida las doctrinas de la impiedad y del error. Si así lo hacemos, seremos tambien dignos discípulos de Jesucristo, y la recompensa de nuestra fidelidad á su celestial doctrina, será la posesion de la bienaventuranza de la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN BENITO, ABAD Y FUNDADOR ⁽¹⁾.

Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.

Act. cap. VII, v. 20 y 22.

SEÑOR:

No me es nuevo el ejercicio de anunciar la palabra divina, pero al presente confieso que desearia estar adornado del profundo ingenio de un San Juan Crisóstomo, y de la dulzura que fué como un patrimonio exclusivo del Santo Abad del Clarabal, Bernardo. Ojalá me fuese dado imitar á los Bossuets y Masillon, preclaros oradores de la Francia, ó que mi corazon estuviese inflamado por el celo tan laudable como santo que hicieron notables á nuestros insignes varones fray Luis de Granada y de Leon, de cuyos lábios brotaron rico venero de elocuencia, y que al par que campeones intrépidos de la religion, fueron prez y gala del habla castellana. Y no porque redundasen

(1) Pronuncié este discurso á presencia de S. M. el Rey y del Capitulo de Caballeros de Calatrava, en la iglesia de Comendadoras de la misma orden, en Madrid el 21 de Marzo de 1863.

San Andrés, procuremos imitarle en aquella fé que le condujo al martirio. Hoy tambien la religion perseguida necesita de apóstoles que la defiendan. Seámoslo nosotros, combatiendo unos con la palabra, otros con el buen ejemplo de su vida las doctrinas de la impiedad y del error. Si así lo hacemos, seremos tambien dignos discípulos de Jesucristo, y la recompensa de nuestra fidelidad á su celestial doctrina, será la posesion de la bienaventuranza de la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN BENITO, ABAD Y FUNDADOR ⁽¹⁾.

Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.

Act. cap. VII, v. 20 y 22.

SEÑOR:

No me es nuevo el ejercicio de anunciar la palabra divina, pero al presente confieso que desearia estar adornado del profundo ingenio de un San Juan Crisóstomo, y de la dulzura que fué como un patrimonio exclusivo del Santo Abad del Clarabal, Bernardo. Ojalá me fuese dado imitar á los Bossuets y Masillon, preclaros oradores de la Francia, ó que mi corazon estuviese inflamado por el celo tan laudable como santo que hicieron notables á nuestros insignes varones fray Luis de Granada y de Leon, de cuyos lábios brotaron rico venero de elocuencia, y que al par que campeones intrépidos de la religion, fueron prez y gala del habla castellana. Y no porque redundasen

(1) Pronuncié este discurso á presencia de S. M. el Rey y del Capitulo de Caballeros de Calatrava, en la iglesia de Comendadoras de la misma orden, en Madrid el 21 de Marzo de 1863.

en propia gloria tales dones, ni porque aspire á aplausos que como el humo se disipan, sino porque hablar en presencia del Monarca, á nada menos obliga que á narrar la verdad en claro estilo, á usar con elegancia las bellezas del buen decir, y á mostrarse tan florido como elocuente.

Desgracia es que para la presente festividad no se hallan tenido en cuenta tales circunstancias, que de no haberlas dejado pasar desapercibidas, resonaria aquí en estos momentos la voz de alguno de los preclaros oradores que gozan de alta reputacion en nuestra corte. Pero es preciso llenar el compromiso contraido, y lo haremos con la mayor voluntad sino con el mejor acierto.

Ni creais los que tal vez sin saber por qué habeis entrado en este templo, que esta fiesta á la que asiste la Real y distinguida orden y caballería de Calatrava, presidida por S. M. el Rey, tenga por objeto celebrar la memoria de algun conquistador ilustre, que venciendo en cien batallas á los enemigos de la patria, se ha hecho acreedor al elogio de los buenos. Otros lugares están destinados para preconizar los méritos de los insignes patricios que como guerreros, filósofos ó poetas dieron dias de gloria al suelo que les vió nacer. Nuestras ilustres academias y liceos llenan cumplidamente su deber en esta parte. En la casa de Dios, tan solo nos es lícito narrar las glorias de aquellos que á Dios dirigieron sus talentos, y que despreciando las honras mundanales, trabajaron para gloria del Señor y para beneficio de todos aquellos que procuraron la mas útil de las enseñanzas.

Entre la multitud de estos varones insignes que supieron sacrificar su reposo por tan santos objetos,

destaca una figura de colosales proporciones, un hombre lleno de sabiduría que fundando toda su ciencia en el sólido cimiento del temor santo de Dios, fué un Moisés que supo guiar multitud de almas por los caminos de la perfeccion á la tierra prometida de la gloria. Hablo de Benito, el ilustre Patriarca de las órdenes monásticas en Occidente.

Siendo una verdad bíblica que á los padres nunca mejor se les conoce que por los hijos, como asimismo que el mérito del hijo es la mayor gloria del padre, suficiente me sería para manifestar las glorias de San Benito, dar una ojeada histórica, no ya á la multitud de héroes que retoños de tan fecundo tronco han dado dias de gloria á la religion y á los estados, sino tan solo al ilustre y militar orden de Calatrava que por Padre le reconoce, en el hecho de dirigirse por su regla. Pero no; hoy hemos de fijarnos en los hechos del Padre para honor y gloria de los hijos, y pocos esfuerzos serán suficientes para ver en San Benito un Salomon que recibió la sabiduría del cielo, y un Samuel que la derramó cual noción santa sobre la tierra: Un varon insigne, que cual el legislador del pueblo de Dios aprendió la ley elevando su corazon y sus ojos al cielo en el monte santo y que supo explicarla con el espíritu de un Edras: un ángel, en suma, que elevándose en alas de su caridad sube hasta los cielos sin precipitarse como Luzbel, sin cegarse como Adan, y sin seducir como Ananias á la ciudad de Dios. Espíritu gigantesco que en época del mas profundo oscurantismo supo estender un rico y abundantísimo venero de evangélica civilizacion, trabajando con asiduidad en beneficio de sus semejantes.

Descubramos de una vez la idea sobre la que ha de basar el presente panegírico. San Benito empleando rectamente las claras luces de sabiduría que plugo al Eterno concederle, supo corresponder á la gracia, siendo el reformador de su siglo, y su consumado maestro de la perfeccion cristiana.

Antes de pasar á desenvolver estas ideas suplico á la magestad de la tierra la indulgencia: á la Magestad del cielo sus divinos auxilios y á la Reina de los ángeles y de los hombres, su poderosa intercesion. *Ave Maria.*

PARTE UNICA.

SEÑOR:

Si hubiésemos de pintar un cuadro que nos representase al vivo el estado religioso, político y social, que el mundo presentara, cuando sonó en el reló de la Providencia la hora señalada para que empezasen á tener cumplimiento los antiguos vaticinios en órden á la reparacion de la humanidad, tendríamos que emplear los mas negros colores. En cuanto á religion, solo en un rincon de la judea era reconocido y adorado el verdadero Dios. El resto de la humanidad era idólatra, y ciudades tan importantes como Roma y Atenas, erigian altares á ídolos que representaban los mas asquerosos vicios, y ante los cuales quemaba incienso y doblaba la rodilla una sociedad abyecta y envilecida. Si fijamos nuestra vista en la capital del mundo, retrocederemos espantados al presenciar aquellas horrosas hecatombes, en las que la sangre humana corria con abundancia, entre los

aplausos de un numeroso pueblo que distaba tanto de la verdadera civilizacion como la luz de las tinieblas. Familias sin verdaderos vínculos, individuos sin dignidad, las leyes sin sancionar, la propiedad sin garantía, la virtud desconocida y el vicio en los altares, hé aquí el mundo en la época á que nos referimos.

Entonces cayó en la tierra de los grandes prodigios y en el seno de un pueblo, tan favorecido de Dios, como ingrato y rebelde á sus beneficios, un grano de mostaza que habia de convertirse en corpulento árbol, ó sirviéndome de la feliz espresion de un sábio, una gota de agua, de la cual apenas hubiera podido beber un pájaro, pero destinada á convertirse en un dilatado océano. Dejemos las figuras. Entonces nació Jesus, hijo de Dios, Dios mismo, que envuelto en los velos de su misericordia, se hizo hombre para salvar al hombre: fué el mismo que mas tarde pronunció unas palabras que solo de sus lábios pudieran haber salido: *Yo soy el camino, la verdad y la vida.* Su nacimiento estuvo rodeado de prodigios, no obstante haberse verificado en la oscuridad de una gruta. Crece en el seno de una familia ilustre por la sangre, pero mas por la santidad, no obstante hallarse reducido á un estado de pobreza y grandes privaciones. Este Jesus era el Mesías por tantos siglos suspirado; el objeto y fin de su venida, civilizar el mundo por medio de una doctrina celestial y hasta entonces desconocida, y abrir al hombre por medio del sacrificio de su vida las puertas de los cielos que permanecian en perpétua clausura para la humanidad desde el crimen de Edem.

En efecto: el divino mártir del Gógotha recorrió durante los tres años postreros de su vida los pueblos de la Judea, poniendo los cimientos á la civilizacion

evangélica que habia de hacer mudar la faz al universo. Antes de su feliz y dichoso advenimiento, el mundo habia admirado grandes hombres, en los que la virtud, y hasta la heroicidad, resplandecieron sin haber tenido otra guía que las reglas del buen sentido. Sócrates habia dado admirables lecciones de moral en Atenas, las que fueron reproducidas por Platon, en aquellos diálogos leídos siempre con tanto placer por los hombres amantes de las letras. Ciceron habia escrito su precioso libro *De officiis*, y Séneca y Marco Aurelio y otros muchos, aprendieron á ser lo que fueron con su asidua y constante asistencia al Pórtico y al Liceo. Pero por ventura, ¿enseñaron aquellos maestros de moral humana á volver bien por mal, á ejercitar la paciencia en el infortunio, á tener el suficiente valor y la hermosa abnegacion que es necesaria para ahogar en el pecho los impulsos de la venganza, perdonando con caridad, y por último, á sacrificarse en alas de aquella virtud por la felicidad de sus semejantes? Esto es lo que enseñó Jesucristo, y lo que han sabido practicar los verdaderos cristianos, que convencidos que no es la virtud estóica la que salva, han sabido edificar sobre sólidos cimientos encerrando y compendiando todas las virtudes en el precioso círculo de la caridad. Amor de Dios y amor de los semejantes.

Jesucristo hizo este llamamiento á los hombres: «Aprended de mí.» Luego San Pablo, celoso predicador de su doctrina, se dirige á los fieles de Corinto y esclama bajo el testimonio de una conciencia tranquila: «Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo.» Hed aquí tambien la voz que hoy os dirige, ilustres caballeros, vuestro Padre San Benito: «Sed mis imi-

tadores, y en la virtud encontrareis vuestra mayor grandeza.»

¿Y cómo obrásteis, oh ínclito protector y propagador de las órdenes monásticas en Occidente? Su vida es, Señor, un precioso libro de celestial enseñanza. Dios le habia dotado de claras luces y excelente ingenio, y solo cuenta doce años de edad, cuando en Roma se hace notable por sus rápidos progresos en las humanas letras. No se infatuó ni aspiró por momentáneos aplausos ni por esa reputacion que justamente adquieren los sábios que no dejan estraviar sus ideas. La Providencia habia señalado á Benito designios que aun él ignoraba. Habia de reformar su siglo, siendo al mismo tiempo un maestro consumado de la perfeccion cristiana. De él habia de poder decirse un dia como de Moisés: *Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.*

La capital de Roma presentaba en los días de Benito grandes atractivos para cualquier otro jóven no dotado de la grandeza de alma de este nuevo Samuel. Pero el que podia haber aspirado á una posicion elevada y distinguida por descender de cónsules y senadores romanos, fija su vista en el cielo, anhela por la grandeza que no concluye, sino que se robustece al otro lado del yerto sarcófago, y huyendo precipitadamente de una sociedad viciada á la voz de un impulso de su corazon, cual Lot huyera á la voz del ángel de la ciudad sentenciada con otras á la devastacion, se sepulta en el desierto de Sublago á quince leguas de Roma.

Figuraos por un momento un lugar casi inaccesible, lleno de peñascos escarpados, cuyas puntas parecian quererse confundir con las nubes y donde á

cada paso se observaban espantosos precipicios cuya vista espanta al hombre de valor mas gigantesco: Donde voz alguna se oia, ni aun el trino armonioso de las maticadas aves, que huyendo de un terreno árido é infecundo, buscarian para alimentarse y entonar sus festivos cánticos, amenos prados ó jardines perfumados por las flores y adornados por encantador follaje. Tal es, llamémosle así, la sepultura del gran Benito: allí es donde practica las mas ásperas penitencias y donde abrasado por el fuego de la caridad que ardia en su corazon hubiera terminado sus dias, si Dios no hubiera dispuesto colocarle en el candelero de su Iglesia, para que fuese en sus dias un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Mas hay, que el hombre puede huir de los encantos de la sociedad, puede abandonar cuanto posee en su deseo de practicar los consejos evangélicos cuando aspira á mas que á la santidad esencial, es decir, cuando es llamado por Dios á la santidad heroica: pero no puede huir de su corazon: el gérmen del pecado, las pasiones que combate, la carne que se revela, acompaña al hombre aún á la misma soledad, y hed aquí el motivo de los lamentos de un San Gerónimo, que al tiempo que golpeaba su pecho con la piedra, y cuando solo le restaban los huesos y el pellejo por sus continuos y rigurosísimos ayunos, se sentia que su imaginacion divagaba, llevando su espíritu á su pesar al centro de la sociedad y al recuerdo de las bellas matronas que formaban el encanto y el orgullo de las reuniones de Roma. Nada puede el hombre por sí mismo, porque es pobre, es miserable y está revestido de una naturaleza enferma:

pero todo lo puede con la gracia, todo le es fácil, como decia San Pablo, en aquel que al hombre conforta y favorece. Así triunfó Gerónimo de todas las pasiones, y así supo Benito hacer de su corazon un baluarte que á pesar de ser tenazmente sitiado por las astucias del tentador maligno, no pudo ser vencido.

En su soledad es encontrado por Romano, monje de grandes virtudes, el cual se admira al contemplar las de Benito, al que entrega un hábito de monje, y socorre semanalmente con algunos fragmentos de pan. El mundo se hubiese admirado al ver á un jóven de las prendas de nuestro héroe, revolcándose desnudo sobre una zarza de las mas espinosas, para librarse de una tentacion violenta que amenazara concluir con su inocencia. Pero Dios acepta obra tan penal y meritoria, y la recompensa concediéndole el singular privilegio de que no volviese á experimentar en adelante tentacion alguna de concupiscencia.

Las noticias del monje y la fama de sus virtudes salieron del desierto y con rapidez se propagaron. Multitud de personas acudian al desierto para recibir sus consejos, consultándole sobre asuntos espirituales y temporales, y se volvian á sus hogares bendiciendo á Dios que se hace admirable en sus escogidos.

Dios que dá su gracia á los humildes al tiempo que resiste á los soberbios del mundo, ensalza al que se humilla y abate y humilla al que procura ensalzarse. Así nos lo dicen las sagradas letras. Absalon en su deseo de gloria mundana se reveló contra su padre, queriendo usurparle el trono que legítimamente ocupaba, y Dios humilló su soberbia, haciéndole morir enredado por los cabellos en las ramas de

un árbol. Simon el mago quiso ser engrandecido ejerciendo su arte embaucador para ser ensalzado y pagó su atrevimiento estrellándose en presencia del pueblo que le contemplaba.

Por el contrario ¡de qué medios tan maravillosos se vale la Providencia para elevar á los que por su humildad ocultan á los ojos del mundo las bellas cualidades que les adornan y distinguen! Benito desea pasar en el desierto una vida escondida en Dios por amor á Jesucristo, y Dios le saca del desierto para que se cumplan los altos designios de su Providencia.

La silla abacial del monasterio de Vicovaro se hallaba vacante y los monges eligieron á Benito para que la ocupase. Su grande humildad le hace renunciar repetidas veces tan honorífico cargo, pero al fin cede á las repetidas súplicas y acepta. La relajacion de la disciplina monástica, habia entrado hacia algun tiempo en aquel monasterio. El Santo Abad conoce sus deberes y apenas toma posesion del báculo, introduce todas las reformas que le parecian necesarias, á fin de conseguir que se observase en toda su pureza la santa regla por la cual se dirigian. ¡Vano empeño! Aquellos monges se resisten á aceptar las saludables reformas, y arrepentidos de su eleccion, conciben el mas criminal proyecto contra el Prelado. Colócanle veneno en la bebida. Un prodigio obrado por Dios á favor de su fiel siervo le preserva de la muerte. Al bendecir la bebida, saltá en pedazos el vaso que la contenia. El delito fué descubierto: pero Benito, imitador de Jesucristo, que pendiente del árbol de la Cruz, pidió á su Eterno Padre perdon para los mismos que le acababan de crucificar, perdona á sus hermanos, se despide de ellos y torna á su amada

soledad, donde ruega en fervorosa oracion por los que en su obstinacion habian tratado de concluir con su vida. Abnegacion y humildad que tan solo puede encontrarse en los héroes de la religion cristiana.

Restituido nuestro santo al desierto forma allí una escuela de perfeccion. Fueron tantos los que acudieron á ponerse bajo su direccion, que llegó á fundar hasta doce monasterios en el desierto de Sublayo, componiendo la regla por la que habian de gobernarse sus monges.

Al hablar del monacato me consuela la idea de que soy escuchado por un rey que lleva el dictado de católico, y por varones de saber que han manejado la historia, y que no pueden por lo tanto desconocer los inmensos beneficios, los grandes bienes que de aquellos venerables asilos ha reportado la civilizacion. Pero me escuchan tambien jóvenes que solo conocen la historia del monacato por lo que han leído en cuatro novelas y folletos de escritores, algunos de ellos asalariados por la impiedad, y otros guiados por el espíritu revolucionario del siglo, que se ha propuesto hechar por tierra cuanto de bueno nos legaran nuestros mayores, arrastrando á las sociedades á una funesta anarquía así en el orden civil como en el religioso. ¿Veis esos grandes adelantos que en las ciencias naturales se han hecho en nuestros dias? Pues no lo dudeis: si nos admira su desarrollo, fueron concebidos por esos hombres que la moderna sociedad desprecia. ¿Veis la civilizacion haciendo rápidos progresos en paises hasta hace poco salvajes? El monge católico, el misionero de Jesucristo á costa de su reposo y del sacrificio de su vida, ha llevado á aquellos paises la civilizacion con la Cruz y el Evan-

gelio. Gloria al inmortal Colon que dió un nuevo mundo á la corona de Castilla, pero aun mayor gloria á aquellos religiosos que llenos de abnegacion llevaron la vida al reino de la muerte, la luz á donde estaba el foco de las tinieblas. Jóvenes amantes de la ciencia, que por adelantar un paso en vuestras carreras literarias pasais largas y penosas vigili-
 as, entrad en nuestras mas ricas bibliotecas y al frente de las obras mas llenas de erudicion, ora traten de teología, leyes ó medicina, bien de geografía, astronomía, filosofía ú otra ciencia cualquiera encontrareis los nombres de monges que las escribieron en el retiro y soledad del claustro. Así podreis dar un solemne mentís á los que por ignorancia ó por malicia quieran haceros ver en los hijos de Benito y de los demas fundadores de las órdenes monásticas, hombres entregados al ocio, inútiles á la sociedad. Modernos reformadores, que os llamais benéficos, poned la mano en vuestro pecho y examinad si os podeis comparar con esos mismos que haceis objeto de vuestros sarcasmos: pero en vano buscaremos en ellos la caridad de un Benito, la humildad de un Francisco de Asís, la misericordia para con los pobres de un Juan de Dios, la sabiduría rectamente dirigida de un Agustin, de un Tomás de Aquino y de tantos imitadores como han tenido en todo tiempo, estos varones ilustres, que para gloria de Dios y bien de la humanidad se formaron en el claustro.

Conozco, Señor, que he hecho una digresion tal vez fuera de orden en mi oracion panegírica; pero no es posible hablar de Benito, sin proclamar muy alto que como Patriarca de las órdenes monásticas en Occidente, ha sido una de esas palancas poderosas

que han sostenido y estendido la civilizacion europea.

Los filósofos, que no ven en el hombre mas que los sentidos, miran con desden á los que volviendo las espaldas á los encantos de la sociedad, se sepultan en los claustros, pero el que aprecie la virtud, no puede menos de admirar cuán útiles se hacen desde ellos á la misma sociedad, como coadyuvan á difundir las luces, y cuán grande imperio adquieren sobre sus pasiones por el influjo de la gracia.

Ved á Benito estrechado por una tenaz persecucion sostenida por un mal sacerdote que se vale de todos los medios posibles para desacreditar su naciente instituto. Su esperanza se fija en Dios que sabe desbaratar los planes de los malvados, y por efecto de una inspiracion divina, abandona con sus monges el desierto de Sublayo buscando nuevo asilo en el Monte Casino, donde á mas del título tan honorífico de fundador de una religion tan célebre, habia determinado el Señor adquiriese con justicia el título de celoso apóstol de la doctrina evangélica.

En aquel lugar donde le llama la Providencia, se conservaban aun las reliquias del paganismo. Cerca de la Roma cristiana, aun habia hombres que desconociendo al verdadero Dios se postraban ante la estatua de Apolo, ofreciéndole los homenajes que solo á la divinidad les son debidos.

Pero allí se encuentra Benito, que si no es la luz, está destinado como el Bautista para dar testimonio de la luz. A la voz de los apóstoles, caian por tierra los ídolos, y se estinguió la hoguera de Saturno que se sostenia con toda clase de víctimas, multiplicándose los adoradores del Crucificado del Gólgotha. Así á la voz de Benito, viene por tierra el templo pagano, y

sobre sus ruinas se levanta la casa del verdadero Dios. Allí edifica un monasterio, y con sus consejos saludables, con su predicacion, con el ejemplo de sus virtudes, reorganiza y da vida á aquella sociedad corrompida y degradada. Entonces escribió su regla, esa regla, ilustres caballeros, que conocéis perfectamente y que os habeis obligado á observar en la parte que os pertenece. Esa regla que encierra tesoros de sabiduría, y que debian tener á la vista todos los llamados á legislar ó gobernar los pueblos.

Personajes los mas ilustres de Roma, admirados de la santidad del nuevo instituto, corren presurosos y trocan sus ricos mantos y hermosos brocados por la sencillez de la cogulla.

Es indudable, que de la cristiana educacion de la juventud, pende la felicidad y el bienestar de las naciones. Los que hoy se entretienen con los juguetes propios de la infancia, serán mañana los que ocupen los mas elevados puestos del Estado: de esa juventud ha de salir el sacerdocio que evangelice, el magisterio que enseñe: los magistrados y jueces que pongan en accion las leyes: ellos, en suma, serán padres de familia que tendrán la mision de formar los corazones de sus hijos. Necesario es, pues, formar antes los de ellos, enseñándoles á dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que pertenece al César. Necesario es inculcarles el respeto al principio de autoridad, y de este modo serán buenos cristianos, honrados y útiles ciudadanos.

Así lo conocia Benito, y por esto llama á sí á la juventud, recibiendo de él educacion los hijos de los cónsules, y los nobles patricios de Roma. Y tales son sus trabajos llevados á cabo por la gloria de Dios y

el bien de sus semejantes, que hombres á quienes nadie hubiera sido capaz de detener en la carrera del mal, caen á sus piés llorando sus errores. Tal fué entre otros el bárbaro Totila, que tiembla ante la presencia del santo monge, el que le predice divinamente inspirado su próxima muerte.

Abrid, señores, la historia que trasmite de una en otra generacion los hechos de Benito y de sus hijos, leedla con atencion é imparcialidad y quedareis maravillados. Cuando parecia que las luces de la ciencia se habian retirado en precipitada fuga del Occidente y aún del Oriente: cuando la Europa era un caos de confusion: cuando el vicio, el desenfreno, la inmoralidad no perdonaba lugar alguno donde no fijase sus redes, cuando la maldad tenia por escabel á la virtud ¿quién sino Benito y sus hijos supieron contener el mal, poner un fuerte dique al error, haciendo mudar de faz á la Europa entera? El medita en la soledad del claustro; conoce que la caridad le estrecha, que no debe trabajar tan solamente para sí mismo, sino en beneficio de sus semejantes y no duda sacrificarse por ellos. Así despues de dejar fundados muchos monasterios que han venido siendo planteles fecundos de sábios y de santos, subió al cielo despues de una muerte tranquila, haciéndose acreedor al elogio consignado en las sagradas letras á favor de Moisés. *Fuit gratus Deo... et eruditus est omni sapientia.*

He concluido, Señor, el panegírico del ilustre San Benito, sin haber podido hacer otra cosa que narrar como de paso sus hechos principales. Si reunimos bajo un solo punto de vista cuanto hemos dicho; si lo vemos imitando á Jesucristo desde sus

primeros años, huyendo del mundo y retirándose al desierto, sufrir con la mayor resignacion la calumnia y perdonar á los que trataban de hacerle víctima de un activo veneno, y si por último, le observamos trabajando con incansable celo en la fundacion de sus monasterios, y estendiendo con su regla y sus apostólicos trabajos la refulgente luz de la civilizacion, no podremos menos de convenir en que el intrépido fundador y propagador del monacato en Occidente fué el reformador de su siglo y un maestro consumado de la perfeccion cristiana.

Señor: que el glorioso Santo objeto de los presentes cultos, siquiera sea en recompensa del noble ejemplo de piedad cristiana que dá V. M. á los españoles viniendo á confundirse con el pueblo, ante el trono de la Magestad divina, proteja al que en la tierra ocupa vuestra augusta Esposa, y alcance las bendiciones del cielo, para nuestra católica reina, para V. M. y el augusto Príncipe de Asturias y toda la real familia: á fin de que esta nacion modelo en todo tiempo de catolicismo y envidia que ha sido de las demas naciones, por la grandeza y el poderío de sus monarcas, por el valor de sus soldados, por lo próspero de su comercio y lo feraz de su suelo, vuelva á elevarse al grado de grandeza y poderío que le corresponde.

Caballeros: que no sea para vosotros una letra muerta la regla de San Benito. En ella si la observais, encontrareis el secreto de ser felices en vuestros respectivos estados. Plegue al Omnipotente que conociendo todos, nuestros verdaderos intereses, trabajemos en la obra de nuestra santificacion, medio único de ser dichosos en el tiempo, y mas dichosos en las mansiones de la eternidad. *He dicho.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SANTA CECILIA, VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat, dicens: fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.

Cantando al órgano Cecilia, exclamaba: Haz, Señor, mi corazon immaculado para que no sea confundido.

Antif. de Laud. del oficio de hoy.

Ilustre Asociacion de profesores músicos: Si deseosos de estudiar la historia de la humanidad, y de averiguar el origen de las luchas continuas que vienen agitando sus destinos, tomamos en nuestras manos el libro de la verdad eterna, la carta de Dios á los hombres, la Biblia Santa, no podremos menos de fijar nuestra atencion en el delicioso Edem, morada destinada por el Hacedor Supremo para habitacion y recreo del que formara á su imágen y semejanza. Entre los frondosos arbustos que adornaran aquel lugar de peregrina hermosura, destacaba uno que era el árbol de la ciencia del bien y del

(1) Predicado á la ilustre Asociacion de profesores músicos en la parroquia de S. Ginés de Madrid, año de 1861.

primeros años, huyendo del mundo y retirándose al desierto, sufrir con la mayor resignacion la calumnia y perdonar á los que trataban de hacerle víctima de un activo veneno, y si por último, le observamos trabajando con incansable celo en la fundacion de sus monasterios, y estendiendo con su regla y sus apostólicos trabajos la refulgente luz de la civilizacion, no podremos menos de convenir en que el intrépido fundador y propagador del monacato en Occidente fué el reformador de su siglo y un maestro consumado de la perfeccion cristiana.

Señor: que el glorioso Santo objeto de los presentes cultos, siquiera sea en recompensa del noble ejemplo de piedad cristiana que dá V. M. á los españoles viniendo á confundirse con el pueblo, ante el trono de la Magestad divina, proteja al que en la tierra ocupa vuestra augusta Esposa, y alcance las bendiciones del cielo, para nuestra católica reina, para V. M. y el augusto Príncipe de Asturias y toda la real familia: á fin de que esta nacion modelo en todo tiempo de catolicismo y envidia que ha sido de las demas naciones, por la grandeza y el poderío de sus monarcas, por el valor de sus soldados, por lo próspero de su comercio y lo feraz de su suelo, vuelva á elevarse al grado de grandeza y poderío que le corresponde.

Caballeros: que no sea para vosotros una letra muerta la regla de San Benito. En ella si la observais, encontrareis el secreto de ser felices en vuestros respectivos estados. Plegue al Omnipotente que conociendo todos, nuestros verdaderos intereses, trabajemos en la obra de nuestra santificacion, medio único de ser dichosos en el tiempo, y mas dichosos en las mansiones de la eternidad. *He dicho.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SANTA CECILIA, VÍRGEN Y MÁRTIR ⁽¹⁾.

Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat, dicens: fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.

Cantando al órgano Cecilia, esclamaba: Haz, Señor, mi corazon immaculado para que no sea confundido.

Antif. de Laud. del oficio de hoy.

Ilustre Asociacion de profesores músicos: Si deseosos de estudiar la historia de la humanidad, y de averiguar el origen de las luchas continuas que vienen agitando sus destinos, tomamos en nuestras manos el libro de la verdad eterna, la carta de Dios á los hombres, la Biblia Santa, no podremos menos de fijar nuestra atencion en el delicioso Edem, morada destinada por el Hacedor Supremo para habitacion y recreo del que formara á su imágen y semejanza. Entre los frondosos arbustos que adornaran aquel lugar de peregrina hermosura, destacaba uno que era el árbol de la ciencia del bien y del

(1) Predicado á la ilustre Asociacion de profesores músicos en la parroquia de S. Ginés de Madrid, año de 1861.

mal. ¡Qué fruto tan amargo para la infeliz humanidad el que brotara!... Una mujer, la primera madre de todos los vivientes, débil, flaca y miserable, pues que dejándose seducir, se convirtió á la vez en seductora, estendió su mano para satisfacer un deseo, firmando al mismo tiempo con su desobediencia al precepto de Jehová la escritura de la maldición del mundo.

No busqueis ya, señores, otro oríjen á tantas aberraciones del entendimiento, á tantas veleidades del corazón, á tan estragados caprichos de la fantasía. La humanidad se multiplica, se estiende por todas partes, y esta numerosa familia, cuyo patrimonio es el dolor, y cuyo pan remoja con sus lágrimas, sufre bajo el peso del divino anatema que lanzara el labio Omnipotente en el lugar de la transgresion primitiva. La dilatada época del paganismo nos presenta á los hombres, como despojados voluntariamente de su razon, puesto que desconociendo al verdadero Dios, que solo era adorado en un rincón del mundo, divinizaban las criaturas, y doblaban la rodilla hasta á los objetos fabricados por sus manos: en todas partes encontraban dioses, porque como dice oportunamente el sábio obispo de Meaux. «En el paganismo todo fué Dios, menos el Dios verdadero.» ¿Y qué papel representaba entonces la mujer? Leed la historia de los Emperadores romanos, leed los anales de la Grecia, y la vereis degradada hasta la saciedad, arrastrando en pos de su desenvoltura y sensualidad á los filósofos, á los guerreros, y á los mas egregios varones, encadenados por sus caprichos. Cleopatra, y la inicua Agripina, madre del inhumano Neron, la primera haciendo perecer un imperio en Egipto por su corrupcion, y la segunda siendo el escándalo

de Roma, si Roma entonces centro de todos los errores, hubiese sido capaz de escandalizarse, son el retrato de otra multitud de mujeres, de la mayor parte de las mujeres de aquellos tiempos que no conocian el pudor, ni virtud alguna. Aparte de sus triunfos por sus excesos no ejercian influencia alguna en la sociedad, y el hombre podia arrojarla de su lado, como cosa inútil cuando llegaba á astiarle.

Tan triste y lamentable estado no habia de durar para siempre: la humanidad habia de variar su rumbo: la mujer habia de cambiar su destino. Y fué así, verificándose este cambio radical, cuando en la cresta del Calvario, se verificó la reparacion prometida en el Paraiso. Lo que parecia mas flaco y mas débil estaba destinado á ser fuerte como las duras rocas: una mujer desobediente y soberbia habia introducido en el mundo la muerte, y otra mujer llena de humildad y de obediencia nos produjo divinamente fecundizada al que vino del cielo para darnos la salud y la vida. Era la purísima María que mereciendo ser Madre de Dios por un privilegio del poder del Espíritu Santo, fué constituida tambien, madre de los humanos por otro privilegio del amor de Jesucristo. La ignorancia de la Cruz confundió la ciencia toda del paganismo, y el sacrosanto leño vino á elevarse sobre los escombros de los altares de la idolatría. La religion del Gólgotha civilizó al mundo, y rehabilitó á la mujer, que en adelante habia de dejarse ver, ejemplo admirable de virtud, de abnegacion y de fortaleza. María fué el primer eslabon, digámoslo así, de esa innumerable cohorte de vírgenes esforzadas, que desde la promulgacion de la ley de gracia, vienen siendo el asombro de los siglos, la admiracion

de los sábios, el ornato del santuario, la gala del catolicismo, en una palabra, espectáculos dignos de admiracion al mundo, á los ángeles y á los hombres. La fé se alienta, y la caridad inflama el corazon, cuando contemplando al cristianismo en sus primeros siglos, observamos una falange de inocentes doncellas, que despreciando al mundo por ganar á Jesucristo, se dirigen á los martirios revestidas de singular fortaleza, y despreciando cuantas ofertas le hicieran los tiranos porque renegasen de la fé del Crucificado.

Entre estas cándidas palomas, ocupa un lugar distinguido vuestra esclarecida Patrona Santa Cecilia, á la que en prueba del amor que la profesais y para implorar su proteccion, dedicais estos solemnes cultos. Dios que la adornó de un candor inmaculado, y de una virtud á toda prueba, quiso concederle tambien una fortaleza extraordinaria, para que con ella confundiese la altanería y soberbia del prefecto de Roma su implacable verdugo.

Justo es, señores, que pulseis en este dia vuestros instrumentos músicos, haciendo resonar sus armoniosos ecos bajo las bóvedas del santuario, para celebrar las glorias de la ilustre Virgen y mártir Santa Cecilia, que cantando al eco del órgano, y puesto su corazon en Dios, exclamaba: «Concededme Señor que mi corazon se conserve inmaculado, á fin de que no sea confundida.» *Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat, dicens: Fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.*

Ojalá me fuese dado en esta mañana satisfacer vuestra justa aceptacion, al formar el panegírico de vuestra esclarecida Patrona; empero haré cuanto me

sea posible, presentándola como un prodigio de santidad, y como un prodigio de fortaleza. Efectos admirables de la gracia, que conseguirá por su oracion continua y fervorosa: *Fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.*

Imploremos ante todo la proteccion del Señor, por la mediacion poderosa de la inmaculada Reina de las Vírgenes. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Apenas la religion del Crucificado empezó á anunciarse á las naciones: cuando aun estaba fresca la divina sangre que tiñera la cúspide del Gólgota, y que fuera vertida por la salud del mundo, dió principio una terrible lucha que llenó el cielo de mártires. El paganismo que veia desmenuzarse sus ídolos llamaba estupidez á la ciencia del Calvario, y se propuso en su loco orgullo, concluir con el nombre cristiano, haciendo desaparecer de la faz de la tierra, á todos los que negándose á doblar las rodillas ante las deidades del imperio, reconociesen por Dios y adorasen al que habia muerto en el pátibulo de los criminales. Y fueron tantos sus esfuerzos y de tales y tan crueles medios se valieron para conseguir su objeto, que el cristianismo hubiese sido sofocado en su misma cuna á no haber sido obra de Dios. Pero lo era, señores, lo era, y por esto las persecuciones de los primeros siglos, como todas las que ha venido experimentando hasta nuestros dias, solo habian de servirle para aumentar el número de sus triunfos, y que el mundo todo pudiera conocer el origen divino de la religion civilizadora.

No podemos menos de llenarnos de admiracion al leer la historia de los primeros siglos de la Iglesia. Millares de héroes llenos de virtud y fortaleza, sin otra ciencia que la sabiduría del Evangelio, confiesan y anuncian sin temor la religion verdadera aun en los mismos alcázares de los emperadores, sin temor á sus amenazas. En vano se les quiere obligar á quemar incienso ante los falsos dioses dándoles á escoger entre la apostasía ó el martirio. ¡El martirio!... No anhelaban otra cosa que teñir con su sangre los vestidos de la immaculada Esposa del Cordero. Y no eran tan solamente hombres esforzados y tal vez acostumbrados á los trabajos ó á las luchas bélicas. Eran tambien inocentes doncellas en cuyos corazones ardía la llama del amor divino: á través de una atmósfera envenenada por los mas groseros errores, eran rosas de singular fragancia á las que no podian herir las espinas de la maledicencia: almas cándidas y puras que conociendo cuan estimable era el tesoro de la fé que profesaban, conservaban intactas la blanca estola de la inocencia, y gustosas en entregar su vida por el Dios á quien amaban, cual los niños de Babilonia, entonaban cánticos de alabanza en medio de los mas crueles martirios.

En esta historia, señores, que podemos llamar con razon historia de los grandes triunfos de la fé cristiana, ocupa un lugar distinguido la esclarecida vírgen y mártir Santa Cecilia, de la que hemos dicho que fué un prodigio de santidad y un prodigio de fortaleza. Para convencernos de lo primero, bástanos contemplar sus virtudes y sus grandes esfuerzos por conservar su pureza, no obstante su matrimonio. Para probar lo segundo, será suficiente observar la

tranquilidad de su alma, y su alegría en el martirio.

Y desde luego, Cecilia, hija de una ilustre familia romana, se vió rodeada desde su nacimiento de la mayor grandeza, y los bienes de fortuna le mecieron desde sus primeros dias. Apenas la luz de la razon empezó á disipar de su entendimiento las tinieblas de la ignorancia en que todos nacemos envueltos, empezó á subir la hermosa escala de las virtudes cristianas. Conocer á Dios y amarle, fué todo una cosa. Instruirse en los misterios de nuestra religion santa y adorable, y determinar ser siempre para Jesucristo consagrándole su virginidad, fueron dos cosas inmediatamente seguidas. Las grandezas del mundo no le deslumbraron, ni la opulencia de su casa y familia pudieron despertar en ella el orgullo ni la vanidad. Enorgullézanse en buen hora al recuerdo de sus grandezas terrenas, y llénense de vanidad al leer sus antiguos pergaminos aquellos hombres que olvidados de la eternidad, tan solo ven el dia presente: aquellos que se forman la vana ilusion de que pueden rodearse de felicidad en el mundo en que habitamos. Los héroes de la religion, que tanto distan de los héroes del mundo, ven la cosa bajo otro prisma, y piensan de diverso modo. Miran las grandezas de la tierra, y ven que son falsas y que se disipan como el humo: las coronas de rosas que la sociedad les brinda y observan que se marchitan con velocidad: contemplan la vida humana, y ven que es un soplo comparada con la eternidad. Ved por qué miran con desden lo que los otros aman con delirio. Aspiran á la felicidad, pero saben que la felicidad está en los cielos, y que solo en la posesion de Dios puede el hombre ser verdaderamente dichoso. ¿Cómo ha de halagar

sus corazones el fausto y la grandeza de la tierra, cuando en ella se consideran meros transeuntes y tan solo suspiran por la patria que es el cielo? Decidle si no á los justos: «alegraos, tomad parte en los festines mundanales;» y prontamente os contestarán como los israelitas cuando lloraban ausentes de su patria: «¿Cómo hemos de alegrarnos en tierra agena? Péguenos la lengua al paladar si nos olvidásemos de nuestra Sion amada.»

Así pensaba nuestra ilustre Vírgen: cual otro Pablo miraba con desprecio las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, único objeto que podía saciar su noble y puro corazón. Si os llama la atención un David, entonando al son del arpa sus admirables salmos, contemplad á Cecilia embebida, digámoslo así, en Dios, y suplicándole en bellos cánticos acompañados del órgano, que le concediese su divina gracia, y que hiciese su corazón inmaculado, para lograr de este modo la dicha porque suspiraba, que era verle y adorarle por siempre en la mansión de los escogidos: *Cantantibus organis Cæcilia Domino decantabat, dicens: Fiat cor meum inmaculatum, ut non confundar.*

¿Y cómo no había de subir al Cielo en olor de suavidad la fervorosa oración de la virtuosa doncella? ¿Cómo no había de hacerse agradable á aquel Dios que tanto ama la pureza de los corazones? Pero, señores, el justo, nos dicen las sagradas letras, debe probarse por la tribulación, y Cecilia no fué dispensada de esta regla comun de la Providencia. Tribulación y de gran tamaño fué para ella la determinación de sus padres de que abrazase el estado del matrimonio. Hija obediente no se atreve á contrariar los preceptos de los autores de su vida; empero fiel á la promesa que

hiciera consagrando á Jesucristo su virginidad, no quería tampoco ceder de su propósito. El que tiene fé, ha dicho el Señor, trasladará los montes de una á otra parte. La fé de Cecilia, es viva, es eficaz, es verdadera, por que vá unida con su caridad. Postrada en la presencia de Dios le demanda su protección poniéndose en sus manos, y se levanta llena de confianza, con esa confianza que acompaña siempre en sus empresas á las almas verdaderamente cristianas. Entretanto llega el día señalado, en que debían verificarse los desposorios de la ilustre doncella. Valeriano que era el destinado á recibir su mano, está lleno de júbilo, porque la modestia y raras cualidades de Cecilia realzaban su natural belleza, y ella se presenta si bien cubierta con galas y adornos exteriores, como correspondía á su elevada clase y al lustre de su familia, ceñidos ásperos cilicios sobre sus delicadas carnes, y mientras los asistentes al festín escuchaban los ecos de la música, ella tenía su pensamiento fijo en Dios. y en su interior repetía: *Fiat cor meum inmaculatum ut non confundar.*

No sabía ciertamente Valeriano, que aquella ilustre y hermosa doncella era el instrumento de que se valía el Eterno para que abriese sus ojos á la clara y refulgente luz de la verdad evangélica, que mas tarde había de sellar con su sangre. ¡Cuán incomprensibles son los juicios de Dios é investigables sus caminos!

En efecto, señores, en el día de sus desposorios, Cecilia dirigía fervorosa plegaria á Jesucristo, suplicándole la gracia de que ni su corazón ni su cuerpo perdiesen jamás ni una mínima parte de su entereza, y llena de confianza hizo saber al que ya era su es-

pos, que tenia consagrada á Dios su virginidad, y que un ángel del cielo era su custodio, el cual se declararia enemigo suyo si pretendiese violar su pacto, y que por el contrario, experimentaria los mismos favores que ella, y gozaria de su presencia, si la respetaba; y el Señor que se complacia en las virtudes de su sierva, dió tal eficacia á sus palabras, que penetrando hasta el corazon de Valeriano, le hicieron acceder á sus ruegos, manifestándole que solo deseaba ver aquel celestial espíritu de que le habia hablado. ¡Qué gozo para la ilustre Virgen! No solo consigue el objeto de sus deseos sino que encuentra el medio de hacer entrar á su esposo en el gremio de la Iglesia. Convertida Cecilia en predicadora de la verdad, le habla con la mayor energía de nuestra santa religion, asegurándole que si creia en Jesucristo y recibia el agua del bautismo, conseguiria lo que deseaba, y no solamente veria el celestial espíritu, sino que lograria la salvacion de su alma. No tan pronto señores, el cervatillo herido por el cazador corre presuroso en busca de un hueco donde esconderse y sustraerse de las pesquisas de su implacable enemigo, como corre Valeriano en busca del santo pontífice Urbano, del cual recibió la instruccion religiosa y el bien inestimable del bautismo. Profesor ya de la fé de Jesucristo, vuela al lado de su casta esposa y queda agradablemente sorprendido, al encontrarla entregada á la mas ferviente oracion, y á su lado un ángel de celestial hermosura, con dos alas encendidas en purísimo fuego, y en cada mano una corona, tejidas ambas de rosas y de azucenas que despedian la mas deliciosa fragancia. El enviado del Señor puso á cada uno su corona en la cabeza,

advirtiéndoles que sus flores jamás se marchitarian, pero que no podian ser vistas mas que de las almas puras y castas. ¡Tan celestiales favores concede el dador de todo bien á aquellas almas justas que tienen la dicha de conservar intacta la blanca estola de la inocencia! ¿Y quién será capaz de comprender ni menos de explicar las dulces emociones y tiernos afectos que experimentarían los corazones de los santos esposos? Si arrebatados del mas puro gozo quedan un dia los tres privilegiados apóstoles al ver en el Tabor un destello de la celestial Jerusalem, Valeriano y Cecilia quedan inflamados con el fuego del amor divino al recibir el presente que de parte de Dios les entrega el celestial mensajero. Valeriano recuerda que tiene un hermano que vive dormido en el sueño de la idolatria, y deseando para él la misma dicha que él disfrutaba, dirige al Señor ruegos fervorosos en su favor, y el ángel al tiempo de desaparecer de aquella morada, le llena de consuelo, asegurándole que su oracion habia sido escuchada, y que conseguiria el objeto de sus súplicas.

Observad, señores, otro nuevo triunfo no menos admirable. Pocos momentos despues de los acontecimientos que acabamos de describir, Tiburcio que era el hermano de Valeriano, escucha de sus lábios la relacion exacta y verídica, de los favores que Dios habia dispensado á ambos esposos, y no fueron necesarios grandes esfuerzos para que entusiasmado, recibiese la instruccion de lábios de Cecilia, y se decidiese á recibir el bautismo, pasando del terreno inculto del paganismo al delicioso vergel de la religion cristiana.

Hed aquí los preciosos frutos de las virtudes de

Cecilia. El Señor la contempló llena de candor y de inocencia, y le concedió los dones y favores con que premia la pureza de los corazones. La morada de la ilustre virgen romana queda trasformada en oratorio, y ambos esposos, como asimismo Tiburcio, se ocupan constantemente en orar, siendo compañera de ellos la abstinencia y el ayuno, las demás obras de mortificación y el ejercicio de la caridad cristiana, sus continuas ocupaciones.

Cuando leáis, señores, la historia de la Iglesia, vereis que el siglo III y el siguiente fué una época de error, en la que millares de víctimas fueron inmoladas al fanatismo de la idolatría. Las catastras, las ruedas, los circos y las fieras y cuanto de mas cruel inventara el infierno, empleóse en sacrificar á los seguidores del divino Nazareno. En el largo catálogo de los mártires de aquella época, encontrareis los nombres de dos varones esforzados, que como los demás, se entregaron gustosos á los verdugos en testimonio de su fé. Son San Valeriano, esposo de Cecilia, y su hermano San Tiburcio. ¡Honra al catolicismo! ¡Gloria á Dios! ¡Honor á Cecilia, instrumento de que se valió el Señor para que aquellos abrazasen la fé y la sellasen con su sangre! No creo sea necesario añadir otra cosa para que conozcais que con razon puede presentarse á Santa Cecilia como prodigio de santidad. Pocos esfuerzos tendremos que hacer ahora para hacerla ver como prodigio de fortaleza. Seré breve.

SEGUNDA PARTE.

No está vinculado al sexo varonil el valor y la fortaleza. Aunque los fastos del cristianismo no nos

presentaran multitud de ejemplos que confirman esta verdad, bastarianos considerar á nuestra Santa en presencia de los tiranos defendiendo con el mayor celo y sin temor alguno la causa de la verdad y la justicia, y la serenidad y alegría con que se presenta al martirio, para que de ello nos convenciésemos.

El Prefecto de Roma por cuya disposicion habia sido martirizado Valeriano y su hermano, dispuso que fuesen confiscados sus bienes. Empero Cecilia se habia adelantado y al modo que pocos años despues lo hiciera el inclito español Lorenzo, con los bienes del templo, los habia depositado en el seno de los pobres. Lleno de rabia y desesperacion el Prefecto manda prenderla, determinado á hacerla sacrificar á los dioses ó á que espermentase igual suerte que su esposo. Rodeada de soldados se dirige Cecilia al lugar de la prision; no triste ni abatida, sino con su frente erguida y mas llena de satisfacion y gloria que un conquistador que orlára sus sienes con coronas del laurel mas escogido. Su juventud, su hermosura, el mismo valor y serenidad que la acompañaban, fueron causa de que compadecidos los que la custodiaban, le suplicasen con el mayor interés que abandonase la religion proscripta y condenada por los emperadores, y ofreciese sacrificio á los dioses del imperio, con lo que se libraria de sufrir los trabajos y la muerte, mereciendo al mismo tiempo el aprecio general. Aquellas reflexiones sirven tan solo para que la humilde vara de Aaron devore las varas de los magos del Egipto, y que una débil mujer se convierta en públicaregonera de la verdad católica: por que Dios puso en lábios de Cecilia las mas persuasivas espresiones, con las que hizo conocer á la multitud que la rodeaba que no habia

mayor gloria que morir por Jesucristo, ni habia verdad mas que en su religion y en su doctrina. Concluido su discurso que todos oyeron con la mayor atencion, levantó mas la voz, para preguntarles si creian quanto les acababa de decir, y todos convencidos protestaron, que solo se debia adorar por Dios á Jesucristo, que tenia una sierva tan fiel y tan santa, y poco despues el Papa San Urbano derramaba la regeneradora agua del bautismo sobre las cabezas de mas de cuatrocientas personas. Para dar lugar á esto, Cecilia habia enviado una súplica al Prefecto, le concediese un poco de tiempo. Creyó aquel tirano, que la virtuosa cristiana temia la muerte, empero interpretó mal la súplica. Lleno de alegría la hizo comparecer á su presencia, interrogándola con dulzura, y persuadiéndola á que adorase los dioses del imperio, haciéndole magníficas promesas. Todo en vano. Cecilia sin temor alguno eleva su voz, y con admirable entereza, «lastimosa ceguedad, le dice, seria ofrecer incienso á un pedazo de madera, rindiéndole la adoracion que tan solamente es debida al Dios vivo. En vano te cansas, intentando contrarestarme: ninguna cosa del mundo será capaz de romper los amorosos lazos que me estrechan con mi Señor Jesucristo.»

Pronunciaste casta Virgen tu sentencia: esa preciosa confesion de tu fé, vá á encontrar prontamente la recompensa. Dios la ha escuchado; los ángeles se llenan de regocijo y te preparan un lugar distinguido en el coro de los mártires. ¡Oh cuán feliz vas á ser disfrutando para siempre la felicidad suprema! En efecto, señores; lleno de soberbia el Prefecto, ordenó que inmediatamente fuese conducida á su misma casa y que allí la encerrasen dentro de un baño caliente

donde perdiese la vida, sofocada por los vapores y las llamas. Empero Dios que sabe hacerse admirable en sus escogidos, quiso verificar un nuevo prodigio, convirtiendo el ardor del fuego en delicioso refrigerio. Veinte y cuatro horas estuvo dentro de aquel baño hirviendo sin experimentar lesion alguna. Enterado de este nuevo y admirable suceso el tirano, mandó que dentro del mismo baño fuese decapitada. El verdugo encargado de la ejecucion dió con su hacha tres golpes terribles sobre su delicada garganta, empero ella quedó aun con vida, y sufriendo tan cruel martirio con la cabeza pendiente estuvo por espacio de tres dias, empleada en exhortar á los que la custodiaban, cerrando al cabo de ellos sus ojos, para abrirlos de nuevo en la morada de los justos, tal dia como hoy del año de nuestra redencion de 232. Yo he tenido señores, la dicha de visitar el lugar de su martirio convertido hoy en precioso templo, y de celebrar en él el tremendo sacrificio de nuestros altares.

Reunid ahora bajo un solo punto de vista quanto acabamos de decir; fijad vuestra consideracion en su admirable constancia en presencia del tirano y en lo que sufriera con tanto valor y denuedo en los tres dias anteriores á la consumacion de su martirio, y así como al contemplar sus virtudes la admirásteis como un prodigio de santidad, no podreis menos de conocer que fué tambien un prodigio de fortaleza. Vivió y murió con su corazon immaculado, segun habia deseado y como lo habia pedido continuamente al Señor. *Cantantibus organis Cæcilia Domino, decantabat, dicens: Fiat cor meum immaculatum ut non confundar.*

He concluido, señores, de trazar aunque muy débilmente el elogio de vuestra Santa Patrona: si no he

podido presentaros un cuadro bien acabado, cual hubiese sido mi deseo, he hecho cuanto me ha sido posible por trazar un ligero boceto. Si deseais conseguir la proteccion de Santa Cecilia y la de San Valeriano, de cuyas virtudes y martirios tambien nos hemos ocupado, lo conseguireis si os aplicais ó imitais sus virtudes. Si no llegais á la santidad heróica de vuestros Santos Patronos, fácil os es conseguir la santidad esencial que consiste en el cumplimiento de nuestra santa ley.

Y vos, Cecilia Santa, Virgen y mártir de Jesucristo, protejed desde el Cielo, á esta Asociacion de profesores músicos que os reconocen por Patrona, y á ellos, á sus familias, y á todos los que en este dia nos hemos reunido para cantar vuestras glorias, alcanzados del Señor espíritu de fortaleza, para resistir con firmeza los rudos embates del error, y que viviendo cristianamente y muriendo en el ósculo del Señor, tengamos la dicha en su compañía de disfrutar de la eterna bienandanza. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN LORENZO MARTIR ⁽¹⁾.

Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

Y este acabó su vida de tal modo, que dejó no solo á los jóvenes, mas aun á toda la nacion la memoria de su muerte para ejemplo de virtud y de fortaleza.

II. Machab., c. VI, v. 31.

Venerable clero; sábio y piadoso auditorio. Cuando leo el sagrado libro de los Macabeos de donde he tomado las palabras que acabais de escuchar, y veo trasmitidos de una á otra generacion en sus páginas los tristes lamentos de los predilectos hijos de Israel, que en prisiones sucumben bajo la tiranía del cruel Antioco, mi corazon se aflige, y no puedo menos de contemplar con admiracion el triste espectáculo que presenta la hermosa y opulenta ciudad de Jerusalem, cuyos habitantes perseguidos por el tirano, tienen el dolor de ver profanados sus santuarios, y robados

(1) Prediqué este discurso en la parroquia de San Lorenzo en Cádiz el domingo 10 de Agosto de 1831.

podido presentaros un cuadro bien acabado, cual hubiese sido mi deseo, he hecho cuanto me ha sido posible por trazar un ligero boceto. Si deseais conseguir la proteccion de Santa Cecilia y la de San Valeriano, de cuyas virtudes y martirios tambien nos hemos ocupado, lo conseguireis si os aplicais ó imitais sus virtudes. Si no llegais á la santidad heróica de vuestros Santos Patronos, fácil os es conseguir la santidad esencial que consiste en el cumplimiento de nuestra santa ley.

Y vos, Cecilia Santa, Virgen y mártir de Jesucristo, protejed desde el Cielo, á esta Asociacion de profesores músicos que os reconocen por Patrona, y á ellos, á sus familias, y á todos los que en este dia nos hemos reunido para cantar vuestras glorias, alcanzados del Señor espíritu de fortaleza, para resistir con firmeza los rudos embates del error, y que viviendo cristianamente y muriendo en el ósculo del Señor, tengamos la dicha en su compañía de disfrutar de la eterna bienandanza. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN LORENZO MARTIR ⁽¹⁾.

Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

Y este acabó su vida de tal modo, que dejó no solo á los jóvenes, mas aun á toda la nacion la memoria de su muerte para ejemplo de virtud y de fortaleza.

II. Machab., c. VI, v. 31.

Venerable clero; sábio y piadoso auditorio. Cuando leo el sagrado libro de los Macabeos de donde he tomado las palabras que acabais de escuchar, y veo trasmitidos de una á otra generacion en sus páginas los tristes lamentos de los predilectos hijos de Israel, que en prisiones sucumben bajo la tiranía del cruel Antioco, mi corazon se aflige, y no puedo menos de contemplar con admiracion el triste espectáculo que presenta la hermosa y opulenta ciudad de Jerusalem, cuyos habitantes perseguidos por el tirano, tienen el dolor de ver profanados sus santuarios, y robados

(1) Prediqué este discurso en la parroquia de San Lorenzo en Cádiz el domingo 10 de Agosto de 1831.

por sacrílegas manos los vasos sagrados que donaran sus antepasados.

Sí, señores; el bárbaro Philippo, que de orden del rey prohíbe observar la ley de Dios, hace despeñar de lo alto de una muralla á unas mujeres por haber circuncidado á sus hijos, y obliga á los judíos á que sacrifiquen á Júpiter Olímpico, mandando quitar la vida á todo el que no se acomodase á los usos de los gentiles, siguiéndose de tales crueldades escenas lastimosas. Eleazar, uno de los primeros entre los maestros de la ley, varon de edad provecta y de presencia venerable, es obligado á hollar su ley, haciéndole comer de las carnes prohibidas.

Empero no temas, pueblo escogido, pues á pesar de tantos desastres, de tanta tiranía, no obstante que sois tan cruelmente perseguidos, Dios se mostrará misericordioso con vosotros, y ejemplos tendrás de virtud y fortaleza, pues la gloriosa muerte de Eleazar que sufre gustoso por no faltar á su ley, te lo hará conocer en la memoria que ella deja á su nacion: *Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.*

Y ahora bien, señores, ¿esta triste y lamentable escena no vuelve á representarse en la soberbia capital de los Césares, en la que al mismo tiempo de ser señora de todas las naciones, es esclava de todos los vicios? ¿En aquella ciudad que parece haber perdido todas sus virtudes para ganar el imperio del universo? Traed á la memoria aquellos dias de triste recuerdo que el siglo III nos presenta. Los cristianos ofrecen á Dios sus sacrificios en la oscuridad: el furor de los perseguidores del catolicismo déjase observar

por todas partes. Los procónsules de Roma, que habian recibido órdenes para intimar á los cristianos que abandonasen su religion, precisándolos á ello por medio de los tormentos, escitaron tal terror y tal miedo, que muchos adjuraron la fé sacrificando á los dioses del paganismo. Empero al mismo tiempo que la Iglesia tuvo el dolor de ver vacilar á muchos de sus hijos, otros muchos sellaron con su sangre la fé católica. Los desastres que causaba una peste asoladora, la pérdida de Antioquía, todo era atribuido á los cristianos, y de aquí el ser decapitados diversos obispos, sacerdotes y diáconos, por orden del inhumano Valeriano. La religion parece tocar á su ocaso; mas no creais que triunfarán sus enemigos: en medio de la soberbia capital del mundo se presentará un Eleazar lleno de celo.

Reparad bien, cristianos, un jóven admirable en su constancia, contribuye á hermostear la santa y augusta Religion que profesamos, la salpica con su sangre, y matizando los vestidos de la esposa sin manchilla del Cordero, á nadie teme, de todos es temido, y célebre se hace su nombre en todo el Universo.

Sí, el ínclito español Lorenzo, á quien Dios escogió en la ley de gracia como á Eleazar en el antiguo pueblo, para mostrar las maravillas de su poder; este jóven Levita es acreedor á los elogios que he puesto al frente de mi discurso, tomados del sagrado libro de los Macabeos; hijo ilustre de la católica España, glorioso titular de este santo templo, objeto de las alabanzas y repetidos elogios de los padres de la Iglesia, gloria y honor de nuestra patria, tú eres el esforzado atleta que dejaste al mundo en la memoria de tu muerte ejemplos de virtud y de fortaleza. *Et*

iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

Tal es, señores, la idea que me propongo esplanar en esta mañana, si me ayudais á implorar los auxilios de la gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen María, á la que en prueba de nuestro afecto saludaremos reverentes. *Ave María.*



Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

Y este acabó su vida de tal modo, que dejó no solo á los jóvenes, mas aun á toda la nacion la memoria de su muerte para ejemplo de virtud y fortaleza.

II. Machab., c. VI, v. 31.

Nada importa, señores, procuren los enemigos de la Religion santa que profesamos socavar sus cimientos para destruirla, toda vez que Jesucristo es su piedra angular que la fundó con su preciosa sangre, como dice el Apóstol. Ella se muestra cual firme roca que permanece inmóvil, combatida por las encespadas olas del odio, y en la noche de la persecucion resplandece cual hermosa aurora: cuando se aumentan las persecuciones, Jesucristo aumenta su pueblo: por la muerte de sus Santos se corrobora la fé y triunfa la verdad: todas las gentes, dice el padre San Agustin, son materia para llevar á cabo las disposiciones de su sabiduría; el hereje hace conocer la certeza de su doctrina, los cismáticos muestran su estabilidad, y el judío obstinado conoce su hermosura. Jamás han faltado á la Iglesia de Dios héroes que

llenos de virtudes se dispusiesen para dar á conocer al mundo que los mas crueles tormentos no pueden intimidar á los cristianos, y cuando llenos de soberbia los enemigos del verdadero Dios, preparan los martirios para intimidar á los cristianos, ellos alientan á los pueblos dando ejemplos admirables á todo el mundo. Creo haber demostrado la idea del elogio que pienso tributar al glorioso Diácono y mártir titular de esta parroquia. Lorenzo dejó al mundo en la memoria de su muerte ejemplos de virtud en sus acciones y de fortaleza en su martirio. *Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.* Suplico me favorezcáis con vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

Sería imposible, señores, reunir bajo un solo punto de vista, y mucho mas en los estrechos límites de una oracion panegírica, todas las gloriosas acciones del santo á quien celebramos, pues siendo sus obras todas una cadena de heróicas virtudes coronada por el martirio, fueron sus victorias mas numerosas que sus dias.

Nuestra España, reino privilegiado y distinguido en todos tiempos, se llenó de orgullo al considerar las glorias de Lorenzo, y sus ciudades se disputan el honor de haber sido cuna del ilustre mártir. Huesca, Zaragoza, Valencia, y la villa de Loret se oponen fuertemente á las pretensiones de Córdoba, que presenta antiguos documentos en su favor, pero la comun opinion señala su nacimiento en Huesca, ciu-

dad del reino de Aragon, hijo de Orencio y de Paciencia cuya santidad celebra la misma Iglesia de Huesca el primer dia de mayo, siendo en ella su memoria de singular veneracion.

Su cuna rodeada de olorosas flores, su infancia llena de esplendor, fueron los primeros pasos para subir por la escala de la verdad y abandonar el mundo. El recibe de sus padres una cristiana educacion, y se dá prisa á corresponder á ella admirablemente, tanto por la belleza de su índole, quanto por su inclinacion á todo lo que era virtud. Animado del celo de la religion, resuelve en sus mas tiernos años pasar á Roma como lo efectúa, dándose prontamente á conocer en aquella capital por sus raras y heróicas virtudes.

Aquel santo pontífice, Sixto II, que acababa de ser sublimado á la silla de San Pedro, y que antes de cumplir el año de su Pontificado mereció la corona y palma del martirio, admirado de la inocencia y del talento que reconoció en nuestro cristiano héroe, le confirió los sagrados órdenes, y con ellos la dignidad de Arcediano, como lo afirman San Agustin y San Pedro Crisólogo. Era ministerio del Arcediano el dar la comunión al pueblo cuando el Papa celebraba, y tambien estaba á su cargo la custodia de los tesoros de la Iglesia, los vasos sagrados, vestiduras sacerdotales y en suma los bienes destinados al sustento de los ministros y al socorro de los pobres. ¿Pero en qué tiempo, señores, en qué ocasion reserva Lorenzo los tesoros de la Iglesia? ¡Ah! En los mas temibles; en aquellos dias en que Valeriano mostró su encono contra los cristianos; cuando por todas partes pululaban los enemigos de la Iglesia, combinan-

do sus esfuerzos á la total destruccion de los discípulos del Crucificado.

No bien Lorenzo ha tomado posesion de su destino, cuando ya empieza á notar el llanto de la inmaculada Esposa del Cordero, que en tan dura persecucion ve teñidos sus vestidos con la sangre de sus fieles hijos: los cristianos se sientan á las corrientes de los rios de su dolor, gime el sacerdote entre el vestíbulo y el altar, el anciano venerable suspira, gime la doncella, y los templos del verdadero Dios son profanados, perseguida cruelmente la Iglesia, y muchos cristianos buscan seguro asilo en las concavidades de los montes: empero Lorenzo, al tiempo mismo que la idolatría concebida por las pasiones, engendrada por la pervertida imaginacion, sostenida por la política y el imperio de las armas, reina en los corazones, se dispone para enseñar los deberes del cristiano.

El emperador Valeriano, que antes habia tratado con benignidad á los cristianos, que les habia mostrado siempre en público y en particular el mayor agrado, volvióse repentinamente en contra de los hijos de la Iglesia, persuadido por Macriano, hombre de corazon perverso y corrompido, que no obstante su bajo nacimiento habia ascendido á los primeros empleos del imperio, haciendo escala para ello de los mas enormes delitos. A ruego pues de este inhumano favorito, espide Valeriano en el año 258 un decreto, por el cual ordena que sin dilacion alguna caigan bajo el hacha de los verdugos las cabezas de todos los obispos, presbíteros y diáconos á mas de los demas cristianos que no adjurasen la fé. Sixto, el mismo Pontífice, vicario de Jesucristo, es puesto en prisiones: Lorenzo le sale al encuentro, y sin temor de enemi-

gos, sin mas que el deseo de seguir los pasos del divino Redentor, quiere acompañarle en su sacrificio como diácono á su sacerdote, y como hijo á su amante padre, para morir por Jesucristo. ¡Qué dulce espectáculo! Vertiendo abundantes lágrimas, y mostrándole su entrañable afecto, le dice al pontífice: ¿Dónde vés, Padre, sin tu hijo? ¿dónde caminas, sacerdote, sin tu diácono? Si vas á ofrecerte á Dios en sacrificio, ¿cómo quieres hacerlo sin ministros? ¿por qué me desechas? ¿tienes poca satisfaccion de mi valor? ¿Tú, que me diste el cargo de administrar á los fieles el sacramento de la sangre de Jesucristo, quieres sin mí derramar la tuya?

¡Ay Lorenzo! Aun no es tiempo: el mundo debe aprender de tí la práctica de las virtudes: oye la voz del sucesor de Pedro, que te consuela y te promete le seguirás muy pronto; pero antes reparte esos tesoros que te se confiaron á los pobres. En efecto, Lorenzo, cual otro Tobías que un dia de penosa esclavitud consuela á sus hermanos, los anima y socorre. Sixto muere no queriendo adorar los ídolos que en nombre de Jesucristo echa por tierra, y Lorenzo, cual otro Eliseo, heredero del espíritu del grande Elías se abrasa en el amor de Dios y de sus prójimos, distribuyendo todos los bienes entre los pobres.

Entra sin temor en la casa de Ciriaca, viuda cristiana donde se escondieran muchos sacerdotes; se echa á los piés de ellos, los lava con humildad, dejándoles gran cantidad para que se socorriesen; desde allí se dirige á la de Narciso, consuela y fortalece á un gran número de afligidos cristianos, y repitiendo sus humildes acciones, parte á una cueva de Nepociano, entregando en manos de los pobres todos los te-

soros de la Iglesia, lo que despues de efectuado participa á San Sixto, cuando este pontífice salia ya para el suplicio, hora en que le profetiza que antes de tres dias recibiría tambien la corona del martirio.

Mas hay, que los ministros escuchan el coloquio de Lorenzo y el Pontífice, oyen que ha hablado el primero de tesoros, é inmediatamente le prenden. Levita santo, llegó el momento del combate, tus enemigos llenos de furor meditan los medios de hacerse dueños de esos bienes: pero no temais; si Valeriano espera saciar su codicia con las riquezas y tesoros de la Iglesia despojando á Lorenzo de su fé y haciéndole adorar los falsos dioses, para con su ejemplo atraer á otros; este ilustre diácono, gloria de la Iglesia y honor de nuestra España, triunfará de sus halagos y hará brillar la fé en el seno mismo de la idolatría.

¡Qué ejemplo mas admirable tiene el mundo en su fé victoriosa! Hipólito, á quien entregan el bendito diácono para que le custodie, le arroja en la cárcel donde Lucilio lloraba ciego de muchos años; se admira viendo á este recobrar la vista, es bautizado y confiesa á Jesucristo. ¡Tan hermosos son los triunfos de la religion! El es conducido á la presencia del emperador, el cual le pregunta por los tesoros de la Iglesia, y le manda que se los entregue. Tan antigua es, señores, la ambicion por apoderarse de los bienes de la Iglesia! Bienes que sacrílegamente arrebatados en distintas épocas, solo han servido para saciar la ambicion de unos cuantos hombres que han labrado su riqueza y felicidad terrena con ellos, sin ver los estados otra felicidad que mayor empobrecimiento y miseria, mientras que la Iglesia con

bienes y sin ellos, respetada ó mal querida, no ha interrumpido sus solemnidades, porque en vano asentarán contra ella sus tiros las potestades satánicas.

Empero creéis, volviendo á la época que nos ocupa, creéis acaso que atemorizado Lorenzo cumplirá las órdenes del tirano? ¿que entregará los bienes? No: él con la ciencia y luz divina que Dios comunica á sus escogidos, le pide tres dias de término para presentarlos: ¿y qué hace? Junta todos los pobres que hallar pudiera de aquellos entre los cuales habia distribuido los tesoros, los coloca en los carros y camellos que les habian sido enviados para la conduccion de los caudales, y presentándose ante el emperador: *hé aquí, le dice, los tesoros de la Iglesia.*

Llegó el momento en que el mundo conociera la fé y confianza que el cristiano debe tener en Dios. Valeriano se enfurece; en su rostro se retrata el odio que abriga su corazon, tiembla de soberbia y medita los mas crueles tormentos para vencer á Lorenzo, que con la mas admirable serenidad, escucha sus órdenes, dirigidas á atormentar su cuerpo. Lorenzo habla, pero es para confesar á su Dios delante del tirano, y para reprender al monarca su injusta persecucion: habla sí, mas lleno de virtudes que Daniel: en él resplandece el espíritu de Elías y el celo ardiente de Jehú: Roma descubre en nuestro santo Levita un Jonás hablando y predicando con el mayor celo á los Ninitivas, cual otro Oseas declarando á Israel verdades eternas. Los Samaritanos, Caldeos, é Idumeos no quedaron mas suspensos escuchando á Miqueas, Abdias y Nahun, que la capital de los emperadores oyendo á Lorenzo.

Se le amenaza con los mas crueles tormentos para

hacerle mudar de opinion, empero su corazon estaba abrasado en el amor de su Dios, y esclama: *tus tormentos ¡oh tirano! son todas mis delicias; y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la mas clara y mas alegre de toda mi vida.* Jamás se atemoriza Pablo confiado en la gracia del Señor; jamás se intimida Lorenzo ayudado de la misma gracia. Venid, cristianos, y en Lorenzo, dispuesto ya para el martirio, podeis aprender la práctica de las virtudes: el esforzado jóven, el español cristiano, el diácono celoso, que fué retrato de todas las virtudes, dispensador en Roma de la sangre de Jesucristo, prudente desengañando al tirano, fiel dando á los pobres los tesoros de la Iglesia, siervo herido del amor como lo declara á San Sixto, humilde lavando los piés á los pobres, muestra en sus acciones la fé de Abraham, confesando al Criador de cielo y tierra; la esperanza de Jacob, estando cierto que alcanzaria el triunfo de sus combates, la piedad de Tobías, la religiosidad de Ezequías, la ciencia de Salomon, la fortaleza de Sanson, el espíritu de los Profetas, y el celo de los Apóstoles: ¿y qué, no es esto dejar al mundo todo un ejemplo de virtud en sus acciones? *Et iste quidem hoc modo vita decessit... ad exemplum virtutis derelinquens.*

Empero, señores, Valeriano manda desnudar al Santo Levita, los verdugos se preparan, y el furor de los enemigos vá á cebarse en nuestro Santo: mas no temais, pues Lorenzo que nos ha dejado ejemplo de virtud en sus acciones, lo dará tambien de fortaleza en su martirio: *et fortitudinis.*

bienes y sin ellos, respetada ó mal querida, no ha interrumpido sus solemnidades, porque en vano asentarán contra ella sus tiros las potestades satánicas.

Empero creéis, volviendo á la época que nos ocupa, creéis acaso que atemorizado Lorenzo cumplirá las órdenes del tirano? ¿que entregará los bienes? No: él con la ciencia y luz divina que Dios comunica á sus escogidos, le pide tres dias de término para presentarlos: ¿y qué hace? Junta todos los pobres que hallar pudiera de aquellos entre los cuales habia distribuido los tesoros, los coloca en los carros y camellos que les habian sido enviados para la conduccion de los caudales, y presentándose ante el emperador: *hé aquí, le dice, los tesoros de la Iglesia.*

Llegó el momento en que el mundo conociera la fé y confianza que el cristiano debe tener en Dios. Valeriano se enfurece; en su rostro se retrata el odio que abriga su corazon, tiembla de soberbia y medita los mas crueles tormentos para vencer á Lorenzo, que con la mas admirable serenidad, escucha sus órdenes, dirigidas á atormentar su cuerpo. Lorenzo habla, pero es para confesar á su Dios delante del tirano, y para reprender al monarca su injusta persecucion: habla sí, mas lleno de virtudes que Daniel: en él resplandece el espíritu de Elías y el celo ardiente de Jehú: Roma descubre en nuestro santo Levita un Jonás hablando y predicando con el mayor celo á los Ninitivas, cual otro Oseas declarando á Israel verdades eternas. Los Samaritanos, Caldeos, é Idumeos no quedaron mas suspensos escuchando á Miqueas, Abdias y Nahun, que la capital de los emperadores oyendo á Lorenzo.

Se le amenaza con los mas crueles tormentos para

hacerle mudar de opinion, empero su corazon estaba abrasado en el amor de su Dios, y esclama: *tus tormentos ¡oh tirano! son todas mis delicias; y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la mas clara y mas alegre de toda mi vida.* Jamás se atemoriza Pablo confiado en la gracia del Señor; jamás se intimida Lorenzo ayudado de la misma gracia. Venid, cristianos, y en Lorenzo, dispuesto ya para el martirio, podeis aprender la práctica de las virtudes: el esforzado jóven, el español cristiano, el diácono celoso, que fué retrato de todas las virtudes, dispensador en Roma de la sangre de Jesucristo, prudente desengañando al tirano, fiel dando á los pobres los tesoros de la Iglesia, siervo herido del amor como lo declara á San Sixto, humilde lavando los piés á los pobres, muestra en sus acciones la fé de Abraham, confesando al Criador de cielo y tierra; la esperanza de Jacob, estando cierto que alcanzaria el triunfo de sus combates, la piedad de Tobías, la religiosidad de Ezequías, la ciencia de Salomon, la fortaleza de Sanson, el espíritu de los Profetas, y el celo de los Apóstoles: ¿y qué, no es esto dejar al mundo todo un ejemplo de virtud en sus acciones? *Et iste quidem hoc modo vita decessit... ad exemplum virtutis derelinquens.*

Empero, señores, Valeriano manda desnudar al Santo Levita, los verdugos se preparan, y el furor de los enemigos vá á cebarse en nuestro Santo: mas no temais, pues Lorenzo que nos ha dejado ejemplo de virtud en sus acciones, lo dará tambien de fortaleza en su martirio: *et fortitudinis.*

SEGUNDA PARTE.

Cuán cierto es, señores, que el verdadero amante de la religion de Jesucristo, jamás duda sufrir por ella cuanto le sobrevenga en el mundo: la confiesa sin temor á presencia de sus mas terribles enemigos, y delante de los tiranos dá á conocer que la tiene esculpida en su corazon: fuerte é impertérito, arrostra con serenidad los tormentos, y ayudado por Dios es el ejemplo de fortaleza que el amor concede.

Siglo tercero, tú nos presentas esta verdad: Valeriano tiene en sus manos las riendas del gobierno; los mas bárbaros decretos se publican contra los cristianos, obligándoles á vivir en el oprobio y esclavitud ó á doblar sus rodillas delante de los vanos simulacros: el odio de los tiranos prepara los mas inauditos tormentos: allí se ven garfios que descarnan las espaldas; aquí el fuego lento que consume la víctima y la hace sufrir crueles tormentos: en esta parte se presentan hambrientos y feroces animales cuyas garras despedazan las carnes, y en otras las multiplicadas hogueras, los cadalsos y la afilada cuchilla que en manos del verdugo, espera la señal para dividir el cuello, presentando en todas partes un conjunto tan horrible como detestable y deshonoroso para la humanidad.

¿Y Lorenzo? ¿y aquel virtuoso Diácono que sin temor reparte los tesoros de la Iglesia, y presenta al tirano los pobres en cuyas manos los habia depositado, acaso temeroso huirá del poder y furor del Emperador, ocultándose en las concavidades de los montes? No: Lorenzo no teme, es ejemplo de fortaleza

y confundirá á los fuertes de la tierra: su conducta habia escitado contra él todo el enojo de Valeriano: la prision que habia sufrido fué como primer ensayo de su crueldad, pero en ella sus mismos perseguidores se convierten á vista de su virtud y fortaleza.

Mas esta virtud no podia convencer á Valeriano que viera perdida su esperanza de poseer los bienes de la Iglesia: irritado á vista de la fé de Lorenzo, manda que le desnuden en su presencia y con escorpiones rasgan sus carnes virginales poniéndole delante con el objeto de atemorizarle, todos los instrumentos que estaban destinados para atormentar á los mártires, haciéndole saber iban á emplearse en su castigo. Espíritus fuertes del siglo, oid las espresiones de Lorenzo: encendido su corazon en el amor de Dios, le dice al tirano: «quiero que sepas que esos tormentos son flores y regalo para mí y siempre he deseado comer esos manjares.» ¡Oh fortaleza admirable! Pero si aun quereis mas ejemplos de ella seguidle en su martirio.

Conducido al palacio con duras y pesadas cadenas, le mandan de nuevo entregar los tesoros y doblar su rodilla delante de los dioses. Todo es inútil, la constancia de los verdaderos cristianos no puede ser vencida; los verdugos le azotan con la mayor crueldad, y colgado en el aire le quemán los costados con planchas de hierro encendidas; pero ¡qué espectáculo tan tierno y edificante! Al tiempo mismo que el tirano muestra en su semblante el furor y la ira que despedazan su corazon, Lorenzo, en medio de tantos tormentos y agudos dolores, es otro Pablo que en su dulce sonrisa y alegría se gloriaba de padecer por Jesucristo: el mismo Valeriano le insta para conse-

guir su designio, manifestándole que á no acceder á sus mandatos padecería mas tormentos que habian podido sufrir todos los hombres. Lorenzo pide al Eterno se digne recibir su alma, pero una voz clara resuena y es escuchada de todos, en que le manifiesta el Señor le quedaba aun mucho mas que padecer.

¿Acaso juzgareis que el tirano confundido con la voz del cielo, dejaria de atormentarle? No: invoca el auxilio de los varones romanos: les hace presente que los demonios le favorecian como á un sacrilego, y manda sea de nuevo azotado, y concluido este martirio le estienden en la catasta y estiran y descoyuntan sus miembros con garfios acerados y otros instrumentos, mientras que Lorenzo bendecia al Señor que usaba con él de misericordia: empero ¿qué suspende á Roman, soldado del mismo cruel é implacable tirano? Un ángel desciende del cielo, consuela al bendito Levita, y con un lienzo limpia su rostro y las llagas que cubrian su cuerpo. Roman, deslumbrado con tan celestiales resplandores, conoce á Jesucristo, pide á Lorenzo el bautismo, le recibe, y convertido en defensor del Evangelio, concluye sus dias en el martirio, saliendo de este modo con la fortaleza de Lorenzo, del seno mismo del paganismo, adoradores del verdadero Dios.

Mas esta fortaleza que nos admira, no se disminuye con los tormentos: confiesa delante del tirano que es español, criado en Roma, é instruido en la ley divina de Jesucristo. Valeriano brama cual fiera acosada al escuchar estas palabras; ¿divina, llamas, le dice, la ley que te enseña á burlarte de los dioses, y á no hacer caso alguno de los tormentos? Sella tus labios, esclarecido Lorenzo, al reparar esa multitud

de tormentos que te rodean. ¡Pero qué digo! Faltaba, señores, la última prueba de su fortaleza para dar ejemplo al mundo.

Ya se presenta á mi vista un lecho de hierro á manera de parrillas tan grande que pudiese sostener el cuerpo herido de Lorenzo; encienden debajo un fuego lento para que con despacio se fuese quemando y su muerte fuese la mas cruel: los verdugos desnudan al glorioso mártir renovando sus heridas y le colocan sobre las parrillas. ¡Oh que espectáculo tan admirable! ¡Aprended, moradores de la engañosa Babilonia del mundo, aprended de su fortaleza! Valeriano presencia con la mayor turbacion su heroica constancia: los sayones atizan el fuego, se pasman los circunstantes; los ángeles preparan la corona para el ilustre Diácono, y Lorenzo, lleno de fuego santo, se regala con su Dios, y le dice: «Recibe, Señor, mi sacrificio en olor de suavidad,» esforzándole el Eterno como á valeroso soldado para que con su fortaleza venciese al tirano.

Dirigid, señores, vuestra consideracion al lugar del sacrificio. Lorenzo, cual si no sintiese el fuego, está sobre las parrillas como en blando y regalado lecho, y si bien el fuego material iba reduciendo su cuerpo á cenizas, el fuego del amor divino que abrasaba su corazon apagaba el fuego de aquella llama, dice San Ambrosio. Irritado cada vez mas Valeriano que presenciaba el acto, manda añadir leña para que se aumentase el fuego, y Lorenzo abrasado en el fuego de la fé, vuelve á él sus ojos y le dice: *Mira, miserable, ya está asada una parte de mi cuerpo, vuélveme para que se ase la otra y puedas comer de mis carnes sazonadas, y no de los tesoros de la Iglesia.*

¡Victoria ilustre! ya, señores, mostró que era invencible; rinde gracias al Señor y con halagüeña sonrisa entrega su espíritu en manos de su Criador para ser coronado eternamente, y resplandecer por eternidades por las virtudes heroicas que le distinguieron, y la extraordinaria é invicta fortaleza que le hizo sufrir todos los tormentos.

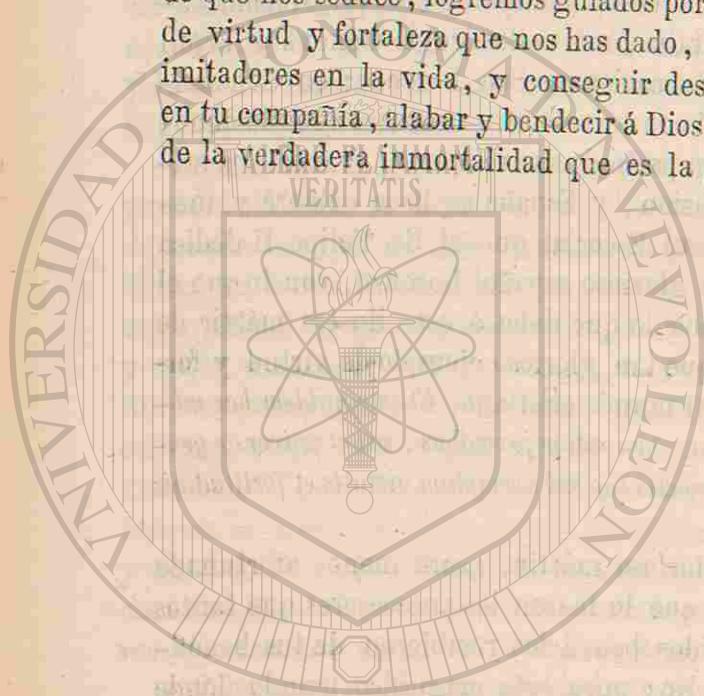
Reunid ahora, señores, esos heroicos hechos que practicó durante su vida, su caridad, sus lágrimas, deseando acompañar en su martirio al pontífice San Sixto, su humildad lavando los piés á los pobres, esa multitud de gloriosas acciones, á su constancia y valor para hacer frente al tirano, superando la actividad de las llamas, y muriendo gozoso por Jesucristo, y ved si este español invicto, este mártir glorioso no ha dejado no solo á los jóvenes sino al mundo todo en la memoria de su muerte ejemplos de virtud y de fortaleza. *Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.*

Celebremos, pues, su memoria con la Iglesia santa: recordemos el honor que adquiere nuestra nacion con tan esclarecido hijo: imitemos á los primeros sábios del mundo en entonar himnos en su elogio, y si el padre San Leon dice que no menos se honra Roma con el martirio de San Lorenzo, que Jerusalem con el de San Estéban, bendigamos su memoria cantándole himnos en este templo consagrado á su nombre, en que parece siguieron nuestros mayores el ejemplo del emperador Constantino, que le edificó uno suntuoso en Roma en el Campo Verano, siendo una de las siete iglesias y principales estaciones de la capital del mundo cristiano, otro San Dámaso y

sin estos la cárcel donde estuvo preso, el lugar de su martirio, y otro donde se conservan las parrillas, son otros tres templos no de los menos magníficos y suntuosos de aquella dominante ciudad. Muchas catedrales de Italia, entre ellas las de Génova y Tívoli son de la advocacion de San Lorenzo: en Constantinopla le fué consagrado otro suntuoso templo donde se depositaron parte de sus reliquias; Francia los erige con profusion, y España se hace célebre y memorable con el Escorial que el Sr. Felipe II dedica al insigne y glorioso español Lorenzo, con lo que el mundo prueba lo que debe á este ilustre mártir de la religion que tan glorioso ejemplo de virtud y fortaleza dejó al mundo cristiano. *Et iste quidem hoc modo vita decessit, non solum juvenibus, sed et universæ genti memoriam mortis suæ ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.*

Y qué glorioso mártir, ¿será menos afortunada esta ciudad que lo fueron los antecesores que tantos y tan repetidos beneficios recibieron de tus benéficas manos? No: mira este magnífico templo donde tu nombre es el objeto de su devocion: permíteme que hoy que tengo la gloria de panegirizar tus virtudes, te repita la misma súplica que un dia te dirigiera en tu Basílica de Roma: vela esforzado campeón del cristianismo por esta nacion tu patria, por esta ciudad que te honra, por el venerable y anciano Pastor de esta Diócesis, y el celoso párroco de esta iglesia que tanto se esmera por su engrandecimiento y ornato, y que vá á ofrecer al Eterno la Hostia pura, santa é inmaculada, para que por los méritos infinitos de Jesus y tu intercesion descendan sobre nosotros las bendiciones del cielo: enciende en nuestros corazones

el fuego del amor santo que inflamó el tuyo, para que superando los males de la vida, los peligros que nos cercan, las pasiones que nos pervierten y el mundo que nos seduce, logremos guiados por los ejemplos de virtud y fortaleza que nos has dado, ser tus fieles imitadores en la vida, y conseguir despues de ella en tu compañía, alabar y bendecir á Dios en el templo de la verdadera inmortalidad que es la gloria Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN LUIS GONZAGA.

Consumatus in brevi explevit tempora multa.

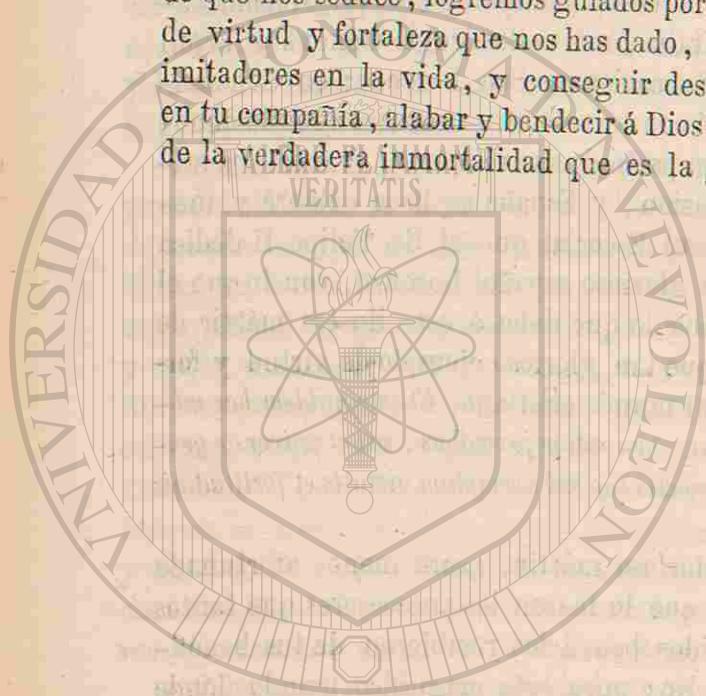
Consumó en breve tiempo la carrera de largos años.

Sap. cap. IV. v. 13.

¡Qué hermosa es, M. A. O. la generacion casta con claridad! conocida delante de Dios y de los hombres se inmortaliza su memoria, porque no se olvida Dios para premiarla y mueve con su ejemplo á los hombres para que la imiten y sus sienes brillan con la inmortal corona que las orla, dejando á sus piés prostrada la multitud de hombres nécios que solo supieron guiar sus pasos por las tortuosas sendas del mundo, y apurar el veneno que ocultamente les brindaron sus indómitas pasiones haciéndoles esclavos de sus propios deseos.

El justo se presenta como un árbol frondoso que se nutre y crece con el jugo de la ley, labrada la tierra de que está formado con el hierro de la mortificación y penitencia, y el halagüeño semblante con que mira las voluntarias privaciones; es fiel intérprete de

el fuego del amor santo que inflamó el tuyo, para que superando los males de la vida, los peligros que nos cercan, las pasiones que nos pervierten y el mundo que nos seduce, logremos guiados por los ejemplos de virtud y fortaleza que nos has dado, ser tus fieles imitadores en la vida, y conseguir despues de ella en tu compañía, alabar y bendecir á Dios en el templo de la verdadera inmortalidad que es la gloria Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN LUIS GONZAGA.

Consumatus in brevi explevit tempora multa.

Consumó en breve tiempo la carrera de largos años.

Sap. cap. IV. v. 13.

¡Qué hermosa es, M. A. O. la generacion casta con claridad! conocida delante de Dios y de los hombres se inmortaliza su memoria, porque no se olvida Dios para premiarla y mueve con su ejemplo á los hombres para que la imiten y sus sienes brillan con la inmortal corona que las orla, dejando á sus piés prostrada la multitud de hombres nécios que solo supieron guiar sus pasos por las tortuosas sendas del mundo, y apurar el veneno que ocultamente les brindaron sus indómitas pasiones haciéndoles esclavos de sus propios deseos.

El justo se presenta como un árbol frondoso que se nutre y crece con el jugo de la ley, labrada la tierra de que está formado con el hierro de la mortificación y penitencia, y el halagüeño semblante con que mira las voluntarias privaciones; es fiel intérprete de

la paz de su corazón que sin consumirse arde en las llamas del amor divino, empero el impío si florece por algun tiempo, como no puede echar ondas raíces no tienen firmeza, se quiebran sus ramas antes que lleguen á la perfeccion, siendo sus frutos ásperos é inútiles y aunque lleguen á edad avanzada jamás podrán conseguir elogio alguno.

Por el contrario, aunque la muerte sorprenda al justo en la primavera de sus años, aunque corte el hilo de su vida, no se borrará su memoria, pues es trasladado para que el grito impuro de la prostituta Babilonia no corrompa su corazón, y consume en breve la carrera de largos años. *Consumatus in brevi explevit tempora multa.* Tales son, señores, las espresiones que dejará consignadas en el sagrado libro de la sabiduría, Salomon, aquel hombre á quien Dios quiso engrandecer con el claro conocimiento de todas las cosas, con aquella sabiduría que admira á Israel y le hace célebre en todas las naciones.

¿Y dónde podremos encontrar la imágen perfecta de este justo? ¿quién podrá mostrar en breves años una santidad heróica, virtudes eminentes, prendas relevantes y acciones que pasmen al mundo? ¿Dónde está ese varon justo y perfecto que reunió la gloria de los santos, el elogio de las naciones y el mérito que inmortaliza perpetuando su memoria hasta los mas remotos siglos? Ay, señores: fijad vuestra vista en ese altar: un jóven con pálido rostro, pero lleno de dulzura y santa complacencia, os está diciendo: «yo soy el que arrebatado de la muerte prontamente, llené muchos años, aproveché los dias y trabajé sin descanso. *Consumatus in brevi explevit tempora multa.*

Miradle bien, es el jóven angélico Luis Gonzaga,

protector de la juventud, admiracion de los grandes del siglo y modelo hermoso que debemos seguir: corta fué su vida, breves sus dias, empero llenó todos los deberes de la religion, practicó todos los consejos del Evangelio, atesoró las riquezas de la virtud que adornan su alma: tal es, señores el objeto de vuestras atenciones en esta mañana: yo debo formar el elogio que merece nuestro angelical Luis, pero necesario es me ayudeis ante todo á implorar los auxilios de la divina gracia, etc. *Ave Maria.*

Cuando registro con cuidado la conducta de aquellos hombres que en todos tiempos se distinguieron en la virtud y merecieron elogios en los libros santos: cuando miro esas estrellas de gran magnitud que brillan en el cielo místico de la Iglesia, no puedo menos de reconocer en ellas aquel poder admirable que eleva al hombre entre sus hermanos y le sublima á un grado de gloria que no es facil comprender ni explicar: no son los años los que constituyen el mérito, ni la edad la que tege la corona de gloria que les inmortaliza sus acciones: sus hechos, sus virtudes han sido siempre las que los engrandecen: así vemos que nuestro jóven Luis Gonzaga llenó muchos tiempos consumado en breve, porque imitó en pocos años las mas heróicas acciones de los justos de uno y otro Testamento. *Consumatus in brevi explevit tempora multa.* Tal es el pensamiento sobre que voy á fundar el discurso, prestadme atencion.

PARTE ÚNICA.

La vida, M. A. O., tiene su mañana en la juventud, y en ella debe sembrar, como dice el Real Profeta; en ella consagrarse á su Dios y trabajar continuamente para adelantar en la virtud el tiempo que le falta de la vida, porque es el tiempo de obrar: él es, como afirma el Padre San Agustín, el tiempo precioso de la vida y el tiempo de huir cuanto el mundo ofrece nocivo para nuestra salvación, tiempo de resistir los males que procuran dominarnos: tiempo de abstenerse de las crueles inclinaciones que se empeñan en dominarnos. ¡Cuán admirable se mostró Luis en este tiempo!

Yo os hablo, señores, de un Santo cuya vida fué breve, que desde la cuna al sepulcro solo mediaron veintitres años, pero su cuna y su sepulcro llenos están de los preciosos bálsamos de heroicas virtudes: sus primeros pasos indican aquella prudencia que nos pinta Salomón que debe caracterizar al anciano, aquel recogimiento, aquel celo y cuantas virtudes pueden distinguirlo. En efecto, recorramos brevemente la vida de Luis, de aquel ángel que en el siglo XVI envió Dios al mundo para hacer ostentación de su gloria, para enseñar á las gentes é instruir los pueblos: el hijo de Ferrante Gonzaga, príncipe del imperio y marqués de Castellón, aun antes de nacer es consagrado á Dios por las manos de la Reina del cielo; su madre, que pierde toda esperanza de vida al darle á luz, se lo ofrece y se bautiza apenas nace por temor de que muriese.

Mas Dios que pone en él sus ojos le conserva al-

gunos años de vida para que reúna todas las virtudes: las primeras palabras que pronuncian sus balbucientes labios son las de Jesús y María y sus ojos se fijan solamente en la morada eterna de los justos; su cuna está rodeada de los resplandores de la gracia y todos se admiran al ver la devoción de Luis y que la razón se adelantaba á su edad; sí, cuando tenía cuatro años su padre quiere dedicarlo á las armas y á este fin le conduce á Casamayor donde se reunían las tropas que él mismo había de conducir sobre Túnez por orden del Rey Católico. Luis muestra una fortaleza impropia de sus años, pero otras eran las miras de la Providencia, otras las conquistas que se reservaban á Luis; presentóse Abel, inocente, ofreciendo á Dios lo mejor de su rebaño y admitiendo Dios sus sacrificios; Luis le ofrece las primicias de su amor, le entrega totalmente su corazón á la edad de cinco años, y prevenido con la gracia ama á su Dios todo el discurso de su vida; este jóven inocente que llora y repite á todos como gravísimo delito haber repetido algunas palabras desconcertadas que oyera á los soldados de su padre, ignorando cual fuese su significado y para mostrar el Señor cuan agradable le era su sacrificio, el mismo espíritu de las tinieblas, declara á Luis en el convento de Santa María de Castellón, como santo é inocente.

No os admireis, señores, de ver á aquel Profeta Santo en el bullicio de una corte conservando su espíritu y perfección; fijad la vista en Luis, á los ocho años lo entrega su padre en unión de su hermano Rodolfo á su amigo el gran Duque de Toscana; Florencia es el lugar donde Luis lejos de toda grandeza y separado del bullicio, cual otro Enoc se esmera en

dar público culto á Dios, en consagrarse á su servicio, y con una luz sobrenatural, con un espíritu superior se consagra á Dios por un solemne voto. Admiraos, cristianos, Luis criado en medio de la grandeza, rodeado de servidores, heredero de grandes títulos y riquezas, de los marquesados de Castellon y otros varios, mas que todo esto puede en tan corta edad el conocimiento que tenia de como debemos dedicarnos á Dios. ¡Ay! José es celebrado por su castidad pero ya segun nos dice el Libro Sagrado, contaba cuando aun apacentaba los ganados diez y seis años; Luis solo cuenta ocho y su virginidad se conserva sin mancha todo el tiempo de su vida.

No os admireis, M. A. O.; el Dios de Abraham dirige su palabra á Samuel y no á otro cuando solo tenia diez años para que muestre sus órdenes al Sacerdote anciano y sea el intérprete de su voluntad: Luis á la misma edad oye la voz de Dios que le enseña y guia por todas partes para que aprenda el mundo, y principalmente á Florencia, Mántua, Monferrato y España; preguntad á estas córtes qué vieron en este jóven admirable: preguntad á la hija del Emperador Carlos V, Doña María de Austria, al Príncipe Don Diego y todos os dirán que Luis á la edad de diez años era un Maestro consumado en la virtud. Dios le habla como á Samuel por medio de sus ministros en el tribunal de la penitencia que frecuenta con admiracion en la Côte. David, es verdad que regaste el trono con tus lágrimas, llorando tus pecados; empero mira al jóven Luis desecho en lágrimas oprimido su corazon y que desfallece de dolor considerándose como el mayor pecador cuando solo cometió faltas leves en toda su vida como afirma el

Cardenal Belarmino: preguntad al espejo y dechado de Prelados, al Arzobispo de Milan y Cardenal de la Santa Iglesia, San Carlos Borromeo, y os admirareis cuando oigais á aquel Santo y sábio varon afirmar que Luis en tan corta edad reunia los mayores dones del Cielo, conociendo en él tanto espíritu y fervor como si fuera ya varon perfecto.

En él brilla el espíritu de Elías, y en medio de las cortes, donde la inocencia y noble juventud perece en el tumulto de las pasiones y los vicios, habla con resolucion cuando se trata de la gloria de Dios, obra con mansedumbre cuando es preguntado por las cosas á él concernientes. Profetas santos, llenos de un espíritu superior, fijad vuestra vista en Luis: las virtudes que enseñásteis al mundo las compendia en sus primeros años; él sirve á sus domésticos como si fuese el siervo, y jamás se sirve de ellos como de esclavos, con celo infatigable trabaja por la gloria de la religion, y una sabiduría admirable le hace pronunciar discursos llenos de uncion, que penetrando como aguda flecha, corrige las costumbres y forma hombres virtuosos, y en tan corta edad, su amor, su caridad, sin la que no hay amistad verdadera, le destina como á Pablo á ser todo para todos, y que sea un amigo fiel, un firme apoyo, una fuente inagotable de bienes y de delicias á todo el mundo.

Luis á los diez y seis años, con una ciencia superior, reconoce donde podrá hallar la perfeccion evangélica y cuanto no pudieron comprender los Stoicos, y aquella amistad pura, desinteresada y benéfica, que no define Ciceron en sus oficios, ni Séneca en su moral, ni la vió el mundo hasta que Jesucristo formó discipulos que pasmaron al mundo con su ejemplo, era el

deseo de Luis. ¿Qué importan se presenten grandes obstáculos, tenga que luchar con el formidable gigante de la oposicion de la corte y de su mismo padre? Luis derriba cuanto se opone á su perfeccion con la piedra de su fortaleza y la espada de su inflamada voluntad.

Abre tus puertas, Compañía de Jesus: hijos del grande Ignacio, qué brillante astro os prepara el cielo: instituto útil para el bien de las almas y la instruccion de la juventud; faltaba en el cielo místico de vuestra compañía este astro de mayor magnitud, y el colegio de Madrid es el punto de vista donde dirige sus miradas, aunque por disposicion de su padre es Italia el lugar donde debe esperar su mayor felicidad: ¿quién no se admira de ver á Luis en Milan tratar grandes y difíciles negocios en tan corta edad, consiguiendo lo que no habian podido obtener los hombres que emplearon muchos años en el estudio de la política?

Moisés levanta sus manos, pide á Dios, y el pueblo triunfa: Luis levanta las suyas, ora sin interrupcion con esta arma poderosa, se presenta en la montaña santa de la religion, y uniéndola á la mortificacion vence á todos los de la casa de Gonzaga que le hicieran la mas cruda guerra, buscando doctos y sábios prelados que le esponian las mayores dificultades para cumplir su voluntad y llevar á cabo su resolucion, empero su oracion y penitencias se escuchan en el cielo y vence Luis la oposicion de su padre.

Anciano Tobías, modelo de la mas perfecta caridad, mira al jóven Luis: sus manos se estienden al necesitado, y es víctima abrasada en el fuego de la caridad; pero tú, santo Job, preséntate en este

momento, muestra tu estado de abatimiento cuando sin bienes y sin descanso bendecias el nombre del Señor que te probaba: Luis, superior á los atractivos de la juventud, vencedor de los halagos del mundo, superior á cuanto pudiera distraerle en el siglo, es pobre voluntario, sus bienes no son arrebatados ni el fuego consume los palacios de Gonzaga que le pertenecian como á primogénito; de su propia voluntad los entrega, y el que debia ser poderoso por su cuna y nacimiento, se encuentra pobre por su virtud y heroísmo.

Que dulce espectáculo señores, el dia 2 de Noviembre de 1583; con licencia del Emperador hace formar renuncia de sus estados y bienes en favor de su hermano Rodulfo, y se vé libre como él mismo esclamaba, de las cadenas que le aprisionaban y sujetaban en el siglo: mirad el copioso llanto de su padre: ¿qué diria el mundo, señores, al ver este acto que solo el heroísmo de la religion inspira en un jóven, objeto de las halagüeñas esperanzas del mundo? Se admiraria sin duda, pero tendria que confesar que esta accion era tanto mas héroica cuanto que Luis era jóven poderoso y contaba con el amor de los Reyes y grandes de la tierra.

Mas crece mas mi admiracion cuando le miro dirigirse á Roma, entrar en la Compañía de Jesus, abandonarlo todo por acogerse al asilo sagrado del claústro. Apóstoles santos, mirad vuestro imitador: todo lo abandonásteis por seguir á Jesucristo y caminar en su compañía: Luis lo deja y renuncia todo por seguir la Compañía de Jesus y caminar con seguridad por las sendas de la perfeccion que les diera Dios por medio del grande Ignacio: vosotros aban-

donásteis padres y familias, parientes y amigos para cumplir la orden del maestro celestial, ¿pues qué hace Luis? Apenas entra en el noviciado se desprende de cuanto pudiera distraerle: arranca de su corazón toda inclinación aun á aquellas naturales al hombre y los que le acompañaron á Roma por orden de su Padre, testigos fueron de esta verdad.

¿Cuál fué la última palabra que les dirige? Decirle á ellos lo mismo que á su Padre aquellas expresiones del mismo Jesucristo: «*Olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre,*» y recomendar á su hermano el temor de Dios para que obrase el bien: pero yo oigo decir al Apóstol de las gentes, vivo yo como sino viviese, porque en mí vive Jesucristo. Luis á la edad de diez y ocho años no cumplidos puede repetir estas palabras; «*muelo para todas las cosas, vivo solamente para Jesucristo.*» Bien mostró esta verdad en la prosperidad y desgracias de su familia; si muere su padre solo levanta su vista al Cielo y dá gracias á Dios sabiendo había muerto con toda la perfección cristiana: si su tío fué elevado á la dignidad de Cardenal al saberlo queda inmóvil cual si no le conociese; Luis puede decir que no vive, pues á los tres meses de comer en el refectorio, no sabía ni aun la disposición y orden de las mesas, sujetándose á los demás novicios como si el fuese el menor de todos.

Anacoretas santos que en el retiro y la mortificación empleásteis los días de vuestra vida; mirad á Luis retirado del mundo en el mundo mismo, absorbido en Dios, ni habla sino por obediencia, ni se mueve sino por precepto, ni encuentra mas descanso que una continua y ferviente oración á la que él llama su gloria, su paraíso y su descanso; mirad ese amargo

llanto que vierte al pié de Jesucristo llorando como pecador cuando era inocente y mostrando su heroísmo hasta el mas alto grado de causarle sentimiento haber nacido de casa ilustre porque no le distinguiesen.

Doctores santos, ilustrásteis al mundo con vuestra ciencia y doctrina; Luis con sus consejos y con la sabiduría que le comunicó el Señor, enseñando las córtes y los pueblos consigue admirable fruto con su irreprochable vida. Mártires de la Religión, digno es Luis de ser colocado en vuestro coro; él es el cruel tirano que mortifica su cuerpo y le estenua con las mas duras penitencias: su aposento se riega con la sangre que estraen sus continuas disciplinas. Sus fuerzas se debilitan con su abstinencia continua y no interrumpidos ayunos, los mas de pan y agua; su lecho era un potro de tormento, bajo sus sábanas ponía pedazos de tabla, á raíz de su carne llevaba unos cilicios que le herian de continuo. ¡Cuántas veces oprimido del cansancio se levantaba á media noche y trapasado con el frío de Lombardía cae desmayado en la oración ferviente!

Confesores ilustres, cuyas virtudes formaron la corona que hoy ciñe vuestras sienes en la morada eterna, ved en Luis un fiel imitador de ellas; su obediencia llega hasta el extremo de dudar si podía dar á un compañero medio pliego de papel sin permiso del superior; pobre que aborrece hasta lo mas insignificante que tuviese especie de propiedad, humilde, afable, desprendido de todo, un perfecto modelo del heroísmo, ni se distrae de la oración, y vive en la tierra como ángel del Cielo. Sí, Luis reúne en su persona la fé de Abraham, la esperanza de Jacob, la religión de Ezequías, el espíritu de Elías, la mansedumbre de

David, la sabiduría de Salomón, la piedad de Enoch, el mérito de los Apóstoles, la constancia de los Mártires, la penitencia de los Anacoretas, las gloriosas acciones de los Confesores ¿y esto en cuánto tiempo? En una corta edad, pero muy larga en la senda de la virtud. *Consumatus in brevi explevit tempora multa.*

Bien podremos, señores, llamar á Luis arco refulgente entre las nubes de la gloria, ciprés que en corto tiempo se eleva sobre la montaña de la santidad, mirra escogida que esparció en el mundo olor de suavidad, maestro de las virtudes, órgano de la verdad, modelo de perfeccion, rosa plantada junto á las corrientes de las aguas de la misericordia, ángel en carne mortal.

Sí, jóven angélico, como le llama el mundo, que conservó con todo cuidado la cándida azucena de tan heroica y sublime virtud. Dios le muestra en el colegio de la Compañía de Milán, era llegado el momento de que volase á la mansion del gozo ¿qué dulce espectáculo! Luis vuelve á Roma, sus palabras encendian el corazon de cuantos le escuchaban y todos le reconocen como vivo retrato de la perfeccion y caridad cristiana.

Yo veo á Luis inmolado en las aras de esta virtud, en el fuego de esta caridad pudiendo muy bien esclamar *Amore langueo*, muero de amor. Tal fué, señores, la causa de su muerte; aquel contagio horroroso que affigió á Roma el año 1591, obliga á la Compañía á establecer un hospital; Luis pide ser nombrado para asistir á los enfermos y allí contrajo la enfermedad que terminó su mortal carrera anunciando acaeceria su muerte en la Octava del Santísimo Corpus Christi.

En efecto, Luis recibe los Santos Sacramentos con las lágrimas y el fervor que siempre lo habia practicado; pide morir en el suelo, se despide de los padres y hermanos, canta el *Te Deum* con una alegría indecible, sus ojos se fijan en la imágen del Crucificado que tenia en sus manos, los cielos se abren, ángeles de paz aparecen con hermosas coronas para orlar sus sienes y en dulces melodías su alma vuela de la oscura y tenebrosa cárcel del mundo á la clara y refulgente habitacion del Rey de las Eternidades á los 23 años de edad; los justos todos le reciben y él lleva en sus manos la señal de su pureza y sigue á todas partes acompañando al inmortal Cordero.

Mas su mérito y santidad la comprueba el cielo despues de su muerte. Sepultado su cuerpo virginal en la iglesia de la Anunciata, fué trasladado al altar mayor de dicha iglesia en 1605, á causa de los grandes y continuos milagros que obrara; ¿cuántas veces apareció en figura de un gallardo jóven dando vista á los ciegos y curando toda clase de enfermedades? El sana á su misma madre: apareciéndosele lleno de resplandores, cura al duque de Mántua: empero basta, señores, para formar la idea mas perfecta de Luis, saber lo que de él afirma el cardenal Belarmino su confesor, que nunca pecó mortalmente; que desde la edad de siete años, habia sido su vida perfecta, que jamás sintió estímulo de la carne, y que fué espejo de obediencia, humildad, mortificacion y pobreza; Luis en los cortos años de su vida llenó muchos tiempos y reunió las virtudes de los justos de uno y otro Testamento. *Consumatus in brevi explevit tempora multa.*

He concluido, señores, manifestando en toscó

compendio los hechos admirables del jóven angélico Luis Gonzaga: él dirige desde el alto trono de gloria que ocupa, á todos sus devotos aquellas palabras que en otro tiempo el Apóstol: *Imitatores mei estote sicut et ego Christi*. Imitemos sus virtudes, sigamos el ejemplo del que con tanta liberalidad fué escogido por Dios y prevenido con la dulzura y bendiciones de su santa gracia.

Y vos, protector de la juventud; astro refulgente de la Iglesia; ornato de la religion; clarin sonoro de las mas heróicas virtudes y consejos evangélicos; gloria de los que te alaban, mira en torno de tu altar los que se reunen para fomentar tus cultos, y consuela al cristiano pueblo en este dia en que la Iglesia celebra tu memoria: no olvides las necesidades que nos aflijen: inspirad en nuestros corazones aquel amor divino que abrasara el vuestro, y el espíritu de la religion sea nuestra gloria y único recreo para que todos vivamos fieles observadores de sus divinos preceptos: mira por la España donde estuvistes y conocistes era llegado el tiempo de poner en ejecucion la resolucion de entrar en la Compañía: vela por todos los devotos que te consagran estos cultos: halle en tí la juventud un protector que los guie y los liberte de los engañosos encantos de la orgullosa Babilonia, y por tu mediacion logremos adelantar en el camino de la perfeccion y despues en tu compañía ver á Dios y alabarle en su gloria, por los siglos de los siglos. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DEL ARCÁNGEL SAN MIGUEL.

Similis ero Altissimo.

Seré semejante al Altísimo.

Isaias, cap. XIV, v. 14.

Si al ocupar en esta mañana la cátedra de la religion, pretendiese formar un exacto y perfecto panegirico del Arcángel San Miguel, desde luego quedaria oprimido bajo el peso de mi ignorancia, sin llegar á conseguir mi objeto; porque ¿ cómo es posible que una criatura humana, pueda formar el elogio de una criatura angélica? ¿ Cómo podrá discurrir perfectamente de un sér que todo es espíritu? A la verdad que desde la mas remota antigüedad, fueron reconocidos y respetados los ángeles hasta por los mismos paganos, que les distinguieron con la denominacion de *Génios*. El nombre de Angel no es de naturaleza, sino de oficio, por lo cual dice el Padre San Agustín: *Si deseas saber el nombre de su naturaleza, ES ESPÍRITU;*

compendio los hechos admirables del jóven angélico Luis Gonzaga: él dirige desde el alto trono de gloria que ocupa, á todos sus devotos aquellas palabras que en otro tiempo el Apóstol: *Imitatores mei estote sicut et ego Christi*. Imitemos sus virtudes, sigamos el ejemplo del que con tanta liberalidad fué escogido por Dios y prevenido con la dulzura y bendiciones de su santa gracia.

Y vos, protector de la juventud; astro refulgente de la Iglesia; ornato de la religion; clarin sonoro de las mas heroicas virtudes y consejos evangélicos; gloria de los que te alaban, mira en torno de tu altar los que se reunen para fomentar tus cultos, y consuela al cristiano pueblo en este dia en que la Iglesia celebra tu memoria: no olvides las necesidades que nos aflijen: inspirad en nuestros corazones aquel amor divino que abrasara el vuestro, y el espíritu de la religion sea nuestra gloria y único recreo para que todos vivamos fieles observadores de sus divinos preceptos: mira por la España donde estuvistes y conocistes era llegado el tiempo de poner en ejecucion la resolucion de entrar en la Compañía: vela por todos los devotos que te consagran estos cultos: halle en tí la juventud un protector que los guie y los liberte de los engañosos encantos de la orgullosa Babilonia, y por tu mediacion logremos adelantar en el camino de la perfeccion y despues en tu compañía ver á Dios y alabarle en su gloria, por los siglos de los siglos. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DEL ARCÁNGEL SAN MIGUEL.

Similis ero Altissimo.

Seré semejante al Altísimo.

Isaias, cap. XIV, v. 14.

Si al ocupar en esta mañana la cátedra de la religion, pretendiese formar un exacto y perfecto panegirico del Arcángel San Miguel, desde luego quedaria oprimido bajo el peso de mi ignorancia, sin llegar á conseguir mi objeto; porque ¿ cómo es posible que una criatura humana, pueda formar el elogio de una criatura angélica? ¿ Cómo podrá discurrir perfectamente de un sér que todo es espíritu? A la verdad que desde la mas remota antigüedad, fueron reconocidos y respetados los ángeles hasta por los mismos paganos, que les distinguieron con la denominacion de *Génios*. El nombre de Angel no es de naturaleza, sino de oficio, por lo cual dice el Padre San Agustín: *Si deseas saber el nombre de su naturaleza, ES ESPÍRITU;*

si deseas saber su oficio, ES ANGEL (1). El Nacianceno los llama *los primeros rayos y vislumbres de la Divinidad*; San Basilio, *las maravillas de la Teología*, y San Hilario nos dice que son *las manos de Dios*, puesto que de ellos se sirve para dispensar sus beneficios. Que existen estas criaturas formadas por el Hacedor Supremo con una naturaleza superior á la nuestra y sin nada de corpóreos, es innegable. En el Antiguo Testamento, se nos refiere que aparecieron á Agar, Abraham, Lot y otros muchos, y en el Nuevo se nos habla con bastante frecuencia de ellos, de donde concluye el citado Padre San Agustín, ser de fé é indudable su existencia (2).

Víctimas de su soberbia, algunos de los ángeles fueron desde el cielo arrojados al Tártaro infernal: y permaneciendo los demás fieles al Criador, fueron exaltados á una gloria interminable, y al tiempo mismo que los ángeles malos conocidos con el nombre de demonios, trabajan de continuo por seducir á los hombres para que caigan en el pecado andando siempre alrededor nuestro cual leon rugiente, segun la espresion de mi gran Padre el Príncipe de los Apóstoles (3), se ocupan los otros en los ministerios á que los destina la sabiduría de Dios, á quien bendicen y continuamente llaman tres veces santo en las alturas. Empero entre tanta multitud de ángeles, sobresale uno á quien puede llamarse Gefé y Príncipe

(1) Quæris nomen hujus naturæ? Spiritus est. Quæris officium? Angelus est. Ex eo quod est, Spiritus est: ex eo quod agit, Angelus est. Vide illud in homine. Nomen nature homo, officii miles. D. August. in Psalm. CIII.

(2) Esse Angelos novimus ex fide, et multis apparuisse scriptum tegimus, et tenemus, nec inde dubitare fas nobis est. Ibidem.

(3) Sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret. I. D. Petr. c. V, v. 8.

de todos ellos, y este sér privilegiado es San Miguel, objeto de estos devotos cultos.

Y cuando yo me veo obligado á panegirizar las glorias de este Arcángel ¿qué podrá decir mi balbuciente lengua? Nada en verdad, respecto del elogio que merece. Mas ayudado de la gracia, y deseando corresponder en cuanto me sea posible á la confianza que os he debido, intento demostrar que Miguel es semejante á Dios: *Similis ero Altissimo*. Miguel ha dicho *quién como Dios*, y yo digo que el mismo Miguel, no con una semejanza de igualdad, pues que esto seria una herejía, sino con una semejanza de proporcion. Mas claro, *entre todos los Angeles no hay otro mas parecido á Dios que Miguel*. Tengo propuesto.

Virgen purísima y Reina de los ángeles, nada podré hacer sin los auxilios de la gracia: dignaos alcanzármelos en abundancia, mientras nosotros os saludamos con el mayor afecto. *Ave María*.

PARTE UNICA.

Tal vez habreis estrañado, señores, que me haya valido de las mismas espresiones que formaron el delito de Lucifer, para fundar sobre ellas el elogio del glorioso Arcángel que celebramos; empero asi como aquel pretendió temerariamente ser como Dios, de un modo insolente, este llega á ser semejante al Altísimo en el modo que puede llegar á serlo una pura criatura, y en este sentido de proporcion, nada tiene de exagerada la proposicion establecida, y en nada se opondrá al testimonio del Señor, que afirma

no haber criatura alguna semejante á él (1), tanto mas cuanto que el nombre de Miguel, quiere decir, segun los sagrados intérpretes, el semejante á Dios.

¿Cuál será, pues, la escelencia de Miguel sobre todos los coros de los ángeles, cuando el llamarle Arcángel, es hacerle superior á los mismos serafines? Tanta es, dice un Padre, la perfeccion de que dotó Dios á San Miguel, que en el cielo no hay otro que le esceda, escepto el Altísimo, y por esta razon se le llama en las sagradas letras, uno de los primeros príncipes del Empíreo (2), y tambien príncipe grande, defensor del pueblo de Dios (3). Oid á nuestra madre la Iglesia, cuando para alcanzar algun favor de Dios canta las letanías mayores, y observareis que despues de pedir el auxilio á la Trinidad Beatísima y á la Santísima Virgen, el primero á quien pone por intercesor, es al Arcángel San Miguel, como reconociendo su gran valimiento para con el Señor. ¿Y por qué así? Atended: seré semejante al Altísimo, exclamó el pérfido Luzbel, luego que salió de las manos de Dios y se vió revestido de extraordinaria hermosura; viendo Miguel esta revolucion se opuso á ella valerosamente, sosteniendo en compañía de sus ángeles una memorable batalla en honor y gloria de su Criador (4), en lo que se ve claramente que así como Lucifer aborreció á Dios desde el momento consecutivo de su creacion, así Miguel le amó desde el

(1) Exod. c. IX, v. 14.

(2) Et ecce Michael unus de principibus primis... Daniel c. X, v. 13.

(3) Michael princeps magnus, qui stat pro filiis populi tui. Ibidem cap. XII, v. 1.

(4) Et factum est praelium magnum in caelo: Michael, et Angeli ejus praeliabantur cum dracone, et draco pugnabat, et Angeli ejus. Apoc. cap. XII, v. 7.

instante mismo en que le conociera. Su celo por la gloria del Criador, le mereció aquella semejanza á Dios que el soberbio Luzbel quiso apropiarse temerariamente: semejanza reconocida en el Antiguo Testamento. En confirmacion de esta verdad, atended al hecho maravilloso que encontramos consignado en las sagradas páginas.

El bárbaro Nabucodonosor habia hecho construir una estatua de oro, la que mandó colocar en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia, ordenando que al escucharse el sonido de los instrumentos músicos, acudiesen sus vasallos á adorar postrados aquella estatua, bajo la pena de ser arrojado en un horno de fuego ardiendo todo aquel que rehusase cumplir este precepto. Ananías, Misael y Azarías, jóvenes compañeros de Daniel, no quisieron obedecer á Nabucodonosor, y llenos de valor é intrepidez, fueron por orden del tirano conducidos á un horno y arrojados entre las llamas. Dios quiso mostrar lo agradable que le habia sido el sacrificio de aquellos jóvenes, y no obstante que el fuego quitó la vida á los ejecutores de la sentencia, ellos andaban en medio de las llamas bendiciendo á Dios, que por su poder infinito hacia que no les dañase ni les incomodase en lo mas mínimo el fuego. Avisado de esto el rey, presentóse delante del horno y no pudo menos de admirarse al ver cuatro hombres en vez de tres en el lugar del martirio, y era que Miguel habia descendido allí por orden de Dios para acompañarlos y quitar la voracidad á las llamas. ¿No fueron tres, pregunta lleno de confusion Nabucodonosor, los hombres que yo mandé echar atados dentro del fuego? ¿Pues cómo es que yo veo uno mas, y el cuarto despide tales resplandores que

le hacen semejante al Hijo de Dios (1)? Pues este, señores, es como he dicho, aquel príncipe de la milicia celeste, tan honrado de Dios, que aquella semejanza con el Altísimo que por naturaleza se quiso apropiarse el impío Luzbel, mereció que el Señor se la concediera por gracia.

¡Y qué mucho que así fuera, cuando Miguel amó á Dios desde el primer instante de su creación, con un amor puntualísimo! El primer acto de toda criatura intelectual, dicen los teólogos, debe ser un obsequio dirigido á su Criador, desde que empieza á hacer uso de su razón. Esta obligación que reconocemos en el hombre, estrecha más particularmente á los ángeles por ser espíritus puros y libres de toda materia. Esta es la razón porque Dios no concedió á los ángeles sino un instante para merecer. Miguel se aprovecha de este instante, mira su hermosura y excelencia, pero conoce que nada es, comparada con la de Dios: se une con los demás ángeles buenos, y al tiempo mismo que Lucifer y sus secuaces se rebelan contra la Divinidad, ellos le rinden un tributo de alabanza y adoración, uniéndose Miguel á Dios, tanto más, cuanto se aparta el rebelde.

Las estrellas se diferencian las unas de las otras en su claridad (2), es decir, que por más que los ángeles sean todos ellos espíritus puros, unos son más superiores que los otros, y se iluminan, dice San Dionisio, de superior á inferior por medio de una perpétua comunicación de luces y conocimientos.

(1) Esta relación está tomada de la profecía de Daniel, al cap. III, y aunque el sagrado texto no afirma que fué San Miguel el ángel que apareció entre las llamas, á creerlo nos induce el sentir de varios escritores sagrados, entre los cuales figura el erudito Pantaleón Diacono.

(2) Stella enim á Stella differt in claritate. 1.ª ad Corint. c. XV, v. 41.

tos. Lucifer considerábase preeminente sobre los demás ángeles, y enorgullecido se cegó de tal modo, que vino á tener un desenfrenado amor de sí mismo, rebelándose contra Dios y arrastrando tras sí á otros muchos ángeles, á los que hizo infelices para siempre. ¿Y Miguel? ¿y ese ángel tan semejante á Dios, acaso le volverá también las espaldas? No: él no solamente sale á la defensa del Altísimo, sino que ilumina á otros muchos, á la mayor parte de los ángeles, para que adoren al Criador como es debido: *Adorent eum omnes Angeli ejus* (1). Hay más: ni Dios necesita de los ángeles ni de los hombres, porque es suficiente á sí mismo, ni nadie puede aumentar su gloria, empero Miguel puede gloriarse de haber sido el primero que dió á Dios la gloria accidental en el tributo de su adoración; ¿y cómo así? Hasta que fué voluntad del Criador formar los ángeles no había tenido gloria exterior alguna, y esta gloria exterior que quiso frustrar Lucifer, se la dá Miguel, reconociéndole y adorándole, dándole á la Magestad divina una primacía de honor no vista hasta entonces.

¿Qué más pudiera añadir para haceros ver que nuestro Santo Arcángel es acreedor á que se diga de él que es semejante al Altísimo, en un sentido de proporción? Y si ha amado á Dios de tal modo, ¿qué os parece hará respecto de los hombres? Basta, señores, registrar las páginas de la Sagrada Escritura, para convencernos que él ha sido glorioso así en la Iglesia triunfante como en la militante; tantos beneficios dispensó á los hijos del escogido pue-

(1) Psalm. XCV, v. 8.

blo de Dios, como ha dispensado á los hijos de la Iglesia de Jesucristo. Y desde luego ¿quién sino Miguel á la cabeza de otros ángeles, dió muerte á ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército de Sennacherid que blasfemaron el Santo nombre de Dios, en el reinado de Ezequías, rey de Judá? Él asiste á los Macabeos y á los que militaban bajo sus estandartes, y todos juntos experimentaron el socorro. Él, como visteis antes, bajó al horno de Azarías y sus compañeros para contener la actividad del fuego. Diga el escogido pueblo judío, ese pueblo tan amado y favorecido de Dios en otro tiempo, quién era su protector y su príncipe sino Miguel. Diga Viena cuál hubiera sido su desventurada suerte, cuando el turco se arrojó sobre sus muros para acabar con la Iglesia si no la hubiera favorecido Miguel con su proteccion. Preguntad, en suma, á la hermosa Roma, á esa ciudad populosa elegida por Dios para residencia de la cabeza del cristianismo, por mano de quién recibió el favor del Cielo, cuando una peste devastadora parecia iba á dejarla desierta, y os contestará que Miguel, apareciéndose en lo alto del gran castillo, que por esto se denomina del *Santo Angel*.

Ni en decir, señores, que el Arcángel San Miguel fué el que sirvió de capitán al santo pueblo para libertarle del yugo de los egipcios, el que dió á Moisés aquellas santísimas tablas de la ley, escritas por el sagrado dedo de Dios, para guía de los hombres, que él es aquel ángel que vió San Juan en su Apocalipsis, deteniendo á los otros cuatro ángeles que por orden de Dios iban á acabar con la tierra, queriendo antes señalar en las frentes á los siervos de Dios, hago otra

cosa que seguir la opinion mas admitida entre los teólogos (1). Miguel, señores, cuando ve airada á la magestad de Dios contra los hombres, grita á voz de clarín, pidiendo por ellos misericordia, como lo canta la Iglesia, y de aquí el gozo y alegría con que celebra la conversion de algun pecador, convocando á los espíritus celestiales, para celebrar con ellos la victoria ganada á Lucifer.

Por último, ejercitado Miguel continuamente en defender á los hombres contra las tentaciones del ángel de las tinieblas, cuando llegue aquel dia terrible en que todas las criaturas habremos de presentarnos ante la magestad de Dios en el valle de Josafat, para el juicio universal, aparecerá este santo Arcángel llevando el estandarte de la cruz que precederá al Hijo de Dios (2). *Signifer Sanctus Michael*.

Y si tanto ha hecho Miguel por los hombres, si tanto vela por nuestra salvacion, y si tanto valimiento tiene ante el trono de Dios, ¿no deberemos acudir á él en todas nuestras necesidades? ¿Si las tentaciones que nos cercan cada dia son obras de Lucifer para perdernos, ¿cómo no nos librará de ellas Miguel, que siempre le ha hecho la guerra, si con fé le invocamos? Aislado el hombre entre mil peligros en medio de un mundo seductor y corrompido que á cada paso nos presenta el veneno en dorada copa, necesita un protector fiel que le auxilie para no naufragar en el anchuroso golfo de las pasiones. Supuesta esta necesidad,

(1) Véase el capítulo VII del Apocalipsis desde el verso 1.º Aunque como espone el Padre Scio, por este angel entienden unos á Jesucristo, y Victoria afirma que se significa por él á Elias, entienden los mas que es uno de los espíritus soberanos que estan delante del trono del Altísimo, lo que nos inclina á creer con Silveira, que se habla de San Miguel.

(2) Tunc parebit signum, Filii hominis. S. Math. cap. XXIV, v. 30,

¿quién mejor protector que Miguel? A su nombre ceden las enfermedades, obedecen los elementos, huye la muerte y se estremece el infierno. ¡Cuántos testimonios podeis presentar vosotros mismos de esta verdad! ¿Habrá alguno que haya invocado á Miguel con verdadera fé y confianza, que no haya experimentado los efectos de su proteccion benéfica? ¿Y siendo Miguel tan venerado por vosotros, estará en los cielos sin pedir al Dios de las misericordias, que las use con vosotros en abundancia?

No puede ser así: Miguel, como os he demostrado, ama á Dios sobremanera, y le mostró su amor desde el momento de su creacion combatiendo á los ángeles rebeldes, y siendo el primero en dar gloria esterior á la Divinidad. Este amor le ha hecho ser la criatura intelectual mas semejante á Dios. Por este amor ha logrado ser semejante al Altísimo. Si Lucifer lo quiso ser por unos medios inícuos y tan contrarios á los derechos de la Divinidad, Miguel lo ha conseguido con la participacion de la divina gracia. Sí, nuestro santo Arcángel puede decir que es el mas semejante al Altísimo en cuanto puede serlo una pura criatura. *Similis ero Altissimo.*

Felices mil veces nosotros, hermanos míos, si procurando imitar la conducta de Miguel, amamos á Dios y procuramos su mayor gloria, apartándonos de los caminos de la perdicion, y practicando las obras buenas: felices nosotros si, así como Miguel ama á las criaturas y procura hacerles bien, amamos nosotros á nuestros prójimos, cumpliendo con el precepto hermoso de la caridad.

Sí, gloriosísimo Arcángel: tú sostuviste combates con Luzbel y conseguistes victorias por la gloria de

Dios: ayúdanos á nosotros para que triunfemos de las contiúuas batallas que él mismo nos presenta para perdernos, y ya que tanto valimiento tienes con el Todopoderoso, mira con especial proteccion estos tus devotos que te consagran con el mayor afecto estos devotos cultos: alcánzales paciencia en los trabajos, consuelos en las necesidades y especialmente los auxilios de la divina gracia. Asístenos á todos en la hora terrible de nuestra muerte, para que espirando en el ósculo del Señor, merezcamos por su misericordia y tu intercesion, ocupar las sillas que dejaron vacías los ángeles malos en la gloria. *Amen.*

hay jóven de mediana educacion que al adquirir algunos conocimientos en las ciencias, no crea ser un sábio, y no pretenda hacer respetables sus opiniones, por mas que ellas sean contrarias al buen sentido, y que choquen á toda regla de sana crítica. Empero, buscad, señores, buscad en este siglo de charlatanismo, buscad entre esos filósofos que pretenden dilucidar todas las cuestiones y que claman por reformas, sin lograr otra cosa que destruir cuanto bueno nos legaran nuestros abuelos; buscad, digo, la ardiente fé de nuestros antepasados, buscad obras tan profundas y elocuencia tan persuasiva como la del grande Agustino en su *Ciudad de Dios*, como la de santo Tomás en su *Suma*. Buscad hoy en la elocuencia latina y castellana un Saavedra y un Morales, en la historia un Mariana, en las ciencias filosóficas un Pereira, en.... pero involuntariamente me he apartado de mi objeto, puesto que no es mi mision en esta mañana, hacer comparacion entre nuestros sábios y los que nos precedieron. No hay duda, diré, para concluir esta digresion, que la incredulidad ha abierto en nuestros dias una llaga en el corazon de la Iglesia, llaga dolorosa para esta tierna y caritativa Madre, que vé caminar á muchos de sus hijos sin brújula ni rumbo fijo, por un campo de espinas que haciéndoles olvidar que fuera de la obediencia y de la fé de Pedro no hay salvacion, les conduce á su ruina eterna.

Ni creais, señores, que al hablar de la fé que distinguió á nuestro apóstol, trate de ocultar su pecado, echando un tupido velo que nos oculte sus negociaciones. Por el contrario, ellas contribuyen á su mérito y hermocean su panegírico, porque no solo nos

demuestran la bondad y sábia conducta de la Providencia, sino que tambien nos presentan á Pedro como modelo de penitentes.

Entremos en el Huerto, teatro donde dan principio los grandes padecimientos del Salvador, donde una turba sacrílega, capitaneada por el traidor Judas, se apodera del justo, para conducirlo á los tribunales: el humilde Pedro, que permitir no quisiera ser lavado por Jesucristo, el valeroso discípulo, que sin temor al número de los que venian á prender á Jesucristo, saca la espada y corta la oreja á Malco, sigue los pasos á su Maestro, pero á lo lejos, esclama el Evangelista Santo (1): ¿Qué es esto, Apóstol fiel? ¿quién ha trocado tu antiguo valor y fortaleza, en esa cobardía que manifiestas? ¿No jurastes morir, si necesario fuera en defensa de tu Maestro? ¿Cómo, pues, temes ahora en el dia de la tribulacion, darte á conocer por discípulo suyo? ¡Ay cristianos! Por mas que Pedro tratase de ocultar que conocia y trataba á Jesus, la turbacion de su espíritu, el dolor de ver padecer á su Maestro, á quien amaba, se retrataba en su semblante; por esto le preguntan repetidas veces, ó mejor dicho, afirman que era compañero de Jesus. Pedro teme, y temiendo afirma con juramento y aun con imprecacion, que es falso, que ni conoce ni habia visto jamás á aquel hombre. Empero cumpliése al momento la profecía del Salvador: cantó el gallo, y este canto y la tierna mirada del Maestro partieron su corazon, y saliendo fuera lloró; pero no fué un llanto pasajero, sino un copioso llanto amarguísimo, tan abundante como grande era el pesar que espe-

(1) Luc. c. XXII, v. 54.

rimentaba por haber negado á su querido Maestro.

No fué otra cosa que un castigo por su presuncion, esta caida que le enseñaba al mismo tiempo la caridad y compasion que debia usar en adelante, como Príncipe Supremo de la Iglesia, en las caidas y fragilidades de sus ovejas. Enséñanos tambien este ejemplo de Pedro, las humildes precauciones que debemos usar para conservar la fé. ¡Qué feliz sería el cristiano, si á pesar de haber negado á Jesucristo desobediendo sus mandatos, imitase á Pedro en el dolor y las lágrimas con que este lavó su pecado! Peca, es verdad, pero inmediatamente se arrepiente, y no necesita que el Salvador le dirija un largo discurso, como en otro tiempo á la Samaritana; ni necesario fué que el estampido del trueno y la luz de los relámpagos le mostraran armado del rayo de su justicia la mano del Juez Eterno. Una mirada tierna de Jesus, fué suficiente para abrirle en su corazon aquella herida que jamás pudo cicatrizarse; sus lágrimas corren por sus mejillas envueltas en su sangre, y el último suspiro que despida en la cruz, será de dolor y penitencia. Ni tampoco, á pesar de la cobardía que mostró en su negacion, dejó de profesar un amor tierno á su Maestro, amor que fué el distintivo del Santo Apóstol. Es constante, señores, que el amor se adquiere progresivamente, y en tanto se va aumentando, en cuanto se van conociendo las bellas cualidades del objeto amado; pero el amor de Pedro para con Jesus, careció de estos trámites. Escuchar su voz, creer sus palabras, seguirle sin titubear y profesarle un amor ardiente, todo fué obra de un momento; ni necesitó observar los grandes milagros que efectuara entre los hijos de Israel, ni tratarle mucho tiempo para com-

prender la bondad de su corazon y la caridad divina que resplandecia en sus obras, para conocer que su mision era toda celestial, para amarle, para entregarle su corazon por completo. El vivir en los palacios de los reyes, el cubrir su cuerpo con ricas vestiduras, el poseer los mayores tesoros de la tierra, no hubieran hecho á nuestro Santo Apóstol considerarse mas feliz que se consideraba siguiendo á Jesucristo. El no teme las contradicciones, no le asustan los peligros, ni teme tampoco las encrespadas olas que amenazan sumergirle, ni el bramido del mar, ni los vientos enfurecidos; se arroja á las aguas con la confianza que le da su invicta fé, se embarca en la nave de esa misma confianza; las olas le llevan sobre sí, y haciéndose consistentes, le conducen siendo testigos de aquella fé superior y divina, cuyos oráculos fueron revelados por el mismo Dios para que conociese á Jesucristo. Su mismo Maestro le pregunta en una ocasion si le ama, y si su amor era mayor que el de los demás discípulos. ¿Pedro, me amas? ¿me amas mas que estos? ¡Ay, señores! Pedro ya no confia en sí mismo: tu conoces mejor que yo este corazon: tú sabes mis sentimientos: *Tu scis qui amo te* (1). ¡Oh fiel amante y humilde Pedro! muéstrale al Salvador tus continuos desvelos, las primacías de tu Apostolado y tus asíduos trabajos en Judá y Samaría: Tú sabes que yo te amo, y este amor debe ser recompensado. Pues bien, Santo Apóstol, ya no eres Simon, eres Pedro, es decir, piedra labrada á los rayos de la fé con el fuego de la caridad, y dispuesta con la humildad y penitencia: así lo ha manifestado el que le elije para

(1) Joan. c. XXI, v. 15.

ser su representante en la tierra, cabeza visible de la Iglesia, y canal por donde las aguas de la fé habian de correr hasta las estremidades de la tierra. A la respuesta de su amor le dice Jesucristo: *Pasce oves meas, pasce agnos meos* (1). ¿Y qué pastor es este que se encarga del rebaño del Salvador? ¿Quién es este que va á hacer las veces de Dios sobre la tierra? Es Pedro, elegido y enriquecido para ser fundamento de su Iglesia. *Et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam.*

SEGUNDA PARTE.

No me admira, Excmo. Sr., que el Padre San Leon, hablando del santo Apóstol, diga que era Pedro, despues de Jesucristo, la piedra fundamental sobre que debía sostenerse el edificio de la Iglesia; y siendo esta Iglesia su aprisco, Pedro es el pastor siendo un reino espiritual (2). Pedro es el soberano, porque á él solamente confió el Salvador el cuidado de sus ovejas que habia redimido con su preciosa sangre y el de sus corderos, dándole sobre todos una primacia no solo de honor, sino tambien de jurisdiccion. Jesucristo, triunfante de la muerte, debía volver vencedor al Padre, y confia á sus discípulos la conversion del mundo, para fundar y estender la Iglesia; pero los apóstoles necesitaban una cabeza, un jefe, un superior que les dirigiera, á quien debian estar subordinados y sumisos, no obstante su eleccion y su dignidad; la Iglesia tambien necesitaba un pastor, y Pedro fué declarado Supremo Pontífice: un nombre

(1) Joan. c. XXI, v. 15 y 16.

(2) S. Leon Pap. Serm. 1, in Natali Apost. Petri et Pauli.

tan humilde como glorioso le distingue: Simon, hijo de Juan, tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia: *Et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam.*

Levanten en buen hora su grito esos hereges, sábios presuntuosos y tanta multitud de hijos díscolos como quieren negar esta dignidad suprema cuyo honor y potestad son de derecho divino: la silla apostólica es el centro de la unidad católica fuera de la cual no hay salvacion: negar no pueden los mismos hereges la suprema potestad de Pedro, y aunque miren con desprecio los terribles anatemas que la Iglesia ha fulminado contra ellos, no pueden menos de reconocer por las pruebas el soberano poder de Pedro que siempre se manifestó en la Escritura revestido con las insignias de honor y superioridad: jamás leemos que Jesucristo mudase el nombre mas que á Pedro, y elegido por Dios para la suprema dignidad de la Iglesia, á él se le encarga el cuidado no solamente de las ovejas sino de los mismos pastores; si hay que responder á las preguntas de Jesucristo, Pedro, en nombre de todos, lo hace; él es el primero á quien lava los piés, y llegado el dia de la gloriosa resurreccion, manda especialmente que se noticie á Pedro, primero á quien se presenta, y al establecer la ley de gracia toma el primero posesion del ministerio evangélico, obra el primer milagro y en el repartimiento hecho por el Espíritu Santo, toma posesion de las ciudades mas notables y populosas, y por lo tanto mas difíciles de convertir. Apenas el Espíritu Santo ha descendido sobre los apóstoles, cuando estos empiezan á conquistar el mundo, repartidos en diversas naciones, y de uno á otro polo, y en el

Oriente y Occidente, y en el Septentrion y Mediodía, es anunciada la doctrina de Jesucristo, y el estandarte de la cruz es adorado como signo de redencion por el escita y el partho, por el griego y el bárbaro, por el judío y el gentil; las ciudades populosas como las miserables aldeas, los sábios como los ignorantes, reciben la nueva doctrina que regeneraba el mundo. Pedro puede decirse que multiplicaba su presencia en todas partes. El Ponto, Galacia, Capadocia y Bithinia, le ven ordenar sacerdotes y consagrar obispos para el buen régimen de la Iglesia: discurre por la Judea, Siria y Palestina. Asia, Africa, el Oriente y Occidente, parecen pequeños para dilatar este reino espiritual.

La doctrina evangélica debía confirmarse con milagros: nuestro Apóstol es el primero que en uombre de Dios los efectúa; toma de la mano al cojo que estaba diariamente á las puertas del templo y le da agilidad en sus miembros: los demonios le obedecen, y vemos las plazas y calles llenas de enfermos que sanaban con solo su sombra, maravilla que no leemos de ningun otro Apóstol. Ananías y Zafira caen muertos á sus piés castigados por Dios y por la boca de Pedro como de juez eterno: él, como cabeza y príncipe de todos, responde lleno del Espiritu Santo á los príncipes de los judíos mostrando la jurisdiccion que habia recibido, aumentándose cada dia el imperio dado á Pedro, porque doquiera que el nombre de Jesucristo es adorado en espíritu y verdad, el nombre de Pedro es conocido y glorificado. En todas partes se le reconoce como piedra sobre la que está fundada la Iglesia, como autoridad suprema sobre todos los redimidos por la víctima del Gólgotha; derecho indivisible, pues

si un rebaño solo necesita un pastor, un reino un rey, la Iglesia solo reconoce á Pedro como Pastor Supremo, Rey y Padre de todos los fieles, piedra sobre que está establecida: él recibe de Jesucristo las llaves del reino de los cielos: no le dice Jesucristo, espone el Crisóstomo, rogaré á mi padre que te las dé, sino te las doy, para mostrar su poder, porque así como mi Padre te ha dado luz para que me conozcas yo te doy las llaves del reino de los cielos (1), *dabo tibi claves regni caelorum*: la llave del poder para juntar los concilios, confirmarlos y establecer leyes: poder para interpretar las santas Escrituras y para perdonar los pecados. Reyes de la tierra, yo respeto vuestro poder, conozco que por Dios reináis entre los hombres, y que vuestras leyes deben ser obedecidas (2), empero vuestras coronas é imperios no sirven para honrar á Pedro: reina el príncipe sobre las personas de sus vasallos, Pedro reina sobre sus almas; conceden aquellos las gracias á la tierra, Pedro las del cielo: nosotros somos súbditos de ellos; pero Pedro es padre de todos, y el oro de sus diademas, y la grandeza de que se ven rodeados, y el soberano poder que ejercen, y el augusto carácter de majestad que los eleva sobre nosotros, no deja de sujetarlos á él por el sagrado carácter de cristianos: é interin reine Jesucristo en los reinos de la tierra, seguro está Pedro de reinar espiritualmente sobre los mismos reyes.

El trabaja constantemente por dilatar el imperio de Jesucristo; á su voz tiembla la Sinagoga y ansiosas las naciones se acercan á él detestando sus errores. ¡Qué triunfos para la religion; tres mil personas con-

(1) Div. Joan. Chris. Homilia LV, ex cap. XVI, Math.

(2) Parab. Salom. c. VIII.

vertidas en un solo sermón y cinco mil más tarde, prueban suficientemente la asistencia del Espíritu Santo! Pero aun faltaban los mayores triunfos que conseguir. Considerad á Pedro en medio de la populosa Roma, de aquella ciudad señora del mundo que gemía bajo la tiranía de un vicioso y cruel emperador. Vedle allí sin temor á los mayores peligros predicar la doctrina de Jesucristo, formando el proyecto de destruir las supersticiones, echar por tierra los templos de los falsos dioses, y hacer resonar en los soberbios alcázares de los Césares, donde con bellos adornos se abrigan todos los vicios, la voz de la verdad.

Esta empresa, señores, es superior á cuantas se hayan propuesto efectuar los grandes ingenios de todos los siglos. En todas las revoluciones que agitan los estados y trastornan los imperios, vemos por lo comun hombres que cuentan con popularidad, ó que efecto de sus hazañas, de su valor ó de la intriga han ocupado puestos elevados en la sociedad; ¿pero quién era Pedro para efectuar una revolución que mudase las costumbres, la moral, las leyes y las creencias, en medio de una ciudad tan populosa como fanática? Pobre por su cuna, desconocido de todos, sin mas amigos ni compañeros que los demás apóstoles, se propone y lleva á cabo el ganar á Roma para Jesucristo. No bien empieza á anunciar la nueva doctrina, cuando empieza á chocar con grandes contradicciones, y es preso, y acusado como perturbador del orden público. Tan antigua es esta atroz calumnia que continuamente vemos levantarse contra los celosos Pastores de la Iglesia, toda vez que defienden los sagrados derechos de Jesucristo. Apenas los Pre-

lados combaten con sus sábios discursos y elocuente voz los errores del siglo, los tiros públicos y privados que se dirijen contra la Esposa inmaculada de Jesus, cuando en el momento son cruelmente perseguidos, llamados perturbadores del orden público, trastornadores de la sociedad, reprendidos y tal vez arrojados de sus sillas. Pero no temais, príncipes de la Iglesia, á través de tales persecuciones, alegraos como Pedro de participar de los oprobios de Jesus (1). Vuestra corona está en los padecimientos y persecuciones, y aun cuando fuera necesario derramar toda la sangre que corre por vuestras venas, conservad siempre en vuestro rebaño el reino de la fé, porque ni para vosotros dignos príncipes de la Iglesia, ni para nosotros ungidos del Señor, ni para los verdaderos fieles puede haber mayor gloria, mayor corona, ni mas permanentes triunfos que morir en la persecución, que concluir nuestra vida en la fé de Pedro, siquiera sea entre las ruinas de los altares, entre los escombros de los templos.

Nada importa que el cruel Herodes ponga á Pedro entre cadenas, pues el mismo Dios le libra por ministerio de un ángel, reportando esto nuevos triunfos á la religion; y si un impostor, envidioso y atrevido quiere hacer falsos milagros para oscurecer los de Jesucristo, obrados por ministerio de Pedro y para ganarse las atenciones de todos, Pedro ruega á Dios, y en el instante se vé castigado el impostor muriendo espantosamente y declarando con su desastroso fin, ser verdadera la doctrina de nuestro Santo Apóstol.

Mas ¡ay que los trabajos del fiel discípulo de Je-

(1) Act. V, v. 41.

sucristo debian concluir con una muerte semejante á la del Maestro! Jerusalem habia quedado burlada, por los ruegos de los cristianos; pero Roma, teatro de sus mayores trabajos, debia serlo de su martirio. Nerón prepara una cruz para que en ella termine su carrera; ni debia ser otra la muerte de Pedro. Crucificado habia muerto su Maestro, el autor divino de nuestra religion adorable, el Pontífice eterno; crucificado muere tambien su vice-regente, su representante en la tierra. En efecto, Pedro muere en la cruz, puesta su cabeza sobre la tierra, á peticion suya, por no creerse digno de morir como su Maestro, y rubrica con su sangre la ley que como Pontífice supremo habia enseñado á los pueblos y naciones.

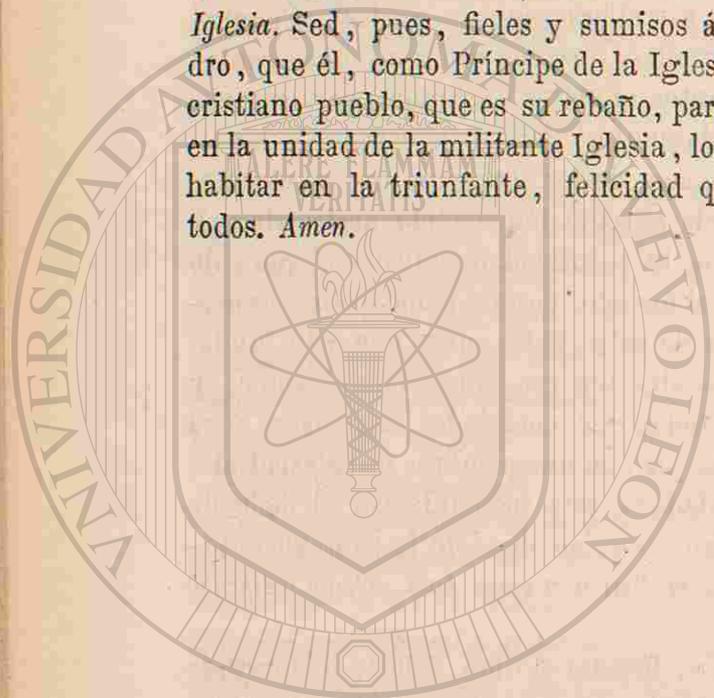
¡Ay, cristianos! murió Pedro, luego murió la columna y firme apoyo de la Iglesia; ¿faltará pues á esta su estabilidad? No, enemigos de la Religion: Pedro vive y vivirá hasta la consumacion de los siglos; la gobierna y la sostiene, y ella, fundada sobre Pedro, piedra escogida, se verá siempre triunfante, porque las puertas del infierno, es decir, los cismas y heregías no prevalecerán jamás sobre ella. Pedro vive en sus legítimos sucesores, su autoridad siempre es la misma, y ese Pontífice, Pio IX, que hoy felizmente dirige el timon de la nave de la Iglesia, y los que á él le sucedan hasta el último de los siglos, á Pedro representan, su misma autoridad ejercen, y á él debemos entera sumision y obediencia.

¿No habeis observado, señores, que unos á otros se suceden los imperios, que las instituciones todas caducan con el tiempo, que se mudan las formas de gobierno segun el carácter particular de las épocas y de los siglos? ¿Pues cómo es que solo el trono de

Pedro, el reino espiritual de Jesucristo se sostiene firme, sin innovaciones, no obstante tantas y tan repetidas olas de persecucion, como continuamente vienen á estrellarse en sus gradas? ¡Cuántas guerras encarnizadas, diré con el Crisóstomo, contra la Iglesia! ¡Cuántos ejércitos conjurados para socavar sus sólidos fundamentos! Pero ni la espada de los tiranos, ni la audacia de los sectarios, ni las naciones engañadas por la heregía han podido destruirla. ¿Y por qué? porque la autoridad que Pedro ejerce solo se acabará con el mundo, porque jamás podrá ser destruida la fuerza de esta piedra sobre que está fundada, puesto que ella fué preparada por el amor, y adornada con todas las cualidades necesarias para establecerla, porque, en una palabra, la Iglesia Católica, única verdadera, está sostenida por el dedo de Dios sobre Pedro, á quien dándole la suprema autoridad, dijo: *Tu es Petrus et super hanc petram œdificabo Ecclesiam meam.*

He concluido, Excmo. é Ilmo. Señor; si la escasez de mis conocimientos no me ha permitido formar un perfecto panegírico del príncipe de los Apóstoles, al menos he presentado un débil bosquejo, que deje conocer claramente su eleccion, virtudes y fortaleza. Jóvenes que empezais ahora á navegar por el anchuroso mar de los torbellinos del mundo, no os dejeis alucinar ni engañar por los falsos filósofos de que está plagada la sociedad. El Pontífice romano, sucesor y representante de Pedro, ejerce una autoridad que se estiende á la Iglesia Universal: él es cabeza y piedra fundamental de la Iglesia, y fuera de su obediencia no hay salvacion. *La Iglesia romana, para concluir con las espresiones de San Cipriano, es el centro de*

la unidad donde deben reunirse todas las demas Iglesias: es ilusion creer que no se separa de la Iglesia el que abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia. Sed, pues, fieles y sumisos á la voz de Pedro, que él, como Principe de la Iglesia, cuidará del cristiano pueblo, que es su rebaño, para que viviendo en la unidad de la militante Iglesia, logremos un dia habitar en la triunfante, felicidad que os deseo á todos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.

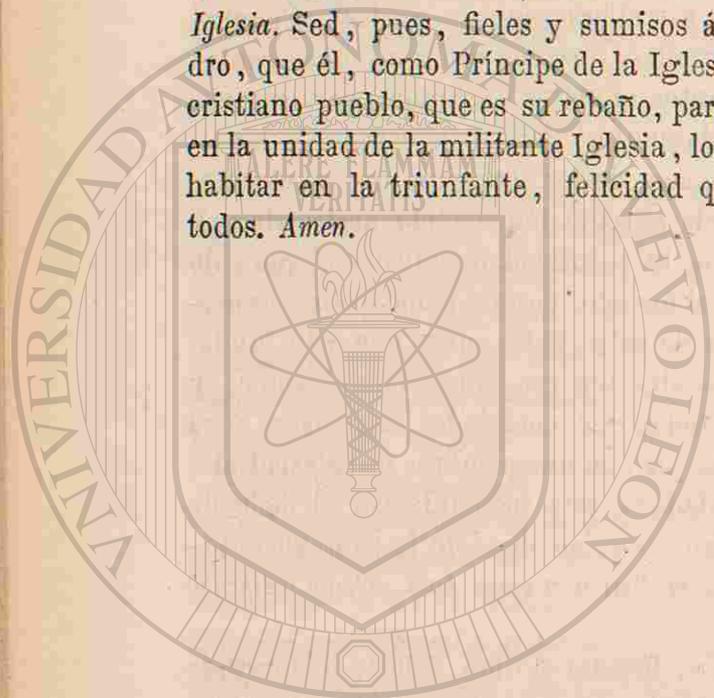
*Tunc stabunt iusti in magna constantia
adversus eos qui se angustiaverunt, et qui
abstulerunt labores eorum.*

Entonces estarán los justos con grande
constancia contra aquellos que los angus-
tiaron y los libraron de sus trabajos.

Lib. Sap., cap. V, v. 1.º

Por mas que los enemigos de la religion santa que tenemos la dicha de profesar, persigan con tenacidad á los cristianos, haciendo salpicar con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero, ello es que no solamente han sido instrumentos para que aquellos ciñan en sus sienes la preciosa corona del martirio, que les conducen á la morada de la gloria, sino que han recibido un desengaño terrible cuando ya les ha sido imposible el arrepentimiento. Con solo leer el capítulo citado del sagrado libro de la Sabiduría, nos convenceremos de esta verdad. En él se nos dice que estarán los justos á la vista de sus perseguidores mostrando la constancia que tuvieron en las mayores persecuciones: que contemplando los

la unidad donde deben reunirse todas las demas Iglesias: es ilusion creer que no se separa de la Iglesia el que abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia. Sed, pues, fieles y sumisos á la voz de Pedro, que él, como Principe de la Iglesia, cuidará del cristiano pueblo, que es su rebaño, para que viviendo en la unidad de la militante Iglesia, logremos un dia habitar en la triunfante, felicidad que os deseo á todos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SAN SEBASTIAN, MÁRTIR.

*Tunc stabunt iusti in magna constantia
adversus eos qui se angustiaverunt, et qui
abstulerunt labores eorum.*

Entonces estarán los justos con grande
constancia contra aquellos que los angus-
taron y los libraron de sus trabajos.

Lib. Sap., cap. V, v. 1.º

Por mas que los enemigos de la religion santa que tenemos la dicha de profesar, persigan con tenacidad á los cristianos, haciendo salpicar con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero, ello es que no solamente han sido instrumentos para que aquellos ciñan en sus sienes la preciosa corona del martirio, que les conducen á la morada de la gloria, sino que han recibido un desengaño terrible cuando ya les ha sido imposible el arrepentimiento. Con solo leer el capítulo citado del sagrado libro de la Sabiduría, nos convenceremos de esta verdad. En él se nos dice que estarán los justos á la vista de sus perseguidores mostrando la constancia que tuvieron en las mayores persecuciones: que contemplando los

tiranos la eterna felicidad que disfrutaban aquellos humildes y esforzados cristianos que fueron objeto de sus amenazas y á quienes sacrificaron en los mas crueles tormentos, se llenarán de una horrible turbacion, exclamando dentro de sí mismos: ¿Son estos aquellos que cuando vivian en el mundo, eran el objeto de nuestras burlas y desprecios? ¡Ah! Fuimos á la verdad unos insensatos cuando creimos que sus virtudes eran locura y juzgamos su fin como miserable y deshonoroso. Nosotros hemos sido los verdaderos insensatos, pues de nada nos sirve ahora el haberlos perseguido y atormentado, puesto que ellos están contados entre los hijos de Dios, y están participando la suerte de los justos, mientras nosotros somos atormentados eternamente.

Y ahora bien, señores, fundados en las anteriores reflexiones de la Eseritura Santa, ¿no deberemos creer que en este dia de tanta gloria para nosotros, en que llenos de júbilo celebramos la festividad del esclarecido héroe del cristianismo, del soldado de Cristo, del esforzado mártir San Sebastian, defensor de la fé y protector de sus devotos, especialmente en tiempo de peste y epidemia, no deberemos creer, digo, que serán extraordinarios los lamentos que resuenen en los infiernos dados por Diocleciano que fué el que le hizo atormentar? Sí, en aquel lugar de eternos tormentos, exclamará el impío: ¿es este aquel de quien yo me burlaba, y á quien tenia por necio, viéndole despreciar cuanto se le ofrecia porque renunciase á Jesucristo, y sacrificase á los objetos inanimados que yo adoraba como dioses? ¿Es este aquel á quien no contento con haberle hecho asaetar le hice concluir su vida en un segundo martirio? ¡Ay de mí! que él

está ahora, mientras yo padezco, disfrutando de una bienaventuranza en el Empíreo, y al mismo tiempo que mi nombre no se recuerda sino para maldecirle, el Dios verdadero ha declarado á Sebastian por hijo suyo y le ha colocado entre sus santos.

Sebastian, ese soldado valeroso de Cristo, se mostrará glorioso, confundiendo á los tiranos con la constancia con que sufrió las persecuciones y el martirio. *Stabant justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt et qui abstulerunt labores eorum.* De la admirable constancia, pues, de Sebastian en defender hasta el martirio á Jesucristo, vengo resuelto á hablaros en esta mañana, en que me habeis honrado con vuestra eleccion para formar su panegírico: y esta constancia de nuestro glorioso mártir, me servirá para escitaros á la constancia que debeis tener en vuestra devocion al santo, siquiera sea en gratitud á los muchos y extraordinarios beneficios que por su intercesion han conseguido siempre y en todo tiempo los hijos de este pueblo que le venera como á su Patrono. Creo demostrado mi pensamiento y el plan sobre que ha de basar mi discurso. *Constancia maravillosa que tuvo Sebastian en la fé de Jesucristo.* Primera parte. *Constancia fervorosa que deben tener los hijos de este pueblo en la devocion á Sebastian su Patron.* Segunda parte.

Imploramos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Reina de los ángeles, á quien saludaremos, repitiendo con el mayor afecto de nuestros corazones la salutacion angélica. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

El Hacedor Supremo que para hacer conocer al mundo que nada le es imposible, quiso en la plenitud de los tiempos, unir extremos tan distantes como Dios y el hombre, ha sabido enlazar en todos tiempos segun sus altos é incomprensibles fines, las cosas en el juicio de los hombres mas inconexas é imposibles. David, que á pesar de ceñir en sus sienes la corona real, es un contemplativo y un Profeta. Moisés, elevado de pastor á caudillo de su pueblo. Samuel, que no obstante estar consagrado al templo, fué gobernador de Israel, y otros muchos ejemplos citados en el Antiguo Testamento, nos hacen esclamar con el Profeta: *¿quién penetró jamas los juicios del Señor? ó ¿quién fué depositario de sus secretos?* (1). No son, empero, en el Testamento Antiguo tan solamente donde podemos admirar estas combinaciones del poder de Dios. ¿Hubiera jamás creído la prudencia de los hombres, por avisada que fuese, que aquel pobre é ignorante pescador que buscaba honradamente su sustento á las orillas del mar de Tiberiades, estaba llamado para ser la cabeza visible de una nueva Iglesia, el fundamento ó la base sobre que habia de descansar la nueva religion que habia de establecer el Redentor de los hombres? Pues ello es, señores, que sucedió así contra los cálculos de la prevision humana, contra lo que pasa ordinariamente en el mundo, pues que para tan alto destino, hubiesen creído los hombres ser necesarios varones de mucha

(1) D. Paul. ad Rom. c. XI, v. 34.

ciencia y mayor reputacion en la sociedad. Contra los cálculos, pues, de los sábios, el humilde pescador, Pedro, fué elevado á la dignidad de Príncipe de los Apóstoles, y la voz de este hombre al parecer idiota é ignorante resonó con fruto en la soberbia capital de los emperadores.

Ahora bien, señores, sin detenerme en otros muchos ejemplos que de la ley de gracia pudiéramos citar, yo quiero preguntar á los hombres sábios y previsores: quien hubiese visto, en la corte del imperio de Diocleciano, de ese emperador que hizo verter á torrentes la sangre de los cristianos pretendiendo temerariamente y sin fruto concluir con la religion de Jesucristo, á quien odiaba; quien hubiese visto, repito, á un capitan jóven y esforzado, de buena presencia, sirviendo en las filas de ese emperador, ¿hubiese creído que lejos de aspirar á adelantar en su carrera, conquistando el amor y aprecio de su monarca, habia de tener el valor suficiente para darle en rostro con sus vicios, reprenderle su persecucion á los cristianos, quererle convencer de sus errores, y en suma, preferir el martirio no obstante su juventud y lo adelantado de su carrera, á prestar adoracion á los falsos dioses? Pues sucedió así, contra lo que hubiesen creído los mas prudentes; y ese soldado valeroso y esforzado, ese mártir illustre de Jesucristo no es otro que vuestro amado Patrono San Sebastian. Todas las prendas que deben adornar á un buen militar resplandecian en nuestro santo: buena crianza, mejor política, valor á toda prueba, ingenio vivo, entendimiento despejado, amor á la justicia y celo por defender las causas justas, ved aquí las que hacian que Sebastian fuese amado de cuantos le trataban,

y su dulzura, su prudencia, su apacible genio, su generosidad y otras cien bellas prendas que le adornaban, dice San Ambrosio, fué la causa de darse á conocer prontamente en la corte de los emperadores.

No porque habeis oido que sirvió en las filas de Diocleciano, creais, señores, que él fué nunca enemigo de los cristianos, ni que prestó jamás adoracion á los falsos dioses del imperio. No, él fué criado en la religion cristiana, y no se sabe que fué mas pronto, si llegar al uso de la razon, ó suspirar ardientemente por verter su sangre en defensa de Jesucristo. Si él entró á servir en las tropas de Diocleciano, fué impulsado de un pensamiento el mas noble; pues que al mismo tiempo que su empleo le hacia tan distinguido en la corte, le ofrecia tambien muchas ocasiones de hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. Tal es el santo fin de ocultar por algun tiempo su profesion de cristiano y de ahogar en su corazon el encendido deseo del martirio que le abrasaba.

No podemos, señores, recordar la décima y última persecucion de la Iglesia, sufrida bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano á fines del siglo III y principios del IV, sin estremarnos de dolor. El paganismo, que veía el fin de su imperio, puso en práctica los medios mas crueles y perversos, con el designio de concluir si posible le fuera con el nombre cristiano. Desesperado al ver su próxima muerte, hizo los mayores esfuerzos, para conseguir el triunfo, y las catastas, los potros, los toros de bronce, las afiladas cuchillas, las impotentes hogueras y cuanto de mas cruel pudo inventar el infierno, todo le parecia poco á los enemigos de la religion verdadera para

atemorizar á los fieles discípulos de la víctima del Gólgota, y conseguir el triunfo del paganismo. Edictos los mas sangrientos publicados en Mesopotamia, la Siria, el Egipto, la Tebaida, el Ponto, la Numidia y en las demas provincias sujetas al tirano de Roma, hacian que á torrentes se vertiese la sangre de mil y mil inocentes víctimas de toda edad, sexo y condiciones que gustosos entregaban su vida, por defender los derechos de Jesucristo y de su Iglesia, no consiguiendo otra cosa los tiranos sino el ver salir nuevos defensores de la verdadera religion, del centro mismo del paganismo.

Observemos, pues, á Sebastian en la capital del imperio, en la soberbia Roma, con el traje de capitán del emperador, y al verle en sus cárceles, fortaleciendo con sus exhortaciones á los santos confesores de Jesucristo, llevando con qué alimentar á los cristianos refugiados en las cuevas, alentando á los mártires en los mismos suplicios, oponiéndose á la propagacion del paganismo y trabajando sin tregua ni descanso por aumentar el rebaño de Jesucristo, y no podremos menos de reconocer en este esforzado militar á un Pablo dando á conocer al Redentor, á un Jeremías oponiéndose fuertemente á la corrupcion, á un Natán haciendo temblar los palacios de los grandes, á un Macabeo levantando fuertes y terribles escuadrones, á un Josué peleando contra los enemigos de la nacion santa, á un Simon, hijo de Onías, en suma, añadiendo nuevos triunfos al Santuario. Ni tantas y tan sanas ocupaciones, le quitaban el tiempo para entregarse á la oracion postrado en tierra como Joél, para implorar las misericordias del Señor y llorar las ruinas de su nacion como Jeremías.

Probemos estas verdades, con referir sus triunfos y sus martirios. Cuando Sebastian, sin dar á conocer su profesion de cristiano al emperador ni á sus compañeros, trabajaba, como hemos dicho, en alentar á los mártires, procurando los mayores triunfos para la religion, fueron presos dos caballeros romanos llamados Marco y Marceliano, los que despues de haber sufrido con la mayor resignacion algunos tormentos, iban á ser degollados, por haberse negado á sacrificar á los dioses del imperio. Tranquilino y Marcia, padres de estos héroes, se presentaron al juez Cromácio, y con sus ruegos y lágrimas consiguieron la gracia de que se difiriese la sentencia por treinta dias, con la esperanza de poderlos convencer en este tiempo para que abjurasen de la fé de Jesucristo y sacrificasen á los dioses. Súplicas, ruegos, gemidos y cuanto puede inspirar el amor y la ternura para mover á un corazon blando y generoso, fueron las armas de que se valieron aquellos padres por evitar la muerte de sus hijos. Las súplicas, pues, de sus padres, las lágrimas de sus esposas, los lamentos de sus hijos, fueron causa de que Marco y Marceliano empezasen á mostrarse sensibles, á titubear en la resolucion. Afortunadamente, se apercibe de ello Sebastian, quien lleno de celo, y con aquel don de persuasion con que Dios le habia favorecido, empieza á alentarlos haciéndoles conocer la felicidad del martirio, consiguiendo no solo sostener los ánimos de aquellos dos hermanos, sino convertir á la fé de Jesucristo á Nicóstrato, oficial del juez Cromácio, á Claudio, alcaide de la cárcel, á sesenta y cuatro presos, y lo que es mas digno de admiracion, á los padres, á los hijos y á las mujeres de Marco y Marceliano, logrando de

este modo triunfos innumerables á la religion. Al modo, pues, que corria el pueblo de Israel trasportado de admiracion para escuchar los oráculos de Ezequiel (1), corrian apresuradamente los fieles de Roma, para recibir de Sebastian instrucciones religiosas. Jesucristo quiere hacer conocer lo grato que le era el celo de su fiel soldado, y confirma con milagros su doctrina. Al tiempo mismo que Sebastian se hallaba en casa de Nicóstrato animando á los dos santos hermanos, llenóse la habitacion de una clarísima luz, y apareciéndose el Señor acompañado de siete ángeles, acercóse á su siervo Sebastian, y dándole un amoroso ósculo de paz, le promete estar siempre con él. Zoé, mujer de Nicóstrato, que estaba muda, consigue el habla, con solo hacerle Sebastian la señal de la cruz sobre la boca, y muchos enfermos, al tiempo mismo que por el bautismo conseguian la salud del alma, recibian la del cuerpo milagrosamente.

No pararon aquí los triunfos conseguidos por Sebastian. Mandó llamar el juez Cromácio á Tranquilino con el objeto de informarse si sus hijos se habian dejado persuadir de sus lágrimas y estaban dispuestos á sacrificar á los dioses, pero no pudo dejar de admirarse al escuchar de labios de Tranquilino esta respuesta: *Mis hijos son dichosos y yo tambien lo soy desde que Dios me abrió los ojos del alma, para conocer la verdad y la santidad de la religion cristiana, fuera de la cual no hay salvacion.* Cromácio ruega á Tranquilino que le pruebe la verdad de la religion de Jesucristo, el que con las instrucciones que habia recibido de Sebastian, lo hizo con tal copia de razones, que que-

(1) Ezeq. c. XXIII, x. 30.

dando vencido el juez, se convirtió á la fé de la católica Iglesia, siguiéndose á su conversion la de toda su familia, recibiendo el bautismo cuatrocientos esclavos á quienes dió libertad.

Aumentábase de dia en dia la persecucion, y la mayor parte de los convertidos por San Sebastian habian sufrido el martirio, en diversos géneros de tormentos. Se acercaba la hora en que el glorioso soldado de Jesucristo consiguiese tambien la corona del martirio por que tanto habia suspirado. Sabedor Diocleciano de que Sebastian en traje de soldado suyo, era cristiano y hacia la guerra al paganismo, le hizo comparecer en su presencia, y con las espresiones mas sentidas, le acriminó su ingratitude, sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el emperador y el imperio defendiendo una religion tan perniciosa al Estado. Lejos de acobardarse Sebastian al verse en la presencia de Diocleciano, le contesta con el mayor valor diciéndole, que él no podia hacer servicio mas importante al emperador y al imperio, que adorar á un solo Dios verdadero, y que estaba tan distante de faltar á sus deberes por el culto que rendia á Jesucristo, que antes bien nada podia serle tan ventajoso como tener vasallos que menospreciando los falsos dioses, dirigiesen sus ruegos al Criador y conservador de todas las cosas para alcanzar su prosperidad y la del Estado.

¡Oh glorioso Sebastian! No esperes ablandar el corazon del mónstruo del Capitolio, ni esperes por contestacion otra cosa que el decreto de tu muerte. Van á cumplirse tus deseos, esforzado confesor de Jesucristo, pues que en premio de tu constancia en la fé, vás á recibir la palma y la corona del martirio.

En efecto, señores, irritado el emperador con la respuesta de Sebastian, manda que inmediatamente fuese amarrado á un árbol, y que fuese asaeteado por los mismos soldados que él mandaba. No se dilató la sentencia. Los soldados conducen á Sebastian al sitio determinado para llevarla á cabo, donde cubrieron su bendito cuerpo de una lluvia de saetas, hasta que le dejaron, en la persuasion de que debia haber espirado á fuerza de estos tormentos. Una santa mujer, viuda del mártir Castúlo, salió en el silencio de la noche con el objeto de dar sepultura á San Sebastian y no puede menos de admirarse al verle vivo, pues que Dios se habia dignado conservarle la vida, que habia de perder en un segundo martirio. Hizo conducir aquella mujer á Sebastian secretamente á su casa, donde le prodigó los mayores cuidados, hasta tanto que sanó perfectamente de sus heridas.

No permita Dios, señores, que por celebrar al glorioso mártir San Sebastian, trate yo de rebajar el mérito de los demas mártires de la religion. Nada menos; pero sí diré que si todos ellos dieron pruebas de su constancia, Sebastian las da extraordinarias. Consideradle, despues de haber sufrido el tormento de las saetas, cuando queda restablecido de sus heridas. No se esconde en las concavidades de los montes huyendo de la ira de Diocleciano y temiendo mayores tormentos: antes por el contrario sale al encuentro del tirano y poniéndose ante su presencia: «¿Es posible, le dice lleno de energía, que eternamente os habeis de dejar engañar de los artificios y de las calumnias, que perpétuamente se estan inventando contra los pobres cristianos? Tan lejos están, gran príncipe, de ser enemigos del Estado, que no teneis

otros vasallos mas fieles y que á solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.»

Como es natural, sorprendese Diocleciano al escuchar á Sebastian á quien creia muerto: «¿Eres tú, le pregunta, aquel mismo Sebastian á quien yo mandé quitar la vida? No lo dudes, respondió el santo, soy el mismo Sebastian, y si mi señor Jesucristo me ha conservado la vida, ha sido para que ahora en presencia de este pueblo, dé un público testimonio de la impiedad y de la injusticia que cometes persiguiendo con tanto furor á los cristianos.»

No mas palabras aguardó el mónstruo, para mandar que Sebastian fuese conducido al Circo, donde fuese apaleado sin compasion hasta que exhalase el último suspiro. Así se efectuó, señores, y en este segundo martirio entregó su alma á su Dios, pasando á recibir la corona de los mártires tal dia como hoy del año de nuestra redencion 288. Creo que no diré nada de mas con llamar á Sebastian no solo mártir sino apóstol de la religion. Hablando San Juan Crisóstomo (1) de la gloria que se adquirieron los primeros apóstoles de la religion, la distinguió con estos tres caracteres ó señales: triunfos resplandecientes, muerte rigorosa y nombre y fama inmortal. Los triunfos adquiridos por Sebastian los habeis visto, en tantos como convirtió á la fé de Jesucristo; su muerte no pudo ser mas rigorosa puesto que puede decirse fué mártir dos veces: su nombre y fama es tan inmortal cuanto que en todas partes es celebrada su memoria, cuando innumerables pueblos de todos los reinos cristianos le reconocen por patrono. Luego Se-

(1) Joann. Chrysost. in Duod. Apost.

bastian fué un apóstol y un mártir ilustre de la religion. Pero no sirva, señores, tan solamente para vuestra admiracion su maravillosa constancia en la fé y en medio de los tormentos, pues que ella debe servirnos para ejemplo de la constancia fervorosa que vosotros debeis tener en vuestra devocion al santo á quien venerais como patrono.

SEGUNDA PARTE.

Dos causas principales descubro, señores, para exhortaros á la constante y verdadera devocion al ilustre mártir San Sebastian, que son el patronato que tiene sobre esta villa y los beneficios que siempre y en todo tiempo os ha dispensado. No creo que haya en el auditorio que me honra con su atencion ningun filósofo moderno de esos que se han propuesto reproducir las antiguas doctrinas condenadas por la iglesia, con las que se rien de nuestra devocion á los santos, del culto que les tributamos y aun nos acusan impíamente de idolatría porque erigimos templos dedicándolos á las criaturas, debiendo ser consagrados solamente al Dios verdadero. Contestaré no obstante á estas objeciones, por si desgraciadamente ha bebido tan perniciosa doctrina alguno de mis oyentes. Los que así hablan es porque no quieren comprender que los católicos distinguimos dos clases de culto, uno de adoracion al Sér Supremo, y otro de intercesion á los santos, y si dirigimos á estos nuestras oraciones es para que ellos las presenten ante el trono del Excelso, é intercedan por nosotros: tal es tambien la razon porque damos la advocacion de los santos á nuestros templos, aunque todos ellos se erigen al Dios de las

magestades. Ni venerando á los santos faltamos al precepto divino que nos manda no adorar mas que á Dios, pues que reconociendo las virtudes de aquellos como dones de este, no hacemos otra cosa que adorar á la Divinidad que se hace admirable en sus escogidos y suplicarle por la intercesion de los bienaventurados el remedio de nuestros males: ellos son los modelos que la Iglesia nos presenta para que arreglemos nuestra conducta: y si se predicán sus virtudes al pueblo, es para que los fieles se alienten á imitarlas. Quedan contestadas las impías objeciones de los modernos reformadores.

Ahora bien, señores, este pueblo ha elegido solamente á Sebastian entre tanta multitud de santos como reinan en el cielo, por su tutelar y patrono en la tierra: ¿cuántos beneficios podeis esperar que por su medio ó intercesion os franquee la divina bondad! Si tanto estima nuestro Dios la oracion continua del justo aun cuando vive sobre la tierra: *Multum valet deprecatio justis assidua*, ¿cómo no aceptará las oraciones y ruegos de estos justos cuando son ya habitantes de la triunfante Iglesia? ¿Y qué no podeis esperar de Dios nuestro Señor, por la intercesion de San Sebastian cuando por él ha recibido tantos beneficios la humanidad? ¿Cuál es el motivo de haberse erigido tantos templos con su advocacion, de habersele levantado tantos altares, de ser sus imágenes tan celebradas en todo el órbe católico? Oídlo. Desde que en el año 680 consiguió Roma por la intercesion de su glorioso mártir San Sebastian verse libre de aquella desoladora peste de que infestada por algunos meses, quedó casi despoblada, manifestó en solemnes festividades, y perpétuos votos á tan insigne protector

su gratitud y reconocimiento; siguieron su ejemplo muchas ciudades de Italia, acogiéndose á su proteccion para librarse de la peste y demas enfermedades contagiosas, segun que con la autoridad de Pablo Diácono, lo testifican Baronio y Catalini (1), y ved aquí la causa de empezarse á estender tanto en aquel reino la devocion del santo.

Ni ha sido sola la Italia la que ha recibido los efectos saludables de la devocion constante á San Sebastian; nuestra española nacion, al paso que iba sacudiendo el tirano yugo de los moriscos, principió á florecer en sus pueblos la devocion y el culto á este glorioso mártir, edificándole templos, erigiéndole altares y dedicándole los mas solemnes votos con el designio de que Dios les librara por su intercesion del azote terrible de la peste (2). ¿Y podrán reducirse á guarismo los beneficios que desde aquella época ha dispensado á los pueblos de nuestra Península, las veces que Dios ha levantado el brazo de su justicia, suspendiendo las pestes y las epidemias por los ruegos de Sebastian? Y si tan á manos llenas ha prodigado sus favores á cuantos con verdadera confianza le han invocado, ¿qué no debereis esperar vosotros que le venerais como patrono? ¿Podeis persuadiros que en medio de vuestras aflicciones, estará Sebastian en el Empíreo mirando con indiferencia y sin rogar al Señor por el bien de un pueblo de quien es tutelar y patrono? Júzguelo así en buen hora el impío, pero vosotros debeis conocer que en todos los casos infaustos no cesa de interceder en vuestro favor.

(1) Baron. ann. 680, ibi pagin. 13.—Catalani Comment. ad Ritual. tit. 9, cap. 10, p. 2 et seq.

(2) Tamayo de Salazar, Martirol. Hispan. die 20 Jan.

¿Pero creéis, señores, que una devoción fría que no nazca del corazón, es suficiente para que San Sebastian os alcance las bendiciones de lo alto? no: ¿de qué servirá tanto regocijo en el día de hoy, si en el resto del año no os acordáis de vuestro patrono? ¿De qué servirá que os congreguéis á escuchar en esta mañana su panegírico, si no tratáis de imitar las virtudes que en él resplandecieron? No estamos hoy, por fortuna, en esas épocas de sangre en que se ha perseguido al cristianismo; no se nos obliga hoy á escoger entre ofrecer sacrificios á falsos dioses ó derramar nuestra sangre en el martirio: por lo tanto si no podeis imitar á Sebastian en la constancia en los tormentos, podeis y debeis tomar su ejemplo en la constancia, en la práctica de las virtudes. Sebastian amó á su Dios del modo que debemos amarle todos los cristianos, del modo que se nos prescribe al recibir las regeneradoras aguas del bautismo, es decir, con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. ¿Vosotros, los que os gloriais de llevar el nombre de cristianos y os preciais de devotos de San Sebastian, podeis decir otro tanto con respecto á vuestro amor á Dios? Podrá decir únicamente que su devoción es verdadera y que puede confiar en la protección del santo, el que huye de la soberbia y ama la humildad como Sebastian, el que apartando de sus labios la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia, vive en pureza y santidad, el que estendiendo la caridad á sus prójimos, emplea sus bienes en buscar las necesidades para socorrerlas, en enjugar las lágrimas del pobre, á imitación de San Sebastian, que como visteis en la primera parte de este discurso, empleaba cuanto tenia en socorrer á los perseguidos cristia-

nos, en proporcionarles el sustento del cuerpo, al tiempo mismo que el alimento del alma: y en suma, el que lejos de emplear su lengua en echar por tierra la honra de sus prójimos ó en adulaciones impropias del carácter del cristiano, la emplea como Sebastian en alabar y bendecir á Dios nuestro Señor, dispensador de todo bien, en pronunciar palabras de buen ejemplo, en gloriarse de ser miembro de la Iglesia de Jesucristo.

Si así lo haceis, hermanos míos, conseguireis la protección de vuestro santo Patrono. No olvidéis que la falsa devoción, la hipocresía, la falta de caridad, son signos de reprobación, así como la sólida y verdadera devoción, el testimonio de una recta conciencia, el trabajo, la adversidad y la persecución sufridas con resignación, con gusto y alegría son signos de predestinación. Supuestos estos principios en que concuerdan los teólogos, ¿cuántos predestinados, os preguntaré yo, como el Crisóstomo al innumerable concurso que le escuchaba uno de sus sermones, cuántos predestinados creéis que habrá entre vosotros? No quiero turbar vuestros espíritus, pero no puedo menos de deciros que son los menos: si en Constantino-
pla, donde predicaba aquel santo, le parecia que de cada mil almas habria una predestinada y aun dudaba de este número, ¿qué diria si predicase en este momento á este pueblo? ¿Quereis, pues, ser participantes de la gloria, acompañar á Sebastian en la mansión de los escogidos? Si así lo deseais, humillad vuestros entendimientos, arreglad vuestra voluntad y acostumbraos á hacer buenas obras, acordándoos de la incertidumbre de vuestra salvación. Cooperad á vuestra salvación, con temor y temblor, segun que nos

enseña San Pablo: *Cum timore et tremore salutem vestram operamini* (1). Sed humildes, mansos de corazón, ejerced la caridad en orden á Dios y á vuestros prójimos, practicad, en suma, buenas obras si quereis asegurar vuestra salvacion, segun el consejo de mi gran Padre el Principe de los Apóstoles (2). Obrando de este modo, vuestra devocion será aceptable á los ojos de Dios; Sebastian intercederá por vosotros, y llegareis á ocupar un asiento en la gloria desde la que confundireis á los que se reian de vuestra piedad en la tierra, al modo que Sebastian y los demas mártires de la religion están confundiendo á los tiranos que les persiguieron y atormentaron, con la constancia que tuvieron en la fé de Jesucristo. *Tunc stabunt iusti in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum.*

¿Y qué os pediré, ilustre mártir de Jesucristo, al concluir mi oracion? ¿qué súplicas os dirigirá en favor de este pueblo que tanto te venera y te reconoce como Patrono? Que las malas y perniciosas doctrinas no entren á visitar á los habitantes de esta piadosa villa.

Que sus cosechas sean abundantes para que puedan atender al socorro de sus necesidades.

Que la peste y enfermedades contagiosas no invadan su territorio.

Que la paz, esa dulce paz que viene de Dios y no del mundo, reine entre todos ellos.

Que sean imitadores de tus virtudes practicando las buenas obras.

(1) Ad Philip. cap. II.

(2) Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis. II Petr. cap. I, v. 10.

Y en suma, que les alcanceis la divina gracia, á fin de que muriendo con la muerte de los justos, logren estos tus devotos y logremos todos los que te veneramos en la tierra entonar en tu compañía cánticos en accion de gracias á nuestro buen Dios, en la gloria. Esta felicidad os deseo á todos por eternidad de eternidades. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE
ALERE FLAMMAM
SAN DIMAS, EL BUEN LADRON.

Amen dico tibi: Hodie mecum eris in Paradiso.

En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso.

S. Luc. cap. XXIV, v. 43.

Ved aquí, señores, en las palabras que acabais de oír, el premio de la oración fervorosa y verdadera. «Hoy serás conmigo en el Paraíso:» por mas que procuremos buscar en los sagrados libros otra promesa mas perentoria y magnífica, no la encontraremos ciertamente. ¿Pero á quién se dirigen estas consoladoras palabras de Jesucristo? ¿Acaso á alguno de aquellos discípulos que todo lo abandonaron por seguirle? No: se dirigen á un hombre conocido por la fama de sus crímenes, á un famoso ladrón, que en el mismo acto de expiar sus delitos, se arrepiente de ellos, reconoce á Jesucristo por verdadero Dios, no obstante verle pendiente del árbol de la Cruz, y al tiempo mismo que resuenan en el Calvario los gritos y algazara de los que insultan al Salvador diciéndole: «Si eres rey de los judíos, sálvate á tí

mismo (1), » llora sus pecados y se acoge á su clemencia.

El Padre San Juan Crisóstomo, escribiendo sobre la conversión de San Dimas, se admira y arrebatase su espíritu al contemplar así la repentina mutación de este hombre, como la extraordinaria liberalidad de Jesucristo, y esclama: «En verdad que Dios ha prometido la posesion de su reino á cuantos obren la justicia de su ley y acaben sus dias en su gracia, mas ninguno ha merecido tan solemne y pronta seguridad antes que este dichoso Ladrón (2).» ¿Y la mereció? ¡Ah! Necesario es que nos valgamos en esta mañana de la Teología del Padre San Agustín para conocer el misterioso enlace de la gracia de nuestro Redentor, con la justicia de la correspondencia del hombre, necesaria para merecer la gloria. Oigamos, pues, á este Santo Doctor. Pendia de la cruz el autor de la vida colocado entre dos ladrones para su mayor ignominia, y cuando la impiedad judáica se gloriaba de haber prevalecido contra él viéndole morir como un criminal, uno de los ladrones llamado Dimas, fiel á las inspiraciones de la gracia, le reconoce por Hijo de Dios, le adora como á su rey, le reverencia como á su Padre, confiesa su inocencia delante de un pueblo furioso é ingrato, reprende á sus perseguidores, y doliéndose de haber concurrido á sus padecimientos, implora su bondad y misericordia diciendo: «Acuérdate de mí, Señor, cuando te hallares en tu reino.» ¡Qué alma tan grande! esclama el mismo San Agustín.

(1) Luc. cap. XXIII, v. 36 y 37.

(2) Hic autem perscrutans diligentius vetus testamentum, et novum nullum ante latronem invenies repromissionem paradisi meruisse, non Abraham, non Isaac, non Jacob, non Mosen me prophetas, nec Apostolos, sed ante omnes reperies latronem. D. Joan. Chrisost. Homil. II. De cruce et latrone.

El, cual otro Pablo, podría esperar el premio que ya se le debía de justicia, por su fiel correspondencia á la gracia, pero mereció mas que el Apóstol, pues que si no fué arrebatado por instantes al tercer cielo, mereció oír de los moribundos labios de Jesus la promesa mas singular: «Hoy serás conmigo en el Paraiso. La prontitud con que has correspondido á mi gracia, el dolor de haberme ofendido con que has quebrantado tu corazon, la humildad con que te has confesado delincuente, la caridad ardiente con que has defendido mi honra en los momentos de mi mayor tribulacion, y la confianza con que has implorado mi clemencia, no permiten que yo difiera recompensar tus servicios; hoy, pues, serás mi compañero en la gloria: hoy, no obstante tus pasados extravíos y tus crímenes, entrarás en la mansion de la santidad y la justicia: *Hodie mecum eris in paradiso.*»

¿Puede presentarse, señores, una idea mas lisonjera para despertar en los hombres la viva esperanza de su salvacion? Creo que no, y aunque son muchos los medios de que podría valerme para probarlo, voy á reducir el presente discurso á dos observaciones, en las que con el ejemplo de tan afortunado Ladron, haré ver la necesidad de creer y amar á Jesucristo, para ser justos y merecer la gloria.

La fé de Dimas, ladron convertido, confunde á los incrédulos, porque no creen despues de tantos testimonios: *Primera parte.* Su heroica caridad contra los malos cristianos que no aman despues de tantos conocimientos: *Segunda parte.*

Nada podré hacer sin vuestro auxilio ¡oh Dios de las misericordias! Iluminad mi entendimiento con un rayo de aquella misma gracia que comunicastes á

Dimas para que os conociese, y será el único medio para que yo pueda desempeñar con acierto mi sagrado ministerio. Os lo ruego por los méritos é intercesion de la Santísima Virgen María, á la que en testimonio de nuestra devocion y afecto, saludamos con el Angel. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Aunque no fuesen tantos los testimonios con que está comprobada la necesidad de creer en Jesucristo para salvarse, la prodigiosa santificacion de Dimas, es suficiente para confundir á los incrédulos y alentar la esperanza de los pecadores. Dimas tan detestable en su vida, como laudable en su muerte, se habia avezado en todo género de maldades. Criado en la mas grosera ignorancia, sin freno en sus pasiones, y arrebatado de su carácter feroz, habia violado escandalosamente las leyes de la humanidad y la justicia, y burlándose del celo de las autoridades que le perseguian, ocupase en robar, adquiriéndose por tan infames medios, lo que no queria adquirirse por la honradez, la laboriosidad y el trabajo. ¡Qué incomprendibles son los juicios de Dios! Criado Dimas para el cielo, jamás habia parado mientes en tan glorioso destino. Sin ninguna educacion en su juventud, precisamente las malas compañías habian corrompido su corazon, haciéndole vivir segun los deseos corrompidos de la carne, no formando otros planes que el de asaltar en los caminos allanando las casas y asesinando en todas partes, y de este modo vivia contento si no tranquilo, porque tranquilidad nunca se halla en el crimen y en la maldad.

Cuando mas orgulloso con la impunidad maquinaba tal vez nuevas empresas de inhumanidad, sucedióle lo que no puede menos de suceder al criminal por avisado que sea, por mucha precaucion que tenga: cayó en manos de la autoridad territorial, declaráronse sus crímenes, él no tiene cosa alguna que decir en su favor, y por uno de aquellos medios que solo están al alcance de la amorosa Providencia, es condenado juntamente con otro compañero suyo á sufrir la pena de muerte de cruz en el mismo dia, hora y sitio en que el dulcísimo Redentor Jesucristo consumaba en igual suplicio la grande obra de nuestra Redencion.

Si alguna vez fuese lícito al hombre gloriarse de sus delitos por los resultados felices que le producen, Dimas podia hacerlo en esta ocasion llamando felices á sus crímenes, por haberle conducido á la presencia del Sol divino de Justicia. Puesto este hombre en la cruz y á la mano derecha de aquella de que pendia el Cordero de Dios, comenzó á sentir en su corazon afecciones hasta entonces desconocidas, como dice San Efrén. Mira á Jesus pendiente del madero, escucha los desprecios con que los escribas, los fariseos, el pueblo y soldadesca desenfrenada le insultan y provocan, contempla su paciencia inalterable, compara su suerte con la suya, y queriendo saber la causa de esta oposicion, como dice San Buenaventura, oye una voz interior que le dice: «Ese hombre que ves á tu lado y en igual tormento, es tambien Dios; bajó del cielo á la tierra para romper la cadena de la esclavitud del pecado; para librar á la humanidad del poder del tartáreo príncipe que tenia aherrojadas las almas en una tiránica cautividad. El mismo se ofreció en redencion de todos los mortales, y puesto en esa cruz por

los que no han querido conocerle, está ofreciendo el sacrificio de sí mismo en satisfaccion de todos los pecados incluso los tuyos. ¿Quieres saber mas? Abre los ojos, estudia en ese libro abierto, copia en tu corazon sus caractéres y experimentarás la dulzura de su enseñanza.»

Cristianos; no es cavilacion mia, sino pensamiento del Padre San Ambrosio; supone este Santo Padre que Dimas fué prevenido desde aquel momento con todos aquellos conocimientos que disponen el corazon al recibimiento de la fé, sin la que segun la doctrina de San Pablo, ninguno puede salvarse, y así debia ser. Se disponia una conversion que por sus circunstancias debia ser la admiracion del cielo y de la tierra. Dios y el hombre debian concurrir á esta obra, superior á los esfuerzos de la naturaleza. Dios, iluminando y moviendo la voluntad, y el hombre escuchando y obedeciendo con prontitud y docilidad. En prueba de que Dios quiere la salvacion de todos los hombres, como dice el Apóstol, habia dado á Dimas las gracias con que podia dejar de ser ladron y asesino, mas este las habia resistido con la práctica constante de sus crímenes. En vano hubiera culpado á otro que á sí mismo de su desgracia si despreciando la ocasion que se le presentaba hubiera muerto en su pecado, y siempre confesará que mereció oír de la boca de Jesucristo moribundo «hoy estarás conmigo en el Paraiso,» porque despertando del sueño de la culpa y al ruido de los ejemplos de virtud que admiraba en Jesus crucificado, se trocó en otro hombre, despreció lo que habia sido, y comenzó á ser lo que debia.

En efecto, habia sido un ignorante y empezó á

ser un sábio ilustrado; habia desconocido las leyes de la humanidad y conoció las divinas: habia ignorado la naturaleza eterna de Dios que le crió, y le confesó humanado, pasible y mortal; se habia complacido en sus crímenes y ahora llora y siente, no los dolores que padece, sino los que ha ocasionado al Dios humano que muere por darle la vida, y finalmente confesando á Jesucristo por Juez de vivos y muertos implora su clemencia diciendo: «acordaos de mí cuando os halleis en vuestro reino.» ¡Oh fé admirable del ladron, esclama San Juan Crisóstomo, que puesto en la cruz, le hizo conseguir el reino de los cielos (1)! No sé, dice el Padre San Agustin, que pueda darse una fé superior á esta. Creyó Abraham, añade el Crisóstomo en otro lugar (2), creyó Isaac, creyó Moisés, y creyeron otros muchos justos, pero fué porque Dios les hablaba con las voces de sus prodigios y con la presencia visible de los ángeles; mas Dimas cree en Jesucristo, al verle no sentado sobre su trono de gloria, no hablando del cielo, no viéndole rodeado de ángeles, sino entre penas y tormentos, y le adora como en la gloria: le ve en la cruz y le dirige sus súplicas como si le viese en su trono en la gloria. Tiene, en suma, por infalible que ha de reinar en el Empíreo el que ve morir como criminal en la cruz. ¿Puede darse un testimonio mas auténtico de la divinidad de Jesucristo?

Los príncipes y sacerdotes de la Sinagoga, los rabinos, los escribas y fariseos, que tanta ostentacion hacian de saber las Escrituras, conversaban con él y

(1) O latronis admiranda fides, et in cruce positus vim fecit, et intravit regna cælorum. Hom. II in Psalmum L.

(2) Homil. II de cruce et latrone.

no le conocian, le admiran sus milagros, y sin embargo le condenan á muerte de cruz. Los discípulos, que habian sido testigos de los prodigios con que comprobaba su divinidad, huyen y le abandonan en la tribulacion. Uno le vende y le entrega á sus enemigos, otro jura que no le conoce y todos se esconden y enmudecen. Muere en la cruz, resucita como lo habia dicho, sube al cielo manifestando con todo esto que es Hijo de Dios y vino al mundo á obrar la Redencion. Sin embargo, ¡cuántos que llevan el nombre de cristianos desprecian sus promesas, se burlan de su poder y le desprecian! ¡Qué confusion! Un ladron, un hombre grosero y sin principios, un hombre que no ve á Jesus disputando en el templo con los doctores, ni trasfigurado en el Tabor, ni mandando á los vientos, á las enfermedades y á la muerte, sino crucificado, blasfemado de los suyos, le cree, le confiesa, y publica por Rey de los Cielos, por Hijo de Dios, por Salvador y Redentor del mundo. ¡Qué es esto señores! Se levantan los ignorantes y arrebatan el reino de los Cielos, y los que andaban en tinieblas ven la luz. ¡Qué confusion para los incrédulos, que tanto abundan por desgracia en nuestros dias!

Avergüéncense cuantos no creen á Jesucristo como á su Dios verdadero, y aprendan de un ladron convertido á enriquecerse de verdaderos conocimientos. Aquí aprendió Dimas á conocer sus verdaderos intereses, á detestar sus yerros y á amar la verdad. Aquí preparó su corazon para recibir el don de la fé y aquí comenzaron á encenderse las llamas de la caridad con que amó á su Dios.

SEGUNDA PARTE.

Muy poco hubiera servido á Dimas haber creído en Jesucristo y confesado su Divinidad, si no hubiera acreditado que su corazón ardía en el fuego de la caridad, que purifica los pecados, santifica y hace digno de la gloria. Creyó Dimas contra lo que veían sus ojos, dice San Gerónimo, y rindiendo su entendimiento, consagró en honor de su Dios los tormentos y muerte que padeció como criminal. Dimas subió al patíbulo hecho enemigo de Dios y de repente se hizo confesor de Jesucristo y compañero de los Santos, dice San Leon. Oye Dimas los insultos que hacen á su adorado Dios y Rey, y ansioso de ahogar las blasfemias en la boca de los que las profieren, se constituye defensor de su inocencia, y el primer predicador, como dice el Padre San Agustín, que haciendo cátedra del lugar del suplicio, anuncia á todo el mundo la Divinidad de Jesucristo: acrimina la impiedad y ódio de los Príncipes y Sacerdotes, los acusa de injustos y en público testimonio de esta verdad los reprende, dice San Gerónimo, hablando con su compañero de este modo: «Malo es que ese pueblo ingrato blasfeme é insulte sin temor á su Dios; vino á enseñarles verdades amargas, pero indispensables para su bien temporal y eterno, no lo quiso conocer y sin probarle ningun delito le ha condenado á muerte como criminal; ¿pero tú, qué has observado en él para insultarle? Hallándote en igual tormento, ¿tienes valor para aumentar las amarguras del que agoniza en nuestra compañía? Mira ese rostro peregrino, considera su inalterable paciencia, reflexiona un momento en las palabras con que pide al Eterno Padre perdo-

ne á sus enemigos, y si no te es dado conocerle, amarle y temerle como á Hijo de Dios, compadécele al menos como á hombre inocente pues ningun mal ha hecho ni á tí ni á sus perseguidores. Veo que absolutamente temes á Dios. Nosotros en verdad por nuestra culpa recibimos lo que merecen nuestras obras, mas este ningun mal ha hecho. Amale pues y ruégale use contigo de misericordia como yo lo hago (1).» Se enardece Dimas, y lleno de fé y amor dice estas palabras: «Dios mio, Rey de los Cielos y tierra, acordaos de mí, no ahora para librarne de las penas y muerte que tengo merecidas, sino para que yo sea tu compañero en el Cielo.» Fé extraordinaria, amor ó caridad heroica que le mereció oír de los labios del Salvador estas consoladoras palabras: «Hoy mismo serás conmigo en el Paraíso (2).»

Señores: si Dimas hubiese ocupado toda su vida en estudiar la ciencia de la caridad en la escuela de Jesucristo, ¿hubiese salido discípulo mas consumado? El ha sufrido por amor á su Dios gustosísimo los tormentos, los desprecios y aun la muerte, y por esto no extraño que haya sido el primero á quien Jesucristo aseguró la posesion del Paraíso; que en el día mis-

(1) Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es. Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus hic vero nihil mali gessit. Et dicebat ad Jesum: Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum. Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi: Hodie mecum eris in paradiso. San Luc. c. XXIII, v. 40, 41, 42 y 43.

(2) Desde el momento mismo en que espiró el Salvador todos los justos de todos los siglos estuvieron en su compañía gozando delicias extraordinarias en el limbo, esto es en el Paraíso, porque en el Cielo, que es el verdadero Paraíso, no pudo entrar santo alguno, hasta que el día de la Ascension fué elevada la sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. El Salvador, pues, ofrece á Dimas que en el mismo día estará con él en el Paraíso; porque sirviéndose de las espresiones de los judíos llama Paraíso á la mansion de los Bienaventurados. P. Scio. Esposicion al v. 43 del cap. 23 de San Lucas.

mo de su triunfo le haya llevado en su compañía á la gloria, ni que los Santos Padres le hayan honrado con el título de mártir. Su caridad fué tan grande, dice San Gerónimo, que trocó la pena de homicidio en palma de martirio. Subió al patíbulo como ladron, dice San Buenaventura, y murió como predicador. Vivió robando los bienes de la tierra, esclama San Ambrosio, y murió arrebatando los tesoros del cielo. Verdaderamente es digno de nuestras alabanzas. Una hora de estudio en el libro de la vida fué bastante á trocarle de ignorante en sábio, de pecador en justo, de ladron en Apóstol, de asesino en mártir, de infame en bienaventurado., de salteador de caminos en morador del cielo. Grande fué la eficacia de la gracia con que el Señor le movió á que le reconociese y confesase por su Dios y Señor. El correspondió con fidelidad al beneficio de la vocacion, confesó á su Dios hecho hombre por nuestro amor, detestó sus crímenes, no se quejó del castigo merecido, se compadeció de Jesucristo, defendió su inocencia, adoró su divinidad, imploró su clemencia, y probó que así como sin la fé es imposible agradar á Dios, tampoco sin este don se puede alcanzar la caridad y demas virtudes que borran los pecados y se adquieren los derechos de la vida eterna. Todo lo habeis visto y admirado en mi pobre y mal trazado discurso.

¿Pero podremos lisonjearnos de imitarle en algo? Hemos sido mas afortunados que Dimas, pues santificados desde el principio de nuestros dias y alimentados con la leche de la divina doctrina, no hemos conocido la incredulidad sino para detestarla en los ministros del error, á quienes ha confundido con su fé ese héroe extraordinario de la religion. ¿Mas á dónde

están las obras de la caridad? Ay, señores, en el dia de la resurreccion general se levantará Dimas en juicio contra nosotros y condenará con su conducta á los que gloriándose del nombre de cristianos, viven entregados á los vicios. Despues de tantas pruebas de la divinidad de Jesucristo, y de su mision para obrar la redencion tan á costa suya, ni le aman ni le temen, desprecian sus promesas y se burlan de sus amenazas. Tales son esos regeneradores que esclavos de las mas viles pasiones se avergüenzan de los actos de la religion, cultivan amistades escandalosas, adoran ídolos de carne y niegan á Dios el honor y la gloria que le es debida en los cielos y en la tierra. Mas criminales que Dimas, cuanto mas ilustrados, andan por caminos torcidos. ¿Qué pueden prometerse en la muerte? No permita Dios que sean prevenidos de esta, hasta que entrando en razon, conozcan sus deberes para con el Redentor, se arrepientan de sus delitos, los borren con la contricion, y se hagan dignos por la práctica de la caridad de la recompensa que recibió Dimas, que fué la posesion de la Bienaventuranza.

Glorioso Dimas, recibe estos cultos que con el mayor regocijo te vienen tributando anualmente estos tus devotos, y según sus deseos, líbrales de todo peligro y particularmente de caer en manos de ladrones á que tan espuestos se hallan por tener que atravesar con tanta frecuencia los caminos, pero principalmente alcánzanos á todos la divina gracia á fin de que practicando con una fé viva y eficaz las obras de la caridad cristiana, merezcamos cuando llegue el trance de nuestra muerte oir de los lábios del Salvador la misma promesa que oistes de sus moribundos lábios: *Hodie mecum eris in paradiso. Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

ALERE FLAMMAM
SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA⁽¹⁾.

*Ponam thronum regni tui super Israel in
sempiternum.*

Estableceré el trono de tu reino en Is-
rael para siempre.

Lib. III. Reg. c. IX, v. 5.

EXCMO. É ILMOS. SEÑORES:

Dios queria ser adorado en Israel en un lugar digno de su majestad y grandeza, y á este efecto dispuso fuese edificado un templo suntuoso, en el que los hijos de su amado pueblo le dirigiesen sus oraciones, y desde donde se proponia favorecerlos con toda suerte de bondades y misericordias. David no fué el elegido para llevar á cabo tamaña empresa; habia manchado sus manos en sangre, y no debia por lo tanto tomar parte en la edificacion del lugar de la santidad. El sabio rey su hijo Salomon, fué el destinado por el Excelso para encargarse de la fabricacion del templo. Habian sido aceptadas por Dios sus ora-

(1) Predicado en la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, el domingo 25 de julio de 1852.

ciones y sus continuos ruegos, y concedióle un reinado pacífico colmándole al mismo tiempo de riquezas, para que pudiera tener la dicha que no tuvo su padre David, de edificar y ofrecer el templo al Dios de las magestades. Le edificó en efecto, empleando en su fábrica los metales mas puros y estimables, las maderas mas olorosas, las piedras mas preciosas y los artífices de mayor ingenio. Congregados los ancianos de Israel con los príncipes de las tribus y los caudillos de las familias de los hijos de Israel con el rey Salomon, se hizo la traslacion del Arca por mano de los sacerdotes, colocándola en el oráculo del templo. Conocia Salomon que nada pueden ofrecer los hombres, que sea proporcionado al que por su inmensidad todo lo ocupa, y como Criador es dueño del cielo y de la tierra: hizo humilde oracion postrado en tierra, suplicando al Señor se dignase aceptar aquel templo, y rogándole favoreciese y colmase de bendiciones á todo el que le dirigiese sus oraciones desde aquel lugar. El Señor aceptó esta humilde súplica de su siervo, y apareciéndosele segunda vez, como se le habia aparecido en Gabaon, le dijo: «He oido las plegarias que me has dirigido: he santificado esta casa á fin de establecer en ella mi nombre para siempre y toda vez que obres con sencillez y rectitud, estableceré el trono de tu reino en Israel para siempre. *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.*»

No he podido menos, Excmo. é ilustrísimos señores, de traer á la memoria este pasaje consignado en el sagrado libro de los Reyes al proponerme hablar en esta mañana del Patronato en España del Apóstol Santiago.

Jesucristo habia muerto en una cruz; habia resucitado; habia subido á los cielos; la Iglesia estaba ya fundada; los apóstoles debian estender por el mundo y á costa de su sangre la doctrina evangélica, puesto que el Salvador les habia dicho: «Id por todas partes, predicad el Evangelio á toda criatura (1).» El paganismo iba á recibir golpes de muerte, las sociedades debian ser regeneradas, y el nombre de Jesucristo crucificado es conocido en Macedonia por la predicacion de Mateo. Bartolomé en Lycaonia, y en Babilonia Tadeo, triunfan del error; y mientras Andrés trabaja incansable en Acaya, y Santiago el menor predica en Mesopotamia, se descubren los triunfos de Tomás en la India, y los de Felipe en la Frigia, asi como las rápidas conquistas de Simon en Egipto y de Matías en Judea. Solo Pedro, Juan y nuestro Apóstol, no sujetos á la suerte, el primero se establece en Roma, aquel queda en el Asia, y Jacobo, el astro luminoso de la Iberia, terror de las huestes agarenas, se dirige hasta llegar á las columnas de Hércules, y su voz déjase escuchar en nuestro feliz y venturoso reino.

¡España, España, amada patria mia! levanta orgullosa tu cabeza á través de tantos infortunios, y no obstante que abrigas tantos genios desnaturalizados que tratan de corromper á tus hijos desviándoles de la observancia de la religion verdadera del Crucificado, gloriáte, deja conocer al mundo tu regocijo, por tener por especial patrono á aquel hijo del trueno que signió á Jesucristo cual testigo fiel de sus prodigios, de sus glorias y mortales agonías; á aquel para quien una madre llena de amor pidiera una de las

(1) Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ. Marc. cap. XVI, v. 15.

sillas mas próximas á su trono en el reino celestial y que fué el primero entre los apóstoles que vertiera su sangre en defensa del Evangelio, siendo la primera víctima por él inmolada. Santiago, nuestro santo Patrono, adquiere el trono de su reino en la nuestra España cual en otro tiempo Salomon en Israel. *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.*

Ante uno de los mas ilustrados prelados de la Iglesia Hispana, y á presencia de los sábios que se dignan escucharme, debe hablar hoy el mas ignorante de cuantos ocupan la cátedra de la verdad. Escaso caudal de erudicion poseo, para satisfacer la espectacion de tan ilustrado auditorio: no he subido por lo tanto á este sagrado lugar confiado en mis débiles fuerzas, sino en los auxilios de la Divina gracia que espero conseguir, toda vez que interpongamos la mediacion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.

Estableceré el trono de tu reino en Israel para siempre.

Lib. III. Reg. c. et. v. cit.

EXCMO. É ILMOS. SEÑORES:

Siempre he estado en la persuasion de que la nacion española ha sido en todos tiempos la mas amada, y por lo tanto la mas favorecida de Dios entre todas las naciones. Si fundase esta idea tan solo en la gloria que nos resulta por haber venido á nuestro suelo el esforzado hijo del Zebedeo, tal vez algun rigoroso crítico me tachase de exajerado, toda vez que otras muchas naciones recibieron casi al mismo tiempo que

nosotros la luz del Evangelio, por ministerio de otros apóstoles. Si yo encuentro ó descubro motivos superiores para regocijarnos sobre las demas naciones, no es tan solamente porque Santiago fué el que nos abrió los ojos á la luz del Evangelio, sino porque la fé que trajo á España, afianzóla en el célebre Pilar de Zaragoza donde la Santísima Virgen presentóse á nuestro apóstol cuando aun vivia en carne mortal; y yo creo, señores, que allí donde María ofreció rogar por los españoles y protegerlos, en todo tiempo, fué donde en nombre de su Divino Hijo ofreció tambien á Santiago establecer el trono de su reino en España para siempre. *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.* Por consiguiente, yo deduzco que «el Patronato de Santiago es el mayor timbre, la mayor gloria de nuestra nación, despues de la que le resulta del principal Patronato de la Santísima Virgen en el ministerio de su Concepcion inmaculada.» Mientras presento las pruebas de esta verdad, suplico me favorezcáis con vuestra atencion.

REFLEXION ÚNICA.

Aquel Dios grande, excelentísimo é ilustrísimos señores, que desde el principio de los tiempos quiso escojer, para nacer segun la carne, una ilustre descendencia de patriarcas, profetas, jueces, reyes y capitanes, desciende del justo Seth despreciando la rama del fratricida Cain; elige la del inocente Isaac dejando la del vicioso Ismael; la del justo Jacob, menospreciando la del réprobo Esaú; y en vez de la del incestuoso Ruben, la de Judas su hermano. El mundo vió á un Noé electo para salvar en el Arca á los

que habian de poblar el orbe, despues del terrible castigo que hiciera perecer á toda carne. Abraham, padre de los creyentes y Moisés caudillo de su pueblo, resplandecen por eleccion particular y todos estos no hacian mas que anunciar al mundo el nuevo reino que debia establecerse sobre la tierra en la plenitud de los tiempos.

Establecióse en efecto este deseado reino, por el Verbo encarnado, y escogidos fueron tambien doce hombres para la grande obra de la conquista del mundo, entre los cuales cuéntase Santiago, uno de los ilustres miembros del sagrado apostolado.

La voz del Omnipotente que todo lo formara de la nada, que se hace escuchar de uno á otro polo, que conmueve el firmamento y derriba los altos y robustos cedros del Libano, déjase oír en los campos do habitaran los dispersos de Israel. Andrés y Pedro habian seguido á Jesucristo y el hijo de Salomé y Aristobolo el Zebedeo, egercitado en la pesca, es llamado en las playas para ser colocado como invicto príncipe de su augusta y celestial morada. ¡Oh eleccion divina! ¡Oh voz omnipotente! Al primer sonido de su eco celestial, Jacobo se hace amigo, discípulo é inseparable compañero de sus glorias y fatigas, sin examinar lo que se le ofrece en la escuela de un Dios hombre. Mira con desprecio el odio de los escribas, la envidia de los pontífices y el desprecio de los grandes. Permitidme, señores, que me detenga un momento á admirar lo heroico de la fé de nuestro apóstol. Cuando Jesucristo llamó á Santiago, era la primera vez que el noble pescador le veia y escuchaba su palabra. ¿Y qué vió en Jesucristo, para determinarse á abandonar cuanto poseia, patria, redes y hasta

romper los vínculos de la sangre por entregarle su corazón por completo y seguirle? ¿Acaso se apoderó de él la ambición y deseó ocupar un puesto elevado en la sociedad? Nada menos. Ni Jesucristo ostentaba en su vestido ni en sus palabras su absoluto poder, ni le ofreció nada que pudiese halagarle, ni despertarle su ambición.

Por otra parte, pobre pescador Santiago, ni su posición humilde, ni su poca ilustración podrían hacerle esperar que un día ocuparía un puesto elevado en la sociedad. Por consiguiente, solo la fé que tuvo en las palabras del Salvador desde el momento en que resonaron en sus oídos, fueron el móvil porque todo lo abandonó para seguirle y asociarse á su ministerio. Empero ¿acaso el impío se burla de esta elección soberana? Búrlese en buen hora al ver elegir hombres sin ciencia ni literatura para llevar á cabo la mas asombrosa de todas las revoluciones, pero observen los triunfos conseguidos en todas partes por estos instrumentos de Jesucristo. A Santiago, como á los demás apóstoles, le elige un Dios por quien los reyes reinan, y sábias leyes decretan los monarcas: le elige el Soberano del cielo y de la tierra, que derriba los soberbios tronos y destruye el consejo de los grandes, haciendo que ocupe el majestuoso trono de Israel el humilde pastorcillo David, y le elige para que sea el terror de los enemigos de su nuevo reino, y que á su vista los soberbios Césares, los grandes Augustos doblen su rodilla. A Santiago, cuando su madre pide para él un asiento preferente, se le pregunta si puede beber del cáliz que estaba preparado al Redentor, cáliz de amargura, de humillaciones, de dolores. El intrépido contesta que puede, y ved, señores, la

confianza que engrandece, la elección que sublima, y al mismo tiempo que se marchitan las flores mundanas, y el incrédulo se debilita con su mortal veneno, el justo crece como planta hermosa, en las corrientes de las cristalinas aguas.

Qué hermosa se presenta la grandeza de Abraham, transmitida hasta los mas remotos siglos, no derramando el Señor el cáliz de su ira sobre ciudades pecadoras sin antes manifestárselo; empero la grandeza de Jacobo, la distinción que merece en el sagrado colegio, las auténticas señales del divino amor, le constituyen en una grandeza digna de admiración. Al manifestarse la virtud omnipotente del Celestial mancebo, asiste Jacobo, siendo testigo, no solamente de la primera resurrección que obra, sino tambien de los sacramentos que declara.

Moisés es grande, destinado entre todos los mortales para que se le presentase en el Sinaí la soberanía del Eterno; pero ¡oh qué grandeza la de Jacobo! Cuando Jesucristo quiere trasfigurarse en el Tabor, todos quedan al pié de la montaña santa, y Jacobo con otros dos sube á su cumbre, oye la voz del Padre, vé su Divinidad y presencia los homenajes que Elías y Enoch le tributan. Aplauda en buen hora el libro IV de los Reyes la grandeza del espíritu de Elías, pues puso Dios en sus manos su defensa contra los sacerdotes idólatras; mas á Jacobo se le encarga manifestar al orbe entero la inefable unión que obró, uniendo en su persona las dos naturalezas, estableciéndolo en el símbolo y rubricando esta verdad con su sangre.

Dios sabe, señores, hasta de las piedras formar hijos de Abraham, y así como en otro tiempo esco-

giera á Josías, colocándole sobre el trono de Israel; para que pudiese dirigirle en los tiempos en que abundaba la impiedad, escoge á Jacobo para que grande fuese en el trono que ocupar debiera. El Señor reparte á los Apóstoles por el mundo despues de haberles enviado su Espíritu consolador; los remotos climas de Ponto y Capadocia, las regiones de la Siria, oyeron y admiraron la virtud superior de Pedro y de Felipe, empero el hijo del trueno, distinguido con la singular gracia de custodio de María, aquel cuya fé le engrandece pidiendo contra los que negaran asilo á Jesucristo el fuego que castigase su obstinacion, seguro, como afirma San Ambrosio, del poder de su maestro, debe en su trono declarar su grandeza, formando un pueblo en el que disponia nuestro Dios reinar con un catolicismo de siglos, aglomerando en él las honras, dignidad y honores que hicieron grandes á los del antiguo Testamento.

En la Judea empieza á mostrar su grandeza: él ratifica, como afirma San Clemente Alejandrino, la primera eleccion hecha de Santiago el menor, y cual ángel de la Providencia, vuela en alas de su caridad y celo: su grandeza y dignidad hace temblar á los escribas y fariseos, al mismo tiempo que se estremecen los sábios de la Sinagoga, empezando con su predicacion los triunfos que reportar debiera para establecer su trono. Empero no nos detengamos en recordar los triunfos que consigue en la Judea, y aunque le veamos manifestar la ley, declarar los oráculos de los profetas, y con singulares prodigios manifestar la divinidad de Jesucristo, sigamos sus pasos. El medita la conquista de una nacion orgullosa, que hiciera frente á los Scipiones, Césares y Octavios: ya le veo,

señores, pasar el Mediterráneo y llegar á nuestra patria, para que la feliz España sea testigo de sus triunfos.

Los vestigios de los célebres conquistadores que subyugaron los pueblos de Oriente, la elocuencia de los sábios oradores, servir pudieron para dominar naciones: Jacobo habia tenido un nombre significativo y debia llenarse en el hemisferio español donde Dios habia determinado establecer el trono de su reino para siempre: *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum*. Hijo del trueno le llamó el Eterno, y su voz se hace escuchar por doquiera, y á su eco la impiedad huye, el error se disipa, el paganismo se confunde y cual luz brillante todo lo ilumina; los que yacian en el sueño de la supersticion é idolatría despertaron, y no existiendo ya aquella tenebrosa noche que les habia precedido, levantaron su vista al cielo y vieron los crepúsculos que anunciaban la salida del sol divino de justicia. ¡Oh triunfos! ¡Oh mutacion prodigiosa! Allí se vé á unos arrojar con velocidad el incensario y avergonzados volver sus espaldas á los fingidos dioses, y con rugidos espantosos brama la infernal fiera estrechada por una invisible potestad que reconoce en este Apóstol; los oráculos callan y echados por tierra déjase ver los ídolos de Júpiter, Hércules y Juno. Galicia admirada escucha su voz y presencia los milagros con que confirma su doctrina (1).

(1) Es constante, por mas que quieran negarlo los enemigos de nuestras glorias nacionales, que Santiago recorrió muchas provincias de España, sembrando en todas ellas la doctrina evangelica, y recogiendo admirables frutos. En Galicia escogió nueve discipulos para que le ayudaran en España. Estos se llamaban Atanasio, Teodoro, Torcuato, Testifon, Segundo, Indalecio, Cecilio, Isiquio y Enfrasio. Lugo tiene por constante tradicion, que el santo Apóstol nombro por su primer Obispo á otro de sus discipulos llamado *Capiton*. Orense del mismo modo, otro

Armado con la cruz, como otro Moisés con la vara de los portentos, recorre de una á otra parte destruyendo en todas la supersticion y la idolatría. España por aquella época estaba llena de habitantes, pero para Dios era por entonces, valiéndome de la espresion de un sábio escritor (1), un campo como el que divinamente vió Ezequiel lleno de huesos secos, á los que en nombre de Jesucristo evangelizó el Apóstol con las palabras del profeta Ezequiel diciéndoles: «Huesos secos, oid la palabra del Señor. Esto dice el Señor Dios: Hé aquí yo haré entrar en vosotros espíritu y vivireis (2);» sin valerse de otras armas que de la palabra de Dios, en Castilla trabaja y ya se ven sus montañas y bosques sin falsos dioses, y abrasados los castellanos corazones con el fuego de la caridad que anuncia, gustosos reciben la religion sacrosanta que hace feliz al hombre. Jacobo no puede sostener los laureles que orlan sus sienes, todos le han tributado homenajes y rindiéndose al imperio de su voz, él es quien reina y ha constituido su trono en medio de la católica España. *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum.*

Enemigos de la Religion, *videte et admiramini*; el largo espacio de muchos siglos hubiese necesitado la impiedad para obtener grandes victorias; pero Santiago, nuestro patron, sin ilustracion, sin armas, sin favor de los monarcas, sin auxilio de los poderosos,

llamado *Arcadio*; y Braga otro, llamado *Pedro*. Véase el librito titulado «Recuerdos saludables á la España católica, sobre su Apóstol tutelar y Patrono, Santiago el Mayor,» escrito en vista de multitud de documentos interesantes por el Ilmo. Sr. D. Fr. Manuel Maria de Sanlúcar, Obispo auxiliar de Compostela, impreso en Santiago en 1846.

(1) El citado padre Sanlúcar.

(2) Ezeq., XXXVII, v. 4.

con solo la virtud que concede el Señor á sus siervos, la España, entonces vasalla del romano, lisongera en deidades y en sus cultos supersticiosa, muda de aspecto y abandonando las leyes que le halagaban, busca en las privaciones que la religion prescribe, la verdadera felicidad de donde nace aquel poder con que en las provincias septentrionales vivifica cadáveres, reduce á cenizas los falsos dioses, y constituye eclesiásticas potestades; aquel espíritu que el mundo desconoce, aquella magestad con que se presenta cual otro Bautista, á las fecundas márgenes del Ebro, reprendiendo con superior dominio aquella libertad desordenada de los grandes, los sofismas de los filósofos, sus falsos ritos y supersticiones. Sembrada en nuestra venturosa nacion la semilla evangélica, y dejando en ella operarios celosos, se dirige de nuevo nuestro Apóstol á Jerusalem, y recorre las provincias de la Palestina.

Entra en batalla con los célebres Magos que pretendian oscurecer la verdad; los vence, pero no los precipita como al otro mago San Pedro, ni los entrega á las llamas como al Corintio, Pablo; antes los acaricia, persuade y exhorta, haciéndoles renacer gloriosos discípulos del Crucificado.

Detened vuestra consideracion por un momento y le vereis, señores, caminar al suplicio, mas intrépido que el pastorcillo David en aquel desigual combate con Goliath, aun mas que los jóvenes de Babilonia á vista del encendido horno respondieran á Nabuco, y esceder en fortaleza á los valientes Macabeos: con sereno rostro y animoso espíritu sana á un tullido, habla con dulce lenguaje á un verdugo, le convierte y bautiza. Herodes, descendiente del invasor injusto

que hiciera ver multitud de cunas teñidas de la mas inocente sangre, de aquel otro que contra las leyes de la humanidad presenta á sus convidados una cabeza sagrada, derrama la sangre de Jacobo llenando así la medida de sus sanguinarios progenitores.

Los Cielos se abren, y entre los resplandores de aquella celestial morada, déjase ver el magnífico trono que está preparado para nuestro Apóstol: entre ángeles sube, y entre tanto que él se prepara para juzgar las tribus de Israel, el tirano espira con la muerte mas triste y asquerosa. Vencistes, pues, glorioso Apóstol de Jesucristo; recibistes el primero del sagrado colegio la investidura de Juez, tu trono se ha colocado en el Cielo, tus triunfos se escribieron en el gran libro de la vida y para siempre permanecerá tu memoria entre tus hijos: tuvistes la gloria de que la Santísima Virgen trasladada por disposicion divina desde Efeso á Jerusalem fué testigo de tu martirio, y la de morir en la misma ciudad, dia y hora en que tu maestro Jesus murió por nosotros (1).

Su bendito cuerpo descansar debiera en la católica España que por él fué convertida, y donde el Eterno habia dispuesto establecer su trono para siempre. Así es que por disposicion del Señor, fué trasladado su cuerpo á España, por sus celosos discípulos, colocándole en Compostela, donde este hijo del trueno halló el secreto de triunfar aun despues de muerto, observando los españoles en todos los siglos una no interrumpida serie de milagros efectuados en su santo sepulcro (2).

(1) Vida y virtudes de Sant. escrita por el Papa Calisto II, lib. 1.º c. 16.

(2) Véase la nota que el erudito traductor de la historia de la iglesia de Henrion, pone al hablar de la predicacion del Apóstol Santiago. En ella hallará el lector los autores de nota que afirman y prueban la venida del Santo Apóstol á nuestra España.

Yo no puedo menos de fijar mi consideracion en otras naciones que recibieron la luz del Evangelio por ministerio de otros apóstoles, y no puedo menos de condolerme al verlas sepultadas hoy entre mil errores. Las regiones Asiáticas y Africanas yacen en el caos profundo de la incredulidad y la idolatría: volved vuestra vista á las márgenes Anglicanas, y vereis que sus moradores duermen entre los negros vapores del cisma. ¿Y España? ¿Y esta nacion protegida por Santiago? ¡Ah! España es una nacion eminentemente católica, donde no han podido extinguirse las luces de la religion que encendió nuestro Apóstol: este vencedor espíritu nos sostiene: los Nerones y Domicianos quieren hacerla sucumbir al rigor de los tormentos, pero España presenta millares de mártires que los confunde; y si el Arrianismo despues quiere entronizarse, nada consigue y entonces, y despues y siempre, á traves de furiosas y encrepadas olas de contradiccion, se conserva la religion santa en toda su pureza.

Habla tú, ¡oh ilustre Zaragoza! Dentro de tus muros se conserva la columna fuerte donde María nos defiende: católicos reyes; vosotros podreis numerar los triunfos que reportásteis de vuestros enemigos por proteccion tan singular. Recaredos, Pelayos, Alfonsos, Iñigos y Felipes, le visteis en vuestros campamentos encendiendo en los pechos españoles su natural brio: célebres acciones de Rioja y de Coimbra, si fuisteis funestas al africano, fué por su proteccion: ante su sepulcro encuentran los que á él se acercan la medicina para curar su lepra: ante su tumba sagrada el ciego recobra la vista, el sordo oye, y todos le veneran como antídoto especial de todas las dolencias.

Mas no busquemos testigos tan solo en nuestra nacion: los Cárlos de Alemania, los Duartes y Calvos de Inglaterra y Francia con los Manueles de Portugal, abrieron sus tesoros y enriquecieron su sepulcro, y ante él rindieron sus cetros y coronas. Luis XI de Francia construye su magnífica torre, y los católicos reyes Don Fernando y Doña Isabel, fundan á su memoaia el nunca bien celebrado hospital de Peregrinos; y cuando la impiedad se burla y los herejes llaman á esta conducta supersticion ridícula, la Iglesia habla, Sixto IV reserva el voto de peregrinacion á Compostela, á la villa apostólica, y la órden de Santiago establecida en la ciudad de Leon y fomentada en el castillo de Vélez, y la célebre jornada de Goa y la gloriosa batalla de Clavijo, hacen conocer los triunfos que reporta España; y esta duracion, unida á los que obtiene en su predicacion y muerte, nos declaran su grandeza para llenar cuanto le confió el Eterno en la eleccion que de él hizo, y reunidas todas estas pruebas podrán siempre esclamar los españoles: El trono de su reino fué establecido para siempre entre nosotros: *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum*; y ved, pues, si tuve razon en decir, que el Patronato de Santiago es el mayor timbre, la mayor gloria de nuestra nacion, despues de la que le resulta del principal Patronato de la Santísima Virgen en el misterio de su Concepcion Inmaculada.

He concluido, Excmo. é Ilmos. señores, probando con mis cortos conocimientos cuanto propuse en el principio. Inflamado mi espíritu con las glorias de nuestro santo patrono, bajaré, amada patria mia, de este lugar santo exclamando: españoles, acordaos que

fuiamos instruidos por Jacobo, que si os gloriais de serlo, es preciso conservar con toda pureza la religion que abrazaran nuestros padres, única que puede conducirnos á la felicidad eterna. Despreciemos los errores y hagamos conocer con nuestra conducta que jamás tendrán lugar en España la incredulidad y la irreligion, pues se ha conservado católica aun en medio de las mayores borrascas. Permanezcamos, pues, firmes en la fé é imitemos las virtudes de nuestro santo patrono, seguros de que intercederá por nosotros, pues que para que sea nuestra guia y nuestro protector ha colocado el Señor el trono de su reino para siempre en nuestra España: *Ponam thronum regni tui super Israel in sempiternum*. He dicho.

SERMON PANEGIRICO

DE

SANTA ELENA, EMPERATRIZ ⁽¹⁾.

*¿Mulierem fortem quis inveniet?... Mu-
lier timens Dominum ipsa laudabitur.*

*¿Quién encontrara la mujer fuerte?...
La mujer temerosa de Dios será alabada.
Prov. cap. XXXI.*

¿En qué funda su esperanza el moderno filosofismo cuando en su loco orgullo cree fácil destruir la fundación divina de la Iglesia, y echar por tierra la verdad católica que ha civilizado el mundo? ¿En qué razones se fundaba Federico para batir palmas y Voltaire para preparar un epitafio á la tumba del cristianismo? En verdad, mis señores, hace siglos que no existiría la Iglesia, según las grandes persecuciones que contra ella se han suscitado desde la aurora de sus primeros días, si hubiera sido obra de los hombres. Menos esfuerzos han sido necesarios para destruir los más florecientes imperios, y echar por tierra antiguas dinastías. Mas la Iglesia, obra exclusivamente de Dios y

(1) Predicado en la iglesia del hospital de Santa Cruz de Barcelona, año 1863.

no del hombre, es un edificio robusto, tanto más, cuanto que está sostenido por el dedo de la Divinidad. Así se comprende que las persecuciones de los emperadores paganos no tuvieran otro resultado que dar más vigor y más vida al naciente cristianismo, pues que multitud de héroes, llenos de fortaleza, supieron hacer frente al poder de la idolatría, consumando en atroces martirios una vida dedicada á la defensa de la fé, y que esta sangre inocente fuera una fructífera semilla que produjera nuevos defensores de la verdad. Lo que deriva de un principio eterno no puede jamás ser destruido por el mísero mortal que no es otra cosa que polvo y ceniza. Así se comprende también cómo todos los esfuerzos que en el pasado siglo hiciera la escuela filosófica nacida en Francia, no pudiera conseguir el objeto que se propusiera, por más que para conseguirlo pusiera en juego cuantos recursos fueran imaginables, arrastrando la patria de San Luis á la más funesta anarquía, así en el orden religioso, como en el político. ¿Dónde están, señores, aquellos que juraron esterminar el catolicismo? ¿Cómo es que existe aun la Iglesia que creían en su última agonía? ¿Y cómo es que existe triunfante, gloriosa y llena de poder? ¡Ah! mientras las cenizas de sus enemigos yacen en el polvo del olvido, la Iglesia santa, la Esposa de Jesús, congrega á sus hijos, y celebrando las festividades de sus santos, les recuerda con su ejemplo que la verdadera grandeza, el verdadero heroísmo, tiene por base la virtud. Mientras tanto sus tenaces enemigos hacen esfuerzos por su destrucción, ella por medio de sus ministros, por el órgano de sus sacerdotes convida con la paz, y anuncia de mil modos los caminos de la salud eterna. Abre á nuestra

vista sus gloriosos fastos, y llamándonos al recuerdo de aquellas privilegiadas criaturas que fueron estrellas brillantes de la militante Jerusalem, sus columnas y mas firmes sustentáculos, nos hacen ver que los sábios y los conquistadores, los grandes y poderosos, desaparecen á la presencia de los que no se dejaron deslumbrar por el vano oropel de los honores, y que pudiendo beber á su gusto la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia, jamás la acercaron á sus lábios.

Domostracion tangible de esta verdad es la ilustre heroína, la gloriosa Santa Elena, emperatriz, cuya fiesta celebramos y en cuyo honor nos reunimos hoy bajo las bóvedas de este augusto santuario. Encargado de formar su panegírico, recorreré la historia de su vida, y en sus hechos admirables, en sus grandes virtudes practicadas en la cumbre de la mayor grandeza, descubriremos en ella la mujer fuerte de que nos habla Salomon en los proverbios: digna de la alabanza de los pueblos, porque temió á Dios, trabajó por la gloria de Jesucristo, y fué por sus grandes virtudes un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. *„Mulierem fortem quis inveniet?...*

Mulier timens Dominum ipsa laudavetur.

Tengo manifestada la idea del presente discurso. Imploramos ante todo los divinos auxilios por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PARTE UNICA.

«Es tal la suerte de la religion santa sobre la tierra, que siempre debe ser á la vez un objeto de menosprecio y de respeto, de amor y de ódio: está establecida en medio de las blasfemias y de las perse-

cuciones, como de los homenajes y bendiciones de los hombres (1)». Así se esplica un sábio contemporáneo al fijar su vista en la moderna incredulidad, dispuesta siempre á combatir la verdad católica. Pero ello es, señores, que esta religion, emanacion de la divinidad, vino á satisfacer una apremiante necesidad. Vino á iluminar el mundo, justamente cuando la sociedad humana, como el enfermo que lucha con los últimos embates de la muerte, parecia llegar á su proximo aniquilamiento, pues que corria por sus venas el gérmen envenenado de las mas corruptoras doctrinas.

Considerad por un momento el estado en que se hallaba el mundo al advenimiento del cristianismo; todo él á escepcion del pueblo judío, estaba sumergido en las mas densas tinieblas del error y de la idolatría; por una parte se veia un culto tan absurdo como estravagante, y por otra, costumbres las mas depravadas y licenciosas. El cetro de hierro de los césares romanos gravitaba sobre el resto de la humanidad que postrada al pié del Capitolio servia de alfombra á los soberbios dominadores.

Oid y maravillaos; era necesario concluir con la idolatría apoyada en el trono del imperio, y protegida por sus leyes; era preciso suavizar el rigor de las leyes, morigerar las costumbres, hacer entrar en sus derechos á la mitad del género humano, á la mujer, sin representacion alguna en la sociedad y á la que no se daba otra estimacion que la que puede darse á un mueble de lujo; era, en suma, preciso dar á los hom-

(1) El Obrero Filósofo ó conferencias sobre asuntos de Religion, por el M. I. Sr. Dr. D. Tomás Sivilla, Canónigo Doctoral de la santa Iglesia de Barcelona.

bres altísimas nociones de Dios y de sus atributos que en tan íntimo enlace estan con la moral; y el llevar á cabo esta obra inaugurada por Jesucristo, fué encomendada á doce hombres sin crédito, sin talento, sin proteccion, sin armas, pero iluminados por el Espíritu Santo, que los convirtió de ignorantes en sábios, de débiles en fuertes. Ellos son los que acometen la árdua empresa de derribar del trono á Júpiter, para hacer reconocer y adorar como verdadero Dios á aquel Jesus que habia muerto con la nota de infamia en el patíbulo de la Cruz.

En vano, señores, la ciudad señora del mundo se alarma, temblando por sus dioses y por su existencia. Está decretado en los consejos eternos, y contra los decretos de Dios no hay resistencia posible. La verdad se estiende por todas partes, al par que bambolean sobre sus pedestales y caen por tierra los ídolos ante los cuales quemaba incienso una sociedad abjecta y depravada.

La Iglesia, que segun la brillante espresion del Padre San Agustin, salió del costado de Jesus, tuvo una dilatada infancia: su desarrollo fué lento como la realizacion de las esperanzas humanas, lento como la presentacion del fruto en la palmera. Destinada á estenderse desde los lugares donde el estío es perpétuo, hasta los paises de invierno perdurable, tuvo que pasar por terribles pruebas que habian de ser demostracion de su verdad y de la divinidad de su Fundador. Por espacio de tres siglos vivió escondida en la oscuridad de las Catacumbas, y en el transcurso de tan dilatada época espermentó con muy cortas treguas grandes persecuciones por parte de los emperadores romanos, dando millares de mártires al cielo;

y admiraos, señores, de las mismas cenizas de las hogueras en que eran sacrificados los que profesaban y defendian la religion verdadera, brotaban nuevos cristianos, y esto de tal modo, que decia Tertuliano á los Césares, que si llegaban á esterminar por completo á los cristianos, el trono careceria de vasallos y de ciudadanos la patria.

Dios habia determinado que concluyesen tantas tribulaciones, que solo habian servido para el mayor esplendor de la nueva religion, y para que la fortaleza de los mártires fuera una prueba que llevara el convencimiento á los mas descreidos. Llegó por fin la hora de la libertad de la Iglesia. La religion sacudió el ropaje del martirio para sentarse engalanada con los atavios de la esposa en el trono de Constantino. El signo augusto de la Redencion se elevó magestuoso sobre el Capitolio y sobre las mas altas torres y pirámides de la ciudad señora del mundo.

Faltaba á la Iglesia poseer una reliquia preciosa, la cruz, sobre la cual consumó el sacrificio de su vida el Redentor de la humanidad. Dios en sus altos juicios dispuso que una mujer fuese la encargada de buscar tan precioso tesoro, y esta mujer fué Elena, madre del emperador Constantino. Que Dios, cuando es su voluntad soberana, se vale de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, est confundat et fortia.*

Sí, gloriosa Santa Elena: tú fuistes la heroína ilustre destinada por la Providencia para dar un dia de regocijo y verdadera alegría á la Iglesia. Tú eres la mujer fuerte que llena de valor é intrepidez supistes abordar empresas superiores á la debilidad de tu sexo: tú eres la mujer temerosa de Dios, que por tus gran-

des virtudes y hechos admirables, te has hecho acreedora á las alabanzas de la posteridad. *Mulier timens Dominum ipsa laudavitur*. Veamos, señores, la demostracion de esta verdad, recorriendo aunque con rapidez la historia de su vida.

No podemos á punto fijo señalar el lugar del natalicio de Elena, punto en que están discordes los historiadores; pero nada influye en la grandeza de los héroes la localidad en que abrieron sus ojos á la luz del mundo.

Quien hubiera visto á Elena en su juventud, hija de padres gentiles, sin conocimiento de la verdadera religion y adorando á los ídolos, ¿hubiese creído que estaba destinada para ser estrella brillante del cielo místico de la Iglesia, y una gloria de la religion de Jesucristo? Pero mil ejemplos semejantes podriamos presentar que nos hacen conocer cuan incomprensibles son los juicios de Dios y cuan menguada la inteligencia humana. Quien hubiese visto en el Nilo un niño que fluctuaba en una cestita de juncos, y que fué salvado milagrosa ó mejor dicho providencialmente por una princesa hermana de Faraon, ¿hubiese jamás creído que aquel niño habia de ser el legislador y caudillo del escogido pueblo, y que habia de recibir en el Sinaí de manos del mismo Dios las tablas de la ley? Pues sucedió así, contra lo que podia juzgar la prudencia humana. A este modo Elena, contra lo que podria pensarse de ella, estaba destinada á producir el mas célebre de los emperadores que habia de dar la paz á la Iglesia y á descubrir para que fuese objeto de adoracion, el verdadero árbol de la vida, el instrumento de la reparacion humana.

Constantino Cloro, uno de los mas famosos capi-

tanes del ejército romano, fué enviado de gobernador á Inglaterra por los emperadores Diocleciano y Maximiano, y allí contrajo matrimonio con Elena, prendado de las bellas cualidades que la adornaban, y que la hacian objeto de admiracion en su pais.

Como Diocleciano y Maximiano renunciasen en un dia el imperio, fueron nombrados Maximiano Galerio y Constantino Cloro por Césares y gobernadores: pero con la condicion, por lo respectivo al segundo, de que habia de repudiar á Elena su legítima consorte, y casarse con Teodora, hija de la mujer de Maxiliano.

Constantino Cloro amaba tiernamente á Elena, de la que ya tenia un hijo, que fué el grande Constantino, pacificador mas tarde de la Iglesia. Sin embargo, aceptó la condicion, con el objeto de asegurar el Imperio, pero disponiendo en Tréveris una magnífica residencia para Elena y su hijo, asistiéndoles en ella con la grandeza que era debida á príncipes tan estimables.

La muerte arrojó á Cloro desde el solio imperial al sepulcro, y no obstante la dilatada sucesion que tenia de Teodora, declaró sucesor del imperio á su hijo Constantino, que llegó á ser, como dice con mucha razon un historiador de su vida, el mas poderoso emperador que hasta entonces se habia visto en el mundo.

Constantino logró una grande victoria sobre el tirano Majencio, la que confesó deber á la virtud de la Cruz de Jesucristo, consiguiendo despues igual triunfo de Máximo y Licinio, sus concoligas en el imperio. Estos triunfos le hicieron conocer la asistencia del cielo, y conociendo cuán absurdo era el culto

de los dioses, abrió sus ojos á la luz de la verdad, abrazando la religion verdadera, y anulando por lo tanto los edictos de los emperadores paganos. Echó por tierra los templos de los ídolos en todo su imperio, y sobre sus ruinas se levantaron altares al Redentor de la humanidad, cediendo parte de su palacio para la edificacion del primer templo público del cristianismo, que es la Basilica de San Juan de Letran en Roma, cabeza y madre de todas las iglesias de la ciudad y del orbe.

Antes que Constantino, segun escribe San Paulino, habia abrazado el cristianismo su madre Santa Elena, creyéndose que á sus oraciones, y á las insinuaciones que le dirigia para que reconociese los favores que el Señor le dispensaba, se debió la conversion del poderoso emperador, así como mas tarde á ruegos y constantes súplicas de Mónica fué debida la conversion del gran Padre San Agustin, una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Contemplad ahora, mis señores, á Elena, luego que su hijo ocupa el trono del imperio; pero no busqueis en ella el fausto y la ostentacion. El demonio del orgullo y de la vanidad que á tantas almas arrastra á la perdicion eterna, no pudo penetrar en el corazon de la santa Matrona. Los pobres y menesterosos eran sus mayores delicias; el hacer bien, su práctica constante. Elevada á tanta grandeza, no conoce otra norma que la humildad, y sus grandes timbres y blasones los funda en la caridad. ¡Oh qué bien supo comprender el espíritu del catolicismo!

Vosotros hombres henchidos de soberbia, que porque ocupais un puesto distinguido en la sociedad, os constituís en martillo de vuestros semejantes, no

digais que sois cristianos, porque deshonrais el cristianismo. Dios en sus altos é incomprensibles juicios ha establecido la diversidad de fortunas, y si á unos coloca en la cumbre del poder y de la grandeza, es para que considerándose administradores de los bienes de los pobres, dispensen beneficios á sus semejantes, así como quiere que el pobre se santifique por la resignacion, la paciencia y el sufrimiento. Fijad vuestros ojos en la Santa Emperatriz Elena y no podreis menos de llenaros de confusion.

No duda la santa é ilustre heroina que todas las victorias conseguidas por su hijo eran debidas á la virtud de la cruz, y de aquí el entrar en vivísimos deseos de buscar el precioso instrumento de nuestra Redencion para que fuese objeto de públicas adoraciones.

El ódio que los gentiles profesaban á Jesucristo, les hizo hacer cuanto les fué posible, á fin de borrar hasta la memoria del Santo Sepulcro, levantando considerablemente el terreno y edificando sobre él un templo á la diosa Venus. Todo esto imposibilitaba el poder encontrar la augusta reliquia, el madero santo de Jesucristo consumara el sacrificio de su vida, que se creia fundadamente habia sido enterrado á gran profundidad por los judíos en las inmediaciones donde fué crucificado el Señor.

Creen algunos que el valor y la fortaleza está vinculado al sexo varonil: ahora veremos en el ejemplo de Elena, confirmada una verdad biblica que antes hemos citado, á saber: Que Dios cuando es su voluntad soberana, se sirve de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes: *Et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

Ha dispuesto Dios que la Iglesia posea el leño santo de la Cruz, y que esta posesion sea debida á los esfuerzos de una mujer. ¿Y quién hallará una mujer fuerte, capaz de llevar á cabo tamaña empresa? *¿Mulierem fortem quis inveniet?* Elena, señores, es esta mujer fuerte que se prepara á dar un dia de verdadero júbilo á la Iglesia. Elena es la heroína llena de virtudes, que salvando cuantos inconvenientes puedan encontrar en su camino, ha de presentarse victoriosa llevando en sus manos el régio estandarte que triunfó de la muerte y en cuyos brazos se obró la redencion humana; árbol de salud cuyo fruto fué de vida eterna para la mísera humanidad.

No temais al considerar que Elena cuenta ya la avanzada edad de cerca de ochenta años. El amor todo lo puede: la caridad hace prodigios cuando vá unida á la fé.

Como habia sido declarada Emperatriz por su hijo Constantino desde el momento que este ocupó el trono, podia á su arbitrio disponer del tesoro imperial, del cual aplicaba crecidas sumas al sostenimiento del culto divino, al adorno de los templos y al socorro de los pobres. Ahora se provee de lo necesario, y se dirige á Jerusalem, donde manda echar por tierra el templo gentil, elevado sobre el sepulcro del Salvador, y donde despues Constantino hizo levantar un suntuoso templo en honor de Jesucristo, y hace cavar profundamente hasta encontrar el Santo Sepulcro y en él la cruz del Redentor. Esta no se hallaba sola, sino con las que sirvieron para suplicio de muerte á los ladrones.

El náufrago que despues de una terrible tempe-

tad logra pisar la playa, viéndose libre de una muerte que tuvo tan cercana; la madre que despues de llorar por mucho tiempo la ausencia de un hijo querido, logra estrecharle entre sus brazos, no experimenta un regocijo semejante al de Elena, cuando vé satisfecho su deseo. Faltaba saber únicamente cuál de aquellas cruces era la del Redentor, y dos prodigios continuados vinieron á descubrir su identidad. Una señora en la agonía es colocada sobre cada una de las cruces, y recobra la salud instantáneamente que siente el contacto de aquella en la que se habia obrado la salud del mundo. Un cadáver es resucitado por la misma cruz.

Elena no puede contener sus lágrimas y postrada en tierra adora reverente al sagrado madero, del cual hace dos partes: una que engarzada en piedras preciosas lleva á su hijo Constantino, y la otra que deja en Jerusalem para que fuera adorada en el suntuoso templo que hizo construir en el mismo sitio.

Parece que con nada se satisfacía la devocion de la Santa. Así ganosa de la gloria del Salvador que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo, hizo erigir otro templo en el monte de las Olivas, desde donde el Señor verificó su Ascension, ejecutando lo mismo en la cueva de Belen, en la que nació al mundo, enriqueciéndolos todos con grandes y abundantísimas donaciones.

La caridad es incansable: Elena sabia que en la Palestina existian varios siervos de Dios que habiendo huido del trato de las gentes, se dedicaban en el retiro á una vida de mortificacion y penitencia. Desea verlos y encomendarse á sus oraciones, y emprende el viaje desde Jerusalem. Los vé, y lejos de permitir

que le tributasen obsequios como á emperatriz del mundo, se presentó respirando humildad, mansedumbre y modestia, de tal modo, que causa la admiración y sirve de edificación á aquellos benditos varones. Hízoles edificar algunos oratorios para que en ellos tributasen cultos al Señor. Recorrió despues varias ciudades del Oriente dispensando en todas grandes beneficios, y dejándose admirar en todas partes por su vida, que fué una procesion de las virtudes todas, como un espectáculo al muddo, á los ángeles y á los hombres.

Humilde en tanta elevacion, empleando su poder y sus riquezas en el culto de Dios, en el adorno de sus templos y en el socorro de los desvalidos, ella podia decir con San Pablo: todo quanto hay en la tierra, honores, grandezas, dignidades, tesoros, todo lo miro como basura, con tal de ganar á Jesucristo: *Omnia arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam.*

Llegó, señores, el tiempo en que Elena recibiera el premio de sus heróicas virtudes, subiendo á ocupar un trono en la gloria. Siendo ya de edad bastante avanzada fué llamada por Dios á mejor vida: ángeles del cielo rodean su lecho y apenas ha cerrado sus ojos á la luz del mundo conducen su alma á la morada eterna, segun ha ofrecido Dios á los que obran en justicia.

Reunid ahora bajo un solo punto de vista quanto acabamos de decir, sus grandes y heróicas virtudes, practicadas en la cumbre de la mayor grandeza, sus trabajos, fatigas y asiduidad por encontrar la cruz de Jesucristo para que fuese objeto de veneracion y adoracion de los cristianos, y los grandes beneficios que dispensó por do quier, y vereis en ella la mujer

fuerte que buscaba Salomon: *¿Mulierem fortem quis inveniet?* Elevada al honor de los altares es venerada en el pueblo cristiano, y reconocido el poder de intercesion que como todos los bienaventurados goza, sus alabanzas resuenan con justicia en la militante Iglesia: *Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur.*

He concluido, señores, y creo haber demostrado lo que propuse en el principio. Si á mis débiles fuerzas no ha sido dado formar un perfecto panegírico de las virtudes de Elena, he presentado un mal trazado boceto, pero que puede servir para que bendigais á Dios que se hace admirable en sus escogidos, y para que comprendais que no solamente la santidad esencial que consiste en el cumplimiento de los deberes que nos ligan para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes, sino aun la santidad heróica que la forma la práctica de los consejos evangélicos, puede obtenerse en cualquiera posicion que ocupe la criatura, ora se sienta sobre un trono ó bien se albergue en la humilde choza del pastor.

No olvideis que la Iglesia, al celebrar las festividades de sus santos, tiene por objeto el poner ante nuestros ojos estos preciosos modelos para que procuremos imitarlos. Si no nos ha llamado el Señor á la santidad heróica, es indudable que no podemos salvarnos sin practicar la santidad esencial, que consiste, como antes digimos, en el exacto cumplimiento de nuestros deberes. La gracia que para practicar el bien nos es indispensable, podemos alcanzarla por la intercesion de los Bienaventurados.

Gloriosa Santa Elena, ilustre heroína de la Iglesia, en cuyo honor consagramos los presentes cultos. Desde el trono que hoy ocupais en el cielo, dirigid al Eter-

no una plegaria en nuestro favor. Que no nos contaminemos con las doctrinas del error que pululan hoy en el seno de la sociedad cristiana: Que se alejen de nosotros las enfermedades contagiosas que siembran el luto y la desolacion en las familias: Que fructifiquen nuestros campos, y lo que nos es mas importante que todo, que alcancemos la divina gracia, para que viviendo adornados con esta preciosa joya en la práctica de las virtudes, nuestra muerte sea preciosa en los divinos ojos del Señor, para tener despues la dicha en vuestra compañía de disfrutar de las delicias que proporciona una dichosa inmortalidad. Amen.

SERMON PANEGIRICO 4.º

PARA EL DIA DE

SAN JOSÉ, ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA.

Joseph vir ejus cum esset justus.

José esposo de María que era un baron justo.

Math. c. I, v. 19.

Con decir que José era justo, está formado, señores, el mas completo panegirico del esposo de María. Quanto con su elocuencia pudieran decir los Quintilianos y Tulios, los Crisóstomos y Agustinos, con los demás célebres oradores, así sagrados como profanos, que han llamado la atencion del mundo por la brillantez y hermosura con que han pintado sus elevados pensamientos, seria nada en comparacion del elogio que el mismo Espíritu Santo ha dejado consignado en las sagradas páginas, para hacer célebre y glorioso el nombre de José, de quien puede decirse con mas motivos que del sábio Rey Salomon, que no tuvo semejante en las edades del mundo ni le tendrá en los siglos futuros. José es justo y á esta

no una plegaria en nuestro favor. Que no nos contaminemos con las doctrinas del error que pululan hoy en el seno de la sociedad cristiana: Que se alejen de nosotros las enfermedades contagiosas que siembran el luto y la desolacion en las familias: Que fructifiquen nuestros campos, y lo que nos es mas importante que todo, que alcancemos la divina gracia, para que viviendo adornados con esta preciosa joya en la práctica de las virtudes, nuestra muerte sea preciosa en los divinos ojos del Señor, para tener despues la dicha en vuestra compañía de disfrutar de las delicias que proporciona una dichosa inmortalidad. Amen.

SERMON PANEGIRICO 4.º

PARA EL DIA DE

SAN JOSÉ, ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA.

Joseph vir ejus cum esset justus.

José esposo de María que era un baron justo.

Math. c. I, v. 19.

Con decir que José era justo, está formado, señores, el mas completo panegirico del esposo de María. Cuanto con su elocuencia pudieran decir los Quintilianos y Tulios, los Crisóstomos y Agustinos, con los demás célebres oradores, así sagrados como profanos, que han llamado la atencion del mundo por la brillantez y hermosura con que han pintado sus elevados pensamientos, seria nada en comparacion del elogio que el mismo Espíritu Santo ha dejado consignado en las sagradas páginas, para hacer célebre y glorioso el nombre de José, de quien puede decirse con mas motivos que del sábio Rey Salomon, que no tuvo semejante en las edades del mundo ni le tendrá en los siglos futuros. José es justo y á esta

espresion del mismo Dios, ¿qué podrá añadir el mas sábio y elocuente de los predicadores evangélicos? José es justo: está testimoniado por el Excelso, y si nada será capaz de añadir á este elogio el mas profundo teólogo, ¿cuál será mi pusilanimidad al verme comprometido á panegirizar las glorias de este justo, toda vez que soy el menos apto, el mas ignorante de cuantos tenemos la honra de ocupar la cátedra sagrada? Pensamiento es este, señores, que me hubiera hecho rehusar el honor de ser en este dia intérprete de la Divina palabra, si no conociese que los ministros de la Religion estamos obligados, sea mucha ó poca nuestra ciencia, á trabajar en la viña de Jesucristo, ora combatiendo los errores, ora celebrando las virtudes de los santos para ponerlos por modelo al pueblo cristiano.

Convencido de esta obligacion, he admitido el cargo que se confiara á mis débiles fuerzas; registro los Padres de la Iglesia, leo con atencion la doctrina de los expositores, y al ver que todos convienen en que José fué el mas casto de todos los esposos, el mejor de todos los padres, el archivo de los secretos de la Divinidad, el nutricio y tutor del mismo Verbo encarnado, el custodio y protector de María, el centinela del tabernáculo del mismo Israel, la cabeza de la familia mas santa, conozco que todas estas prerogativas, estas gracias singulares, jamás dispensadas á hombre alguno, no serian mas que fantasmas de grandeza, separadas de la justicia que fué su principal carácter, el distintivo notable que le distingue. Dígase en buen hora en elogio del santo patriarca, que destinado por una predileccion especial al mas noble y mas augusto de los ministerios, unió sobre

sus sienes cuantas diademas se dispensaron á los antiguos héroes, que tuvo las luces de los profetas, para penetrar secretos eternos: que estuvo adornado de la fé de los apóstoles para descubrir entre las sombras de la carne las grandezas de la divinidad; de la castidad de las vírgenes, para vivir en compañía de la mas pura de las mujeres sin ofender su virtud, y de la fortaleza de los mártires para salvar de los peligros á su Dios. Todo esto y mucho mas que pudiera decirse, está compendiado, esclama el Padre San Jerónimo, en estas breves espresiones: *José es justo*. ¿Y por qué? Porque su familia fué una procesion de las virtudes todas: una justicia iluminada, sábia y prudente, una justicia valerosa, constante, humilde y misericordiosa. *Joseph justus*, José justo por excelencia; ved aquí la divisa de su mérito.

Supuesto este principio y para no desviarme en nada del elogio que he puesto al frente del discurso, tomado del sagrado Evangelio de San Mateo, voy á presentar á José el justo, discreto y prudente, en la mas delicada de las tentaciones, y será la primera parte de mi oracion, y en la segunda os lo haré ver adornado de una humildad tanto mas profunda cuanto mas alta es la dignidad á que se ve elevado. De este modo conoceréis en su prudencia y humildad los timbres de su justicia. Tengo propuesto el plan y objeto del panegírico del Esposo de María. ®

Vírgen purísima, Madre de mi Dios y Esposa de José, pues que tan interesada sois en las glorias de vuestro casto esposo, alcanzadme la gracia necesaria para desempeñar el ministerio de la divina palabra, toda vez que os lo suplicamos repitiendo devotos la salutation angélica. *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Si yo quisiese comparar en esta mañana la discrecion y prudencia de los mas perfectos matrimonios, tales como Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Raquel y Jacob, con María y José, no haria mas que presentar débiles bosquejos. Solo José entre los casados debia gozar el privilegio de justo. Era necesario, dicen los Padres, que todo fuese singular y extraordinario en un hombre elegido por la Santísima Trinidad, para compañero de la mas pura de las criaturas. A un hijo nuevo, á una madre singular, correspondia sin duda un padre extraordinario, dice San Agustin. Todo lo que se nos presenta en la familia de Jesucristo, es admirable. Una sola entre las divinas personas se hizo hombre; una sola entre las madres fué vírgen, pues uno solo entre los esposos habia de ser justo. Jesucristo se hizo hombre sin dejar de ser Dios; María fué madre sin dejar de ser vírgen; José fué esposo sin dejar de ser puro. Prodigio admirable es ver la divinidad y humanidad unidas en Jesucristo; la virginidad y maternidad reunidas en María; pero no lo es menos ver la paternidad y pureza reunidas en José, cabeza de esta familia; y si la encarnacion fué milagro de pura misericordia, y la concepcion en gracia de María milagro de la omnipotencia, José, esposo y puro, fué milagro de justicia. Y á no ser José un justo en eminente grado, ¿hubiese sido tan prudente, tan sábio y tan discreto en el cumplimiento de las obligaciones de su estado, y en los terribles apuros de su matrimonio? ¿En qué consiste la prudente justicia de los maridos? En amar en sus esposas

la fidelidad y la virtud. La de José consiste en amar la suya no obstante los contrarios indicios de su virtud y fidelidad. Es poco decir en elogio del santo patriarca que jamás pecó contra la ley de la pureza conyugal: es preciso añadir que escedió las mismas leyes, y segun el pensamiento de un escritor tan sábio como piadoso, mejor que Abraham, trató á su esposa como hermana, y en vez de marido, fué la guia, defensa, y esposo de su virginidad.

¡Qué alianza! prosigue el canciller de París, ¿cielos y tierra la vieron mas feliz? Una virginidad unida á otra virginidad; un hombre vírgen á una doncella sin mancha ni lunar; el mas santo de los hombres á la mas santa de las mujeres; un corazon purísimo á otro corazon inmaculado; ved, señores, renovado en este matrimonio el prodigio de la misteriosa zarza de Moisés. Lucen como casados, pero no prueban los incendios; cual astros brillantísimos se comunican la luz aumentándose el resplandor y belleza: todo es casto en este matrimonio, todo puro, todo santo, y si en la alianza de Adan y Eva dijo Dios que serian dos en una carne, en esta, dice Gerson, será una misma virginidad en dos cuerpos: sin embargo, la Providencia dispone que este esposo santo encuentre adversidades en el centro de las mayores delicias; tinieblas en la region misma de la luz; tempestad y borrasca en el puerto de la serenidad, para hacer resplandecer su discrecion y prudencia.

Llegó, señores, la época feliz anunciada por los profetas y ardientemente suspirada por los patriarcas y demas justos del Testamento Antiguo. El Ángel del gran consejo, el Príncipe de la paz, el Unigénito del Padre, que fué engendrado desde la eternidad, debia

tomar nuestra naturaleza humana para padecer en ella, y ofrecerse al Eterno, hostia pura, santa é inmaculada, para satisfacer por la culpa del hombre y abrirnos con su cruz las puertas del cielo. Para esto habia determinado hacerse hombre en el seno de una mujer, y que esta mujer fuese casada y santa como era necesario para recibir la dignidad de Madre de Dios.

María lo fué, y en tanto grado, que no ha habido ni habrá otra mas santa, pues si pudiera haber otra mayor, dice el angélico maestro, ella no fuera digna de ser Madre de Dios. Llegado pues el momento decretado en el consistorio de la Trinidad beatísima, un ángel le anuncia que ha concebido por obra del Espíritu Santo, y ved ya efectuado en María el misterio de la Encarnacion del Verbo. Vamos ahora á contemplar la prudencia y discrecion, la virtud heroica, la santidad de nuestro patriarca, en la situacion mas crítica de su matrimonio. ¡Qué turbacion ocasionó á su corazon el celestial embarazo de María! ¡Qué inquietud! ¡Qué agitacion en un alma tan tierna como virtuosa, tan amante como santa! Al tiempo mismo que en el seno de la vírgen maduran las esperanzas del mundo, que en el mismo abismo saltan de alegría los patriarcas y profetas viendo cumplidas sus esperanzas, solo José, privado de esta comun alegría, cree imposible lo que ve; está satisfecho de la pureza y santidad de su esposa; en su juicio está intacta, es pura, es inocente, pero descubre señales evidentes de su preñez. María es santa, pero á sus ojos es adúltera. Su corazon aboga por la virtud, pero su ojos deponen lo contrario. María es el ejemplar de la inocencia, pero se le representa como reo culpable y

pecadora. ¡Qué prueba, señores, mas terrible! ¡Qué lucha entre su corazon y su vista!

Y qué, ¿podia su noble y generosa alma, no ser combatida ni agitada cuando asegurado de su fidelidad y continencia, veia indicios vehementes de infidelidad y de lascivia? No os pregunto, señores, qué haríais vosotros en situacion semejante; vosotros que no podeis menos de concebir crímenes y pecados en vuestras esposas, á la menor sombra de incontinencia. Mi objeto es solo instruiros de la prudencia de este esposo en la ocasion en que todas las apariencias parecian deponer contra el honor de María. No es José una de aquellas almas tímidas á quienes sorprende las sospechas y congeturas; no es un hombre desconfiado, loco, que ciego de su pasion imagina que su enlace servir pueda de tupido velo á la lascivia de su esposa. No os pregunto que haríais vosotros á quienes domina esta pasion triste, funesta y sombría, en ocasion tan delicada, cuando el acusar á vuestras esposas de incontinentes y adúlteras es acusaros á vosotros mismos, herir su honor, el vuestro y el de vuestros hijos. Observemos de una vez, la conducta del esposo de María, y veamos qué hace para salvar su honor, pues aunque está inmaculada y purísima, no parecia serlo á sus ojos. Si María no era casta, no era digna de José; si lo era y habia concebido milagrosamente, José no se creia digno de ella. Si habia perdido la rica y preciosísima joya que debia amar mas que su vida, no debia tener por esposo un hombre incapaz de igual pecado y crimen. Si no obstante su preñez era vírgen, su concepcion ocultaba algo de celestial y divino, y José en este caso no se cree digno de ser depositario de tan pre-

cioso tesoro. Morar con una esposa olvidada al parecer de su amor y obligaciones, no lo permite su justicia: acusarla apelando al tribunal de los hombres, no lo permite su amor: consentir callando como cómplice, es el mas feo borron, la accion mas vil, cobarde, é indigna que puede hacer un hombre, ¡Pues qué hará! ¿Reprenderla? ¿callar? Si habla pone manchas en el sol; si calla se hace reo. ¡Combate extraordinario! José contra José, sus ojos contra su corazon, su justicia contra su misma bondad. Mensajeros celestes, ángeles de Dios, ¿qué esperais? Vosotros que anunciásteis á Abraham y Sara el nacimiento de un hijo que seria su felicidad y su consuelo, vosotros que anunciásteis el nacimiento de Sanson, vosotros que consolásteis á Zacarías é Isabel, anunciándoles que no obstante su avanzada edad, darian á luz un hijo que seria la alegría de su pueblo, ¿por qué no os apresurais á anunciar al bendito José que el Dios de Abraham, de Sanson y del Bautista, ha descendido de lo alto de su trono y que María su esposa le lleva en su virginal cláustro? Mas ¡ay! que el Dios de José quiere probar por algun tiempo su virtud como en otro tiempo probó la obediencia de Abraham, mandándole ofrecer á su hijo en holocausto, ¿Qué hará, pues, José? No temais: él es justo, es sábio, es prudente, sabrá callar. Ved aquí, dice el Crisólogo, el medio que encuentra la prudencia de este hombre justo: ahogar en el anchuroso estanque de su corazon la pena que le afligia. Medita separarse de su esposa y abandonarla en secreto para conservar su honor y no esponerla á los rigores de la ley. Aprended aquí vosotros los que estais ligados con el vínculo del matrimonio, aprended de la prudencia de José: vos-

otros que llevais siempre en vuestro corazon un suplicio; vosotros, mártires de vuestros celos, víctimas de una passion mas dura que el infierno y que os hace padecer anticipadamente las penas de los condenados, aprended de José el tino y la prudencia que ha de servir de guia para tratar á vuestros consortes. No prorumpe José en amenazas, blasfemias, imprecaciones ni gemidos; por el contrario, solo determina separarse de su esposa, esperando de Dios el consuelo y la aclaracion del misterio que ignoraba, y ved ya si tuvo razon en proponer á José el justo, discreto y prudente en la mas delicada de las tentaciones. Considerémosle ahora el justo mas humilde rodeado de honores y en la mas alta de las dignidades.

SEGUNDA PARTE.

Aquel Dios que segun la espresion del grande Bossuet, reina sobre todos los pueblos (1), se habia hecho hombre en las entrañas de una Virgen de Judá, para que tuviesen entero cumplimiento las predicciones de los profetas. Esta doncella escogida para tanta dignidad, adornada de tales virtudes y singulares carismas, cuales debia poseer para ser Madre del Verbo Divino, era María, la Esposa de José. Para el bendito patriarca se habia descorrido el velo del misterio. El sabe por revelacion de un ángel, que lo que nazca de María es obra del Espíritu Santo; sabe que ha de parir un hijo, y que debe llamarse Jesus.

(1) Bossuet, en su Historia Universal, tomo II, parte 3.^a, cap. VIII.

Ved ya, señores, á José el mas humilde de los hombres, en la mas alta de las dignidades. No asemejándose en nada á las demas criaturas, que por lo comun desean que se hagan públicos los honores y condecoraciones que reciben del monarca, él por el contrario, que mostró su discrecion y su virtud, callando en la mas delicada de las tentaciones, muestra despues su humildad y su prudencia, guardando tambien silencio, cuando es sabedor que María tenia ya en su cláustro virginal al Mesías. Figuraos, señores, por un momento, que José no hubiese sido tan humilde, y que ambicioso de la gloria del mundo, hubiese salido por todas partes publicando la dignidad de su esposa; ¿le hubiesen creído los judíos? ¿Esta nacion tan indócil y rebelde, no le hubiese tenido en el momento por fátuo ó soñador? Para convencernos de que así hubiera sido, nos basta traer á la memoria los hechos consignados en el Evangelio, de las contradicciones y persecuciones sufridas por Jesucristo, mientras vivió entre los hombres. El alumbramiento de María en Judea oyó el Universo sin sorprenderse (1); ni debia ser de otro modo, cuando la venida del Mesías hacia tantos siglos la esperaba el mundo. Pues bien, el pueblo judío, obstinado é incrédulo, habia mas de una vez presenciado los milagros de Jesucristo. Dar vista á ciegos, oido á sordos, enderezar tullidos, dar salud á los enfermos y resucitar muertos, eran las obras del Salvador, y el llamarle Samaritano y embustero, el perseguirle sin trégua ni descanso, y el imputarle por blasfemia el haberse llamado Hijo de Dios, las obras con que aquel pue-

(1) Tácito de historia, Lib. V, núm. 13.

blo bárbaro mostraba su fé y su gratitud. Ahora bien, quien tal hizo con el Hijo, á pesar de la divinidad que resplandecia en sus obras, ¿qué no hubiera hecho con su Madre y con José, si este hubiese publicado que aquella era la feliz y venturosa criatura que habia concebido al Salvador? A Jesus mas tarde preguntó la malicia de Caifás, si era el Mesías prometido; ¿y con qué objeto? Con el mas criminal: si niega, nada divino tendrá su mision y su venida, le despreciaremos, y fácilmente conseguiremos que no se predique su doctrina. Si confiesa, es un blasfemo, usurpador de la divinidad, y le entregaremos á Pilatos, que celoso defensor del dominio de Roma en todo el mundo, le hará morir en un patíbulo. Pues bien, si á María le hubiesen preguntado en esta ocasion, si en verdad era la Madre del Mesías, la Virgen fecunda anunciada por Isaias, ¿qué hubiera sucedido? Si María hubiese negado, hubiera mentido ocultando la verdad mas importante de la Religion, y se hubiese hecho criminal. Si lo hubiese confesado, la llamarian blasfema, y tal vez hubieran querido que muriese apedreada. José, pues, callando, muestra su discrecion y su prudencia: ejerciendo este acto de profunda humildad, conserva el honor de María, y quita á aquella nacion perversa, la ocasion de maltratar en su furor y en su envidia á la mas santa de las criaturas.

María se hallaba en cinta; pero sabian los judíos que estaba desposada con José: esta certeza les quitaba todo motivo de sorpresa. ¡Oh sábia disposicion de la Providencial! El Eterno quiere que su Hijo Unigénito, igual y consustancial á él, tome nuestra humana naturaleza en el vientre de una doncella, y

dispone que esta Virgen sea casada, para que ni por un momento pueda peligrar su honra y buena fama. Los judíos, como digo, no ignoraban el verdadero matrimonio de María, ni tampoco su preñez; pero lo que estaba oculto á ellos, lo que ignoraban, era que el Espíritu Santo habia venido sobre ella, y que le habia hecho sombra la virtud del Altísimo (1); es decir, no sabian que el Hijo de Dios habia de ser el fruto de su vientre. Verdad de fé, que por entonces no era voluntad del Señor fuese sabida. ¿Quién será, pues, el depositario de este secreto? El mas justo, el mas humilde de todos los hombres. Congréguese en buen hora los fuertes de Israel, para custodiar el lecho de Salomon; pero un solo hombre sin mas fortaleza que su humildad y su silencio, es suficiente para custodiar el lecho virginal do descansa el Divino Salomon. Pinte la esposa de los cánticos las hermosas y bellas cualidades de su amado, y diga en buen hora que descansa á su sombra; pero María dirá con mas razon, que descansa á la sombra de José su esposo, que él es el depositario ó el guardian de su virginidad.

Hay aun mas, señores, para comprender á qué grado de humildad llegó el Santo José con su silencio. Vosotros no ignorais que los judíos deseaban ardentemente, y no solamente deseaban, sino que esperaban con impaciencia la venida del Mesías: de tanto clamar y pedir, habia enronquecido la ingrata Sinagoga, como habia anunciado un Profeta. ¡Cuándo vendrá el deseado de las naciones! Cielos, enviad el rocío de lo alto, y las nubes lluevan al justo: ábrase

(1) Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi: ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei. Luc. c. 1, v. 35.

la tierra y brote al Salvador (1): tales eran sus continuas peticiones. Pues bien, ¿qué gloria no hubiera sido para José, si hubiera revelado el misterio? Pero él no busca la gloria mundana, y en callar cuando debia hacerlo, muestra no solamente su humildad profundísima, sino su extraordinaria prudencia, como habeis visto antes.

¡Mas, ay, que el nacimiento de Jesus ya se ha verificado! Han tenido entero cumplimiento los vaticinios de los Profetas, y la tierra está ya en posesion del Salvador. Tres hombres de una fé extraordinaria; tres reyes de la Arabia y de la Persia, seguian la direccion de la misteriosa estrella, que darles á conocer debia el lugar donde habia nacido el deseado de las gentes, y toda Jerusalem con su asombro, daba ya testimonio de este nuevo Rey, no obstante la rabia que se habia apoderado del corazon de Herodes. Nuevo rasgo de la humildad de nuestro Patriarca. ¡Qué gloria para José, si en aquellos momentos hubiese dicho, yo conozco al Mesías que ha nacido, le poseo, le he tenido entre mis brazos: María, mi Esposa, es la Virgen fecunda que le ha parido: en mí reposa el Arca de la nueva alianza: yo he sido destinado con preferencia á los demas hombres, para esposo de la mas bella, la mas pura, la mas modesta y la mas bendita entre todas las mujeres! José, mas discreto y mas sábio que el otro José, Patriarca del Egipto, que sufrió las funestas

(1) Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum: aperiatur terra, et germinet Salvatorem. Isaias XLV, v. 8. El sentido de estas palabras segun las entienden los Padres, es este: Descienda el Espíritu Santo sobre la purísima Virgen Maria, y con su virtud hagala fecunda, para que dé a luz al Justo y al Salvador. Exposicion del P. Scio al mismo verso.

consecuencias de haber descubierto su sueño que debía callar, vé, no en sueños, no en sombras ni figuras, sino real y verdaderamente, al Rey de los cielos y la tierra, al Monarca de todo lo criado, que ha nacido de María, su Esposa, y abismado, oculta su propia gloria, y lleno de humildad, calla y á nadie revela su dignidad de Padre putativo del Salvador.

¡Qué virtud, qué humildad, qué grandeza de alma se necesita para callar en tales circunstancias! Ser el depositario de la salud del mundo, ser adoptado por Padre, para un Hijo ante cuya presencia, Abraham, polvo y ceniza se confiesa, y se humilla David, llamándole grande, y por tan grande incomprendible, y ser al mismo tiempo dueño de una esposa que posee el mas estimable de todos los dones, y sin embargo conservar tanta gloria sepultada en su corazón, ¿no es, señores, un silencio digno de las mayores alabanzas y de la admiración y asombro del mundo todo? En medio de tanta elevación, á través de tanta dignidad, ni la mas pasajera sombra, ni el mas leve impulso de vanidad. Pero qué mucho que así fuese, si José puede decirse que ha sido el hombre colmado de mayores gracias. La razón de esto la fundo en la doctrina de Santo Tomás: *A cada uno da Dios (dice el Santo) la gracia, segun la dignidad á que le destina; y como quiera que la dignidad de Padre putativo del Salvador, es la mayor de las dignidades á que puede ser elevado el hombre, de aquí concluyo que ninguno puede escederle en gracia.*

Los Magos ofrecieron á Jesucristo el tributo de su adoración, gozando de su divina presencia un corto tiempo; José le adoró por espacio de muchos años; Simeon le tuvo una sola vez entre sus brazos, José

innumerables veces le estrechó entre los suyos. Los Apóstoles, llamados por el Salvador, disfrutaron de su vista y oyeron su celestial doctrina por espacio de tres años: José, desde el momento en que nació Jesus; José, en una palabra, tuvo la inestimable dicha de que Jesus niño, reposase, durmiese y se alimentase en sus brazos, y en suma, á José estuvo Jesus como subordinado y sumiso. *Et erat subditus illis* (1).

Su ocupación continúa era el ejercicio de la humildad y las demás virtudes. Admiraba, dice el Crisóstomo, á un Dios Omnipotente, nacido en un establo, reposado en la infelicidad y miseria de un pesebre, y envuelto en unos pobres pañales, y arrebatado su espíritu, se humillaba en un profundo respeto. Le vé nacer en un pesebre, pero al mismo tiempo contempla que es adorado de reyes y pastores, que sufre el frío, cuando manda al viento y á las tempestades, que padece hambre, siendo capaz de saciar al mundo entero. Vé á Jesus pobre, siendo dueño del cielo y la tierra; niño balbuciente, siendo la sabiduría por esencia y sin principio; espuesto al rigor de las estaciones y perseguido, siendo el que muda segun place á su voluntad soberana, el humilde vestido de pastor en la régia púrpura de Israel. Todo esto contempla José, y viendo que el Señor oculta su divinidad y su grandeza, oculta él al mundo su gloria y privilegios, y humillado adora reverente los arcanos de la divina sabiduría. Digámoslo de una vez y para concluir. Que el Eterno Padre elija á José para padre adoptivo de su Hijo, que un Dios que mira con desden á los soberbios y ensalza á los humildes, elevase á tan alta dignidad á un artesano, no es de admirar; empero

(1) Luc. II, v. 51.

que el artesano guardase en su elevacion un profundo silencio, y á nadie haga sabedor de sus prerogativas y su gloria, necesario es confesar que muestra el heroismo de la humildad y uno de los mayores prodigios de la gracia.

A vosotros, hombres altaneros y orgullosos, que engreidos en vuestras condecoraciones y dignidades haceis alarde de ellas, lisonjeándoos de vuestro ilustre nacimiento, de vuestra fortuna, de vuestro talento, como si algo de esto os justificara en la presencia de Dios, á vosotros, digo, os dá una leccion de grande utilidad el bendito José. Comparad vuestra fortuna con la suya, vuestros honores con los que á él le distinguen, vuestra dignidad con la de padre putativo de Jesucristo de que él se halla revestido, y conoceréis que nada sois en su presencia, y aprenderéis á ser humildes y prudentes, fijando vuestra consideracion en su admirable conducta.

Por mas, señores, que el Bautista fuese el mayor entre los nacidos de mujeres, como le llama el Redentor, no se puede comparar con José en su destino social, pues que José habia de mostrar al mundo á Jesus, no una sola vez, sino diariamente por el largo espacio de treinta años, y le alimentó y sirvió de custodio durante el tiempo de su niñez. Sí; mas feliz y dichoso que Obededon, fué José el depositario del Arca de la nueva alianza, y mas lleno de honor y de prerogativas que Moisés, Josué y Aaron, tuvo la suerte de que se le confiaran secretos pertenecientes al órden hipostático. José fué el procurador fidelísimo de la familia de Jesucristo (1): el siervo fiel y prudente

(1) S. Alber. Magn. in cap. II. Luc,

que correspondió á los cuidados de Dios en órden á la Encarnacion del Verbo, y el cooperador puntual del gran consejo (1).

Reunid ahora cuanto llevo dicho; su eleccion para Esposo de la mas santa entre todas las mujeres, su prudencia y humildad no comunicando á nadie el tormento de su corazon, en la mas terrible de las tentaciones, á su abatimiento rodeado de los mayores honores y elevado á la mayor de las dignidades, y añadid á todo esto sus padecimientos por salvar á Jesucristo de la persecucion de Herodes, rey ambicioso, bárbaro mas que los Faraones y mas impío que los Antiocos y Nabucos, y comprendereis que José escede á Abraham en la obediencia y en la fé; á Jacob en la caridad, á David en el celo y en la piedad, á Josué en el poder y á Moisés en la sumision y rendimiento. Tal es la justicia que resplandece en el Esposo de María, justicia consignada en el Evangelio, en las espresiones con que encabecé el discurso: *Joseph vir ejus cum esset justus.*

Patriarca Santo, José sabio, discreto y prudente, que escedísteis en justicia á todas criaturas, alcanzadnos la gracia del Señor para que nosotros seamos prudentes en las mayores pruebas, humildes en el trato con nuestros prógimos, sufridos en las tribulaciones, y en suma, para que imitando las heroicas virtudes que os colmaron en la tierra de tanta justicia, tengamos la inestimable dicha de acompañaros en el cielo. Amen.

(1) S. Bernard. Hom. 2. sup. Missus est.

SERMON PANEGIRICO 2.º

PARA EL DIA DE

SAN JOSÉ, ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA.

Fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam.

Siervo fiel y prudente constituido por el Señor, cabeza de su familia.

Math. c. XXIV, v. 45.

«Hacíase preciso que al aproximarse la gracia del Salvador, brillasen en el mundo los rayos de una perfeccion hasta entonces desconocida. Al modo que cuando el sol empieza á levantarse se tiñe el Oriente de una viva claridad, aun antes que las primeras ráfagas del dia hayan alumbrado el horizonte, así Jesucristo, en los momentos de ir á salir del seno de una Virgen, hacia reflejar en el universo los resplandores de una luz anticipada. Por eso, todavia no habia nacido, y ya los profetas saltaban de júbilo en el seno maternal, las mujeres vaticinaban el porvenir, y José desarrollaba una virtud sobrehumana.»

Palabras son, señores, las que acabais de escuchar del Padre San Juan Crisóstomo, que nos revelan toda la grandeza y las magnificencias del glorioso San José, esposo de la Santísima Virgen, que tuvo la alta

honra de desempeñar cerca de Jesucristo el ministerio de padre adoptivo, de presenciar su nacimiento, de cuidarle en los dias de su infancia, de sustraerle de la venganza del sanguinario Herodes, de proporcionarle el sustento y de sufrir por su amor las mayores angustias y penalidades. José fué el siervo fiel y prudente á quien constituyó el Señor por cabeza de su familia: *Fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam.*

Tal es, la verdadera grandeza de nuestro excelso Patriarca, cuyas glorias venimos á celebrar en este dia. Verdad es que, como leemos en las páginas del Evangelio, José fué descendiente de los mas famosos reyes de Judá; por sus venas corria la ilustre sangre de aquellos que habian unido á la dignidad de monarca la del sacerdocio: pero no consiste en esto su elevacion y su grandeza, sino en la eleccion que Dios hizo de él, para que fuese compañero de la mas santa de las mujeres y tutor del mismo Verbo Encarnado.

Faraon colocó al antiguo José al frente de su gobierno, dándole facultad para disponer de los tesoros del imperio, y disponiendo que fuese obedecido por todos sus vasallos, que debian mirarle como á su misma persona. De tal modo quiso enaltecerle aquel monarca, que dirigiéndole su voz le dice de este modo: «Tú serás desde hoy el gefe de mi casa: á tu voz obedecerá todo el pueblo, y solo mi real sòlio será sobre tí (1).» Tal es la distincion que el Rey de los reyes hace de nuestro santo Patriarca. El Sol divino de Justicia debia aparecer en el mundo, y José cuya virtud era sobrehumana, fué uno de los brillantes

(1) Gén. cap. XLI, v. 44.

Luceros que le habian de preceder: el siervo fiel y prudente elegido en los consejos de Dios para ser gefe y cabeza de la santa familia del Divino Mesías. Sus grandes merecimientos, su extraordinaria virtud sobre la tierra, su matrimonio con la Santísima Virgen, y sus relaciones con la misma divinidad, nos hacen comprender que hoy ocupa en el cielo un lugar superior á todos los moradores de aquella Sion santa, despues de Dios y su Santísima Esposa, y lo mucho que por esta causa podemos esperar de su proteccion. Si nada niega el Señor á María por ser su Madre, todo lo concede á José por haber sido su padre adoptivo, durante su peregrinacion en la tierra. ¡Qué consuelo para los devotos del Santo Patriarca!

Tiempo es de que manifestemos las ideas sobre que voy á hacer girar el presente discurso. José llenó cumplidamente los designios de la Providencia sobre la tierra siendo digno Esposo de la mas santa de las mujeres y celoso padre adoptivo del Salvador de la humanidad: *Primera Parte*. Sus relaciones con la divinidad es un testimonio de lo mucho que puede influir en nuestro favor para que consigamos los frutos de la Redencion: *Segunda Parte*. Por una y otra veis claramente demostrado que fué el Santo Patriarca un siervo fiel y prudente constituido por el Señor, cabeza de su familia. *Fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam.*

Virgen Santísima: las glorias de vuestro castísimo Esposo son vuestras propias glorias. Para que yo pueda alabarle dignamente y panegirizar sus virtudes, alcanzadme los auxilios de la divina gracia, ínterin os saludamos con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Todo es grande, señores, en el glorioso Patriarca, objeto de los presentes cultos. Si lo consideramos en sus virtudes privadas, vemos en él el hombre modelo: si le contemplamos siendo el compañero de María, el centinela de aquel precioso y odorífero huerto cerrado á la corrupcion del mundo, le admiramos como Esposo modelo: si, en suma, vemos á este varon *justo*, como le llama el Evangelio, siendo el protector del *Niño Jesus*, libertándole de los peligros, trabajando para proporcionarle el sustento, no podemos menos de reverenciarle como Padre modelo. Luego José podemos decir que es el perfecto modelo del hombre en todos los estados de la vida.

Todo lo que atañe de cerca ó de lejos al Hijo y á la Madre de Dios, dice un célebre escritor, participa eminentemente de su virtud, y si así puede decirse de su misma divinidad (1). ¿Y quién en el mundo ha tenido mas íntimas relaciones con Jesus-Dios y con María Madre de Dios, que el varon justo que fué Padre representativo del primero y Esposo de la segunda? No hay, pues, que extrañar que en él veamos resplandecer hechos á todas luces grandes y virtudes sobrehumanas.

La humildad forma el resplandor de sus bellísimas cualidades. Destinado por la Providencia para tener entre sus brazos al que siendo Monarca de las eternidades se habia de humillar desde el Pesebre hasta el Calvario; al que con divina autoridad habia

(1) Madrolle. *Magnificencias de la Religion*. Traducción de Don Juan Troncoso. Madrid. 1839.

de decir al mundo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón,» debía ser necesariamente humilde hasta el heroísmo. Y lo fué, señores; descendiente de régia estirpe, se vé reducido á la condicion de artesano, sin que jamás ni por un instante pueda alterar la paz de su corazón el recuerdo de su elevado origen: y en la humilde condicion á que se veía reducido, parece que habia adivinado el Evangelio, pues que practica á la perfeccion todas aquellas grandes virtudes que habia de enseñar mas tarde á los hombres el Redentor de la humanidad.

Habian llegado los tiempos anunciados: era la época feliz en que debian cumplirse los vaticinios del Testamento antiguo en órden á la venida del Libertador. Existia ya en el mundo la pudorosa María, aquella Israelita afortunada en cuyo seno virginal habian de madurar las esperanzas de cuatro mil años, en la union hipóstatica de ambas naturalezas, divina y humana, en la Persona del Verbo. Dios en su altísima Providencia, habia dispuesto dar á esta escogida y venturosa Virgen, un custodio, un protector de sus virtudes, un Esposo, en suma, que fuese digno compañero de la mas santa de las mujeres: quiso Dios que se uniese una virginidad á otra virginidad, para que quedase á cubierto la honra de María, á los ojos carnales y groseros de los hijos de Israel. Matrimonio singular que sirvió de modelo á otros héroes que nos presenta el cristianismo que supieron conservar la preciosa joya de la virginidad. Marciano y Pulcheria hija del emperador Teodosio; Valeriano y Cecilia; Echard y Catalina, príncipes suevos, supieron imitar la conducta de María y José, siendo dos almas en una misma virginidad.

Así es, señores: José que era el hombre modelo, fué el designado por la Providencia para que fuese tambien el Esposo modelo, uniéndose en matrimonio con la Santísima Virgen, de la que por virtud del Espíritu Santo habia de nacer Jesus que se llama Cristo.

Entre la multitud de jóvenes descendientes de la tribu de David que hubieran aceptado la honra de recibir la mano de María, los habia poseedores de grandes riquezas, que hubiesen ofrecido á la bella y pudorosa Virgen los mas opulentos presentes. José no poseia oro ni diamantes, carecia de toda clase de propiedades, pero estaba dotado de un corazón puro é inmaculado en el que se encerraban ricos tesoros de virtudes. Por esto fué el mas digno para el alto ministerio de custodio de la verdadera Arca del Testamento. Las bellas cualidades que adornaban su alma, su modestia, su desapego á todas las cosas de la tierra, su deseo por las del cielo, su humildad profunda, su paciencia á toda prueba, su espíritu siempre elevado á la contemplacion de Dios y de sus atributos, le hicieron á los ojos de la divinidad mas grande y elevado que los monarcas de la tierra.

¿Quereis saber, señores, á dónde llegó la prudencia, la humildad y la discrecion del bendito Patriarca? Contempladle en aquellos dias de prueba, en los que no obstante estar persuadido de la santidad y de la fidelidad de su Esposa, se presenta ante sus ojos una prueba de infidelidad. Ignoraba por completo el gran prodigio de la Encarnacion del Verbo obrado por virtud divina en el seno virginal de María. Era indudable que ella estaba en cinta. José podia mas del derecho que le daba la ley de Moises, poniendo

por justicia á su mujer. Pero ¡cómo acusar como adúltera á la que era un espejo de todas las virtudes! ¡Lucha terrible para el corazón del varón justo! ¿Qué hace? ¿Cuál es su resolución? Despedirla secretamente y poner el asunto en las manos de Dios. ¡Qué discreción tan admirable! No tardó en recibir el premio. Un ángel se le presenta en sueños declarándole el misterio: «José, hijo de David, le dice, no temas de recibir á María tu mujer, porque ha concebido por obra del Espíritu Santo (1).» Fijase San Juan Crisóstomo, en la circunstancia de esta revelación, y se pregunta: ¿por qué el ángel del señor apareció en sueños á José y no de un modo manifiesto, como á los pastores, á Zacarías y á la Virgen? A lo cual responde: porque José tenía una fé muy viva y no necesitaba de una revelación mas clara. En cuanto á la Virgen, como tenía que decirle cosas mas grandes é increíbles que las que dijera á Zacarías, era necesario que se las dijese antes de que se realizaran, y de una manera manifiesta. Los pastores, como mas groseros, tenían necesidad de una visión mas clara. Pero José, habiendo visto ya el embarazo de María, habiendo concebido sospechas muy desagradables y estando próximo á ver cambiado su dolor en gozo, recibió de todo corazón la revelación del ángel... Esta conducta de la Providencia fué infinitamente sabia, por cuanto demostró la excelente virtud de José, é hizo mas creíble la historia evangélica, representándole agitado por los mismos movimientos de que todo hombre es susceptible, en caso semejante (2).

Desde entonces José, mira con la mayor veneración

(1) Math. cap. I, v. 20.

(2) San Juan Crisóstomo, citado por Madrolle, obra citada

á su Esposa, no creyéndose en su humildad digno de ser compañero de una criatura tan santa, y que habia merecido ser escogida para la altísima dignidad de Madre de Dios. Si consideramos al Santo Patriarca en el seno de la sociedad conyugal, encontraremos el tipo mas perfecto de los esposos. Habiendo entre él y su castísima Esposa una asimilación de ideas y de pensamientos, la mas santa paz reinaba en aquella morada, donde no se pensaba en otra cosa que en bendecir á Dios y obedecer con la mayor docilidad sus mandatos.

Considerémosle ahora como Padre representativo de Jesucristo, y descubriremos un ancho y dilatado golfo de virtudes, que nos será imposible vadear. ¿Quién puede compararse ya á José? Su grandeza es superior á toda otra grandeza. Su Esposa ha dado á luz al que es mas antiguo que los días, y los mismos que se postran ante el Divino Niño Jesus, reconociéndole como Mesías verdadero, respetan y veneran al par que á María su Madre, á José, quien reputan su Padre. El que reina en lo mas alto del cielo, se hace hombre y vive en la tierra como subordinado y sumiso á María y José, como nos dice el Evangelio: *Et erat subditus illis* (1). ¿Qué pequeñas me parecen al lado de José todas las grandes figuras del Testamento antiguo! Noé, oyendo la voz de Dios, que le manda formar el arca para que se libre del general naufragio; Abraham á quien en premio de sus virtudes se le ofrece una posteridad numerosa recibiendo al mismo tiempo las bendiciones del cielo; Moisés recibiendo de manos de Jhowah las tablas de la Ley;

(1) Luc. cap. II, v. 51.

Josué haciendo detener el sol en su carrera; David entonando loor á la Divinidad en sus preciosos salmos; Salomon asombrando al mundo con su sabiduría y edificando el magestuoso templo que fuera la admiracion del mundo y el consuelo de los israelitas; todos son menos que aquel varon justo, que fué custodio de la verdadera Arca del Nuevo Testamento, que fué cabeza y jefe de la familia mas santa que podia existir en el mundo, que tuvo en sus brazos veces mil, no las tablas de la Ley, sino al Legislador Eterno; que recibió los resplandores del Sol Divino de Justicia, y que cuidó no del templo material, sino del mismo Dios del Templo. No ha existido, señores, otro justo sobre la tierra que pueda compararse con el Esposo de María. El hizo con Jesucristo las veces de amante Padre, le libertó de los peligros huyendo con El y con María al Egipto, y trabajó con la mayor asiduidad y constancia por proporcionarle el sustento. En una palabra, supo llenar cumplidamente su ministerio, siendo como hemos visto digno Esposo de la mas santa de las mujeres y celoso Padre adoptivo del Salvador de la humanidad; hombre-modelo por sus virtudes privadas; Esposo-modelo por su discrecion y prudencia y Padre-modelo en sus cuidados por el Niño Mesías. José fué el siervo fiel y prudente, constituido por el Señor cabeza y jefe de su familia. *Fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam.* Veamos ahora, como sus relaciones con la Divinidad es un testimonio de lo mucho que puede influir en nuestro favor para que consigamos los frutos de la Redeneion.

SEGUNDA PARTE.

Si atendemos á los grandes merecimientos del glorioso patriarca San José y á su dignidad de padre adoptivo de Jesucristo y esposo de la Santísima Virgen María, no podemos menos de comprender que ocupa en el cielo un lugar mas superior al de los demas bienaventurados, á escepcion de su castísima Esposa, que es la reina del Cielo y de la tierra. ¿Y podremos dudar de su gran valimiento en favor de los mortales? Si el que puede dispensarnos todos los bienes, apartar de nosotros todos los males, concedernos el perdon y enriquecernos con su gracia, reposó en la tierra en los brazos de José, recibió de su mano el alimento y vivió como subordinado y sumiso á él, dándole el título de Padre, ¿cómo podrá negarle ninguna de sus peticiones? ¿Qué consuelo para los que somos devotos del Santo Patriarca! Dios que en su altísima Providencia no deja sin recompensa un vaso de agua dado á un pobre en su nombre, ¿cómo no habia de recompensar con la mayor largueza los servicios que á su Divino Hijo humanado prestára el escelso Patriarca José, libertándole de los peligros, cuidándole en su infancia, y alimentándole por su misma mano? ¿Cómo no habia de premiar aquella fidelidad y virtudes con que supo ser un digno Esposo, compañero y custodio de la bienaventurada Virgen María Madre del Redentor? ¿Y en qué consisten estos premios á que se ha hecho acreedor, y que le han sido otorgados? En el puestto de distincion que ocupa en el Cielo, y en el gran poder de intercesion que á favor de los mortales le ha sido concedido. San Bernardo esclama hablando del

poder del santo Patriarca. *¡Quam potentior est in Caelis, qui tam potens est in terris!* Y en efecto: el que en la tierra fué tan poderoso que tuvo sujeto á su voluntad á aquel que es Omnipotente, y ante cuya presencia se postran millares de espíritus angélicos, ¿qué influencia, qué poder no tendrá hoy en el cielo? Allí, dice el Padre San Agustín, figura entre los bienaventurados como el sol entre los demás astros: su gloria eclipsa la de los demás, y su protección es mucho más eficaz que la de los otros habitantes del cielo, en favor de los mortales. Así como el santo doctor que acabamos de citar, piensan los demás Padres y escritores sagrados acerca del valimiento de San José para con Dios á beneficio de los hombres, y así ha estado siempre en la conciencia de los fieles desde el nacimiento del cristianismo.

En efecto, mis hermanos; la devoción del Santo Patriarca ha sido igual en todos los siglos y en todas las naciones católicas. Luis XIV de Francia espidió el 16 de marzo de 1661 una carta dirigida al Parlamento, sellada de su puño, mandando «que la fiesta del santo Esposo de la Virgen, se solemnizase en todo su reino, no solamente con la celebración de los oficios divinos, propios de una festividad solemne, sino también con la cesación de todo trabajo.»—Y el Parlamento en un decreto del día siguiente ordenó que la fiesta de San José fuese celebrada en todos los pueblos del reino, prohibiendo abrir las tiendas y dedicarse á obras manuales (1).

Este mismo entusiasmo por las glorias del Santo Patriarca, ha sido idéntico en todos tiempos y en todos

(1) Madrolle, obra citada.

los países, y la multitud de templos, de bellísimos altares dedicados á su nombre, pruebas son suficientes del amor que siempre le han profesado los fieles y de la confianza que en su protección han depositado.

Débiles nosotros por naturaleza, si en todo tiempo necesitamos de protección para no naufragar en el golfo de las pasiones mundanales; si nos es necesario el auxilio de los bienaventurados, nunca esta necesidad sube tanto de punto, como en aquella hora terrible en que hemos de salir de esta vida para presentarnos ante el juicio de Dios. ¡Oh, qué momentos tan amargos! Entonces como de tropel se presentarán ante nuestros ojos todas las culpas cometidas, el bien que dejamos de practicar, el tiempo precioso que perdimos y nuestra tibieza para el cumplimiento de nuestros deberes religiosos. Como si esto no fuera bastante para atormentarnos, el enemigo de nuestra salvación hará los mayores esfuerzos por hacernos caer en el máximo entre los pecados, que es la desconfianza de Dios y la desesperación. ¡Cuánta necesidad tendremos entonces de un protector que nos sostenga y nos defienda! Y siendo esto así, ¿qué mejor protector que aquel que murió en brazos de Jesús y de María, y que disfruta de un puesto tan elevado en el cielo y de tanto valimiento á favor de los mortales? ¿Qué mejor protector que el Santo Patriarca José? En verdad que no debemos temer la muerte si nos hacemos dignos de la protección de la Santísima Virgen y de su casto Esposo. Para conseguir tanta felicidad es necesario que la devoción que profesamos al Santo Patriarca, sea una devoción recta que lleve por norma el cumplimiento de la divina ley que profesamos: que seamos fieles á Dios en el desempeño de nuestros deberes religiosos y so-

ciales, así como José llenó cumplidamente los designios de la Providencia sobre la tierra, siendo, como habeis visto demostrado, digno Esposo de la mas santa de las mujeres, y celoso Padre adoptivo del Redentor de la humanidad, siendo el siervo fiel y prudente que mereció ser constituido por el Señor, cabeza y gefe de su familia: *Fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam.*

Glorioso Patriarca: dignaos aceptar la tierna devoción que os profesamos, y en premio de ella concedenos vuestra proteccion, á fin de que permanezcamos firmes en las creencias católicas y no nos dejemos seducir por los enemigos de nuestra salvacion. Que alcancemos vuestro patrocinio en la vida, y principalmente en la hora de la muerte, con lo cual esperamos confiados entrar en la bienaventuranza de la Gloria. Amen.

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN JUAN, EVANGELISTA ⁽¹⁾.

In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis; si dilectionem habueritis ad invicem.

En esto conocerán todos que sois mis discipulos; si tuviereis caridad entre vosotros.

Joan. cap. XIII, v. 33.

Ilustre y venerable Hermandad: La caridad es el distintivo que caracteriza la divina religion que tenemos la dicha de profesar. Ella es el origen fecundo de todas las grandes y heroicas empresas que inspira, y la poderosa palanca que sostiene y da vida al edificio de la verdadera piedad. Los mismos enemigos del catolicismo, que le han combatido sin tregua ni descanso, hánse visto obligados á confesar que á esa caridad, encarnada, digámoslo así, en los corazones de los verdaderos discipulos del Crucificado del Gólgotha,

(1) Pronuncié este discurso en la solemne funcion de instalacion que la nueva Hermandad de socorros de tipógrafos de Madrid, celebró en la iglesia de San Antonio del Prado el día 27 de noviembre de 1859.

ciales, así como José llenó cumplidamente los designios de la Providencia sobre la tierra, siendo, como habeis visto demostrado, digno Esposo de la mas santa de las mujeres, y celoso Padre adoptivo del Redentor de la humanidad, siendo el siervo fiel y prudente que mereció ser constituido por el Señor, cabeza y gefe de su familia: *Fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam.*

Glorioso Patriarca: dignaos aceptar la tierna devoción que os profesamos, y en premio de ella concedednos vuestra proteccion, á fin de que permanezcamos firmes en las creencias católicas y no nos dejemos seducir por los enemigos de nuestra salvacion. Que alcancemos vuestro patrocinio en la vida, y principalmente en la hora de la muerte, con lo cual esperamos confiados entrar en la bienaventuranza de la Gloria. Amen.

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN JUAN, EVANGELISTA ⁽¹⁾.

In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis; si dilectionem habueritis ad invicem.

En esto conocerán todos que sois mis discipulos; si tuviereis caridad entre vosotros.

Joan. cap. XIII, v. 33.

Ilustre y venerable Hermandad: La caridad es el distintivo que caracteriza la divina religion que tenemos la dicha de profesar. Ella es el origen fecundo de todas las grandes y heroicas empresas que inspira, y la poderosa palanca que sostiene y da vida al edificio de la verdadera piedad. Los mismos enemigos del catolicismo, que le han combatido sin tregua ni descanso, hánse visto obligados á confesar que á esa caridad, encarnada, digámoslo así, en los corazones de los verdaderos discipulos del Crucificado del Gólgotha,

(1) Pronuncié este discurso en la solemne funcion de instalacion que la nueva Hermandad de socorros de tipógrafos de Madrid, celebró en la iglesia de San Antonio del Prado el día 27 de noviembre de 1859.

ha sido debido el heroísmo que resplandece en nuestros santos héroes.

El divino Nazareno, que dedicó los últimos años de su vida entre los hombres á combatir los antiguos errores, la soberbia que tan hondas raíces habia echado en los corazones y la ambicion que venia á ser como el alma de la sociedad, fundó toda su doctrina y nueva religion en la sólida base de la caridad. El que lleno de caridad dispensó beneficios sin cuento á las criaturas, y pendiente del árbol de la cruz pidió á su eterno Padre perdon para sus enemigos, y lo otorgó al ladron que arrepentido de sus culpas, y en el acto de expiar sus crímenes, confesó su Divinidad, nos enseñó con su ejemplo y su doctrina á practicar esta virtud hermosa, y dijo terminantemente que queria que sus discípulos fuesen conocidos en el mundo por el amor que mutuamente se profesasen: *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis; si dilectionem habueritis ad invicem.*

Con razon, pues, creo poderos felicitar, individuos que componeis esta nueva congregacion. El pensamiento que habeis concebido y llevado felizmente á cabo, es un pensamiento religioso al par que humanitario: es cristiano y civilizador. Bien pudierais en vuestro deseo de socorreros mutuamente en vuestras aflicciones y enfermedades, haber formado una sociedad puramente civil sin darle carácter religioso: empero vuestra fé, vuestra piedad, los sentimientos cristianos de vuestros corazones, os obligaron á buscar en la religion el protectorado de vuestros santos y humanitarios fines, y no creo os parecerá lisonja si os digo que hasta en la eleccion del santo habeis estado acertadísimos. Una asociacion de cari-

dad, cuyo objeto es socorrerse mutuamente sus individuos, que viven unidos por estos vínculos sublimes, establecida bajo la proteccion del apóstol por excelencia de la caridad, San Juan, el amado entre los discípulos de Jesucristo, el depositario de sus secretos, el mártir del amor, necesariamente prosperará y dará benéficos resultados.

Estoy, pues, en el deber de haceros conocer las grandes virtudes y merecimientos del Apóstol y Evangelista San Juan, á quien el Salvador se dignó enriquecer con abundancia de dones y gracias, y haciéndoos ver cuanto le ama Jesucristo, comprendereis que si os haceis acreedores á sus favores, conseguireis por su mediacion que se arraigue en vuestros pechos la virtud santa de la caridad cristiana, que es ciertamente el principio de nuestra justificacion, y que os hará ser conocidos por verdaderos discípulos del Salvador. *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

Tal es el asunto que me propongo desenvolver en este breve rato, etc. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Son en verdad admirables y dignos de la mayor atención los sucesos que están enlazados con la historia del héroe á quien tributamos estos solemnes cultos. Cuatro mil años habia esperado el mundo el cumplimiento del anuncio de Jehová en el paraíso. Durante ellos multiplicáronse las profecías que anunciaban al mundo la venida del Reparador.

Llegó un dia, dia en verdad feliz para la humanidad, en el cual se cumplieron los vaticinios: evá-

cuanse las figuras del Testamento antiguo: el Cordero dominador viene del desierto, la tierra germina al justo, y el Verbo de Dios desciende de su real trono y hecho hombre habita entre nosotros en calidad de rey manso y pacífico, cumpliéndose en él á la letra los vaticinios de Zacarías y los demas profetas.

¿Y cuál fué, señores, la mision de Jesucristo sobre la tierra? Salvar á la humanidad con el sacrificio de su vida, civilizando al mismo tiempo á las naciones con una doctrina sublime y celestial, pero hasta entonces desconocida.

Cuando llegó el tiempo en que Jesucristo debía empezar la carrera de su predicacion, rodéase de discípulos, y no fué á buscarlos en el Areópago, en el Senado, en el Pórtico ni en el Liceo; toda la sabiduría humana, de nada hubiera servido para llevar á cabo la revolucion moral mas grande y extraordinaria que vieron los siglos. Los discípulos de Cristo, los que habian de ser sus apóstoles, habian de quedar encargados de predicar por todo el mundo y en las sinagogas ante los mismos que condenaran al Divino Maestro. Por sus lábios, todas las provincias, mejor diré, el mundo todo habia de oír una doctrina opuesta á sus inclinaciones, á los sentimientos de sus corazones y á las creencias de su educacion. A estos hombres que habian de admirar á las naciones, los busca Jesucristo á las orillas del mar. Eran pobres pescadores, sin reputacion entre las gentes, ni ilustracion, ni mas bienes que sus miserables barquillas y sus redes. Era obra de Dios y Dios se encargó de dotarlos oportunamente de valor y de sabiduría.

Entre aquellos felices varones que tuvieron la glo-

ria de ser llamados al Apostolado, resplandece cual brillante lucero entre las estrellas, Juan, el discípulo á quien amaba Jesus, título harto honorífico y glorioso que el mismo se dá en el Evangelio. No permita Dios que por enaltecer la gloria y los privilegios de nuestro santo Apóstol, rebaje en lo mas mínimo el mérito de sus compañeros en el ministerio santo del Apostolado: y si he dicho que Juan resplandeció entre los demas, es por que el mismo colegio sagrado donde se halla consignada la historia de la predicacion y muerte de Jesucristo, así nos lo hace conocer, presentándole como depositario de los secretos de su Maestro, y al que mayor amor profesaba entre todos, y esto en términos que cuando los apóstoles deseaban saber alguna cosa del Señor, lo decian á Juan para que este, que gozaba de todo su favor, se lo preguntase.

No es de estrañar: Jesucristo, que era la santidad por esencia y la pureza misma, preferia á Juan y le distinguia entre los demas apóstoles, segun la opinion de San Gerónimo, por su inocencia y virginidad; y la fidelidad con que le seguia á todas partes, da á conocer suficientemente que el amor era reciproco, y que si el maestro le dispensaba tantas distinciones, él sabia corresponder amándole con todo el afecto con que es capaz de amar una criatura.

Dichoso Apóstol que así consiguió por la pureza de sus costumbres, por su inocencia y bellas cualidades ganar de un modo tan extraordinario el corazón del Salvador. Solo un hombre, vírgen en el cuerpo, vírgen en el alma, vírgen desde su niñez, pudo tener, dice un sábio contemporáneo, la honra de posar su cabeza sobre el pecho del Divino Salva-

dor y beber allí los puros raudales de una ciencia infinita.

Jesucristo que durante los años de su predicacion se ejercitó en dispensar beneficios sin número á las criaturas, que lleno de caridad efectuaba á cada paso prodigios admirables, dando vista á los ciegos, habla á los mudos, agilidad en sus miembros á los parálíticos y tullidos, y vida á los muertos, quiso que San Juan fuese testigo de todas estas obras. Si cura á la suegra de San Pedro, si resucita á la hija de Jairo, Juan está en su compañía; ¿cuándo, en qué ocasion no le dió la preferencia? Trasladémonos con nuestra consideracion al Tabor en aquellos solemnes momentos en que Jesucristo se transfiguró, y veremos que Juan es uno de los tres privilegiados discípulos que dice, para que sean testigos de esta prueba nada equívoca de su divinidad, y de los celestiales resplandores que rodeaban su santísimo rostro. El fué el enviado en compañía de Pedro á Jerusalem la víspera de la pasion, para preparar todo lo necesario para la celebracion de la última cena.

Fijemos nuestra imaginacion en el Golgotha á la muerte del Redentor de la humanidad: ¡momentos terribles sobre toda ponderacion! El inocente Isaac habia llegado al monte del sacrificio cargado con el pesado leño. La turba judáica que estaba sedienta de sangre, habíase apoderado del mansísimo Cordero y cual lobos hambrientos se arrojan sobre la divina víctima: en vez de las melodías de soberanos espíritus, oye tan solo blasfemias de manchados lábios: resueñan por los aires los golpes del fatal martillo, y crucificado el Salvador es levantado en la cruz y esta arro-

jada en el agujero de la peña á presencia de la multitud. ¿Donde están en estos momentos los discípulos del Salvador? ¿Dónde aquellos que antes con tanta caridad habia socorrido? Pero, ay, que ya antes lo habia dicho, que al ser herido el Pastor se dispersarian las ovejas. ¿Y no habrá quien sin temor de ser conocido por discípulo del que cual criminal pende de la Cruz, le acompañe en sus terribles padecimientos? Sí, mis hermanos, allí está nuestro apóstol: allí está Juan, ese discípulo fiel que llora amargamente por la muerte de su maestro y que no se separa un momento de la afligida Madre, que mas afligida y llena de desconsuelo que la Madre de los Macabeos, permanece inmóvil cabe el leño de la Redencion.

Recordemos para gloria de nuestro santo Apóstol y para nuestro consuelo aquellas palabras de Jesus agonizante: aquella cláusula de su último Testamento: *Ecce filius tuus.... Ecce Mater tua*. Juan debe hacer en adelante con María los oficios de Jesus: reemplaza al divino Hijo de Maria, y esta queda en el mundo confiada á sus cuidados. ¡Oh qué destino tan noble! El habla en favor de nuestro Santo Apóstol mas alto que cuanto pudiera explicar toda la ciencia, toda la sabiduría de los mas elocuentes oradores.

Grande fué en verdad el destino de mi amado Padre el príncipe de los Apóstoles: fué constituido cabeza visible de la Iglesia, y legislador supremo de ella con todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores: Pablo fué elegido vaso de eleccion, y tuvo la gloria de trabajar mas abundantemente que sus compañeros en la predicacion del Evangelio: empero cuando considero á Juan elegido entre todos para custodio y compañero

de la Virgen de las vírgenes, de aquella Israelita afortunada que tuvo la gloria de reunir con el candor de la virginidad los gozos de la maternidad, no encuentro con quien compararla mas que con aquel varon Santo que adornado con las luces de los profetas, con la castidad de las vírgenes, con la fortaleza de los mártires, fué hallado digno de ser esposo de María y de consiguiente guardian y custodio de su virginidad. Sí, Juan fué encontrado digno de suceder á José en cuidar, acompañar y asistir á la Madre de Jesus.

Empero es necesario, mis señores, para encontrar pruebas innegables que nos demuestren que fué el Apóstol de la caridad por escelencia, que le observemos y sigamos sus pasos cuando lleno de celo por la estension del imperio de Jesucristo predica infatigable para destruir el paganismo é instruir á todas las gentes en la doctrina salvadora del Crucificado.

Moisés recibió del Señor las tablas de la ley donde estaban escritos los preceptos que debian practicar los hombres: Juan es otro Moisés que celoso por la gloria de Dios, y divinamente ilustrado, escribe el Evangelio que habia de iluminar al mundo.

Leed, mis señores, esos libros sagrados que vienen respetando los siglos y las generaciones, y que forman la guia del cristiano sobre la tierra, y el mas nutritivo alimento de las almas: los tres otros evangelistas empiezan la narracion divina, hablándonos de Jesucristo hecho hombre. Juan, comparado con razon á un aguilá que eleva su vuelo con majestad, no se contenta con eso: se remonta al cielo, penetra con su imaginacion hasta lo mas alto del Empíreo,

y va á buscar á Jesucristo en el seno de su Eterno Padre. «*En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.*» ¡Oh qué lenguaje tan admirable! ¡Produccion sublime! palabras que encierran una sabiduría celestial y que la Iglesia hace repetir á sus ministros casi diariamente en el santo sacrificio de nuestros altares!

¡El evangelio de San Juan! Arma fuerte y poderosa manejada en todos tiempos por los Padres de la Iglesia para dar muerte á las herejías que se han suscitado contra la Esposa inmaculada del Cordero. Pero qué mucho si segun San Epifanio, el motivo que le impulsó á escribir su evangelio, fué el combatir con él los errores de Cerinto Ebion, y los Nicolaitas, enemigos declarados de la divinidad de Jesucristo. Cuando aquellos herejes tuvieron la alevosía de poner sus lenguas sacrílegas en aquel dogma, San Juan era el único de los apóstoles que quedaba con vida; á él recurrieron de Oriente y de Occidente pidiéndole armas con que poder combatir á aquellos enemigos del Salvador, y Juan dióse prisa á formar esa divina narracion, diciéndonos el mismo San Epifanio que los judíos conservaban con veneracion este evangelio en el gazofilacio del templo.

Dios, que por medio de Isaías, Jeremías, Zacarías y los demás profetas del Testamento antiguo quiso hacer saber al mundo los grandes misterios de la venida, pasion y muerte del Redentor, quiso constituir tambien á nuestro Santo profeta, que anunciase al mundo los grandes sucesos que habian de tener lugar desde el establecimiento de la Iglesia hasta el último dia del postrero siglo. ¡El Apocalipsis! ¡La vision maravillosa de la isla de Pathmos! Yo renuncio, mis señores, á ha-

blaros de este libro, el único profético del Nuevo Testamento, porque no podría hablaros con acierto. Los Padres de la Iglesia: las inteligencias mas agigantadas le han abierto siempre con el mayor respeto y la mas profunda veneracion: en él se pintan las grandes persecuciones sufridas por la Iglesia: las victorias de esta: la caída del gentilismo, todos los grandes sucesos que se han venido y se vienen sucediendo á través de los siglos, y el juicio á que precisamente han de comparecer todos los pueblos de la tierra. Renuncio, repito, á describir las bellezas del Apocalipsis de San Juan, porque mis palabras no serian para él otra cosa que lo que una pincelada de mano profana en una concepcion de Murillo ó en la Perla de Rafael.

Nuestro apóstol no concluyó su vida como sus compañeros á manos de los verdugos; ¿pero qué dificultad habrá en darle el título de mártir toda vez que padeció en su alma de un modo extraordinario, y aceptó el martirio de su cuerpo, del cual quiso el Señor sacarle ileso? La Iglesia le reconoce como mártir, y recuerda la memoria de su pasion en la fiesta particular que dedica al santo, y que denomina con el nombre de San Juan Ante Portam Latinam, por haber sido ante la puerta llamada así, porque se subia por ella á los pueblos de Lacio ó pais latino, donde fué constituido el teatro de sus tormentos.

Como hemos insinuado, San Juan habia padecido un cruel martirio en su corazon, asistiendo y siendo testigo de los tormentos y de la afrentosa muerte de su celestial maestro. En la primera persecucion que los judíos levantaron contra los apóstoles, padeció San Juan en compañía de San Pedro, cárceles, azotes y oprobios que sufrió gustosísimo por

la gloria de su maestro. Empero esto es nada en comparacion de lo que habia de padecer mas tarde bajo la tiranía de los príncipes gentiles. Domiciano, enemigo declarado de los cristianos, que subió al trono imperial el año 81 del nacimiento de Cristo, y que en la crueldad no cedia al mismo Nerón, quiso le presentaran el venerable anciano, y de cuyo valor, intrepidez y circunstancias se hallaba bien informado. Juan, que habia sido desterrado de Efeso á Roma y que habia sufrido muchas persecuciones por parte de los gentiles, llenóse de gozo extraordinario al recibir la orden de presentarse ante el emperador, pues no ansiaba otra gloria que la de beber el amargo cáliz que un dia dijera al Salvador que podia beber. El martirio: tal era el único deseo de su corazon.

Al verle en su presencia, Domiciano quedó como sorprendido, porque su ancianidad, su dulzura, imponian reverencia y respeto. Preguntóle acerca de su religion, y concluyó por decirle que era necesario abrazase la del imperio, renunciando á la de Jesucristo, cuya doctrina se oponia á los placeres de los sentidos y cuyos dogmas eran incomprensibles. Horrorizado el santo anciano al escuchar tal proposicion, hizo una enérgica defensa de la religion divina de Jesucristo, concluyendo por protestar solemnemente que estaba pronto á dar su vida en defensa de su ley. Hé aquí el motivo de mandar el emperador fuese arrojado en una tinaja de aceite hirviendo, preparándose el tormento como antes dijimos ante la puerta latina. Segun la legislación romana lo disponia, fué azotado cruelmente antes de arrojarle al último suplicio y cuando su

cuerpo estuvo hecho una viva llaga, á presencia del senado y de la multitud que habia acudido, fué arrojado al lugar del tormento, y Dios que solo queria darle la gloria del tormento como se lo habia prevenido, pero no queria permitir que los hombres cortasen una vida tan preciosa, renovó el milagro de los tres niños del horno de Babilonia. El aceite hirviendo fué para Juan un baño dulce y agradable que curó sus llagas y heridas, volviéndose las llamas contra los ministros ejecutores de la sentencia. Prodigio admirable que dejó atónitos á todos los circunstantes, y el mismo emperador al recibir la noticia del suceso, no atreviéndose á decretar nuevo martirio, mandó que fuese desterrado á la isla de Pathmos, donde estuvo hasta la muerte del emperador.

En aquella isla fué donde Dios le reveló los grandes misterios de que nos habla en el citado Apocalipsis. Además de este libro bello y del Evangelio con que enriqueció á la Iglesia, dejó escritas tres cartas que forman parte del Nuevo Testamento, todas tres llenas de sublime doctrina, siendo el asunto de la primera, la caridad, que fué dirigida segun la opinion de San Agustin á los Partos. Leedla, cristianos, leedla con atencion y no podreis menos de aborrecer la soberbia, de desnudaros del amor propio, y de mirar en cada uno de los semejantes un hermano con indisputable derecho á vuestro amor y caridad. Oid algunas de sus palabras: «Carísimos, amémonos los unos á los otros: porque la caridad procede de Dios: y todo aquel que ama, de Dios es nacido, y conoce á Dios: el que no ama no conoce á Dios, porque Dios es caridad. En esto se demostró la caridad de Dios hácia nosotros, en que envió al mundo á su Hi-

jo unigenito para que vivamos por él... Si Dios nos amó de esta manera, tambien debemos amarnos los unos á los otros... Si alguno dijere, yo amo á Dios y aborreciere á su hermano, mentiroso es. Porque quien no ama á su hermano que vé ¿cómo puede amar á Dios á quien no vé?»

Reunid, pues, ahora, mis señores, cuanto llevamos dicho, su fidelidad en seguir á Jesucristo á quien amó con un amor extraordinario desde el momento en que se unió á él inseparablemente. Contemplad los grandes privilegios, los favores extraordinarios que Jesucristo le dispensara, su constancia y sus lágrimas viendo padecer al amado de su corazon: la elevacion que el Señor hizo de él para que fuese en la tierra el compañero y custodio de la Santísima Virgen: su celo en la propagacion de la santa doctrina per aumentar el número de los seguidores de Jesus: su deseo por la instruccion y salvacion de las criaturas todas, por lo que escribió su Evangelio: contempladle cuando lleno del mayor gozo, se presenta al martirio deseando verter su sangre en defensa de su maestro: leed de nuevo sus admirables epístolas, y al verle predicador celoso y elocuente que se empeña en arraigar en todos los corazones los principios de la caridad, conoceréis con cuanta razon le hemos denominado en este día el Apóstol de esta virtud santa. Por esto no predicaba en los últimos años de su vida otro sermón que el compendioso y elocuente de «Hijos míos, amaos los unos á los otros.» Por esto fué tan fiel discípulo de Jesucristo, que por lábios de este mismo Apóstol ha manifestado su voluntad de que sus discípulos sean conocidos en el mundo por el amor que mutuamente se

profesen. *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

He concluido, nueva y religiosa hermandad: réstame tan solo exhortaros en nombre de la religion, á que procureis conservar en vuestros corazones el fervor de que os hallais animados en este dia de vuestra instalacion. Vuestro objeto es santo, y aceptable por lo tanto á Dios y al evangelista Juan vuestro protector y custodio. Vuestros estatutos están formados por el espíritu de la caridad evangélica: procurad observarlos exactamente, y no encontrareis un gozo mas verdadero, ni que mas expansion dé á vuestros corazones. Jesucristo compendió todas sus lecciones en la necesidad de ser caritativos, y en esta santa enseñanza pasó como hemos visto los últimos años de su vida vuestro santo protector. Amaos, pues, y ejerced esta hermosa virtud, pedestal sublime donde se sostiene el edificio de la piedad cristiana. Sin caridad no hay religion. Con tan santos propósitos, postraos ahora ante el trono de Dios Sacramentado que preside estos cultos, suplicándole bendiga vuestra obra y dé estabilidad á la nueva hermandad que formais, y de la que habeis tenido la dicha de ser fundadores y primeros hermanos.

A vos, ¡oh Dios de las Misericordias! que os dignásteis ensalzar á vuestro siervo Juan, á quien tan extraordinarios favores os dignásteis conceder, os suplicamos por la intercesion de vuestro siervo, que su espíritu de caridad se arraigue y perpetúe en esta nueva congregacion; que cada uno de sus individuos sea un nuevo Benjamin de vuestro amor, que cumpliendo exactamente con vuestra divina ley, formen un cuerpo de fieles que os adoren en espíritu y verdad.

Y tú, Evangelista Santo, celoso Apóstol, campeón

denodado del cristianismo, cultiva desde el cielo esta nueva viña plantada en tu nombre: si estos piadosos artistas al elegirte por patrono y protector han contraido obligacion de invocarte y tributarte además de continuos obsequios estos anuales cultos, tú tambien quedas en la obligacion de ampararlos y socorrerlos en sus necesidades espirituales y temporales. Mira, pues, por ellos como un padre por sus hijos: auxílialos en sus aflicciones: aleja de sus casas las enfermedades contagiosas y todas las desgracias, y alcánzales la gracia del Señor, á fin de que viviendo santamente, en tu compañía disfruten un dia la felicidad eterna que consiste en alabar y bendecir á Dios por toda la eternidad en el templo de la verdadera inmortalidad que es la Gloria. Amen.

SERMON PANEGIRICO
DE
SANTA TERESA DE JESUS⁽¹⁾.

Et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.

Y las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir las fuertes.

I. ad Cor. c. 1, v. 27.

Señores: Si no es esta la vez primera que he tenido la honra de ocupar la cátedra de la religion, puedo asegurar con toda verdad, que jamás he experimentado la timidez y la desconfianza que en la presente mañana. A las dificultades que son como accesorias á la formacion de una oracion que tiene por objeto el panegirizar las grandes acciones y hechos admirables de una santa como Teresa de Jesus, que tanto resplandeció por su sabiduría como por sus virtudes, se agrega el tener que pronunciar este elogio ante una corporacion de teólogos, de cada uno de los cuales tengo mucho que aprender, y no poco que imitar. Porque, ¿qué podré yo decir que sea digno de tan sábios oyen-

(1) Pronuncié este discurso en la solemne fiesta que los señores teólogos de la Universidad Central consagraron á la Santa, en la Iglesia del Carmen Calzado de Madrid el 20 de octubre de 1861.

tes? ¿Cómo podré satisfacer la justa espectacion de los que se han dignado honrar mi insuficiencia? Anímame, sin embargo, señores, la idea de que la amistad y el compañerismo, formarán un velo que cubra mis defectos y serán prendas que me harán ser escuchado con benevolencia.

Quando en el siglo XVI nació en Alemania un cisma espantoso que tan tristes consecuencias ha producido en los siguientes siglos, Dios que velaba por la nacion española, modelo en todo tiempo de catolicismo, suscitó en nuestra patria, no un varon intrépido que lleno de ciencia y de virtud, se asocia á los buenos para defender la Iglesia, sino una mujer al parecer flaca é inútil para todo, escogiéndola para avivar la fé de los pueblos cristianos, para alentar á los tímidos, fortalecer mas á los fuertes, oponerse á las heregias, y llevar á cabo la reforma del Carmelo, no obstante las miles contradicciones que se le habrian de presentar por todas partes, y las burlas y los desprecios de que habia de ser objeto. ¿Y qué, no pudo haber escogido para tamañas empresas, á uno de aquellos varones eminentes, llenos de virtudes, de ciencia y de erudicion, que defendian continuamente de palabra y por escrito los principios consignados en el código fundamental del cristianismo, para llevar á cabo sus desig-nios? Sí pudo en verdad, señores, pero el Omnipotente quiso valerse de Teresa de Jesus, para hacer conocer al mundo, que cuando es su voluntad soberana, sabe escoger las cosas flacas del mundo, para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.*

La prudencia humana, que pocas veces acierta en sus cálculos, nunca hubiera creído que una monja, delicada por sus continuas enfermedades, habia de ser

destinada por la Providencia para llevar á cabo una obra tan grande, cual era la reforma del Carmelo, y mucho mas en época en que abundaban en nuestra España varones eminentes en virtud y letras. Sin embargo, fué así, y sus imperecederos escritos son una demostracion de que Dios quiso concederle para que llevára á término feliz sus proyectos, los dones de la virtud con el de la sabiduría.

Tales son las escelencias de nuestra gloriosa compatriota, objeto de los presentes cultos. Si registramos con atencion y detenimiento la historia de la pasmosa vida de Teresa de Jesus: si nos hacemos cargo del modo heróico con que practicó todas las virtudes, de los éxtasis, arrobamientos, y demas celestiales favores que del cielo recibiera; si contemplamos la grandeza de alma con que á través de las mayores persecuciones y contradicciones llevó á cabo la grande obra de la reforma del Carmelo, edificando con ella lo que por otra parte destruía el naciente protestantismo; y en suma, si registramos y leemos con detencion las obras que produjera su fecunda pluma, llenas de celestial sabiduría, segun calificacion de la Iglesia, no podremos menos de llenarnos de admiracion y conocer que fué un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Siendo una verdad, que no puede mirarse con atencion el sol, sin que la vista se ofusque con el resplandor de sus rayos, ¿cómo podré yo, señores, penetrar en el campo de la sabiduría de Teresa, sin quedar ofuscado bajo el peso de mi propia ignorancia? Empero me veo obligado á hablar, y dichoso yo, si siendo el intérprete de los sentimientos de los señores teólogos que me han honrado con su eleccion, lograrse sa-

tisfacer sus justos deseos en esta mañana. Teresa es una gloria de la religion y una joya en nuestra España. Ofrezcámosle, pues, el justo homenaje de públicas alabanzas. Las circunstancias por que está pasando nuestro siglo, exigen que se ologie á aquellas criaturas que supieron emplear su sabiduría para gloria de la religion y utilidad de sus semejantes. Así lo hizo la vírgen Teresa, á la que los españoles han aclamado con justicia, doctora mística, y que fué astro brillante y refulgente de la militante Jerusalem.

Manifestemos ya el giro que vamos á dar al presente discurso. Teresa de Jesus llevando á cabo la reforma del Carmelo, y escribiendo obras llenas de celestial doctrina, fué en el siglo XVI la contraposicion del apóstata *Lutero*, que por el mismo tiempo con su llamada reforma protestante y sus impíos escritos, hacia verter lágrimas de dolor á la inmaculada esposa del Cordero. Por cuanto digamos llegareis ciertamente á penetraros, que Dios se sirve cuando es su voluntad de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia. Ave Maria.*

PARTE UNICA.

Una revolucion espantosa, madre de las que despues han venido agitando á la humanidad, y de marcado carácter demagógico, se levantó en el siglo XVI y en el centro de la Alemania. Esta revolucion, bautizada con el nombre de *reforma*, no fué otra cosa que el abatimiento del espíritu humano: deslumbrando al mundo con el anuncio de una era de felicidad y de paz, se proponia erigir tronos á la confusion y

á la anarquía. Un escritor funestamente célebre, á la vez, monacal, sacerdote y jurista, si no fué el iniciador de la reforma, pues que es indudable que ya existía el gérmen del protestantismo, fué el que se puso á su cabeza, y tomando en sus manos el estandarte de la rebelion para convertirle en lábaro de satánicas conquistas, se propuso pervertir á todo trance el cristianismo, introduciendo en el mundo un verbo nuevo: la autoridad inmediata de la Biblia como único criterio de verdad. Ya comprendéis, mis señores, que hablo del atrevido doctor de Wittenberg, del pérfido apóstata Lutero, que arrastrándose por el cieno asqueroso de su inmoralidad y osadía inconsecuente en sus doctrinas y olvidado de todos sus deberes, y aun de los repetidos avisos de su propia conciencia, cuyos gritos eran sofocados por las robustas olas de su soberbia y altanería, se propuso dar una decisiva batalla á la inmaculada Esposa del Cordero. El principal objeto de la reforma era llevar á cabo una brutal ruptura de los miembros de la Iglesia con su cabeza visible, que era lo mismo que darles en cambio de la concordia y del amor cristiano, decisiones, resentimientos y funestas discordias. Un nuevo símbolo venia á destruir los vínculos de la verdadera fé y la caridad cristiana; y arrojados los sacerdotes de sus presbiterios, como los monjes de sus santas moradas; entregados los libros santos á la discusion del libre exámen; contradecidos ó negados los dogmas capitales de las creencias católicas, con fascinadoras predicaciones, el protestantismo robustecido con los bienes que robó á la Iglesia y con la sangre de millares de víctimas, osténtase como un verdadero gigante, pretendiendo encadenar á sus

inmundas plantas cual míseros pigmeos á los que fuertes en la fé, volvian llenos de terror las espaldas á tanta multitud de errores. La reforma, mis señores, apareció desenmascarada, y no faltaron admiradores de Lutero, que miraron en el apóstata un San Pablo. ¡Miserable comparacion! Si hubiesen examinado su doctrina á la clara luz de la razon, ó mejor, si hubiesen acudido á las cristalinas aguas, donde pudieran haber apagado su sed de verdades, su admiracion se hubiese convertido con la velocidad eléctrica en horror y espanto.

La orgullosa filosofía de nuestro siglo, que engalanada con pomposos títulos, quiere sustituir los dogmas consoladores del cristianismo y la pureza de su moral con síntomas de libertinaje y de pasiones fugaces como los sueños de la noche; los que en los vértigos de una imaginacion exaltada por el ardor de la juventud, por el empuje de las pasiones, ó por el deseo de una gloria que necesariamente se convertirá en confusion, se proponen en la sinceridad de su decantado catolicismo destruir la suprema autoridad del gran Gerarca de la Iglesia, estudiar pueden la historia del siglo XVI, y verán que nada pueden los tiros que se dirigen á la Iglesia, porque la Iglesia es un edificio fundado y sostenido por el dedo de Dios, y el dedo de Dios no puede doblarse como la caña agitada por el viento. Es consolador, mis señores, y devuelve con la alegría, la calma á nuestro espíritu, el oráculo divino. «Las puertas del infierno,» es decir, los cismas, las herejías, las mayores persecuciones, «no prevalecerá contra la Iglesia.»

Si no me viese en la necesidad de contraerme ya al asunto principal que en esta mañana es objeto de

nuestra reunion en este sagrado lugar, yo me detendria gustoso en echar siquiera fuese una rápida escursion al campo de la historia eclesiástica, y desentrañando los grandes sucesos en ella consignados, veríamos los medios maravillosos de que se valió el Señor en todos tiempos para que la Cruz y el Evangelio triunfasen de los absurdos del paganismo y los sofismas de la filosofía, sostenidos por la ciencia y los vicios, como asimismo de la alevosía de los hereges. Empero fijándonos tan solo en los errores de la reforma, y viniendo como de la mano á nuestro asunto, diremos que el protestantismo, semejante á la torre de Babel, se levantó para insultar al cielo, en un momento de vanidad y locura, y las mil y mil sectas disidentes que de él han surgido, sus continuas variaciones, han servido para sembrar la confusion y el desórden, como los diversos idiomas confundieron y aterraron á los atrevidos Babilonios.

Al verificarse la revolucion luterana, ya no existian en el mundo, ni un San Justino, centinela avanzado de la verdad católica, ni un Agustino, magnífico defensor de la gracia, ni un Crisóstomo, de cuya pluma salieron tan brillantes escritos, ni podia escucharse la inspirada voz de un Tomás de Aquino que con su predicacion aterraba á los enemigos de la Iglesia y que fué en sus dias el oráculo de los reyes, el exterminador de la heregía, el doctor de la fé, y que fué y será siempre el sol de la Teología.

Empero el Omnipotente, que hizo aparecer en el mundo cuando convino á sus altos designios tan esforzados campeones de la verdad católica, no abandona tampoco á su Iglesia cuando en el siglo XVI es tan terriblemente combatida, y España, nuestra ama-

da pátria, España, que fué siempre modelo de piedad y de catolicismo, fué el arsenal, digámoslo así, do brotaron en aquella época los mas valerosos capitanes de la milicia cristiana, que denodados y llenos de valor contuvieron los rápidos torrentes de la iniquidad, edificando lo que el protestantismo destruía, levantando son sus virtudes y sabiduría una muralla de bronce para que la heregía no penetrara en nuestro reino, y trabajando con celo infatigable en favor de la unidad católica: y al tiempo que el doctor de Wittemberg rompe los lazos que le unen con la cabeza de la Iglesia, Ignacio de Loyola funda la tan célebre quanto calumniada Compañía de Jesus é impone á sus individuos un nuevo voto de obediencia al romano Pontífice: si en Alemania se enseña á la juventud en el error, dándole á beber las mas pestíferas aguas, José de Calasanz instituye en nuestra España las Escuelas Pías, con el santo objeto de dirigir al bien los tiernos corazones de la infancia, haciéndoles conocer que no hay verdadera ciencia sin temor de Dios, y Francisco de Borja y Pedro de Alcántara y otros semejantes varones que por el mismo tiempo vieron la luz en nuestra pátria, para gloria de la religion, forman una prueba entre las muchas que tenemos para poder afirmar que España es el pueblo querido y favorecido de Dios por escelencia.

Este fué tambien el siglo de Teresa de Jesus, de esa española ilustre en la que resplandecieron admirablemente con los dones de la naturaleza los de la gracia. Dios la suscitó para hacerse en ella admirable, y que por sus grandes virtudes, por la austeridad de su pasmosa vida, por la grande obra de la reforma del Carmelo que llevó á cabo, y por la

sabiduría de sus escritos, fuese entonces y en los futuros tiempos un espectáculo digno de atención al mundo, á los ángeles y á los hombres, demostrando el Señor al mundo en el ejemplo de Teresa, que sabe cuando es su voluntad elegir las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.*

¿Y cómo es, mis señores, que existiendo entonces varones llenos de sabiduría, el Señor elige á Teresa y no alguno de aquellos, para contrarrestar la inícuca reforma de Lutero con la santa reforma del Carmelo? Acabais de oír la razón. Pero me direis: ¿cómo una pobre monja, flaca, enferma, que no podía por su sexo haber asistido á las escuelas teológicas, ni á las disputas de academias, pudo derramar en sus obras un torrente de sabiduría y llegar á merecer el título de doctora mística? Tanto puede la inspiración divina. ¿Necesitó por ventura San Pedro, escuchar las lecciones del Areópago ó se le vió jamás en el Pórtico ó en el Liceo? Sin frecuentar más que las orillas del mar de Tiberiades, sin otra literatura que la que aprender pudiera entre los compañeros de su humilde oficio; sin reputación alguna entre las gentes, bastó la divina elección para que sus labios destilaran la sabiduría, y que ocho mil personas convertidas á la verdad evangélica, fuese el fruto de sus dos primeros sermones.

No vamos á fijarnos en la juventud de Teresa de Jesús, pudiendo tan solo decir, como del Bautista afirma San Ambrosio, que no conoció las pausas de la primera edad. Nació para amar, y siendo Dios el objeto que escogiera, le amó siempre con toda la vehemencia con que es capaz de amar el corazón hu-

mano. Si su sabiduría fué útil á la Iglesia, es porque la fundó en el sólido cimiento de las virtudes, en el temor santo de Dios.

Sabe Teresa los males que en otros reinos causaba la naciente reforma protestante, y lo llora y lo deplora. Teme que las chispas del volcan lleguen hasta España, é inspirada por Dios, dáse prisa á emprender una obra que hubiese seguramente asustado á los mas agigantados génios. ¡La reforma de su orden carmelita! Emprenderla y levantarse contra ella una desecha borrasca de persecuciones, fué una misma cosa. Sin embargo, á través de ellas, luchando con mil inconvenientes, sin parar mientes en las murmuraciones y diatribas de seglares y eclesiásticos, logró ver levantado su primer monasterio de San José y colocado en su altar al santo de los santos en el augusto Sacramento de la Eucaristía: emperados ó tres días despues tuvo que experimentar nuevos disgustos que la santa refiere de este modo en la historia de su vida. «Juntaronse algunos de los »regidores y corregidor, y de el cabildo, y todos »juntos dijeron que en ninguna manera se habia de »consentir; que venia conocido daño á la república, »y que habian de quitar al Santísimo Sacramento, »y que en ninguna manera sufririan pasase adelante. »Hicieron juntar todas las órdenes, para que digan »su parecer, de cada uno dos letrados. Unos callaban, »otros condenaban, en fin, concluyeron que luego se »deshiciese.» Sin embargo, señores, el convento no se deshizo, y la Santa Madre emprendió la fundación de otros muchos que se llevaron á cabo, para gloria de Dios y utilidad de la Iglesia.

Como quiera, mis señores, que todo es curioso en

la vida de nuestra santa, no quiero dejar pasar desapercibido un hecho notable que dió por resultado el que San Juan de la Cruz conociese su espíritu y le prestase su apoyo para la continuacion de la reforma. Ocupábase Santa Teresa en la edificación del convento de Medina del Campo, y al tiempo que daba instrucciones á los operarios, San Juan de la Cruz que la observaba, lejos de admirar la grandeza de alma y el atrevimiento de aquella santa monja, que no solo sin recursos y sin protectores, sino en medio de las mas terribles contrariedades, se habia empeñado en reformar la orden á que ambos pertenecian, decia para sí: «¿cuánto mejor le estaria á esta religiosa santificarse en el retiro de su celda que andar sufriendo tanto y luchar por las provincias para establecer nuevos conventos?» Penetró su espíritu la santa y dirigiéndose á él, le dice: «¿Qué os parece de mis ocupaciones? Podia haber pensadado en mí sola, guardando clausura y huyendo del trato de los seglares: mas cuando en otros reinos se levantan reformadores como el fraile agustino que tanto dá que hacer á nuestra santa Madre la Iglesia, ¿hemos de dejar que en este nuestro se nos anticipe con alguna reforma el enemigo de Dios?» Y concluyó á exhortarle que le ayudase á llevar á cabo sus proyectos, como lo consiguió, pues que penetrado Juan de la Cruz de su virtud y superior espíritu, se puso desde entonces en manos de la santa reformadora, trabajando con ella para conseguir el fin apetecido.

Empero si los monasterios edificados por Teresa, si la reforma del orden carmelitano á su primitivo fervor son monumentos imperecederos de sus grandes virtudes, su pluma de la que brotan obras llenas de sabiduría, y que son sublimes tratados de la mas pura

Teología mística, nos hacen comprender que es una escritura incomparable y de grande utilidad para la Iglesia.

Hemos tocado, mis señores, un asunto el mas difícil para mí al formar el elogio de Teresa de Jesus; porque como comprendéis, se hace imposible pintar el océano sin la inmensidad de su olas, y para formar un juicio exacto de las obras de nuestra santa, era necesario estar adornado de su misma sabiduría. Sin embargo, y ya que no nos sea dado pintar un cuadro bien acabado, presentemos siquiera sea un imperfecto boceto.

Apenas empezaron á ser conocidos los primeros escritos de la santa reformadora, fueron objeto de insensatas diatribas, por parte de sus enemigos, los que se atrevieron á presentar á la inquisicion alguno de ellos: ¿Quién ha dado facultad á una mujer, decia la crítica mordaz, para escribir sobre puntos tan árdulos, como son los de Teología mística, faltando á lo que dice San Pablo: *que las mugeres en la Iglesia deben callar?* Un sábio de nuestros dias, profundo en las ciencias eclesiásticas, mi digno maestro que ha sido, y que con tino admirable ha llevado á cabo la grande obra de anotar é ilustrar los escritos de la santa con aplauso de todos los amantes de nuestra historia religiosa y literaria, responde de este modo á la anterior acusacion. «La Iglesia no confunde ni puede confundir su enseñanza propia y pastoral, con la enseñanza externa é impropia que ni se hace desde la cátedra del Espíritu Santo, ni por la Iglesia docente, ni con carácter ninguno dogmático ni obligatorio, sino de mera erudicion (1);» y continúa haciendo notar «que ni aun debe confundirse la enseñanza que dá un prelado

(1) Dr. D. Vicente Lafuente, catedrático de Disciplina Eclesiástica en la Universidad central.

»desde su cátedra episcopal, cualquiera que sea su gerarquía, con la que dá un profesor desde su cátedra, aun cuando diga lo mismo. El P. Gracian, concluye el mismo autor, se vió obligado á defender este derecho de escribir, en el prólogo de los *Conceptos del Amor Divino*, sobre los *Cantares*, aduciendo los ejemplos de Santa Hildegarde, Santa Brígida y Santa Matilde, que escribieron libros de revelaciones, aprobados por la Iglesia.»

La Teología, reina y señora de todas las ciencias, es la que trata de Dios, ora se le considere en sí mismo, ora en las cosas criadas, en cuanto están relacionadas con él, bajo cualquier concepto. La Teología *dogmática* comprende las cosas que debemos creer, y la *moral* la aplicacion á las acciones humanas de las verdades que se deben creer. Dejando otras divisiones que tiene la primera, cuando la Teología tiene por objeto unir mas íntimamente las almas á Dios por la demostracion de su bondad á favor nuestro, entonces se llama Teología *mística*, y esta es la que resplandece de un modo admirable en todas y cada una de las obras de Santa Teresa. Hasta sus dias puede decirse que esta ciencia estaba escondida en lo profundo de las cátedras y en los claustros, siendo sus verdades conocidas tan solamente de los sábios: no porque los teólogos tuvieran interés en ocultarlas, como dice oportunamente el escritor antes citado, sino por la dificultad de poderlas explicar llanamente y en lengua española, cuando la Iglesia á vista de las exageraciones protestantes recelaba de los escritos teológicos en lengua vulgar.

Teresa de Jesus, escribiendo tan solamente para la direccion de sus monjas, confecciona divinamente inspirada esas obras, que traducidas despues en casi todos los idiomas, son buscadas con empeño y

leidas con admiracion por los sábios de todos los paises. Al saborear el precioso licor de su celestial doctrina, al leer con atencion cada una de sus páginas, que son otras tantas lecciones de mística teología, olvídase el cristiano que es habitador de la tierra, y se cree trasportado á aquella region de paz donde no se conoce el dolor, ni las lágrimas, donde todo es felicidad y puro gozo: á la mansion de Dios.

Su primera obra es el libro de su vida, que escribió impelida de la obediencia. Puede llamarse un libro de oro: en él se vé como vá obrando la gracia en las almas que no se hacen sordas á sus primeros impulsos. Es un libro para todos y no hay quien no pueda sacar de él grande utilidad. Si el justo padece, aprende á conocer que los trabajos son las mas veces gracias de predileccion; si encuentra contradicciones, llega á conocer que las almas aceptables á Dios deben purificarse como el oro en el crisol; si recibe celestiales favores, sabe corresponder á ellos; el tibio se enfervoriza; el pecador se mueve á penitencia y el recuerdo de sus extravíos empieza á atormentarle; todos, en suma, en la lectura de la historia de la vida de Teresa de Jesus, aprenden á conocer á Dios y amarle del modo que exige de sus criaturas.

Este primer ensayo de la fecundidad de su pluma, fué un pronóstico de la inundacion pasmosa con que debia regar el campo escogido del Padre de familias Cristo Jesus. Siento, señores, en este momento todo el peso del trabajo que he tomado sobre mis hombros; es imposible decirlo todo, no obstante que mis deseos seria no omitir cosa alguna. Los que habeis manejado las obras de la Santa podreis suplir

con vuestra instruccion superior á la mia, la rapidez de mi mal trazada narracion.

Era necesario un cuerpo de teología mística, rico arsenal donde las almas piadosas pudiesen acudir para preservarse de las funestas doctrinas esparcidas por Lutero y sus secuaces, y de tal modo llena este vacío Teresa, que puede decirse que sus escritos, al par que sencillos, son un océano de erudicion inmensa. Registrad si no el libro de las *Relaciones* y el de las *Fundaciones* y conoceréis esta verdad. Pasad vuestra vista por su *Camino de perfeccion*, por los *Conceptos de Amor Divino* y las *Moradas*, y al verla entonando himnos á Dios, de quien tantos beneficios recibiera, recordareis á David elevado al entonar sus cánticos. Fijad vuestras atenciones en los consejos que dirige á sus religiosas para que lleguen á la perfeccion, y descubriréis en ella una doctora admirable de la gracia. Sus poesías y principalmente aquella que empieza «*Vivo sin vivir en mí*» arrebatan el alma, abrasándola en el fuego del amor divino.

Yo, señores, citaria en este momento los grandes elogios que de las obras de Santa Teresa han hecho multitud de doctos varones y entre ellos San Francisco de Sales, que no solo las leia con la mayor frecuencia, sino que recomendaba su lectura como utilísima; empero estos elogios serian pálidos y descoloridos despues que la Iglesia santa, columna y firmamento de la verdad, ha calificado su doctrina de *celestial*. Esta calificacion ha hecho que los españoles, entusiastas por la ilustre Virgen honra de nuestra patria, y esplendor de nuestra literatura, la aclamen desde muy antiguo, mística doctora. Y mereció este título con el que sus compatriotas la han enalcanado. Nuestras córtes en 1617 la declararon com-

patrona de España, siendo ratificada esta declaracion por Urbano VIII, en 1627.

Reunid ahora, mis señores, bajo un solo punto de vista cuanto llevamos dicho; sus estraordinarias virtudes, sus trabajos para llevar á cabo la reforma del Carmelo á su primitivo rigor, la sabiduría que demuestra en sus obras, y comprendereis que Dios la suscitó en los mismos dias en que tantos males causaba el protestantismo, para que fuese la contraposicion del apóstata Lutero, edificando por una parte lo que aquel destruia por otra, y proporcionando á los hijos de la Iglesia un antídoto contra el veneno de sus satánicas doctrinas, y al mismo tiempo admirareis la sábia economia y altas disposiciones de la Providencia que se sirve cuando es su voluntad de débiles instrumentos, de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.*

Amados compañeros, los que en este dia habeis venido á ofrecer á Teresa de Jesus este tributo de vuestro amor, permitidme que aunque el último entre vosotros, no abandone este lugar santo, sin recordaros lo que una triste esperiencia os viene haciendo conocer. Hoy como en los dias de nuestra Santa, padece la Esposa de Jesucristo: pululan los mismos errores, aunque con nuevas formas: el veneno es el mismo, y tan solo se han variado los vasos que le contienen. Hoy no oireis decir á los nuevos reformadores: «rompamos nuestros vínculos con la cabeza de la Iglesia.» Antes por el contrario, no se escuchan otras protestas mas que de amor y veneracion al Vicario de Jesucristo; empero bajo tales protestas se mina el cimiento de su autoridad espiritual por los medios mas

groseros. ¿Qué título daremos al siglo XIX? ¿Tal vez siglo del progreso? No lo hay, por mas que se hagan adelantos en las ciencias naturales, si los hombres metalizan sus corazones y corrompen sus costumbres. ¿Tal vez de las luces? No os enojeis, apasionados de las ideas modernas, si al ver la marcha de la época, no titubeo en llamarle el siglo de la hipocresía. Pues bien, por mas que por sí misma la filosofía carnal se desplome y se deshaga, nuestro deber es vivir vigilantes y procurar adelantar cada vez mas en la ciencia que nos enseña nuestra sagrada facultad, para enseñar, para predicar, para argüir, oportuna é inoportunamente, á fin de destruir esas iniquas doctrinas que cual un pozo de aguas corrompidas cubierto con brocal de alabastro, alucinan á los incantos con la pompa del buen estilo. ¡Hipócritas! Semejantes á los sepulcros blanqueados, sirviéndome de una espresion del Evangelio, parecen de fuera hermosos á los hombres, y por dentro estan llenos de huesos de muertos y de toda suciedad.

En la doctrina católica, amados fieles, está únicamente la salvacion; pedid á Dios, por la intercesion de nuestra santa compatriota, la gracia de permanecer resguardados de los peligros, en el arca misteriosa de la Iglesia Católica, preservándoos de dirigir vuestros pasos por sendas estraviadas. Y nosotros, mis amados compañeros, postrados ante el trono de nuestro Dios, dirijámosle de lo íntimo de nuestros corazones esta oracion del oficio de nuestra Santa: *Exaudi nos, Deus, salutaris noster, ut sicut de B. Teresiae virginis tuae festiuitate gaudemus, ita caelestis ejus doctrinae, pabulo nutriamur, et pice devotionis erudiamur affectu. Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN JUAN DE DIOS.

Qui misericordiam habet, docet et erudit quasi pastor gregem suum.

El que tiene misericordia, enseña y amaestra como el pastor á su grey.

Eccli. cap. XVIII, v. 13.

Quando una escuela filosófica se propuso en el último tercio del siglo XVIII entrar en batalla con el catolicismo, y no cesar en la lucha hasta verle destruido, como si pudieran destruir los hombres lo que Dios ha hecho indestructible, fijó ante todo la vista en los institutos religiosos, sin cuya estincion no podia predicarse con fruto el ódio á Dios, el menosprecio á las cosas santas, la rebelion á todo principio de autoridad, el imperio absoluto de la razon humana, principios que tienden necesariamente á arrastrar la sociedad al mas funesto estado de anarquía. Los hijos de Ignacio de Loyola, varones llenos de sabiduría y maestros en todos los ramos del saber humano; los que profesaban la regla del grande Domingo de Guzman, incansables predicadores de la verdad católica, los franciscanos, modelos de pobreza evangélica que

groseros. ¿Qué título daremos al siglo XIX? ¿Tal vez siglo del progreso? No lo hay, por mas que se hagan adelantos en las ciencias naturales, si los hombres metalizan sus corazones y corrompen sus costumbres. ¿Tal vez de las luces? No os enojeis, apasionados de las ideas modernas, si al ver la marcha de la época, no titubeo en llamarle el siglo de la hipocresía. Pues bien, por mas que por sí misma la filosofía carnal se desplome y se deshaga, nuestro deber es vivir vigilantes y procurar adelantar cada vez mas en la ciencia que nos enseña nuestra sagrada facultad, para enseñar, para predicar, para argüir, oportuna é inoportunamente, á fin de destruir esas iniquas doctrinas que cual un pozo de aguas corrompidas cubierto con brocal de alabastro, alucinan á los incantos con la pompa del buen estilo. ¡Hipócritas! Semejantes á los sepulcros blanqueados, sirviéndome de una espresion del Evangelio, parecen de fuera hermosos á los hombres, y por dentro estan llenos de huesos de muertos y de toda suciedad.

En la doctrina católica, amados fieles, está únicamente la salvacion; pedid á Dios, por la intercesion de nuestra santa compatriota, la gracia de permanecer resguardados de los peligros, en el arca misteriosa de la Iglesia Católica, preservándoos de dirigir vuestros pasos por sendas estraviadas. Y nosotros, mis amados compañeros, postrados ante el trono de nuestro Dios, dirijámosle de lo íntimo de nuestros corazones esta oracion del oficio de nuestra Santa: *Exaudi nos, Deus, salutaris noster, ut sicut de B. Teresiae virginis tuae festiuitate gaudemus, ita caelestis ejus doctrinae, pabulo nutriamur, et pice devotionis erudiamur affectu. Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE

SAN JUAN DE DIOS.

Qui misericordiam habet, docet et erudit quasi pastor gregem suum.

El que tiene misericordia, enseña y amaestra como el pastor á su grey.

Eccli. cap. XVIII, v. 13.

Quando una escuela filosófica se propuso en el último tercio del siglo XVIII entrar en batalla con el catolicismo, y no cesar en la lucha hasta verle destruido, como si pudieran destruir los hombres lo que Dios ha hecho indestructible, fijó ante todo la vista en los institutos religiosos, sin cuya estincion no podia predicarse con fruto el ódio á Dios, el menosprecio á las cosas santas, la rebelion á todo principio de autoridad, el imperio absoluto de la razon humana, principios que tienden necesariamente á arrastrar la sociedad al mas funesto estado de anarquía. Los hijos de Ignacio de Loyola, varones llenos de sabiduría y maestros en todos los ramos del saber humano; los que profesaban la regla del grande Domingo de Guzman, incansables predicadores de la verdad católica, los franciscanos, modelos de pobreza evangélica que

en sus trabajosas misiones estendian á lejanas tierras el imperio de Jesucristo; los hijos de Benito, tipos de santidad, que como los demas predicaban con la palabra y con el ejemplo, asi como las otras órdenes religiosas glorias y esplendor del catolicismo, eran un estorbo para la realizacion de los planes de los impíos que al par que odiaban su enseñanza, ambicionaban enriquecerse con los despojos de los monasterios. La juventud de nuestros dias, siempre ha oido hablar con prevencion de los regulares, pues que se les ha pintado con los mas negros colores.

No es nuestro ánimo hacer hoy la apología de tan santos institutos, y para hacerlos ver tales como son, nos bastará nombrar al ilustre héroe de la misericordia cuyas glorias celebramos, Juan de Dios, llevando á feliz término un santo instituto que tiene por objeto hacer bien á la humanidad doliente, y en el que tanta multitud de desvalidos enfermos han encontrado y encuentran el consuelo, es un testimonio que hace enmudecer á los enemigos del catolicismo.

En el deber de formar hoy el elogio de este varon de misericordia que vivió para Dios y para sus semejantes, abriré las páginas de su pasmosa vida, para haceros conocer sus grandes acciones, los extraordinarios servicios que prestó á la humanidad en el ejercicio de la caridad y la profunda humildad que le acompañó en todas sus empresas, huyendo de la propia estimacion y deseando tan solamente la gloria para Dios. En la práctica de la misericordia fué un maestro consumado de la perfeccion evangélica que enseñó y amaestró como el pastor á su grey. *Qui misericordiam habet, docet et erudit quasi pastor gregem suum.*

Tal es la idea del elogio que voy á consagrar á nuestro glorioso Santo. Imploramos antes los auxilios del Espíritu divino por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Jesucristo, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo y se hizo como uno de nosotros, se identificó con todas las miserias de la humanidad, excepto el pecado. Siendo verdadero Dios, quiso nacer segun la carne en la humildad de un pesebre, no teniendo otra almohada que las pajas que en él se contenian. Siendo poderoso para mandar á los vientos y á las tempestades, sufrió el frio en la estacion mas rigurosa: padeció el hambre, no obstante haber demostrado su omnipotencia saciando á una turba hambrienta con la prodigiosa multiplicacion de los panes y los peces: sus mas favorecidos fueron los mas pobres y hasta buscó sus apóstoles, destinados á llevar la luz del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra, no en las academias y liceos, sino en las orillas del mar. De tal modo amó la pobreza y deseó que sus discípulos fuesen misericordiosos para con los necesitados, que quiso dejar consignado en las páginas del Evangelio, que en el dia en que haga su segunda venida para juzgar al mundo, premiará como hecho á sí mismo todo el bien que hayamos dispensado á nuestros semejantes. Oid, M. A. O., las consoladoras palabras que dirigirá á los justos al anunciarles la felicidad eterna: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre y me dísteis de co-

mer: tuve sed y me dísteis de beber: era huesped y me hospedásteis: desnudo y me cubrísteis: enfermo y me visitásteis: estaba en la cárcel y me vinísteis á ver... En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis (1)» ¡ Qué doctrina tan consoladora y qué enseñanza tan importante! Por esto los verdaderos cristianos se han compadecido siempre de los pobres, sacrificándose por proporcionarles alivio, en la persuasión de que el mismo Jesucristo es el que padece el hambre, la sed ó la aflicción en que han visto á sus semejantes.

Fijemos nuestra atención en el glorioso Santo, cuya memoria celebramos en este día y le veremos fiel observador de la doctrina evangélica multiplicándose, si así puedo decirlo, en alas de la caridad y de la misericordia por el bien de sus hermanos. Al observar su conducta y contemplar sus hechos admirables, parece que para él fueron escritas las espresiones bíblicas que han servido de base al presente discurso. «El que tiene misericordia, enseña y amaestra como el pastor á su grey.» *Qui misericordiam habet, docet et erudit, quasi pastor gregem suum.*

No empezó á subir Juan de Dios desde su misma infancia la hermosa escala de las virtudes que al hombre conducen á la perfección: hijo de padres honrados y temerosos de Dios, fué educado en la santa doctrina de la Iglesia, pero la vida de soldado á que se dedicó en su juventud le hizo extinguir casi por completo las ideas religiosas que habia recibido en la infancia, y con facilidad se dejaba arrastrar á los mayores desór-

(1) Math. cap. XXV, circa finem.

denes. Son incomprensibles á la menguada razón humana los juicios de Dios acerca de las criaturas. Aquel militar jóven y bullicioso, descuidado en sus deberes religiosos y al que embriagaban los placeres mundanos, estaba destinado por Dios para ser una gloria del catolicismo, un modelo de caridad y de misericordia para las edades sucesivas y una estrella brillante en el cielo de la militante Jerusalem.

De diversos medios se sirve el Señor para abrir los ojos á aquellos que destina á sus altos fines. Saulo oye la voz de Jesucristo en el camino de Damasco y la ceguera corporal en que queda sumergido le sirve para abrir despues al mismo tiempo los ojos del alma y los del cuerpo. Agustín mas tarde ve la santidad de los cristianos que retirados del mundo se perfeccionaban en los desiertos, y este fué el principio de su célebre conversión. Juan es llamado por Dios en mas de una ocasion. Cae cual otro Saulo del caballo, y si no oye como aquel la voz del Señor, la siente en su corazón: se encomienda á la Santísima Virgen, á la que habia amado desde su infancia, y á pesar de sus heridas y de la pérdida de la sangre, recibe fuerzas para seguir su camino y recobra la salud. Sin embargo, pronto se olvida de este beneficio, que no le hace entrar en el conocimiento de sus deberes. Mas tarde, por un descuido y no por haber cometido ningun crimen, hubiera perdido la vida, si Dios no se hubiese valido de un oficial general que intercedió para que no fuese ejecutada la sentencia que sobre él pesaba. Tampoco entonces se obró su conversión, no obstante que tan desgraciados accidentes le iban poco á poco predisponiéndole para el bien, al que siempre fué inclinado su corazón. Estando en la Coruña, sabe

que su madre había dejado de existir, á causa de su ausencia y de los disgustos que la causaban sus desórdenes y que su padre había tambien concluido sus dias santamente retirado en un monasterio.

Hed aquí, señores, llegado el instante señalado por el dedo del Omnipotente. La gracia hace los mayores esfuerzos y él corresponde, avergonzándose de sí mismo y deseando arreglar su conciencia, corre presuroso á la santa piscina, donde vertiendo un torrente de amargas lágrimas y entre hondos suspiros recibe la absolucion de sus pecados.

No con esto solo queda completamente tranquilo, ni su resolucion es la de pasar en adelante una vida cristiana en la tranquilidad de su hogar. El fuego de la caridad arde ya en su pecho, y su constante deseo es hacer penitencia y procurar la gloria de Jesucristo, de quien hasta entonces había vivido olvidado. La idea del martirio se presenta á su mente, y se dispone para internarse en los pueblos infieles. Dios sin embargo lo tiene destinado para que fuese mártir de la caridad. No debía ser el Africa el teatro de sus batallas y de sus triunfos, sino la católica España.

En efecto, señores: Dios se sirve de un prodigio para hacerle comprender su voluntad soberana, y darle á conocer los grandes designios que había formado sobre él. El Hijo de Dios se le aparece cierto dia en forma de hermosísimo niño y mostrándole en la mano una granada abierta, de cuyo centro salia una Cruz, le dice: *Juan de Dios, Granada será tu Cruz.* En el momento desaparece la vision y el favorecido mortal queda inundado de gozo y de alegría, aunque sin comprender por entonces el significado de aquellas palabras.

¿En qué pues, te detienes, venturoso mortal? Corre á esa ciudad que te ha sido indicada y que está destinada para teatro de tus grandes hechos. No temas: si Saulo encontró un profeta que le guiara despues de su conversion, tu encontrarás tambien un varon apóstolico que te dirigirá sábiamente para que cumplas la voluntad del Señor.

Así fué, señores: Juan de Dios, teniendo noticias de celebrarse en Granada las fiestas de San Sebastian, se dirigió á aquella ciudad con el objeto de vender estampas, negocio á que se había dedicado para proporcionarse la subsistencia. Predicaba en el dia de la festividad el famoso maestro Juan de Avila, conocido entonces por el Apóstol de Andalucía. Juan de Dios le escuchó y su corazon fué una tierra fértil y dispuesta donde se arraigó para producir ópimos frutos la semilla de la divina palabra. Fué tal el dolor que sintió de sus pecados, que salió por las calles como fuera de sí exclamado: *Señor, misericordia.* Los que le oían le tenían por demente y turbas numerosas le seguían por todas partes, insultándole, escarneciéndole, y arrojándole piedras que le causaron algunas heridas. Sin embargo, el que parecia loco á los ojos del mundo era un humilde penitente, á quien el dolor de sus culpas le hacia prorumpir en tales lamentos. Dios había dispuesto que fuese probado por la tribulacion como el oro en el crisol, y Juan de Dios fué encerrado en el asilo de los dementes, donde fué tratado con el mayor rigor é inhumanidad, á causa de las estraordinarias locuras voluntarias que hacia para ser objeto de desprecio y recibir castigos que con la mayor alegría sufría para satisfacer sus culpas.

El padre Avila se presentó en aquel lugar ordenándole que cesase en aquel género de vida, lo que obedeció Juan con la mayor prontitud, quedando todos maravillados y admirados de su humildad, y al mismo tiempo edificados al ver la caridad con que determinó quedarse en aquel asilo de desgraciados para asistir á los enfermos.

Hemos de observar ahora, M. A. O., pero con ojos verdaderamente cristianos, cómo Juan de Dios lleva á cabo una obra colosal que hubiera asustado á génius gigantescos, y esto sin recursos de ninguna clase, y sin otros auxilios que los de la Providencia. La fé hace prodigios cuando va animada por el fuego activo de la caridad. Deseando ponerse bajo la proteccion de la Santísima Virgen, á la que siempre habia profesado una tierna devocion, hizo una pequeña escursion al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, donde recibió las mas singulares gracias. Allí ante aquella prodigiosa Imágen de la Protectora benéfica de la humanidad y por consejo de su director el maestro Avila, prometió á Dios pasar toda la vida en servicio de los pobres.

No bien ha hecho Juan de Dios la promesa, cuando vuelve á Granada, siendo su primer cuidado buscar un lugar á propósito para recoger y cuidar por sí mismo á los enfermos abandonados y á cuantos pobres encontrase. El mundo, señores, que está siempre dispuesto á hacer objeto de sus burlas todo lo que es verdaderamente grande y no está al alcance de la menguada inteligencia humana, se hubiera reido de los proyectos de Juan de Dios. Un hombre pobre, que carece de todo humano recurso, ¿cómo podrá llevar á cabo empresa tan colosal como la que

se propone Juan de Dios? Los que de esto se estrañan ni tienen fé, ni conocen cuanto ayuda al hombre la divina Providencia, cuando se propone en sus obras la gloria de Dios y el bien de sus semejantes. No me habéis de esa caridad conocida con los nombres de beneficencia ó filantropía. La caridad verdaderamente cristiana, que es la que no busca su propio provecho, como dice el Apóstol, es la que obra maravillas. Observadlo en Juan de Dios, ó mejor diré, contemplad esa orden hospitalaria que lleva su nombre y que se ha estendido en todos los países católicos: entrad en esos asilos del dolor donde vereis multitud de enfermos asistidos, amparados y tratados con la mayor caridad por unos hombres que gustosos sacrifican su reposo y hasta la propia salud y la vida, que son los dones mas estimables que hemos recibido de las manos del Señor, por su amor á sus semejantes. Entonces no podreis menos de preguntar: ¿Quiénes son estos hombres tan llenos de misericordia, que así se sacrifican en favor de sus hermanos? Son, señores, los hijos de Juan de Dios, de ese varon evangélico que quiso identificarse con todos los padecimientos y amarguras de sus hermanos. En buen hora, existan en el mundo ricos llenos de ambicion y de egoismo que embriagados en los placeres de la sociedad no paren mientes en que existen seres desgraciados que sufren las mayores angustias, y á los que podrian favorecer con lo que dilapidan en festines, en lujo y ostentacion. Estos no conocen el espíritu del cristianismo. ¿Seres desgraciados que venden la feliz inmortalidad por goces de cuatro dias! Veamos ahora el origen de ese instituto religioso que tantos dias de gloria ha

dado á la Iglesia y que tanto bien hace á la humanidad.

Juan de Dios, lleno de fé en la Providencia, sin contar con recurso alguno humano, ni aun el apoyo de persona alguna, á escepcion de la del maestro Avila, que dirigia su conciencia, alquila una casa que convierte en hospital, recogiendo en ella á cuantos pobres enfermos encontrara abandonados. Por sus mismas manos curábales las heridas, les arreglaba y aseaba los lechos, al tiempo mismo que los consolaba y animaba. Al poco reunió algunos compañeros que le ayudasen en el ejercicio de la caridad, y tomando su talego salia por las calles pidiendo limosna para los enfermos; su fórmula ordinaria era esta: *Tened, hermanos, caridad con vosotros mismos, y haced bien por amor de Dios.* A vista de esta caridad se animó la del pueblo que así como la nobleza acudia con sus limosnas al sostenimiento de aquella primera casa, que llegó á ser en poco tiempo la admiracion de toda la ciudad y de cuantos forasteros la visitaban.

Necesario era, señores, que Juan de Dios sufriese tambien tribulaciones de las que no están libres las almas justas. Si bien la generalidad le miraba con el mayor respeto y veneracion, viendo en él un varon verdaderamente evangélico, y un modelo de caridad cristiana, no faltaba tambien quien juzgase de otro modo diverso acerca de su conducta. Empero nada importa que al pedir limosna para su hospital á un caballero, este le desprecie y le dé por contestacion una recia bofetada; el santo con admirable paciencia le presenta el otro carrillo, accion que fué suficiente para obrar la conversion de aquel descreido.

El obispo de Tuy que se hallaba en Granada sien-

do presidente de la Chancillería, habia penetrado el gran espíritu del siervo de Dios, y hablando con él cierto dia le pregunta su nombre. A lo cual el santo con la mayor sinceridad y modestia, contesta: «El Niño Jesus que se me apareció camino de Gibraltar me llamó *Juan de Dios*. Pues bien, le contestó el obispo: *Juan de Dios te llamarás de aquí adelante.*» En seguida mandóle despojar de los andrajos que le cubrian y le puso el hábito que le habia mandado hacer, y que es el mismo que han seguido usando los religiosos de su orden.

¿Quién podrá espresar ahora los grandes favores que recibió del cielo en premio de su caridad? ¿Pero quién es capaz de investigar los secretos que versan entre Dios y sus escogidos? Mas no dejaré pasar en silencio el medio de que se sirvió el Señor para darle á comprender cuán agradable le era el ejercicio de su caridad. Pasando por una calle vé Juan un pobre que al parecer estaba en los últimos momentos de su vida. Lleno de compasion lo tomó en sus hombros conduciéndole á su hospital, donde le colocó en una cama, lavándole los piés, y al besárselos como tenia por costumbre, reparó que los tenia taladrados á manera de un Crucifijo: levantó los ojos para mirar el rostro del pobre, y conoció en el momento que era el mismo Jesucristo, el cual le dijo: «Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras á mí mismo: sus llagas son las mías, y lavas mis piés siempre que lavas los suyos.» En el momento desapareció la vision, y el santo quedó rodeado de una claridad tan extraordinaria, que alarmó á los enfermos creyendo todos que ardia el hospital.

Aquí teneis, M. A. O., un grano de mostaza convertido en árbol corpulento. Aquella casa de caridad instalada por Juan de Dios, fué el principio de la religion de la hospitalidad estendida despues por todos los paises católicos y que fué confirmada por el santo Pontífice Pio V en 1572.

A fuerza, pues, de tantos y tan caritativos trabajos y de las rigurosísimas penitencias en que se egercitaba, llegaron á agotarse sus fuerzas, cayendo gravemente enfermo. Armado de paciencia y lleno de la mayor resignacion esperó su última hora, edificando á cuantos le rodeaban. El arzobispo de Granada le administró los Santos Sacramentos, que recibió el Santo con la mayor devocion, y habiendo pedido que le dejasen solo, se levantó de la cama, hincóse de rodillas y abrazándose á un Crucifijo, pronunció estas palabras: *Jesus, Jesus, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, y entregó su alma en las de su Criador, siendo á 8 de marzo de 1550, el mismo dia que cumplia cincuenta y cinco años de su edad.

La forma de sus virtudes, y los grandes milagros que Dios hizo para acreditar la santidad de su siervo, movieron al Papa Urbano VIII á espedir la bula de su beatificacion el año 1630, y despues en el de 1690 el Sumo Pontífice Alejandro VII le canonizó solemnemente en la iglesia de San Pedro.

La caridad con que la ilustre orden que fundara atiende al cuidado de los pobres enfermos, sacrificando por ellos su propio reposo, no solamente hace gloriosa la memoria de este santo fundador, sino que nos hace recordar las espresiones del Espíritu Santo, con las que abrí y cierro el presente discurs-

so. «El que tiene misericordia, enseña y amaestra como el pastor á su grey.» *Qui misericordiam habet, docet et erudit quasi pastor gregem suum.*

Ved aquí, señores, en estos santos asilos las obras de esos hombres á los que tanto calumnian y denigran los modernos reformadores. Afortunadamente la sociedad va conociendo la verdad y se inclina á amar lo que es digno de amar. A imitacion de nuestro santo héroe, comprendamos el espíritu del catolicismo, que es la caridad: practiquémosla con nuestros hermanos, y siendo felices en el tiempo, lo seremos mucho mas en la eternidad. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DEL ARCÁNGEL SAN RAFAEL ⁽¹⁾.

Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omibus viis tuis.

Mandó á sus ángeles cerca de tí, que te guarden en todos tus caminos.

Ps. XC, v. 11.

¡Cuán admirable es, señores, á mi vista el orden de la Providencia! Aquel Dios Omnipotente que no tiene semejante en el poder (2), determinó cuando fué su voluntad soberana rodearse de una gloria accidental de que carecía, no habiendo criaturas que le alabasen y que postradas ante su trono le rindiesen tributo de adoracion en reconocimiento de su soberanía. Por eso creó; por eso comunicó á sus obras *ad extra* su gracia y su bondad. En tres clases se dividen estas obras del Criador: una puramente espiritual, y son los ángeles; otra puramente corpórea, y son todas las cosas que admiramos en la naturaleza y que constituyen el mundo que habitamos; y la tercera mixta, y es

(1) Predicábase en la iglesia de San Juan de Dios de Madrid el 24 de octubre de 1857.

(2) Ps. XXXIV, v. 20.

el hombre, que consta de dos sustancias, espiritual y corpórea.

No es nuestra idea detenernos hoy en las dos últimas y sí en la primera, toda vez que nuestra reunion en estos momentos ante las sagradas aras tiene por objeto el celebrar las glorias de uno de esos espíritus angélicos que rodean el trono del Eterno, aclamándole tres veces Santo en el empíreo. Criados por Dios los ángeles y dotados de suma inteligencia, de modo que fuesen capaces de conocerle, amarle y poseerle, no les dió inmediatamente posesion de la bienaventuranza, hasta tanto que la mereciesen por sus méritos, mediante los auxilios de la gracia que habian recibido. Y si bien es cierto que engreidos por su hermosura y apoderándose de ellos la soberbia, se rebeló contra Dios la tercera parte de los ángeles, por lo que fueron despojados de todos los dones y gracias que habian recibido, y arrojados del cielo, los demas ángeles que no solamente permanecieron fieles á Dios sino que defendieron sus derechos, rodean el trono de su gloria y se emplean como ministros suyos en cumplir sus soberanos mandatos.

El Arcángel San Rafael es, á no dudarlo, uno de los principales entre estos soberanos espíritus, puesto que él mismo lo afirmó á ambos Tobías diciéndoles: *Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor.* Con decirnos, señores, el significado de su nombre que no es otro que *medicina de Dios*, conocer podreis cuán eficaz sea su devocion para alcanzar por su proteccion los divinos auxilios que nos son tan necesarios para salir victoriosos de las tentaciones con que el enemigo de nuestras al-

mas trata de hacernos perder la gracia y amistad de Dios, encadenándonos á su terrible carro con duras y pesadas cadenas de la mas funesta esclavitud. Porque á la verdad, mis hermanos, ¿qué hará el hombre en medio de un mundo seductor y corrompido, rodeado de mil escollos y aislado entre mil peligros, si no tiene quien vele por él y le defienda, quien le custodie en el camino? ¿Esa lucha continua que sostenemos cuando la carne se rebela contra el espíritu, no nos pone en la precision de implorar la proteccion de alguno de aquellos espíritus angélicos que en el cielo triunfaran en la lucha que sostuvieran con Belial? ¿Y quién mas propósito para esto, quién mas amante de la humanidad que Rafael? ¿Quién le ha aventajado en caridad para con los hombres? Hablen por mí en esta mañana el anciano y el jóven Tobías, y refiriéndonos los grandes beneficios que el Señor les dispensara por ministerio de este santo Arcángel, nos animarán á abrazar la devocion de este verdadero amigo de la humanidad. Su panegírico está trazado por el dedo de Dios en las páginas del Testamento Antiguo, y cuando Dios habla, ¿qué podrá añadir la criatura? ¿Seré tan atrevido que para formar su elogio añada una sola línea á lo que se nos dice en las divinas narraciones? Si yo fuese á trazar el elogio de un héroe que aplaude el mundo por sus conquistas ó sus letras, este sería el momento oportuno de poner en juego todas las bellezas de la retórica. Empero cuando se trata de un espíritu celestial, no debemos deleitar el entendimiento sino mover el corazon, y la sencillez de las sagradas letras debe estar en los lábios del orador sagrado.

Uno de los ministerios á que Dios ha destinado á sus ángeles, y en el que se ha distinguido San Rafael, ha sido el ser compañeros de los hombres, para que les custodien y les libren de sus enemigos. *Angelis suis mandavit de te: ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Yo, pues, os voy á demostrar que *el Arcángel San Rafael como medicina de Dios, es la mejor guia que podemos tomar para salir triunfantes de los peligros del mundo.* Tengo propuesto.

Soberano Señor Sacramentado: hablar una lengua humana de uno de aquellos espíritus celestiales que incesantemente os rinden adoracion ante vuestro trono, y hablar con dignidad y con acierto, solo puede hacerse ayudados de vuestra gracia. No me la negueis en este dia, cuando interpongo la mediacion de la que fué constituida Reina de los ángeles y de los hombres, María Santísima Señora nuestra, á la que en prueba del afecto que la profesamos la saludamos con devocion. *Ave Maria.*

 PARTE ÚNICA.

¿Qué diríamos, señores, de un enfermo, que encontrándose en el lecho del dolor, abatido por una enfermedad, se negase á recibir las medicinas que le ordenara el sábio médico encargado de su asistencia? Seguramente ó que estaba en estado de demencia ó que deseaba concluir los dias de su existencia, suicidándose de este modo.

Esta reflexion me la sugiere necesariamente, la idea de que hallándose siempre el hombre rodeado

de peligros y escitado por las pasiones á perder la salud del alma, ni se cuida de proveerse de un sábio médico, ni hace caso de aplicarse los medicamentos oportunos. El Dios Omnipotente de cuya diestra somos obra, conociendo lo enfermo de nuestra naturaleza y lo espuestos que estamos á perdernos en los tortuosos caminos del mundo, ha destinado á sus ángeles para que nos acompañen y defiendan en el camino que debe guiarnos á la patria celestial. *Angelis suis mandavit de te: ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Pero entre ellos nos ha señalado al Arcángel San Rafael como la mas eficaz medicina para todas nuestras enfermedades espirituales y corporales. Amante de la humanidad, siempre se ha empleado con asiduidad en dirigir á los hombres por caminos rectos, por sendas de salud.

Abramos el sagrado libro de Tobías y en él encontraremos luminosas pruebas de esta verdad: y si la caridad es llamada con razon la reina de las virtudes, si ella es la que conduce á los hombres al cielo, Rafael, que de un modo tan extraordinario la practicó con ambos Tobías, y la practica con todo el que se acoge á su proteccion benéfica, será siempre un perfecto modelo que el cristiano debe tener presente.

Tobías era un varon justo de la trību y ciudad de Nephtalí, quien no obstante estar sufriendo las grandes penalidades que son consiguientes á un penoso cautiverio, practicaba las virtudes sin abandonar jamás los caminos de la verdad. Todo cuanto poseia lo repartia entre sus hermanos de cautiverio, asistiendo con frecuencia al templo de Jerusalem para orar con fervor ante el Dios de Israel, mientras que

otros de sus compañeros iban á los becerros de oro que habia hecho Jeroboan rey de Israel.

Asi caminando de virtud en virtud y siendo siempre fiel á su Dios, llegó á edad varonil, en la cual tomó por mujer á Anna de su misma trību, de la cual tuvo un hijo á quien puso por nombre el suyo de Tobías. Buen padre, y conociendo sus deberes enseñó al jóven Tobías, no á buscar los placeres y diversiones profanas, sino á temer á Dios y á adorarle en espíritu y verdad. Quédese para los mundanos, para esos hombres que desgraciadamente no conocen mas Dios que el interés ni mas leyes que sus pasiones, el dirigir á sus pequeñuelos por caminos de perdicion, con sus palabras y ejemplos. Tobías, que era un hombre justificado, debia obrar de otro modo, y así es que con la enseñanza de sus padres y sus buenos ejemplos, llegó á ser el jóven Tobías un retrato del autor de su vida, de quien copió sus virtudes. Su mayor gozo hubiera sido el permanecer siempre al lado de su padre para cuidarle en la ancianidad: conocia por lo tanto los deberes de un buen hijo, y el Dios que no deja sin recompensa la virtud, así lo permitió para consuelo de aquel que tan fielmente le habia servido sin apartarse un momento de su ley. Empero no obstante los buenos deseos del jóven Tobías, la Providencia que gobierna el universo en peso, número y medida, púsole en la necesidad de llevar á efecto una dolorosa separacion.

Creyendo el anciano Tobías estar cercano á la muerte, llamó á sí á su hijo, y despues de darle saludables consejos, advirtiéndole que despues de sus dias cuidase de su madre, no olvidando los grandes peligros que habia pasado llevándole en su seno, le

recomendó el ejercicio de la limosna, advirtiéndole se guardase de toda acción que fuese reprehensible á los ojos de Dios, y le ordenó buscarse medio de pasar á Rages á cobrar de Gabelo diez talentos de plata que antes le había prestado. ¿Y á dónde caminará este jóven acostumbrado á las tiernas caricias de sus amantes padres y careciendo de un guía ó protector que le condujese por un camino para él desconocido? Vais á ver ahora los oficios caritativos del Arcángel San Rafael: vais á observarle amigo fiel, protector benéfico y guía desinteresado: vais á convenceros de que él es el mejor guía que podemos tomar para salir ilesos de los peligros del mundo.

Lleno Rafael de caridad, sale á buscar la necesidad con el noble objeto de remediarla, pónese al frente del afligido para enjugar sus lágrimas. En efecto, el jóven Tobías sale de su casa, pensando en los medios de que podrá valerse para cumplir el mandato de su padre y deseando encontrar algun hombre que le acompañe y le dirija por un camino para él desconocido, y ve un gallardo jóven que estaba en traje de caminante, é ignorando de todo punto que aquel á quien veía era un ángel de Dios le preguntó: ¿De dónde eres, buen jóven? A lo cual respondió Rafael: Soy de los hijos de Israel. ¿Y sabes cuál es el camino que guía á la region de los Medos? Si lo sé, le respondió, y he andado muchas veces todos sus caminos, y me he aposentado en casa de Gabelo nuestro hermano, que mora en Rages, ciudad de los Medos, que está situada en el monte de Echatana.

No es mayor el gozo que se apodera del triste navegante que despues de un largo y penoso viaje llega á descubrir el puerto deseado, que el que inun-

da el alma del jóven Tobías al escuchar las palabras del mancebo con quien había hablado. Se dá priesa á comunicar tales nuevas á su padre y en seguida volviendo á salir conduce á su presencia á Rafael.

Tobías el anciano no podía ver el rostro de aquel jóven, puesto que ya estaba ciego, pero contestando al saludo que este le dirigiera le pregunta si podría servir de conductor á su hijo para llevarle á casa de Gabelo en Rages. De ello le dió seguridad Rafael diciéndole: Yo le llevaré y te lo volveré á traer. No hay duda, señores, que las buenas ó malas compañías son las que hacen al hombre respectivamente bueno ó malo. Esta circunstancia que nos advierte el coronado profeta, debe servir de norma para elegir los que han de ser nuestros amigos y compañeros. Muy bien comprendía esto el anciano Tobías, cuando trata de informarse quién era aquel mancebo que había de acompañar á su hijo y á qué familia pertenecía. Dime, te ruego: ¿De qué familia ó de qué tribu eres tú? Rafael no revela su origen, pero le constesta: ¿Buscas por ventura el linaje del jornalero, ó al mismo jornalero que vaya con tu hijo? Mas para que quedes tranquilo te digo que yo soy Azarías hijo del grande Ananías, porque en efecto el ángel había tomado su figura. Te he dicho y te repito, dice Rafael, que yo llevaré sano á tu hijo y sano te lo devolveré.

Buscad, señores, buscad estos sublimes rasgos de caridad desinteresada entre esos hombres que tanto decantan la nueva frase de filantropía. Metalizados los corazones, todo lleva impreso el carácter del interés. ¿Dónde están hoy esos amigos cordiales, ca-

paces de sacrificarse por aquel que es objeto de su amistad? ¿Dónde está aquel individuo que á costa de su reposo y de sus bienes libra á su amigo de la afliccion ó de la desgracia? ¿Dónde... ¡Pero á qué cansarnos! En vano tratareis de buscarle en la sociedad, donde una dolorosa esperiencia nos hace conocer, que en tanto duran las amistades en cuanto poseemos, y que llegado el día de la afliccion ó la necesidad, nos vuelven las espaldas aquellos mismos que antes nos adulaban. El sábio esclama: «Dichoso el que encuentra un buen amigo.» Y es así, porque él es el depositario de nuestros secretos, el consuelo en nuestras desgracias, y toma una parte activa con nosotros así en los infortunias como en la prosperidad.

Rafael es sin duda el modelo de la amistad perfecta, y no desdeñando la nuestra si se la ofrecemos, en él encontraremos, como encontró el jóven Tobías, un amigo benéfico, un conductor que nos saque ile- sos en nuestros caminos. Observemos sus cuidados acompañando á Tobías. La madre de este jóven llora inconsolable: quisiera haber perdido lo que importaba la deuda de Gabelo antes que experimentar la dolorosa ausencia de su tierno hijo, á quien amaba con la ternura de una buena madre. Su anciano esposo, á pesar de no conocer al conductor é ignorar su celestial origen, habia adquirido una ciega confianza en él. Aquellas palabras «yo llevaré sano á tu hijo y sano te lo devolveré,» le habian hecho concebir que Dios obraba en aquel suceso, y que el muchacho volveria sano como el conductor se lo ofrecia. Así es que consuela á su esposa, diciéndola: «No llores, salvo llegará nuestro hijo y salvo vol-

verá á nosotros y tus ojos le verán, porque creo que el ángel bueno de Dios le acompaña y que encaminan bien todo lo que le pertenece.

Sigamos ahora los pasos á los viajeros, y observemos los grandes peligros con que tropiezan, para que admiremos la economía de la Providencia, destinando á sus ángeles cerca de los hombres para que les custodien en sus caminos. *Angelis suis mandavit de te: ut custodiant te in omnibus viis tuis.*

No bien habia andado su primera jornada el jóven Tobías, tiene que huir asustado de un pez enorme que saliendo del rio Tigris le amenaza. Animado por San Rafael, coje el pez, lo destroza, y guarda segun lo habia ordenado la hiel del monstruo que habia de servir para curar la ceguera de su padre. Despues de este beneficio fueron muchos los favores que durante su peregrinacion hubo de recibir de su benéfico protector y fiel amigo. El le proporcionó para su enlace la virtuosa Sara, instruyéndole del modo que debia portarse con ella, y llegado el término de su viaje, él mismo se presentó á cobrar la deuda que lo motivara. Cumplidos estos officios, vuelve Rafael á acompañar á su protegido, para entregarle en manos de sus padres de quienes lo habia recibido.

Ni quedaron aquí los beneficios dispensados por el Santo Arcángel á Tobías: cuando ya divisan la casa de sus padres, como buen amigo le dá los mejores y mas saludables consejos. Apenas entres en tu casa, sea la primera diligencia dar rendidamente gracias á Dios porque te ha dispensado sus bondades llevándote y trayéndote sano á tu casa. Despues te echarás en los amorosos brazos de tu

padre, y le darás un osculo, y con la hiel que conservas del pez, unta sus ojos: porque has de saber que si esto haces curará de su ceguera, verá la luz del día, y se regocijará con tu vista.

Todo sucedió conforme Rafael lo había anunciado, y en aquella casa solo se oían las alabanzas de Dios que tan pródigamente había derramado sus bondades. Considerad ahora el conjunto de beneficios recibidos por aquella piadosa familia y cuál debería ser por lo tanto la medida de su gratitud.

De gratitud hablamos, y yo no puedo menos de lamentarme por lo tanto de lo ingrato que por lo comun es el hombre cuando recibe beneficios. Tan pronto es para recibirlo como tardo para besar la mano de aquel que se lo dispensa. Rodeado de la afliccion y en medio del peligro, clama sin consuelo deseando encontrar una mano generosa, que apiadándose de su miserable estado procure su remedio: empero pasados los momentos de su desgracia, olvidase prontamente de aquel que le socorriera. Y esta ingratitud monstruosa que tienen los hombres entre sí, la demuestran tambien en orden á Dios, á quien claman en los días de las grandes calamidades y á quien prontamente olvidan luego que han experimentado los efectos de la Divina Providencia. Esto es inconcebible, pero no es menos cierto por desgracia, que así sucede.

No incurrieron por cierto en esta fea nota de ingratitud los Tobías. Antes por el contrario, conocen que nada tienen que poder ofrecer al celestial conductor que sea compatible con los grandes beneficios que de él habían recibido. Pero queriendo darle una leve muestra de su gratitud, se conciertan en

ofrecerle la mitad de todos sus bienes, y llamando á sí padre é hijo al caritativo conductor, le rogaron se sirviese admitir aquella oferta. Todos los bienes proceden de Dios, aunque los recibamos por mano de sus criaturas, pues él es el que mueve los corazones, y á él por lo tanto á quien debemos rendir homenaje de nuestra gratitud. Así se lo mostró Rafael á aquellos piadosos varones, diciéndoles en contestacion á su ofrecimiento: Bendecid al Dios del cielo y alabadle delante de todos los vivientes, porque ha usado con vosotros de misericordia. Buena es la oracion con el ayuno, y mejor la limosna que tener guardados los tesoros. Has de saber que cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos y dejabas tu comida, y escondias de día los muertos en tu casa, y de noche les dabas sepultura, yo presenté tu oracion al Señor. Y ahora me ha enviado el Señor para curarte, y para librar del demonio á Sara, mujer de tu hijo; porque yo soy el Ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor. Cuál fuera la turbacion que se apoderaria de padre é hijo podeis conocer vosotros. Postráronse en tierra, y por tres horas continuas permanecieron bendiciendo á Dios, y Rafael desapareció en el momento.

Ahora bien, señores: ¿no es cierto que á vista de tales maravillas deseáramos todos la amistad de este Santo Arcángel? ¿No deseáramos con ahelo que nos acompañase en nuestros viajes, que nos protejiese y librase de todos nuestros enemigos, al modo que practicó estos beneficios continuos. Pues esto lejos de ser un imposible, nos es una cosa fácil de conseguir. ¿Por qué Tobías mereció tan señalada protec-

ción? El mismo Arcángel nos lo demuestra. Buena es la oración con el ayuno y mejor es la limosna que guardar tesoros. Cuando orabas con lágrimas, cuando te ejercitabas en obras de caridad y misericordia, yo presentaba al Señor tu oración, y tus buenas obras te hicieron acreedor á que me enviase á la tierra para dispensaros por mi ministerio los grandes beneficios que habeis recibido.

Hagamos, pues, buenas obras; unamos á la oración la mortificación y el ayuno y seamos misericordiosos para con los pobres; en este caso, imitando la conducta del anciano Tobías, nos haremos dignos como él de las bendiciones de Dios y de la protección de nuestro Arcángel. Ricos avarientos, que engreidos con vuestros tesoros no llegan á vuestros corazones los lamentos del pobre, las lágrimas de la infeliz viuda ni del desgraciado huérfano, tened presente lo que Jesucristo os dice: «No atesorar en la tierra donde la polilla y el moho, donde la codicia de los ladrones puede privaros de vuestros bienes; atesorad sí en el cielo, donde no hay polilla ni moho, y donde vuestros tesoros no están espuestos á ladrones.» ¿Y cómo atesoraremos en el cielo? ¿Cómo podremos colocar allí nuestros bienes? Es muy sencillo. Depositándolos en manos de los pobres, dando limosnas, socorriendo con caridad las necesidades de nuestros prójimos. Un vaso de agua dado en su nombre, no lo deja Dios sin recompensa, y el que en premio de su caridad y misericordia envió á Tobías su Ángel Rafael, para instrumento de tan extraordinarios beneficios, ¿qué corona de gloria no preparará al limosnero, á aquel hombre que no habiendo metalizado su corazón, tiene abiertos sus

oidos y prontas sus manos para remediar á sus hermanos? ¿Cuántas gracias atraerán sobre nosotros las oraciones de nuestros socorridos? ¡Ah, hermanos míos! Que *el Dios se lo pague* de un pobre debe dejar en nuestra alma una satisfacción inesplicable. Pero por desgracia estos goces verdaderos del corazón no los conocen los mundanos, los hombres que no conociendo otro Dios que sus goces materiales, viven cuatro días en una aparente felicidad para ser desgraciados eternamente.

No nos formemos ilusiones: somos caminantes, viajamos á la eternidad por un camino lleno de peligros y necesitamos un guía fiel, un protector benéfico que nos conduzca: para este noble oficio ha destinado el Señor á sus ángeles. *Angelis suis mandavit de te: ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Entre ellos se ha distinguido Rafael. Díganlo si no ambos Tobías: dígalo el ilustre titular de este santo templo, el héroe de la misericordia San Juan de Dios, á quien también favoreció de un modo admirable, porque como Tobías amaba á sus prójimos como á sí mismo, y sacrificaba su reposo por aliviarlos. Díganlo, en suma, innumerables almas que del Santo Arcángel recibieron gran protección, así en las aficciones de la sociedad, como en la soledad de los caminos, y todos á una voz nos dirán que Rafael es el fiel amigo de la humanidad, que es el ángel tutelar de los que ejercen la virtud santa de caridad, por los que vela y á quienes defiende.

¡Ah! qué insensatos seremos si dormidos entre los placeres del mundo y aletargados con la dorada copa del más sutil veneno, no procuramos por nuestras buenas obras merecer la protección del arcángel san Rafael, que tan benéfica nos es para caminar con re-

titud y sin tropiezos por el camino que conduce al cielo.

Inculcad, padres de familia, á vuestros hijos la devocion de San Rafael: ofrecédselos desde pequeños, y no tengais duda que aceptando el santo arcángel vuestra oferta, velará por ellos para que sean libres de los funestos lazos que empieza desde su infancia á prepararles la seduccion del siglo: San Rafael les alcanzará las bendiciones de Dios, para que crezcan con mas rapidez en virtudes que en edad; y si dóciles siguen vuestros consejos, practican el bien y son constantes en su devocion al Santo arcángel, merecerán tener en él, como tuvo el jóven de la tribu de Nepthalí, un guia que sacándoles ilesos de todos sus trabajos, les conduzca como por la mano al reino de la verdadera felicidad, donde solo entra el justo y el penitente.

Santo arcangel: en este valle de lágrimas, en el que somos viadores, no nos desampareis. Sed nuestro protector y nuestro fiel amigo, y cuando la tentacion trate de hacernos perder la gracia, colocaos á nuestro lado para que no nos dejemos vencer. Interceded por nosotros con nuestro buen Dios para que sean perdonados nuestros pecados, pues estamos convencidos de que con vuestro auxilio y proteccion tendremos un dia la dicha de en vuestra compañía y la de los demas ángeles y bienaventurados cantar eternas alabanzas al Señor en el templo de la verdadera inmortalidad, que es la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE LOS

SANTOS MÁRTIRES JUSTO Y PASTOR.

*Nos sumus, qui spiritu servimus Deo,
et gloriamur in Christo Jesu.*

Nosotros somos los que servimos á Dios en espíritu, y nos gloriamos en Jesucristo.

Ad Philip. cap. III, v. 3.

REAL SACERDOCIO, PUEBLO CATÓLICO:

La religion augusta que tenemos la dicha de profesar, viene reuniendo en torno suyo desde su misma cuna las mas auténticas pruebas, así de su verdad, como de la Divinidad de su autor Jesucristo Señor nuestro. La doctrina evangélica, destinada á regenerar la sociedad, debia penetrar así en los palacios de los monarcas como en la rústica choza del pastor; pues así como el sol derrama su luz para servirnos de guia y comunicar su benéfico influjo á nuestra naturaleza y á los campos que nos producen el alimento, á este modo el sol Divino de justicia, Cristo Jesus, derrama los hermosos y brillantes rayos de su celes-

titud y sin tropiezos por el camino que conduce al cielo.

Inculcad, padres de familia, á vuestros hijos la devocion de San Rafael: ofrecédselos desde pequeños, y no tengais duda que aceptando el santo arcángel vuestra oferta, velará por ellos para que sean libres de los funestos lazos que empieza desde su infancia á prepararles la seduccion del siglo: San Rafael les alcanzará las bendiciones de Dios, para que crezcan con mas rapidez en virtudes que en edad; y si dóciles siguen vuestros consejos, practican el bien y son constantes en su devocion al Santo arcángel, merecerán tener en él, como tuvo el jóven de la tribu de Nepthalí, un guia que sacándoles ilesos de todos sus trabajos, les conduzca como por la mano al reino de la verdadera felicidad, donde solo entra el justo y el penitente.

Santo arcangel: en este valle de lágrimas, en el que somos viadores, no nos desampareis. Sed nuestro protector y nuestro fiel amigo, y cuando la tentacion trate de hacernos perder la gracia, colocaos á nuestro lado para que no nos dejemos vencer. Interceded por nosotros con nuestro buen Dios para que sean perdonados nuestros pecados, pues estamos convencidos de que con vuestro auxilio y proteccion tendremos un dia la dicha de en vuestra compañía y la de los demas ángeles y bienaventurados cantar eternas alabanzas al Señor en el templo de la verdadera inmortalidad, que es la gloria. Amen.

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE LOS

SANTOS MÁRTIRES JUSTO Y PASTOR.

*Nos sumus, qui spiritu servimus Deo,
et gloriamur in Christo Jesu.*

Nosotros somos los que servimos á Dios en espíritu, y nos gloriamos en Jesucristo.

Ad Philip. cap. III, v. 3.

REAL SACERDOCIO, PUEBLO CATÓLICO:

La religion augusta que tenemos la dicha de profesar, viene reuniendo en torno suyo desde su misma cuna las mas auténticas pruebas, así de su verdad, como de la Divinidad de su autor Jesucristo Señor nuestro. La doctrina evangélica, destinada á regenerar la sociedad, debia penetrar así en los palacios de los monarcas como en la rústica choza del pastor; pues así como el sol derrama su luz para servirnos de guia y comunicar su benéfico influjo á nuestra naturaleza y á los campos que nos producen el alimento, á este modo el sol Divino de justicia, Cristo Jesus, derrama los hermosos y brillantes rayos de su celes-

tial doctrina, para guiar al hombre á su eterna felicidad, desviándole de las tinieblas densas del error y la maldad.

La obra admirable de Jesucristo, tuvo que luchar desde su aparicion en el mundo con las mas crueles persecuciones, con el ódio de enemigos poderosos; la afilada cuchilla, los gárrios, las parrillas, las hogueras y otros mil instrumentos crueles, empleáronse en la destruccion de los profesores de la fé, cuyas almas volaban desde el lugar del martirio á recibir la corona de la inmortalidad en el Empíreo. El proyecto de los emperadores era concluir con la religion cristiana, y sin duda sus esfuerzos hubieran concluido con ella, si la religion cristiana hubiera sido obra humana. ¡Empero era obra de Dios, y las obras de Dios no pueden ser jamás destruidas por los hombres!

¿Podrian los grandes sábios y esclarecidos filósofos hacer variar de direccion á alguno de los astros, aminorar las aguas de los mares, ó hacer que concluyeran en ellos el flujo y el reflujo? ¡Cuán pobre y miserable es el hombre! La menor de las obras de Dios le hace conocer su pequeñez y su nada. ¿No os reiriais de la insensatez del que pretendiese efectuar tales obras? Pues ved la locura de los que tuvieron la temeridad de querer contener el rápido progreso de los triunfos de la religion cristiana: sus persecuciones solo dieron por resultado hacerla aparecer mas gloriosa, llenando el cielo de ilustres mártires que dejaban al mundo en la memoria de su muerte ejemplos admirables de virtud y de fortaleza. ¡Ah! el cristianismo, fecundo en gloriosos hechos, presenta al mundo una cohorte brillantísima de ilus-

tres héroes, que arrojando por todos los peligros y llevando por lábaro de sus conquistas la Cruz del Redentor, ganaron muchas almas para el cielo y sellaron la religion con su inocente sangre.

Es en verdad admirable, mis señores, el espectáculo que presentaba el cristianismo en los siglos de las grandes persecuciones: varones esforzados, ancianos encorvados bajo el peso de los años, tiernas doncellas y hasta niños inocentes, en los que apenas se habia desarrollado la razon, poseidos del mayor entusiasmo y cubiertos los rostros de alegría, corrian presurosos á salpicar con su sangre los vestidos de la inmaculada Esposa del Cordero.

¡Qué lugar mas distinguido ocupan entre todos ellos los esclarecidos niños cuya memoria celebra hoy la Iglesia nuestra Madre, y á quienes este pueblo reconoce por sus especiales patronos! Hablo de los santos mártires Justo y Pastor, que niños aun y cuando apenas habian empezado la carrera de su vida lograron ceñir en sus sienes la corona del martirio. Justo y Pastor pueden levantar su voz y confundir la altanería de los siglos diciendo: *Nos sumus qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu.* Nosotros somos los que servimos á Dios y nos gloriamos en Jesucristo. La constancia en el martirio de estos santos niños es una demostracion tangible de lo vanos que son los esfuerzos todos de la impiedad para destruir la obra de Jesucristo. Tengo presentada la proposicion del presente discurso. Para su buen desempeño imploramos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Reina de los mártires, saludándola con las espresiones del ángel: *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

La verdad y el error han sostenido y sostienen continuamente una porfiada lucha: empero siempre han sido notables los admirables triunfos conseguidos por la verdad. Hemos dicho en el exordio que el catolicismo ha sido combatido desde su misma cuna; pero si esto es una verdad innegable, tambien lo es que invulnerable siempre y sostenido por el dedo de Dios, viene repitiendo estas palabras del mismo Jesucristo: *Portæ inferi non prævalent adversus eam.*

Sí, Iglesia santa; si tan tenazmente eres combatida: si hijos espúreos y desnaturalizados desgarran tus entrañas y hacen verter lágrimas á tus ojos, bien puedes regocijarte, pues te ves rodeada de multitud de hijos dignos que vienen formando tu gloria y tu corona. Tú conservas en tus fastos los nombres de aquellos siervos fieles y prudentes, en quienes quiso el Señor hacerse admirable: te precias de tantos héroes como numeras santos y los presentas como dechados de loabilísimas virtudes; y ora hablándonos de tus vírgenes gloriosas, ya de aquellos ilustres confesores que pudiendo beber á su gusto la ponzoñosa copa de la prostituta Babilonia, no la acercaron á sus lábios, y todo lo abandonaron por seguir á Jesucristo, ya recordándonos el valor y la intrepidez de tus esclarecidos mártires, tan pronto presentándonos la santidad en el trono como en el albergue de la mayor miseria, y resplandecientes en criaturas de toda edad, sexo y condiciones, hácenos conocer que el cristianismo no escluye á ninguno de sus magníficas promesas.

Señores: si Dios se muestra admirable en todos sus santos, yo veo resplandecer de un modo singular su gloria y su poder en los santos mártires que vienen siendo objeto de los presentes cultos. No venimos hoy á hablar de uno de aquellos grandes héroes del cristianismo, á quienes el haber escuchado la predicación de los Apóstoles ó de sus discípulos les decidió á hacerse defensores de Jesucristo y su religion, por cuyos objetos vertieron su sangre en el martirio. No voy á llamar vuestra atencion á la contemplacion de un Estéban, que lleno de virtud y de fortaleza recibe con semblante sereno y como regalos estimables las piedras que sobre él arrojan sus enemigos y que le conducen al cielo: ni vamos á contemplar á un Lorenzo, que mira como blando y regalado lecho las parrillas, ni á un Sebastian que despues de esgrimir el acero en los campos de Marte, cuando la pátria le llamara al cumplimiento de sus deberes militares, se hace conocer como valeroso soldado de Cristo, defendiendo sus soberanos derechos á presencia de los emperadores, y corre impávido al martirio. Todos estos y otros muchos mártires, cuya memoria celebra la Iglesia, son ciertamente acreedores á los mayores elogios; empero entre todos los mártires ilustres veo yo presentarse y resplandecer como estrellas brillantes á los santos Justo y Pastor, que en su niñez, en sus mas tiernos años se hacen un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres, acometiendo la honrosa empresa de morir por Jesucristo con el mismo valor y denuedo, con igual heroismo que lo hicieran aquellos otros á quienes su mayor edad y su despejada razon hicieran claramente dis-

tinguir lo verdadero de lo falso. Dios en sus altos é incomprensibles juicios escogió de entre la multitud á estos tiernos niños para mostrarse por ellos glorioso, y como árbitro en repartir sus gracias se las comunicó en abundancia, haciéndoles emprender una empresa superior á su edad, y por consiguiente á sus delicadas fuerzas. La historia de estos santos niños es un solemne mentís para aquellos que dicen, con el nefando objeto de corromper á la juventud, que las máximas del Evangelio son contrarias á la grandeza de alma, á los grandes hechos. Registremos los anales de su vida.

No son completos los documentos que nos han quedado de todas las circunstancias y particularidades que concurrieron en Justo y Pastor: así yo no podré decir si se mecieron en dorada cuna, ó se cubrieron con los pañales de la miseria: pero todo nos induce á creer que se criaron en una modesta medianía. Alcalá de Henares fué la dichosa pátria que les vió nacer por los años del Señor de 295 al 97. Pastor era el mayor, siendo la diferencia de dos años. ¡Qué oscuros son á la vista del hombre los designios de la Providencia! ¿Quién te diría ¡oh dichoso pueblo de Alcalá! que esos dos tiernos infantillos, en cuyos natalicios ni aun has fijado la vista, formarán un día tu mayor timbre, y declarados tus especiales patronos serán tus intercesores para con Dios? Ciertamente que si de ello se hubiesen apercebido los habitantes de aquel pueblo, hubiesen corrido presurosos á postrarse ante sus cunas, y no hubiesen podido contener las efusiones de su gozo y alegría.

Trasladémonos, mis señores, con la consideracion, á aquella época de prueba para la inmaculada Esposa

del Cordero, en la que Diocleciano y Maximiano levantaron aquella terrible persecucion que pobló el cielo de mártires. Se trataba de desterrar para siempre el nombre cristiano de todas las provincias sujetas al imperio romano. Para esto fueron enviando á los mas crueles é implacables enemigos de los cristianos, como gobernadores á cada una de las provincias. Nuestra ciudad de Zaragoza fué teatro de las mas sangrientas escenas, é innumerables víctimas fueron sacrificadas por el ódio del implacable Daciano, nombrado gobernador de nuestra España. Tanta inocente sangre vertida por su mandato, no fué suficiente para aplacarle, antes por el contrario, creciendo en su corrompido pecho el deseo de venganza y de esterminio contra los hijos de la Cruz, trasládase á Alcalá de Henares, con el impío objeto de sacrificar cuantos cristianos encontrase.

Abre, pues, tus puertas, ciudad célebre, y recibe al mónstruo que viene á cubrirte de luto y de dolor: empero no tiembles ni te acobardes, pues el movimiento de esa espada formará diademas hermosas que adornarán las sienes de tus fieles hijos. Y tú, tirano Daciano, ¿qué pretendes, al fijar tus reales en Alcalá? ¿Cuál es tu designio? ¿Qué exiges de esos leales habitantes? ¿Quieres que el gefe del imperio sea respetado? Lo será, pues que el cristiano sabe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. ¿Deseas que los cristianos abandonen sus creencias y doblen sus rodillas ante los dioses del imperio? ¡Ah! Pides un imposible. Gustosos perderán sus haciendas y sus vidas antes que ser infieles al verdadero Dios, y jóvenes y ancianos, y delicadas doncellas, y hasta los tiernos infantillos salpicarán con su sangre los vestidos de la Esposa de Jesucristo, y harán admirables los triunfos del catolicismo,

En efecto, mis señores: eran los momentos en que todos los ánimos se hallaban agitados en la antigua Cómpluto, hoy Alcalá de Henares, y los cristianos veían el peligro en que se hallaban de perder la vida, á lo que estaban resueltos antes de volver la espalda á Jesucristo; y como quiera que Dios se vale de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes, dispone en sus altos juicios que dos tiernos infantitos sirvan de ejemplo que anime á los mayores para sufrir persecucion y muerte por la justicia. Justo y Pastor, ínclitos patronos de este pueblo, son los señalados por el dedo de la Providencia para admirar al mundo con su valor y fortaleza.

Hijos de padres cristianos, cuyos nombres no nos ha trasmitido la historia, habian recibido una educacion bien diferente por cierto de la que hoy suele darse á los niños: no se habian instruido en esos ramos que nuestra actual sociedad llama de adorno; pero sí habian tratado sus virtuosos padres de hacerles adelantar en la ciencia de la salvacion. Siete años de edad contaba Justo, y nueve Pastor, y ya conocian á Jesucristo, mejor que hoy le conocen hombres encanecidos: sabian que habia muerto por nosotros, y que el cristiano debia estar dispuesto, si necesario fuera, á morir en su defensa; y tenian un exacto conocimiento de que el hombre solo puede ser feliz en la posesion de Dios. Veamos el resultado de tan cristiana educacion.

No bien Justo y Pastor se hubieron apercebido de un bando hecho publicar por Daciano, en el cual se ordenaba que fuesen muertos en los tormentos todos aquellos que no renunciassen la religion cristiana y adorasen los dioses, protectores del imperio de Roma, empiezan á tratar entre sí de las grandezas de la reli-

gion, de lo heróico que seria morir en su defensa, y de lo mucho que animaria á los demas cristianos el ejemplo que ellos siendo tan niños podian darles entregándose á los tormentos por amor á Jesucristo: dijeron, é impulsados seguramente por el influjo del Espíritu Santo, cuando se dirigian á la escuela, tuercen el camino y se dirijen á casa de Daciano, y encontrándose con sus ministros, les dicen con la mayor libertad: «si buscáis cristianos á quienes atormentar, aquí estamos nosotros que detestamos á los ídolos, y creemos en Jesucristo, verdadero Dios, por el que gustosos derramaremos nuestra sangre.» ¡Salve, gloriosos confesores del Redentor de la humanidad! Dad un paso mas, conservad esa fortaleza de que os hallais revestidos y tras unos cortos padecimientos encontrareis una gloria inmortal.

Daciano es sabedor por sus ministros de la pública confesion de aquellos niños, y no así ruge el leon hambriento en medio del espeso bosque, como rabia de desesperacion el inícuo Pretor al ser sabedor de lo que verdaderamente podia considerarse como un prodigio. Sin embargo, no determina hacerlos comparecer en su presencia, conociendo que habian de hablar en su mismo tribunal con la misma decision, lo que á mas de ser una confusion para su autoridad, produciria en los demas cristianos un efecto contrario enteramente á sus ideas, porque se afirmarian en la fé con este ejemplo, y se animarian á padecer y morir por el Crucificado del Gólgota. Así es que manda sean azotados á fin de hacerles mudar de conducta por este castigo, el mas propio que encontraba, atendida su edad.

¡Ah! ¡Qué tierno espectáculo presentaban aquellos inocentes corderos, cuando eran conducidos al lugar

destinado para este padecimiento! Dejemos hablar á San Isidoro, en las lecciones del oficio de nuestros Santos: Justo, que era el menor en edad, decia á su hermano: No temas, Pastor, hermano mio, la muerte del cuerpo, que nos espera, ni los tormentos que hemos de sufrir, pues el Dios que nos ha llamado á tanta gracia, nos dará las fuerzas necesarias y dispondrá que consigamos la palma del martirio. Nuestra vida en este mundo habia de ser breve y perecedera: pero en el otro gozaremos de una vida eterna, colmada de inesplicables delicias. Pastor escucha atentamente el razonamiento de su hermano, é inflamado en el amor de Jesucristo: «Oh hermano Justo, esclama, has hablado dignamente y nada debe de acobardarnos: cerremos nuestros oidos á las persuasiones de nuestros padres, si quieren apartarnos de nuestros propósitos, y busquemos por el martirio esa gloria inmortal, á cuya posesion debe aspirar todo cristiano: démonos priesa para llegar á esa celestial morada, donde pediremos á Dios perdon de los pecados de nuestra infancia y de los de nuestros padres.»

¡Qué pasmo! ¿Os parece, mis hermanos, el lenguaje que acabais de oir propio de unos niños de tan corta edad? ¿No os admira el valor y el heroismo de estas tiernas criaturas? ¡Ah! ¡Cuán admirable se muestra el Señor en sus escogidos! Cual el Profeta de los Salmos, Justo y Pastor miran el mundo como un lugar de destierro que les impide volar al cielo, y cual el Apóstol de las gentes que miraba como basura todas las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, aspiran tan solo á la felicidad del cielo.

Seguid, ¡oh santos niños! seguid esa hermosa carrera que habeis empezado, y no volvais vuestra

vista á este mundo, donde no reina otra cosa que la falsedad y el engaño: levantad al cielo vuestra vista y observad el gozo de los bienaventurados que admiran estáticos vuestro valor y fortaleza; ved esos ángeles que tienen en sus manos palmas y coronas destinadas para vosotros; himnos sonoros resuenan ya en el coro de los mártires donde sois esperados. Corred, pues; corred presurosos al martirio, y al paso que la Iglesia triunfante abrirá sus eternas puertas para recibir dos nuevas víctimas del Evangelio, la militante ofrecerá en todos los siglos futuros á los fieles en las imágenes que os dedique dos admirables modelos de virtud y de fortaleza.

En efecto, mis señores; con semblante risueño recibieron los santos niños los azotes que sobre sus espaldas eran descargados por los robustos brazos de los verdugos: estos quedan atónitos y pasmados al ver tanta constancia, y al observar que nada les intimidaba aquel tormento, se presentan á Daciano á darle cuenta de cuanto habian visto y observado. ¿Qué creéis que hará el tirano al escuchar tan pasmosa relacion? ¿Acaso hacerlos conducir á su presencia? De ningun modo, porque conocia que habian de usar el mismo lenguaje, y esto era para él una ignominia: la soberbia que estaba apoderada de su corazon no le permitia el dejarse confundir por unos niños, y así ordena que los sacasen secretamente de la ciudad y los degollasen en el campo.

Venciésteis, jóvenes ilustres: suspirábais por el martirio, y ya ha sido pronunciada la sentencia; deseábais verter vuestra inocente sangre en defensa de Jesucristo, y ya está afilada la cuchilla; acérquese el feliz momento en que vais á ser contados en

el número de los gloriosos mártires de la religion. ¿No era esta la dicha por que anhelabais? ¿No haciais consistir en esto vuestra felicidad? Pues dad gracias á Dios que os ha concedido cuanto deseabais.

Asi fué, mis señores: en cumplimiento de la órden de Daciano los dos niños Justo y Pastor son sacados fuera de la ciudad, cayendo la cuchilla sobre sus cuellos, y dando con la efusion de su sangre un claro testimonio de la fé que ardia en sus corazones: los ángeles recogen sus almas para presentarlas sobre las aras del Cordero inmaculado: en el cielo entonan los bienaventurados himnos sonoros, y en la tierra reconoce el cristianismo á través de los tiempos en nuestros santos niños dos héroes admirables, dignos modelos de los hijos de la Iglesia.

Disfrutad para siempre ¡oh ínclitos jóvenes Justo y Pastor! esa gloria que supísteis conquistar con vuestras virtudes y fortaleza. Nosotros al cantar vuestras alabanzas no hacemos otra cosa que reproducir ese eco sublime que á través de los siglos viene trasmitiendo la memoria de vuestro martirio.

Señores: los santos niños patronos y tutelares de este pueblo nos están diciendo y demostrándonos con su conducta, que ellos sirvieron á Dios en espíritu y se gloriaron en Jesucristo. *Nos sumus qui spiritu servimus Deo et gloriamur in Christo Jesu.* ¡Leccion sublime y llena de elocuencia para los cristianos tibios é indiferentes que en todo piensan menos en llenar los fines para que fueron criados! La fé es un don de Dios, una virtud sobrenatural de indispensable necesidad, en términos que sin ella no podemos salvarnos; empero de nada sirve, como no sea para ma-

yor confusion, una fé estéril, una fé sin obras, que es una fé muerta. Cristianos: vosotros todos profesais por la misericordia de Dios la fé de Jesucristo, como la profesaban los santos niños Justo y Pastor; sois como ellos miembros de la Iglesia de Jesucristo, y aspirais á la posesion de la gloria que ellos conquistaron con su sangre. Ahora bien, ¿es vuestra fé parecida en algo á la de nuestros santos? No se os exige que como ellos corrais á los tormentos, porque felizmente la Iglesia de Jesucristo no sufre hoy entre nosotros esas grandes persecuciones que producen mártires: pero esa admirable constancia, esa fortaleza que en ellos resplandeció y que fué una demostracion palpable de la fé de que estaban adornados, debe tambien resplandecer entre nosotros, porque si no tenemos que combatir con tiranos, tenemos sí que sostener una lucha terrible con nuestras propias pasiones, que continuamente se rebelan contra el espíritu. ¿Y sabemos resistir? ¿Y procuramos siquiera conseguir el triunfo y la victoria? ¡Ah, cuán lejos estamos de tener la fé de Justo y Pastor!

Cuando la Iglesia nuestra Madre celebra las festividades de los bienaventurados, y dispone que se prediquen al pueblo sus virtudes, no es tan solo para que las admiremos, sino tambien para que nos sirvan de ejemplo y procuremos imitarlas. Vosotros, habitantes de este pueblo, reconocéis por patronos á Justo y Pastor, y apenas abristeis los ojos á la luz del mundo, fuísteis acostumbrados por la piedad de vuestros padres á venerarlos, y á invocarlos en todas vuestras necesidades, esperando siempre el conseguir de Dios Omnipotente el reme-

dio de todos vuestros males por la intercesion de estos santos niños. Ahora bien, ¿estarán ellos dispuestos á interceder por vosotros, si olvidados de vuestros deberes religiosos vivís envueltos en la maldad y en el crimen? No, mis hermanos: para merecer la proteccion de Justo y Pastor se hace preciso é indispensable ser imitadores de sus heroicas virtudes, y estar dispuestos á derramar como ellos, si necesario fuera, hasta la última gota de sangre en defensa de Jesucristo y sus soberanos derechos, y tener una vida santa, de suerte que podamos esclamar como nuestros santos: Nosotros somos los que servimos á Dios en espíritu y nos gloriamos en Jesucristo. *Nos sumus qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu.*

Aceptad ¡oh santos ilustres! los testimonios de nuestra devocion y confianza: escuchad benignos nuestros ruegos en favor de esta nacion católica que es vuestra pátria; desde esa morada feliz do habitais dirigid una mirada de compasion sobre este suelo español tan fecundo en otros tiempos de mártires ilustres, de celosos confesores y santas vírgenes. Interceded con el eterno á fin de que no se apague jamás entre nosotros la luminosa antorcha de la fé: que una paz estable y duradera reine en esta trabajada nacion digna de la mejor suerte. Conseguidnos la gracia de que salgamos incólumes de la desecha borrasca que aun todavia amenaza nuestras creencias religiosas, y que llegue un dia en que podamos ceñir en nuestras sienas la verde y hermosa aureola de los predestinados, para que en vuestra compañía cantemos himnos de alabanza y bendiccion á nuestro Dios en el seno de la verdadera inmortalidad que es la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SANTA RITA DE CASIA.

*Dilexisti justitiam et odisti iniquitatem:
propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo
lætitiæ.*

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso tu Dios te ungió con el óleo de la alegría.

Ps. XLIV, v. 8.

La historia del cristianismo es ciertamente la historia de las maravillas de Dios obradas en sus criaturas. Desde que los primeros discípulos del Salvador en cumplimiento de aquella orden terminante que recibieran de su Maestro: «Id y enseñad á todas las gentes,» empezaron á estender por toda la tierra la verdad católica, la doctrina evangélica, destinada á regenerar las sociedades y hacer conocer á los hombres que el Crucificado del Gólgatha era el camino, la verdad y la vida, establecióse el reino de la caridad, de esa caridad que uniendo á los hombres con el Criador, los une tambien entre sí, formando de todos ellos una sola familia, un solo cuerpo de adoradores del verdadero Dios, seguidores de la doctrina evangélica, unidos por los lazos del amor mas puro.

dio de todos vuestros males por la intercesion de estos santos niños. Ahora bien, ¿estarán ellos dispuestos á interceder por vosotros, si olvidados de vuestros deberes religiosos vivís envueltos en la maldad y en el crimen? No, mis hermanos: para merecer la proteccion de Justo y Pastor se hace preciso é indispensable ser imitadores de sus heroicas virtudes, y estar dispuestos á derramar como ellos, si necesario fuera, hasta la última gota de sangre en defensa de Jesucristo y sus soberanos derechos, y tener una vida santa, de suerte que podamos esclamar como nuestros santos: Nosotros somos los que servimos á Dios en espíritu y nos gloriamos en Jesucristo. *Nos sumus qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu.*

Aceptad ¡oh santos ilustres! los testimonios de nuestra devocion y confianza: escuchad benignos nuestros ruegos en favor de esta nacion católica que es vuestra pátria; desde esa morada feliz do habitais dirigid una mirada de compasion sobre este suelo español tan fecundo en otros tiempos de mártires ilustres, de celosos confesores y santas vírgenes. Interceded con el eterno á fin de que no se apague jamás entre nosotros la luminosa antorcha de la fé: que una paz estable y duradera reine en esta trabajada nacion digna de la mejor suerte. Conseguidnos la gracia de que salgamos incólumes de la desecha borrasca que aun todavia amenaza nuestras creencias religiosas, y que llegue un dia en que podamos ceñir en nuestras sienas la verde y hermosa aureola de los predestinados, para que en vuestra compañía cantemos himnos de alabanza y bendiccion á nuestro Dios en el seno de la verdadera inmortalidad que es la gloria. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SANTA RITA DE CASIA.

*Dilexisti justitiam et odisti iniquitatem:
propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo
lætitiæ.*

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso tu Dios te ungió con el óleo de la alegría.

Ps. XLIV, v. 8.

La historia del cristianismo es ciertamente la historia de las maravillas de Dios obradas en sus criaturas. Desde que los primeros discípulos del Salvador en cumplimiento de aquella orden terminante que recibieran de su Maestro: «Id y enseñad á todas las gentes,» empezaron á estender por toda la tierra la verdad católica, la doctrina evangélica, destinada á regenerar las sociedades y hacer conocer á los hombres que el Crucificado del Gólgatha era el camino, la verdad y la vida, establecióse el reino de la caridad, de esa caridad que uniendo á los hombres con el Criador, los une tambien entre sí, formando de todos ellos una sola familia, un solo cuerpo de adoradores del verdadero Dios, seguidores de la doctrina evangélica, unidos por los lazos del amor mas puro.

Fecundo el cristianismo, produjo en todos los siglos héroes admirables de virtud, que son una demostración palpable de que no es impracticable la doctrina evangélica. Yo me maravillo al leer en los fastos del cristianismo la historia de aquellos siervos fieles y prudentes en quienes plugo al Señor hacerse admirable, y al ver que unos se santificaron trabajando con asiduidad y plausible celo en la santificación de sus hermanos, llevando la luz del Evangelio á regiones que durmieran en el sueño de la idolatría; al observar á otros que llegaron á la perfección huyendo de la seducción de la prostituta Babilonia del siglo, retirándose á los mas ásperos desiertos: al descubrir otros muchos que llegaron á la perfección sin salir del seno de sus familias, dedicados á las ciencias, á las artes ó á los mas humildes oficios; y en suma, cuando contemplo esa cadena misteriosa de criaturas de toda edad, sexo y condiciones, que tuvieron una vida escondida en Jesucristo su Dios, ya en el estado religioso, como en el del matrimonio, ora entre el bullicio del siglo, como en el silencio de los claustros, ya hubieran abierto sus ojos en dorada cuna, ó se hubiesen visto privados de bienes de fortuna, no puedo menos de admirar los triunfos conseguidos por la gracia, y reconozco la justicia con que podemos dar un solemne mentís á esos filósofos modernos que bien avenidos con el desbordamiento de sus pasiones, á que les conducen sus erróneas ideas, ven en el Evangelio un código de leyes, cuya teoría les encanta, pero cuya práctica la creen imposible.

¡Ah! ¡En qué delirios dá el hombre cuando se guía por solo su razón mal dirigida! ¡Irrealizables los preceptos evangélicos! Pues qué, ¿os parece que sería

propio de la dignidad, de la grandeza, de la verdad de Dios el dictar leyes que no pudiesen practicarse? Bien conoceis que esto no es posible. El fin del hombre es la Gloria, y á este fin altísimo puede llegarse sea cualquiera el estado de la criatura.

Afortunadamente el objeto de los presentes cultos es una heroína del cristianismo, que nos suministra las mas brillantes pruebas de esta verdad. Yo fijo mi vista en este modelo de santidad, honor del cristianismo y gloria de la Italia, y no sé qué admirar mas en ella al contemplar los diversos estados porque hubo de pasar. Rita de Casia, que fué un espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres, es un libro que enseña elocuentemente los caminos de la salvación á todas las criaturas. Las jóvenes tienen en ella el espejo clarísimo de la modestia y de la pureza, que tan apreciable las hace, así para los ojos de Dios, como para los de la sociedad. Las casadas, un perfecto modelo de las virtudes que deben distinguirlas, de la prudencia en el gobierno de las familias y de la paciencia que les es tan necesaria para sobrellevar los trabajos de su estado y atraer á sus esposos al buen camino cuando les ven extraviados. Rita, dedicada á la oración continua y las obras de piedad, luego que ha perdido á su esposo y á sus hijos, es el mejor modelo que puedan imitar las viudas para no apartarse de sus deberes. Mas, hay mas, mis señores: el espectáculo que nuestra santa presenta, retirada á la vida monástica en el claustro de las hijas del gran Padre San Agustín, es digno de admiración. Con la exactitud que cumplió sus deberes en los anteriores estados, cumplióslos en el de religiosa, y el monasterio de la Magdalena de Casia mira en nuestra santa y su con-

ducta religiosa la norma mas perfecta de sus hijas.

Empero, no nos detengamos mas, y fijemos las bases sobre las que voy á fundar el elogio de Santa Rita de Casia, para satisfacer vuestras piadosas ánsias. Rita, sufriendo con la mayor paciencia grandes trabajos en el estado del matrimonio, y ejercitándose en toda clase de virtudes, es el mas perfecto modelo de las casadas cristianas. *Primera parte.* Rita llegando á la perfeccion de las virtudes en el claustro, por el exactísimo cumplimiento de sus votos, es asimismo el mas perfecto modelo de religiosas. *Segunda parte.* Una y otra nos harán conocer que por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad, la ungió el Señor con el óleo de su alegría: *Dilexisti justitiam et odisti iniquitatem: propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo lætitiæ.*

Plegue á Dios que mis deseos correspondan á la confianza que os habeis dignado dispensarme: mas como quiera que nada bueno podria hacer sin ser asistido por los auxilios divinos, supliquémoslos por la intercesion de la Reina de los Angeles María Santísima, saludándola para el efecto con la mayor devocion y reverencia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Cuando hablamos á los hombres de las virtudes cristianas; cuando les presentamos como modelos de abnegacion los héroes que veneramos en los altares, y que son ciudadanos de la Jerusalem celestial, no pueden menos de admirar su santidad; pero si les decimos que por qué no siguen el camino que nos dejaron trazados para llegar un dia á acompañarles en la patria de los escogidos, prontamente nos contestan que no

pueden dedicarse como desearan á adelantar en las virtudes cristianas, por tener que fijar sus atenciones en los negocios del mundo para cumplir las obligaciones que les ligan en la sociedad. Si el cristianismo no nos presentára como modelos de santidad mas que á Antonio Abad, á Hilarion y á los demas que como ellos huyeron de la seduccion del mundo, retirándose á la aspereza de los desiertos, tal vez esta circunstancia les serviria de argumento en pró del error que sostienen injusioso á la misma religion de Jesucristo. Pero la Iglesia al recordarnos la memoria de sus santos, ora nos los presenta cubiertos con el manto de los Césares, ya guareciéndose del frio bajo el rústico y movedizo techo de una cabaña. Tan cierto es que no está reservada la virtud y la santidad tan solamente para los que profesan la vida religiosa. En cualquier estado pueden unirse la virtud y el cumplimiento de las obligaciones sociales. Busquemos las pruebas de esta verdad en la heroína que celebramos.

Y desde luego, trasladémonos con nuestra imaginacion al siglo XIII de la Iglesia y fijemos nuestra vista en Rocca Porréna, pequeño é insignificante lugar de la jurisdiccion de Casia, situado en los Estados de la Iglesia. Un matrimonio lleno de virtudes es allí el modelo de sus habitantes, á quienes dan ejemplo de caridad, ejercitándose en unir á enemigos y guiar á todos con saludables consejos por el camino de la felicidad: de misericordia, repartiendo entre los pobres cuanto les restaba despues de cubiertas sus necesidades diarias: de piedad, permaneciendo horas enteras ante los santos altares en la mas fervorosa oracion: de modestia, por la sencillez de sus vestidos, y de humildad y mansedumbre, mirando en todas las

criaturas sin distincion de clases ni condiciones hermanos acreedores á su amor.

Tales virtudes, conducta tan arreglada á la ley de Dios no habia de quedar sin recompensa acá en la tierra, por mas que les estuviese reservado el eterno premio que el Señor ha ofrecido á los que practican la virtud y en ella perseveran hasta el fin. Ya habreis conocido que hablo de los padres da santa Rita de Casia, á quienes Dios concedió este fruto de su piedad, no obstante hallarse ambos en la ancianidad. Si Isabel, mujer de Zacarías, concibe á pesar de su esterilidad para dar á luz á aquel varon lleno de virtudes que fué el precursor de Jesucristo, y cuyo elogio hace el mismo Espíritu Santo en las páginas de la Escritura Santa, tambien concibe la madre de Rita para dar á luz una criatura que si bien no está destinada para señalar al Salvador con su dedo, lo está sí para señalarle con su conducta cristiana, copiando las virtudes que nos enseñara con su ejemplo y celestial doctrina; y sí el ángel Gabriel anuncia á Zacarías el nacimiento del Bautista, diciéndole que seria grande delante del Señor y que estaria lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre (1), otro ángel aparece á la madre de nuestra Santa cuando habia concebido, y en vision nocturna le anuncia que iba á ser madre de una niña rica en virtudes, que con su vida y buenas costumbres seria agradable á los ojos de Dios, porque desde su niñez habia de servirle fielmente y le habia de amar con todo su corazon. Por lo cual el Omnipotente determinaba obrar por ella muchas maravillas en el mundo, y que seria astro brillante en el cielo de

(1) Luc. cap. I, v. 13.

su Iglesia para guiar á los mortales al puerto de salvacion (1). Las pruebas acreditaron con el tiempo la verdad de esta revelacion.

No creais, mis señores, que para ver resplandecer en Rita las virtudes cristianas sea necesario fijarnos en los dias de su juventud, pues que en su misma niñez era ya un espectáculo admirable no solo á sus padres sino tambien á cuantos la conocian. La Sagrada Escritura elogia á Josías porque siendo aun niño empezó á buscar al Dios de su padre David, restableciendo el templo y el culto del Señor. «Hizo, dicen las Sagradas Páginas, lo que era recto en la presencia del Señor, y anduvo en el camino de David su padre, no torciéndose ni á derecha ni á izquierda (2).» Ved aquí una fiel pintura de Rita en sus primeros años. ¿Le concedió el Señor el privilegio de que se adelantase en ella el uso de la razon? Yo no sabré contestar á esta pregunta, ni me es lícito investigar los secretos de Dios en orden á sus escogidos; pero sí diré que á la edad en que los niños no piensan en otra cosa que en los entretenimientos propios de la infancia, Rita no desea otra cosa que frecuentar el templo, asistir á los divinos oficios de la Iglesia, y mostrando un conocimiento superior á su tierna edad, no encontraba otras delicias que en el retiro de las gentes y aun de sus virtuosos padres, donde se entregaba á la meditacion profunda de la pasion y muerte del Redentor de la humanidad.

¡Ah qué espectáculo tan bello presenta Rita de

(1) Vida de la Santa por el P. M. Fr. José Sicardo, cap. II.

(2) Fecitque quod erat rectum in conspectu Domini, et ambulavit in viis David patris sui: non declinavit neque ad dextram neque ad sinistram. II Paralip. cap. XXXIV, v. 3.

Casia en su juventud! Conforme iba creciendo en edad iba recibiendo cual otro Samuel nuevas bendiciones del Señor (1) y haciendo rápidos progresos en la carrera de las virtudes. El pudor, la honestidad, la sencillez de alma, en una palabra, la angelical inocencia, conoceis que resaltan y ennoblecen á una doncella y la hacen respetable hasta á los ojos del hombre menos religioso. Tales prendas resplandecian en la bella doncella italiana, en cuyo corazón solo el amor de Dios tenia cabida. Lejos de ella ese lujo provocativo que insulta la pobreza, que forma redes para aprisionar las almas, y que es una prueba nada equívoca de ese egoísmo que hoy mas que nunca viene siendo el alma de la sociedad corrompida y que destruye la moral del Evangelio. Rita, que no podia usar de afectacion fingida, y que estaba dotada de un alma grande, noble y generosa, piensa únicamente en el adorno, no de su cuerpo, que sabe es un vaso frágil que debe volver á la tierra, de donde fué formado, sino al de su alma que desea salvar, y por eso no quiere, no desea otro trato que el de su Dios. Ella sabe dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que le pertenece; quiero decir, que su asistencia al templo y su inclinacion al retiro no le impedian el ejecutar cuanto le mandaban sus padres, como mas tarde no le servia de obstáculo para cumplir con los deberes domésticos en el estado del matrimonio.

Insensiblemente hemos llegado á la época de los grandes sufrimientos de Rita de Casia, á los dias en que su paciencia y todas sus virtudes pasaron por

(1) Judic. cap. XIII, v. 24.

las mayores pruebas. La obediencia es una virtud gratísima á los divinos ojos, y terminantemente nos ha dicho el Señor que la obediencia es mejor aun que los sacrificios (1). Ella, pues, ardia en grandes deseos de abrazar la vida religiosa, no queriendo otro esposo que á Jesucristo, cuyo deseo comunicó á sus padres con el objeto de recibir su licencia y bendicion. Mas como quiera que las criaturas aceptables al Señor deben probarse en la tribulacion (2), el Señor, cuyos juicios son incomprensibles, dispone que no sea del agrado de sus padres la santa resolucion de Rita, porque sentian vivamente perder prenda de tanto valor, haciéndole reflexiones de la necesidad que tenian de sus cuidados cuando se hallaban en la ancianidad. Rita, cuya prudencia era extraordinaria y que era un verdadero modelo de obediencia, vé en la voluntad de sus padres la de Dios y se conforma á no separarse de ellos mientras vivan, para atender á su cuidado; pero siempre con la resolucion firme y constante de no recibir otro esposo que á Jesucristo.

Supuestos estos antecedentes, ¿quién será capaz de comprender la tribulacion y angustia de su corazón, al manifestarle sus padres su determinada voluntad de que tomase el estado del matrimonio? Aflicta con tal nueva corre á los piés de Jesucristo y anegada en lágrimas, le dirige la mas tierna y afectuosa oracion, suplicándole su divina asistencia, y que le muestre su voluntad soberana, sabiendo que sus deseos eran únicamente consagrarle su virginidad.

(1) Melior est enim obedientia quam victimæ. I. Reg. cap. XV.

(2) Eccli. cap. II, v. 5.

Rita tenía que sufrir, tenía que ganar el cielo á costa de trabajos, y así por inspiracion de Dios, conformase con el mandato de sus padres, y únese en matrimonio con un jóven, que con dificultad hubiesen podido encontrar otro menos apropósito para asociarse con una mujer tan virtuosa como Rita. Soberbio y arrogante, de condicion asperísima y sin ningun temor de Dios, fué mas bien que un compañero, un martillo de nuestra Santa.

Dios que probó la paciencia y humildad del santo Job, privándole de sus bienes, quiso probar la de Rita, dándole un marido vicioso, dissipador de los bienes y que no le dirigia su palabra sino para colmarla de injurias.

Rita, que conoce sus deberes, ni se irrita ni dá á conocer en su rostro la menor señal de disgusto: nada hace, ni aun asistir al templo sin la licencia de su esposo, y llena de paciencia, si se aflige es tan solo al recuerdo de la posibilidad en que se halla su esposo de perder su alma por vivir apartado de la ley de Dios. ¿Cuál es el deber de una mujer que vé á su marido abandonar sus obligaciones, y entregarse á los vicios? No otro que el trabajar por su parte por atraerlo á sus deberes. ¿Y de qué armas se valdrá para ello? De la humildad, de la paciencia y de la prudencia. ¡Oh! ¡De qué modo tan admirable practicó estas virtudes nuestra Santa! Ella poniendo todos los medios para conseguir la paz, sufriendo con resignacion los malos tratamientos de que era objeto, ofreciendo á Dios sus trabajos, y correspondiendo con el mayor amor y con dulzura á un marido de tan criminales costumbres, consiguió lo que conseguirian muchas esposas si imitasen su ejemplo, que fué mudar su

condicion, trocando su corazon y convirtiéndole de soberbio en humilde, de hombre vicioso en un esposo honrado y que no tenía despues otro deseo que el estar al lado de su esposa, cuya virtud celebraba en todas partes, conociendo que á ella debia la reforma de sus costumbres.

Despues de tantos trabajos vino la consolacion y en la casa de nuestra santa reinaba una paz hermosa y envidiable, y mientras el esposo acudia al cumplimiento de sus deberes, Rita se dedicaba á la oracion y á la atencion de la grande obligacion que tienen los padres de dirigir á sus hijos por el camino de la salvacion. El Apóstol San Pablo dirigiéndose á los padres de familia, les dice: *Educate filios in disciplina et correptione Domini*. Dos hijos habia concedido el Señor á Rita, y todo su cuidado lo pone en cumplir este deber, educándoles en el temor santo de Dios, procurando grabar en sus corazones desde sus mas tiernos años el amor á las virtudes cristianas.

Aprended vosotras, las que estais ligadas con los lazos del matrimonio: aprended de nuestra Santa á cumplir fielmente con los deberes de vuestro estado; y de esta mujer heróica á quien los deberes domésticos no le estorbaron para adelantar en las virtudes cristianas, aprendamos todos á obrar. Piadosa cual otra María que postrada á los piés del Señor oia atentamente sus palabras, y solícita cual otra Marta en los asuntos domésticos, fué Rita, como habeis visto, el mas perfecto modelo de las casadas cristianas. Tiempo es ya de que siguiendo el hilo de su pasmosa vida, la contemplemos asimismo como modelo de religiosas.

SEGUNDA PARTE.

Si bien el Señor concede su gracia á todas las criaturas aumentándola conforme nosotros vamos correspondiendo á ella, hay ciertas almas privilegiadas, en quienes parece que quiere hacer gala de sus inefables atributos. Yo veo resplandecer de un modo admirable la gloria de Dios y su poder en la esclarecida Rita de Casia, entresacada de la multitud para que fuese una antorcha luminosa, capaz de poder guiar á otras muchas almas por los caminos que conducen á la pátria celestial.

En efecto, observamos á nuestra Santa, jóven, edificante y casada perfecta: en ambos estados dió al mundo grandes ejemplos que imitar: pero debemos aun observarla en el estado de religiosa, donde sus virtudes tomaron el mas rápido vuelo. Dios, por cuyas secretas disposiciones habia tomado Rita el estado del matrimonio, la privó en breve tiempo de su esposo y de los dos hijos que le concediera. Pagó el tributo de sus lágrimas á las prendas que amaba y de quienes la muerte la separaba: y desembarazada de los asuntos domésticos, entregóse á atender únicamente al cuidado de su alma: y su modestia, la seriedad de sus vestidos, su recato y comedimiento en el hablar, formaron de ella tan perfecto modelo de viudas, como antes lo habia sido de doncellas y casadas.

No se habia borrado en ella aquel antiguo deseo que siempre conservó de servir á Dios en el retiro del claustro, y antes por el contrario, aumentósele este deseo al verse en libertad para poderlo efectuar. Em-

briagada, digámoslo así, en el amor de su Dios, diríjese al convento de la Magdalena de Casia, y humildemente suplica á la superiora se digne concederle el santo hábito, para mejor poder servir á Dios y salvar su alma: empero sus ruegos son desatendidos, negándose las religiosas á admitirla en su compañía, por la única circunstancia de ser viuda.

No temas, mujer fuerte y valerosa, por mas que siempre te veas contrariada. Las tribulaciones formarán tu corona, pues que los hijos del Dios del Gólgota deben marchar por el camiuo de la Cruz. En efecto, Rita oye con resignacion y paciencia la repulsa, y recurre á buscar remedio en la oracion, y el Dios que escuchó á Agar en su afliccion, concediéndola sucesion (1), y que oyó benigno á los Israelitas librándoles de la dura esclavitud que sufrían (2), recibe la oracion de Rita, y dispone que concluya su afliccion de un modo tan extraordinario como maravilloso. Un ángel por mandato de Dios abrió á Pedro y á otros apóstoles la puertas de la cárcel, poniéndoles en libertad. Las puertas del monasterio donde Rita debia desposarse con Jesucristo, no es necesario que sean abiertas por nadie. San Juan Bautista, San Agustin y San Nicolás de Tolentino, santos á quienes Rita profesaba gran devocion, se le presentan cuando está en lo mas fervoroso de su oracion, y dándole á comprender que habia llegado el momento para ella tan deseado, la mandan que siga en pos de ellos, los cuales la dirijen por asperísimo camino hasta el monasterio de la Magdalena, donde fué in-

(1) Génes. cap. XVI, v. 11.

(2) Exod. cap. II, v. 17.

troducida por sus tres santos protectores, no obstante estar cerradas las puertas del monasterio.

¿Quién podrá, mis señores, pintar con vivos colores el regocijo de esta alma santa, al verse ya en el asilo de las esposas de Jesucristo? ¿Quién podrá expresar las dulces espresiones de su amor y gratitud? ¡Qué noche tan feliz para Rita, aquella en que vé cumplidos los grandes y vehementes deseos de su corazón! «Yo soy, dice á la mañana siguiente á las religiosas que se admiran al verla dentro del monasterio, yo soy aquella pobre viuda, que llamado á las puertas de vuestra clemencia, para ser admitida en vuestra compañía, fuí escluida por indigna de tanta dicha. Pero sabed, amadas madres y queridas hermanas en Jesucristo, para que sosegueis y apartéis de vosotras toda sospecha, como su Divina Magestad, queriendo hacerme esta singular gracia, me envió la noche pasada al Divino Precursor acompañado del Sol Agustino y la brillante estrella Nicolás, mis protectores, los cuales por un modo maravilloso me condujeron á vuestra clausura... y yo os ruego por aquel Señor que así ha manifestado conmigo su infinita misericordia, que la useis vosotras admitiéndome en vuestra compañía (1).» Dijo, y conociendo las religiosas el gran regalo con que el Señor las favorecía, admitieronla á su compañía con las mayores pruebas de amor y de regocijo.

Señores; si ahora hubiésemos de examinar una por una las acciones de Rita en el claustro; si hubiésemos de hablar con algun detenimiento de la elevacion de su espíritu, de sus raptos y arrobamientos, del

(1) Vida de la Santa, ya citada, cap. IV de la parte III.

modo como se ejercitó en cada una de las virtudes, y de los muchos favores que recibió de su celestial esposo, seria una empresa imposible de llevar á cabo, atendiendo á los estrechos límites á que puede reducirse un discurso oratorio. Si una religiosa debe guiarse en todo por la humildad, Rita se tiene y reputa por la religiosa menos útil y desea servir las á todas, y su anhelo es ejercitarse en los oficios mas penosos. Si la obediencia debe ser su norte, ciegamente hace cuanto se le ordena, y su voluntad no es otra que la de su prelada y confesor. Si hace voto de pobreza, Rita no se reconoce dueña ni aun del hábito que la cubre. Sus delicias las encuentra en el trato con su Dios en la oracion frecuente, y cuando su vida habia sido una vida santa, castiga y mortifica su cuerpo como si tuviera que hacer penitencia de grandes pecados, y si el Señor, como dice la Escritura Santa, castiga al que ama (1), mostró amar extraordinariamente á Rita, haciéndole sufrir crueles dolores en un continuado martirio de quince años, producido por una de las espinas de la corona de su esposo Jesucristo, que este la colocó en su frente para que siempre tuviera presente la memoria de su passion: y ella que no vivia sino para su divino esposo, goza y se regocija con tan celestial aunque doloroso regalo.

Ved, pues, mis señores, si con razon afirmé que Rita de Casia es un perfecto modelo de religiosas. Reunid ahora cuanto llevamos dicho, su inclinacion á servir á Dios desde su mas tierna infancia; su ejemplar conducta en su juventud que edificaba á cuantos

(1) Ad Heb. cap. XII, v. 6.

la trataban; su prudencia y ciega obediencia, resignándose contra su voluntad á abrazar el estado del matrimonio; la grande y extraordinaria paciencia con que sufrió los malos tratamientos de su esposo, y considerada despues en el cláustro, donde en premio de sus heróicas virtudes mereció recibir grandes consuelos de Dios; y parad mientes, por último, en los grandes milagros que el Señor ha obrado y obra cada dia por su intercesion, y vereis con cuánta justicia la he aplicado las palabras del Salmista con que encabecé el discurso: Porque amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, te ungió tu Dios con el óleo de la alegría. *Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem; propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo lætitiæ.*

¿Deseais, mis señores, su proteccion? Pues imitadla en sus virtudes: el amor de Dios fué su norte, amadla vosotros y este amor os separará del pecado y sereis dichosos como ella: es decir, sereis felices en el tiempo, para recibir despues la corona de la inmortalidad. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui
justa cor meum, et animam meam faciet.*

Levantaré para mi un sacerdote fiel
que obrará conforme á mi corazon y á
mi alma.

I Reg. cap. II, v. 35.

Por mas que la mentira se haya propuesto desde la cuna misma del cristianismo combatir á la Esposa sin manchilla del Cordero, no hay que temer que aquella prevalezca ni tenga la gloria de haber triunfado sobre esta. Jesucristo lo habia ofrecido solemnemente: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y es una verdad proferida por sus mismos lábios que primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra.

La Iglesia, que es una como su fundador, Santa como su Maestro Divino, Católica ó universal como el amor que la dió el ser, y Apostólica por sus primeros hijos y predicadores, abrió al punto sus brazos para recibir en ellos á todos los pueblos y naciones. Pedro, primer confesor de la divinidad de Jesucristo, es constituido por él, primer Pontifice de la nueva

la trataban; su prudencia y ciega obediencia, resignándose contra su voluntad á abrazar el estado del matrimonio; la grande y extraordinaria paciencia con que sufrió los malos tratamientos de su esposo, y considerada despues en el cláustro, donde en premio de sus heróicas virtudes mereció recibir grandes consuelos de Dios; y parad mientes, por último, en los grandes milagros que el Señor ha obrado y obra cada dia por su intercesion, y vereis con cuánta justicia la he aplicado las palabras del Salmista con que encabecé el discurso: Porque amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, te ungió tu Dios con el óleo de la alegría. *Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem; propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo lætitiæ.*

¿Deseais, mis señores, su proteccion? Pues imitadla en sus virtudes: el amor de Dios fué su norte, amadla vosotros y este amor os separará del pecado y sereis dichosos como ella: es decir, sereis felices en el tiempo, para recibir despues la corona de la inmortalidad. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SAN JUAN DE LA CRUZ.

*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui
justa cor meum, et animam meam faciet.*

Levantaré para mi un sacerdote fiel
que obrará conforme á mi corazon y á
mi alma.

I Reg. cap. II, v. 35.

Por mas que la mentira se haya propuesto desde la cuna misma del cristianismo combatir á la Esposa sin mancilla del Cordero, no hay que temer que aquella prevalezca ni tenga la gloria de haber triunfado sobre esta. Jesucristo lo habia ofrecido solemnemente: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y es una verdad proferida por sus mismos lábios que primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra.

La Iglesia, que es una como su fundador, Santa como su Maestro Divino, Católica ó universal como el amor que la dió el ser, y Apostólica por sus primeros hijos y predicadores, abrió al punto sus brazos para recibir en ellos á todos los pueblos y naciones. Pedro, primer confesor de la divinidad de Jesucristo, es constituido por él, primer Pontifice de la nueva

ley, recibe toda potestad en el cielo y en la tierra, y es declarado legislador supremo de la Iglesia, con todo poder, autoridad y doctrina para regir y gobernar á ovejas y pastores: poder y autoridad que existe y existirá en sus legítimos sucesores hasta la consumacion de los siglos, mal que le pese al infierno y sus secuaces.

El demonio, á quien tantas víctimas se le arrebataron con la promulgacion del Evangelio, despertó el orgullo del hombre á fin de que persiguiese á muerte á la Iglesia de Jesucristo; pero esta ha prevalecido siempre no solo de los absurdos del paganismo y la audacia de la filosofía, sostenidos por la ciencia y los vicios, sino tambien de la alevosía de los hereges. No es nuestro ánimo detenernos en este momento en referir las grandes persecuciones sufridas por la Iglesia, y concretándonos tan solo á los heresiarcas que han asestado sus tiros contra ella, diremos que aun estaba fresca la sangre que bañara el Golgotha, aun parecia escucharse en el mundo la voz de los Apóstoles, pues sus primeros discípulos anunciaban por todas partes la doctrina que de ellos habian recibido, cuando en los tres primeros siglos de la Iglesia se presentan los Basilides, Marcion, Montano y Sabelio, combatiéndola y oponiéndose tenazmente á algunos de sus dogmas principales. Tras estos, en el siglo IV, vemos á Arrio, Apolinar, Macedonio y otros que dan sus nombres á nuevas heregias, quién oponiéndose á la divinidad de Jesucristo, quién negando á la Santísima Virgen el título de Madre de Dios, buscando argumentos en las doctrinas absurdas del paganismo y la filosofía. Empero Dios, que vela por su Iglesia, hace aparecer en el mundo á los Crisóstomo-

mos, Agustinos y Gerónimos, que con la razon del Evangelio en la mano los combaten y los vencen. Ya parecia estar tranquila la Esposa de Jesus, cuando vemos aparecer el Pelagianismo, acompañado de Nestorio y Eutiques, que llenos de soberbia preparan nuevas batallas, pero se encuentran de frente con nuevos atletas del catolicismo que llenos de fé se preparan para defender la celestial doctrina. Confundidas fueron sus heregias, como confundidos fueron mas tarde los Monotelistas, Albigenses, Wiclefistas, Sacramentarios y otros mil secuaces del error.

Empero llegó el siglo XVI, y en él apareció un hombre, que perverso apóstata del catolicismo, esparció por sí mismo mas veneno y causó mas daños y perjuicios que habian causado todos los heresiarcas de los anteriores siglos. Hablo de Lutero, que arrastrándose en el fango asqueroso de la soberbia, empezó á combatir con todo el ardor de su falsa ciencia, y en la inconsecuencia de sus doctrinas, todos los dogmas de la religion divina. Sin embargo, la heregia luterana no encontró prosélitos en España, que siempre fué el pais católico por escelencia, y Dios, que veló siempre en nuestro favor, suscitó en nuestra patria varones esclarecidos que velasen por nuestra fé y fuesen centinelas esforzados que no permitiesen entrar en nuestro reino á mónstruo tan formidable. El siglo XVI fué para nuestra España el siglo de los sábios y de los santos. Ignacio de Loyola, fundador de la célebre compañía de Jesus, de esa compañía tan perseguida y calumniada por los filósofos, y que á pesar de ello ha prestado en todas épocas servicios extraordinarios á la Iglesia y á los estados: José de Calasanz, que se propuso en su fundacion de las Escuelas Pías formar

jóvenes útiles á la Iglesia y á la pátria, por una educacion que tuviese por base el santo temor de Dios. Pedro de Alcántara y otros muchos héroes semejantes vieron la luz en nuestra pátria para gloria de la religion y honor de España. Este fué tambien el siglo de Teresa de Jesus, elegida por Dios para que reparase con su buen ejemplo, sus virtudes y la reforma del Carmelo á su primitivo fervor, lo que por otra parte destruia Lutero con su mal ejemplo y apostasia.

Mucho hizo esta española ilustre que llevó á cabo la reforma, obra que hubiese asustado seguramente á las inteligencias mas agigantadas, y lo llevó á cabo á través de las mas terribles persecuciones, y de la oposicion de los sábios y aun de los mismos sacerdotes que no conocian su espíritu. Empero la reforma debia verificarse tambien en los conventos de varones, y para ello necesitaba Teresa de un varon esclarecido, del mismo temple de alma que ella, y Dios suscitó para esto un sacerdote fiel, dispuesto á obrar conforme á sus altos designios. Ya comprendereis que hablo de San Juan de la Cruz, varon de austeras virtudes, sacerdote ejemplar, lleno de caridad y de mansedumbre, reformador con Santa Teresa de Jesus del orden esclarecido del Carmelo, cuya memoria solemnizamos en este dia, y cuyo elogio debo pronunciar. Juan de la Cruz es para nosotros una gloria religiosa y una gloria nacional. Yo leo con admiracion los anales de su preciosa vida, sus actos sublimes, sus hechos heróicos, contemplo su austeridad y penitencia, su resignacion en los trabajos, su mansedumbre y caridad, y le considero acreedor al elogio que el Espíritu Santo hace en las Sagradas Páginas del gran Sacerdote Simon, hijo de Onías. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem qui juxta cor*

meum et animam meam faciet. Sí, merece este elogio de justicia, porque fué un sacerdote fiel que supo vivir á la altura de su ministerio. *Primera parte.* Y porque se consagró con el mayor celo á llevar á cabo la grande obra para que el cielo le destinara. *Segunda parte.* Tengo manifestadas las ideas del presente discurso. Imploremos los divinos auxilios. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Con solo parar la consideracion en los oficios que ejerce el sacerdote en la tierra, se comprende fácilmente lo elevado de su dignidad y la santidad de que debe estar adornado para el desempeño de sus funciones sagradas. El Padre San Agustin, contemplando dignidad tan sublime, dice que Jesucristo encarna de nuevo en las manos del sacerdote, así como encarnó en el vientre de María. Ahora bien, si en la antigua ley, sombra y figura de este sacerdocio y sacrificio, se encargaba con tanto esmero á los levitas se purificasen para tocar los vasos del Señor; si se les decia que fuesen santos porque lo era el Dios á quien servian, ¿qué pureza de costumbres y santidad de vida serán suficientes para ofrecer sobre nuestros altares la hostia pura, santa é inmaculada, la víctima sagrada que es igual al Dios á quien se ofrece? Ved aquí por qué la Iglesia exige una vocacion verdadera y probada en el que ha de ser ascendido á la dignidad del sacerdocio, y unas costumbres tan irreprehensibles cuales deben adornar al que ha de tocar con sus manos al Santo de los santos.

Poco tendremos que hacer para probar que San Juan de la Cruz reunió estas bellas cualidades y que

se acercó al altar santo despues de haber demostrado una vocacion del cielo y haberse ejercitado en la práctica de las mas austeras virtudes. En él tuvo ciertamente el Señor un sacerdote fiel, cortado á la medida de su corazon y que obró segun sus altísimos designios. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem qui juxta cor meum et animam meam faciet.*

La virtud puede decirse que nació con él, y con razon se distingue con el nombre de Juan de la Cruz, pues que una cruz continuada fué toda su vida. Si le quereis contemplar en sus primeros años, no pretendais descorrer ricas colgaduras para contemplarle en su cuna rodeado de grandeza ni mecido por los bienes de fortuna. No obstante que su padre perteneciera á distinguida familia, la Providencia en sus inescrutables arcanos permitió que al nacimiento de Juan se viera aquel tan reducido á pobreza, que se vió en la necesidad de buscar trabajo en un oficio humilde para poder atender al sustento de su familia. Jesucristo que vino al mundo en el estado de mayor abatimiento, no obstante ser un Dios con el Padre y el Espíritu Santo, y que á tantos trabajos se sujetó desde su nacimiento segun la carne, por salvar á la humanidad, quiso que este tierno infante que estaba destinado para ministro suyo anduviese desde sus primeros dias por la senda de la Cruz, por el camino del abatimiento. Faltóle su padre siendo aun muy niño, y su pobre madre vióse obligada á trabajar sin descanso para poder sostener á Juan y á otros dos hijos mayores que por su tierna edad no estaban en posibilidad de poder atender á sus propias necesidades.

El carácter de Juan era dulce y apacible, dejando entrever desde su niñez por su inclinacion á la

virtud y á todo lo bueno, lo que habia de ser en adelante. Una escuela destinada para los niños pobres fué el primer aula que frecuentó, siendo allí la edificacion de sus maestros y el ejemplo de sus compañeros. Es ya un Josias que empieza á buscar á Dios desde muy niño, y al paso que crecia lo bendecia el Señor como al jóven Samuel. Su ejercicio en tan tierna edad era la oracion, y puede decirse de él como de San Felipe Neri en su niñez, que no conocia otras calles que las que le conducian al aula.

¡Qué espectáculo tan admirable y edificativo presentaba dedicado en su juventud al cuidado de los pobres enfermos en el hospital general de Medina del Campo! Lleno de caridad, de esa caridad que distingue siempre á los fieles servidores de Jesucristo, veia las necesidades ajenas como propias: se compadecia de los pobres que padecian en el lecho del dolor, curaba sus llagas, los abrazaba, les hacia compañía, viendo en cada uno la imágen del Redentor, y con dulces palabras les exortaba á sufrir con resignacion y con paciencia los trabajos que Dios les enviaba, y de dia como de noche, quitándose de su sueño y de su descanso, asistia á todos, dando á unos el alimento, aplicando á otros los medicamentos y atendiendo á todos: parecia multiplicarse para que á ninguno faltase sus cuidados. Estos prodigios de abnegacion no los produce la filantropía mundana, pues son frutos únicamente de la caridad evangélica. Los cortos momentos de que Juan podia disponer los dedicaba al estudio de las ciencias, en las que hizo rápidos progresos, sin descuidarse en el ejercicio de la oracion, escuela santa donde llegaron á la perfeccion todos los santos.

Un jóven que desde la edad de siete años en que la razon empezó á iluminar su entendimiento se habia ocupado en tan piadosas obras, que era mortificado y humilde: un jóven de cuyos lábios jamás habia salido una palabra mala y quizás ni aun ociosa; que con tanta resignacion y gusto llevaba su pobreza, no tenia pecados de que purificarse. Esto no obstante, su penitencia era continua y severa: el lecho donde daba á su cuerpo el preciso descanso era formado de duros sarmientos, que mas que reposo le proporcionaban mortificacion: su ayuno era continuo, y sus disciplinas rigurosas.

Dios, que se complacia de la virtud de este varon penitente, le llamó á una vida de perfeccion inspirándole el deseo de abrazar la vida religiosa. La devocion á la Santísima Virgen era como innata en su pecho, pues la amaba con todo el afecto con que un buen hijo puede amar á una buena madre. Por esto en el momento en que se siente inspirado á entrar en religion, elige la de Nuestra Señora del Cármen, y despues de consultar con Dios en la oracion, se dirige al convento de Santa Ana de Medina del Campo, donde es recibido con alegría por sus religiosos que ya tenian conocimiento de sus bellas prendas y grandes virtudes.

¿Y quién será capaz ahora de formar un verdadero y perfecto retrato de este nuevo novicio? ¿Quién se atreverá á pintar la alegría de su corazon que se retrataba en su semblante, al verse cubierto con el hábito carmelitano y ser contado por lo tanto entre los hijos de María Santísima del Cármen? Su virtud, sus rigores, las mortificaciones que voluntariamente se imponia sobre las que prescribe la regla, eran mas propias

de un encanecido anacoreta que de un jóven de veintiun años; todo le parecia poco para ofrecer á Jesucristo, y pide y consigue tener por celda una cueva oscura y abandonada, donde practica, sin faltar en nada al órden de la comunidad, no la regla mitigada de Eugenio IV, sino la primitiva con todos sus rigores. Ya no son sarmientos los que le sirven de lecho, es el agujero hecho en un toscos madero: y su cuerpo lo cubrió de un asperísimo cilicio cuyas puntas le herian y hacian brotar su inocente sangre: con tantas penitencias, con un ayuno no interrumpido, se preparó para la profesion religiosa, que recibió al año de su ingreso en el convento, y que le dió nuevas fuerzas y mayor vigor para continuar caminando por las sendas de la perfeccion.

Tuvo que dedicarse al estudio de la teología en Salamanca, donde fué enviado despues de su profesion, y aunque fueron notables sus progresos en la sagrada ciencia, su humildad le hacia ocultar su talento y los vastos conocimientos que adquiriera. No era del número de esos hombres que apenas tienen algunos conocimientos, suspiran por los aplausos mundanos. Este varon extraordinario, casi estenuado en la flor de su vida á causa de sus penitencias, en medio de sus estudios no encontraba otras delicias que en la oracion, y en el silencio de la noche se pasaba las horas postrado ante el crucifijo en la contemplacion de las cosas eternas.

¿Os parece, señores, que nuestro santo ha probado ya su vocacion al sacerdocio? ¿Le creéis suficientemente dispuesto para subir las gradas del altar? ¿Puede darse vocacion mas perfecta? Pues todavia no se cree digno de dignidad tan sublime; todavia tiembla

al solo pensamiento de recibir las sagradas vestiduras, y solo la obediencia le obliga á dar su consentimiento.

En efecto: una virtud que llamaba la atencion de todos los religiosos, hizo que sus superiores se diesen prisa á que recibiese los sagrados órdenes apenas hubo concluido los estudios teológicos, y cuando habia cumplido veinte y cinco años de edad. Con las disposiciones de que hemos hablado, Juan fué un ministro cual lo refiere San Pablo, probado de Dios, *probabilem Deo*. Si como dice San Cipriano, solo deben subir al altar los dignos, los idóneos, Juan ha sido un sábio lleno de humildad. Si como exige San Gerónimo, su adolescencia debe estar libre de toda mancha, porque vírgenes se acerquen á sacrificar, la de Juan no fué sino un triunfo no interrumpido. Si como dice San Gregorio no honrará el ministerio sacerdotal el que no lo rehuse de corazon y lo acepte despues por obedecer, ¿no lo hizo así nuestro santo? Es indudable.

Contemplad, pues, ahora mis señores, por tales antecedentes lo que seria luego que se vió contado en el número de los ministros del Señor. El sacerdocio es una dignidad que impone grandes obligaciones, es un ministerio de ocupacion que exige un trabajo proporcionado á la multitud y dificultad de sus obligaciones. Maestro de la ley el sacerdote y dispensador de los Sacramentos, debe disipar la ignorancia, socorrer la pobreza, confundir la iniquidad, argüir, instar, reprender oportuna é inoportunamente con buena doctrina, lleno de mansedumbre y de paciencia: ha de estar, en fin, dirigido y gobernado por la verdad, la justicia, la caridad y la prudencia, y esto es lo que forma un sacerdote santo, un verdadero ministro de Jesucristo, *operarium inconfusibilem*, y en estas palabras he bosque-

jado el retrato de nuestro Santo, cuya caridad, mansedumbre y celo por la salvacion de las almas, le hicieron un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. Por la conversion de un pecador hubiese dado cien vidas que hubiera tenido, y buscando en todo la honra de Dios y el bien de las almas, era un incansable pregonero de las verdades evangélicas: Ved, pues, si con razon le apliqué el ologio del gran sacerdote Simon, consigado en las Sagradas Páginas: *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem qui juxta cor meum, et animam meam faciet*. Elogio sublime á que se hizo acreedor, porque fué un sacerdote que, como habeis visto, supo vivir á la altura de su ministerio; y tambien porque se consagró con el mayor celo á llevar á cabo la grande obra para que el cielo le destinara.

SEGUNDA PARTE.

La venerable é ilustre órden del Carmelo, cuya antigüedad se pierde en la escala de los tiempos, habia sufrido grandes persecuciones en Egipto y Palestina, y efecto de ellas y de otras circunstancias, fué que el Papa Inocencio IV en 1248, y mas adelante Eugenio IV en 1430, mitigasen algun tanto el rigor de las reglas del órden. El trascurso de los tiempos y la flaqueza de la condicion humana, inclinada por lo comun á las comodidades, habia ido dispensando á los carmelitas de muchas reglas de mortificacion, y llegó á ser un órden, en el cual no obstante que se vivia con religiosidad, se desconocia casi del todo el vigor y mortificacion del primitivo Carmelo.

La esclarecida española Teresa de Jesus, astro luminoso del siglo XVI, fué elegida por Dios para llevar

á cabo la reforma del Carmelo á la primitiva regla de San Alberto, dada á los carmelitas en el año de 1171. A través de persecuciones sin cuento, de disgustos y sinsabores de gran tamaño, y no obstante ser reputada por fátua é ignorante, despues de consultar su espíritu con San Pedro de Alcántara y San Luis Beltran, puso mano á su obra, y ayudada de Dios, logró ser establecida la reforma que con tanto anhelo solicitaba. Dios demostró que se vale cuando es su voluntad y para llevar á cabo sus designios, de las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes. *Et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.*

Fundado el primer convento de las Descalzas en Avila, Teresa deseaba que se estendiese la reforma á los conventos de varones, y pedia á Dios en la mas fervorosa oracion le deparase entre los religiosos de la provincia, uno á quien pudiese encomendar esta grande obra.

San Juan de la Cruz, que aun no habia tomado este nombre, y se distinguia por el de Fr. Juan de San Matías, á quien hemos contemplado practicando la mas rigida penitencia, suspiraba por mayor austeridad, y despues de consultar este negocio con algunas religiosas graves y virtuosas, se resolvió á pasar de la religion carmelita á la de los cartujos, y cuando ya estaba próximo á pasar á la Cartuja del Paular de Segovia, Dios desbarató sus planes, llamándole á contribuir con Santa Teresa á la reforma del Carmelo. Esta Santa llegó á Medina del Campo, é informándose de cuáles eran los religiosos que aspiraban á mayor perfeccion, tuvo noticias de las grandes virtudes que resplandecian en San Juan, y así de la vida austera y mortificada que pasaba, como de su resolucion en ha-

cerse cartujo. Al dia siguiente avistáronse estos dos grandes espíritus, y Teresa, que en la noche intermedia habia suplicado al Señor le concediese á este santo varon para la santa obra que se proponia, luego que Fr. Juan le hubo manifestado su determinacion, le persuadió la santa que no abandonase su regla, y que trabajara por llevar á cabo la reforma de la misma regla, con lo que haria un gran servicio á Dios y á su Santísima Madre. De tales espresiones se valió Santa Teresa, que logró inflamarle en tan santos deseos, de suerte que al poco tiempo y en una casa donada por una persona piadosa, se estableció el primer convento de frailes de la estrecha observancia, en el cual, habiendo celebrado San Juan una misa solemne, hizo su profesion pública, y recibió la de otros religiosos carmelitas que se sintieron movidos á abrazar la primitiva regla, siendo conocidos desde entonces con el nombre de *Carmelitas descalzos*, y mudando el santo desde este dia su nombre de Juan de San Matías por el de Juan de la Cruz.

Hé aquí, señores, el nacimiento de esta célebre órden religiosa que fué aprobada inmediatamente por Pio V, y confirmada en el año 1580 por Gregorio XIII.

Abusaria ciertamente de la paciencia con que os dignais escucharme, si hubiese de detenerme ahora en esplicar su conducta como superior de la reforma y sus nuevas austeridades. Santa Teresa habla detenidamente de este primer convento, y despues de describir la vida tan mortificada de sus moradores, dice que no se cansaba de dar gracias á Dios en ver tan gran espíritu, y ella misma tuvo necesidad de ordenar á Juan de la Cruz que moderase sus austeridades, arreglando sus abstinencias y sus ayunos.

Su amor á la Cruz era extraordinario, y solo deseaba parecerse á su Redentor. Dios se encargó de dirigirle por tan hermosa senda y le proporcionó trabajos sin número. Fué el primero y mayor de todos una sequedad de espíritu, seguida de una turbacion interior de ánimo, por la que suelen pasar las almas contemplativas, y despues que la reforma se hallaba estendida, tuvo que sufrir nuevas tribulaciones, á las que diéron ocasion las mismas hermanas y sus propios hijos, es decir, los religiosos que habia dejado y los que habia formado segun el instituto de la estrecha observancia. Los primeros miraron la reforma como una rebelion contra los superiores regulares de la órden, y tan grande fué la conjuracion que se armó contra el Santo, que fué condenado por fugitivo y apóstata, siendo encarcelado y sufriendo con la mayor resignacion sus trabajos hasta que fué probada su inocencia y mandado quemar el proceso que contra él se habia formado.

Despues de haber trabajado con incansable celo por la estension de la reforma, de muchos años de mortificaciones penosas, de ayunos continuados, acercóse el tiempo de recibir el premio de sus virtudes, y Dios le envió una larga y penosa enfermedad, y como debiera variar de aires, segun el dictámen de los médicos, eligió el convento de Ubeda por tener por prior al P. Fr. Juan Crisóstomo, que fué uno de los que habian informado contra él y era su enemigo declarado. De este modo buscó la Cruz hasta el último momento de su vida. Es indecible, señores, lo que tuvo que sufrir en el curso de su enfermedad; empero á través de sus agudos dolores y de los desaires y desabrimientos de aquel prior resaltaba su admirable pa-

ciencia. Los mismos facultativos que le asistian publicaron por todas partes su santidad, é informado de todo el Provincial, acudió á aquel convento, y despues de haber reprendido al prior por su falta de caridad, mandó que abrieran las puertas para que no solo los religiosos sino los reglares entrasen á ver aquel espectáculo de santidad y quedasen admirados de su gran paciencia. Con esto entró el prior dentro de sí mismo, conoció su falta, y postrado ante la cama del enfermo le pidió humildemente perdon, suplicándole además le diese instrucciones para gobernar con tino y con acierto su comunidad, siendo mas tarde celoso predicador de las grandes y heróicas virtudes de nuestro Santo.

Llegó, en suma, el dia feliz en que debia hacer su tránsito para la Gloria, donde le estaban reservados los premios á que se habia hecho acreedor en la tierra. Despues de recibir con la mas tierna devocion los Santos Sacramentos, entregó el espíritu en manos de su Criador el dia 14 de diciembre de 1591, á los cuarenta y nueve años de su edad, y veinte y ocho de religion, de los cuales empleó los veinte y tres últimos en la reforma del Carmelo de la que fué Padre y Maestro. Un globo de luz visible para todos los circunstantes que se apareció sobre su cabeza en el momento de espirar, demostró claramente su feliz destino; y los grandes prodigios que Dios obrara por su ministerio, determinaron á la Iglesia á colocarle en los altares. A vista, pues, de cuanto hemos manifestado, de su oracion continua y fervorosa, de sus rigurosas penitencias, de las grandes virtudes que le adornaron, y de sus continuos trabajos por llevar á cabo la obra para que el cielo le destinara,

¿no es acreedor á que le tributemos el mismo elogio que hace el Espíritu Santo del grande sacerdote Simon, hijo de Onías? Sí: en Juan de la Cruz, suscitó Dios un sacerdote fiel que obrara conforme á su corazon y á su alma. *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem qui iuxta cor meum et animam meam faciet*

Sacerdote santo, protege desde el cielo esta viña que te pertenece: que estas religiosas, que siguen con la mas rigurosa observancia la reforma, sean objeto particular de tu amparo, y que todos nosotros, despues de haber cumplido con exactitud nuestros respectivos deberes en la tierra, tengamos la dicha de ser tus compañeros en el cielo. Amen.

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA

DE SANTA GERTRUDIS LA MAGNA.

*Vulnerasti cor meum soror mea sponsa;
vulnerasti cor meum.*

Has llagado mi corazon, hermana mia,
esposa: has llagado mi corazon.

Cant. cap. IV, v. 9.

Fecundo el cristianismo, produjo desde su misma cuna héroes admirables de virtud, que mirando con desprecio las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, son una demostracion palpable de que la moral del Evangelio no es impracticable como quieren suponer los que bien avenidos con sus groseras pasiones, corren ciegos por sendas estraviadas que no pueden menos de dirigirles al abismo de la perdicion sin fin. Basta para confirmar la verdad sentada, dirigir nuestras atenciones á la vírgen Santa Gertrudis, cuya memoria solemnizamos en este dia, y cuyo elogio os habeis dignado confiarme.

Al leer los anales de su pasmosa vida, al registrar los hechos admirables de esa heroína de la Iglesia de Jesucristo, de ese portentoso de la gracia, solo admiro rasgos sublimes, acciones heroicas y virtudes que pas-

Dios, por cuyas puertas eternas no pasará nada manchado ni impuro. ¿Quereis perder la felicidad de la Gloria? No lo creo: antes sí deseareis participar un día de la compañía de los ángeles y de los demás bienaventurados. ¿No es así? Pues bien; practicad la fé, pero que de esta fé den testimonio vuestras buenas obras. De este modo únicamente merecereis que el Señor perdone vuestras faltas pasadas, y que os ayude con su divina gracia, para que cada día adelanteis mas y mas en el camino de la perfeccion. Vuestro propio interés á ello os obliga, si estais interesados en alcanzar la eterna felicidad.

Creo, mis amadísimos hermanos, haber cumplido el compromiso que contraje al principio, demostrando con cuanta claridad y precision me ha sido posible, que las buenas obras deben ser el testimonio de nuestra fé, y que la grandeza de la recompensa que es la Gloria debe estimularnos á practicarlas. ¿Qué resta? Tan solamente que nos postremos á los piés del Señor, y le presentemos nuestras fervorosas súplicas envueltas en lágrimas de penitencia.

Deseamos ¡oh Redentor amabilísimo! disfrutar de esa Gloria que nos conquistásteis con vuestro sacrificio; si hasta aquí no hemos seguido vuestros caminos, os ofrecemos que desde este momento otra será nuestra conducta. Mas como sean tantos los enemigos de nuestra salvacion y los peligros con que tropezamos en el mundo para practicar las buenas obras, dignaos dispensarnos vuestra divina gracia en premio del arrepentimiento con que os decimos, mas que con los lábios, con nuestro contrito corazon: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE MISION.

Nisi penitentiam egeritis omnes similiter peribitis.

Si no haceis penitencia, perecereis todos de un mismo modo.

Luc. cap. XIII, v. 3.

Amadísimos hermanos míos en Jesucristo. Habiéndonos ocupado en los discursos anteriores de los cuatro novísimos, cuyo recuerdo es tan utilísimo para no pecar, cúmplenos al presente tratar de la penitencia, pues que no habiendo mas que dos caminos para llegar al cielo, cuales son la inocencia y la penitencia, una vez perdida la primera por la culpa, se hace preciso ó renunciar á la felicidad eterna, ó practicar la segunda. Ahora bien, como la Penitencia puede ser considerada como virtud y como Sacramento, bajo ambos sentidos la trataremos en este y en el siguiente discurso. La penitencia como virtud, de la que hemos de ocuparnos al presente, es, segun la doctrina del Doctor angélico, un acto por el cual el pecador hace cuanto está de su parte para destruir el pecado en cuanto es ofensa de Dios, y una venganza que el penitente ejecuta para expiar

el pecado, del que se ha hecho culpable y del que se arrepiente (1). De donde se deduce que no le basta al pecador apartarse del pecado y enmendar su vida, sino que es necesario además que expie los pecados cometidos, ó bien imponiéndose penas, ó bien aceptando las que el Señor se digne enviarle por su misericordia infinita.

Juzgad entre mí y mi viña, es decir, entre mí y vosotros, decía Dios por Isaias, á los habitantes de Jerusalem (2). Examinemos el sentido de estas palabras. A vosotros os he formado y cultivado con el mismo cuidado que el viñador cultiva su viña. Os he admitido en el número de los míos: os he dispensado el gran beneficio de haceros nacer en el seno de mi Iglesia, la que derramó sobre vuestra cabeza el agua regeneradora del Bautismo; os he proporcionado en la fuente de los Sacramentos el manantial de todos los bienes, y en suma, os he asistido con mi gracia y mis auxilios, llamándoos de mil diversos modos para que viniéseis al conocimiento de la verdad: ¿dónde están los frutos que habeis producido? ¿dónde vuestra correspondencia? Juzgad entre mí y vosotros. Pues bien, pecadores; si ya habeis reconocido vuestro error, y os habeis colocado en camino de salvacion, necesario es que seais vuestros propios jueces, y que recordando la gravedad de vuestras culpas pasadas, trateis de expiarlas por medio de una verdadera y saludable penitencia: necesario es que os impongais una pena proporcionada á la satisfaccion que á Dios es debida.

(1) Pœnitentia est quedam dolentis vindicta, puniens in se quod dolet se commississe. D. Thom. p. 3. quæst. 8. art. 3.

(2) Judicate inter me, et vineam meam. Isai. cap. V, v. 3.

Es una verdad innegable que por lo mismo que un pecador se convierte á su Dios, el demonio redobla sus esfuerzos para hacerle caer de nuevo en el abismo del pecado. ¿Y qué medios hay para evitar el caer en sus funestas redes? ¿De qué armas se han servido aquellos que habiendo sido pecadores, han llegado despues á la santidad heroica? No de otras que de la penitencia: entregados á la mortificacion, haciendo rigurosos ayunos, macerando sus carnes, consiguieron el triunfo de sus pasiones. El que pasa una vida muelle é infecunda, que solo busca comodidades y regalos, con facilidad se estravía apartándose de las sendas de salvacion que habia emprendido.

Si es cierto que no hay pecado por grave que sea, que no pueda ser borrado por la penitencia, lo es que no hay pecador que no pueda justificarse por la penitencia. Y aquí debemos, mis hermanos, alabar la misericordia de Dios, cuya bondad es tanta que le hace recibir al culpable por grandes que sean las ofensas que le haya hecho, con solo que acuda á él con lágrimas de dolor, y haga penitencia por sus pecados. No lo dudeis, puesto que el mismo Jesucristo nos lo dice en su Evangelio. Si no haceis penitencia, perecereis todos del mismo modo: *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis*. Voy, pues, á demostraros la necesidad de hacer penitencia. Primera parte. *Facilidad de hacer penitencia en todos los estados de la vida*. Segunda parte.

Para que el Señor se digne favorecernos con su divina gracia y que la predicacion produzca los efectos saludables que son de desear, interpongamos la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, saludándola con las palabras del ángel: *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Frutos infectos de una raíz corrompida; hijos de un padre pecador, todos nacemos culpables; causa porque siendo todos los hombres concebidos en pecado, nacemos sujetos á la penitencia, dice Tertuliano (1): El que no hace penitencia, cae en las manos de Dios y no en las manos de los hombre (2). Por esta razon, San Cipriano, haciendo el elogio de la penitencia, se espresa de este modo: ¡Oh penitencia! ¿qué diré de tí, que sea nuevo? Tú desatas todas las ligaduras, abres las puertas de la gracia, curas todas las llagas y todo lo que parecia desesperado lo animas (3). Apenas nacemos, cuando ya somos víctimas de la concupiscencia. Nuestro destino despues del pecado es, dice San Agustin, estar atormentado y padecer (4). El decreto de Dios debe necesariamente ejecutarse sobre toda la generacion de los pecadores. Cuando el proto-padre de los humanos quebrantó el precepto de Dios, cayendo en el pecado, la voz del Hacedor Supremo, dejóse oír de nuevo en el Paraiso y fulminó esta sentencia contra el hombre: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de la que fuiste formado, porque polvo eres y en polvo te convertirás (5).» Este trabajo á que

(1) Homo nulli rei nisi penitentia natus. Tertul.

(2) Si penitentiam non egerimus, incidemus in manus Domini, et non in manus hominum. Eccles. cap. II, v. 22.

(3) O penitentia, quid de te novi referam? Omnia tu ligata solvis, omnia clausa tu reseras, omnia contrita tu sanas, omnia desperata tu animas. S. Cypr. de laud. Penitent.

(4) Vivere et torqueri. D. Aug.

(5) In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram, de qua sumptus es: quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Gen. cap. III, v. 19.

Dios condena al hombre durante su vida, no es otra cosa que una penitencia proporcionada á la gravedad de su culpa: el benignísimo Señor, al paso mismo que castigaba á Adan la desobediencia, le proporcionaba en el mismo castigo su remedio. Estas mismas penas á que le condenó, servian para despertarle á penitencia, y para que padeciendo en la parte menos principal, asegurase la salvacion de su alma (1). Sea cualquiera la clase ó gerarquía de la persona, no hay quien deje de estar obligado á hacer penitencia. Jonás fué de parte de Dios á predicar penitencia á Nínive, y por cierto que no hizo diferencia entre grandes y plebeyos: sus palabras fueron terminantes: «Cuarenta dias de término, y si Nínive no hace penitencia, será destruida: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur* (2).» Nathán se presentó á David para hacerle conocer su pecado, y le habló en parábolas, y cuando el monarca dictó la sentencia, le dijo: tú eres ese hombre que ha robado la oveja á su vecino (3). Recordad las palabras que he puesto al frente del discurso, y vereis cómo el Señor no hace distincion alguna al ordenar penitencia: Si no haceis penitencia, perecereis todos del mismo modo: *Nisi penitentiam egeritis omnes similiter peribitis*. Hallábase en el desierto San Juan, y recibió de Dios la orden espresa de salir de allí á anunciar la penitencia á los hombres (4). Cuando los fieles de Jerusalem, instruidos por el apóstol San Pedro en la doctrina del Crucificado, le preguntan, ¿qué debemos hacer nosotros?

(1) Anotacion del P. Scio al verso de la cita anterior.

(2) Jonás cap. III, v. 4.

(3) Tu es ille vir. II Reg. cap. XII, v. 7.

(4) Factum est verbum Domini super Joannem et venit... prædicans baptismum penitentia. Luc. III, v. 2 y 3.

reciben del Príncipe de los Apóstoles esta contestación: «Haced penitencia.» San Pablo se presenta en el Areópago y declara que Dios quiere que se anuncie á los hombres la necesidad de hacer penitencia (1), y en otra parte se gloria de haber cumplido exactamente su misión, anunciando á los hombres que hiciesen penitencia (2).

Si después de haber leído las Escrituras, recurrimos á la autoridad de los padres de la Iglesia, los veremos conformes en este punto, pues todos convienen en la necesidad de hacer penitencia. Todos ellos aseguran que una vez perdida la inocencia del primer bautismo que es el del agua, no nos queda otro recurso que el bautismo de lágrimas, es decir, la mortificación y la penitencia. Es imposible, dice Santo Tomás, que un pecado actual que es mortal, sea perdonado sin penitencia, hablando de la penitencia en cuanto es virtud (3).

Los que habeis perdido la gracia bautismal, no busqueis otro camino para llegar á Dios, mas que las lágrimas. Jamás el pecado ha sido perdonado sin penitencia. Vivís en un funesto engaño si creéis que habeis de conseguir vuestra salud eterna, sin hacer penitencia de vuestros pecados: *Nisi pœnitentiam egeritis omnes similiter peribitis.*

Deseo que oigais ahora la doctrina del santo concilio de Trento, sobre el asunto que nos ocupa: La penitencia ha sido necesaria en todos tiempos á todos

(1) Nunc annuntiat Deus hominibus ut omnes ubique pœnitentiam agant. Act. cap. XVII, v. 30.

(2) Ibid. cap. XXVI, v. 20.

(3) Impossibile est peccatum actuale mortale sine pœnitentia remitti, loquendo de pœnitentia ut est virtus. D. Thom. p. 3, quæst 68, art. 2 in corp.

los hombres, que se habian contaminado con algun pecado mortal, para obtener la gracia y la justicia; y aun respecto á aquellos mismos que habian pedido el Sacramento del Bautismo (1).

El hacer penitencia está en nuestro interés: hace tres dias hablamos detenidamente del juicio, y os hice ver que el Señor ha de tomarnos cuenta no solo de las obras, sino aun de las palabras y pensamientos, por lo que dice el Apóstol que es una cosa terrible caer en las manos de Dios: porque entonces no obrará ya su misericordia, sino su justicia. Si, pues, tenemos deudas para con Dios y de ellas ha de tomarnos estrechísima cuenta, ¿no es conveniente desempeñarnos poco á poco, satisfaciéndole con penitencias? Tan grande es, mis hermanos, el poder de la penitencia, que no hay culpa por grave que sea que no pueda borrarla. ¿Habeis sido tibios ó indiferentes en el cumplimiento de la ley? Haced penitencia y alcanzareis el perdón. ¿Habeis vivido envueltos en los lazos de la sensualidad apurando la copa de los placeres y rodeándoos de comodidades? Mortificad vuestro cuerpo con rigurosos ayunos y os purificareis. ¿Habeis perjudicado á vuestros prójimos con tratos injustos, ó habeis alimentado vuestra codicia con la usura, faltando de este modo á la caridad cristiana? No basta solamente el restituir lo mal adquirido: es necesario que hagais penitencia y que os mortifiqueis dando á los pobres lo que habiais de gastar en comodidades y superfluidades. ¿Habeis sido vengativos y conservais odio á vuestro prójimo? Deponedlo prontamente, humillaos y haced penitencia. De este modo lavareis

(1) Concil. Trident. Ses. 14.

Dios, por cuyas puertas eternas no pasará nada manchado ni impuro. ¿Quereis perder la felicidad de la Gloria? No lo creo: antes sí deseareis participar un día de la compañía de los ángeles y de los demás bienaventurados. ¿No es así? Pues bien; practicad la fé, pero que de esta fé den testimonio vuestras buenas obras. De este modo únicamente merecereis que el Señor perdone vuestras faltas pasadas, y que os ayude con su divina gracia, para que cada día adelanteis mas y mas en el camino de la perfeccion. Vuestro propio interés á ello os obliga, si estais interesados en alcanzar la eterna felicidad.

Creo, mis amadísimos hermanos, haber cumplido el compromiso que contraje al principio, demostrando con cuanta claridad y precision me ha sido posible, que las buenas obras deben ser el testimonio de nuestra fé, y que la grandeza de la recompensa que es la Gloria debe estimularnos á practicarlas. ¿Qué resta? Tan solamente que nos postremos á los piés del Señor, y le presentemos nuestras fervorosas súplicas envueltas en lágrimas de penitencia.

Deseamos ¡oh Redentor amabilísimo! disfrutar de esa Gloria que nos conquistásteis con vuestro sacrificio; si hasta aquí no hemos seguido vuestros caminos, os ofrecemos que desde este momento otra será nuestra conducta. Mas como sean tantos los enemigos de nuestra salvacion y los peligros con que tropezamos en el mundo para practicar las buenas obras, dignaos dispensarnos vuestra divina gracia en premio del arrepentimiento con que os decimos, mas que con los lábios, con nuestro contrito corazon: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE MISION.

Nisi penitentiam egeritis omnes similiter peribitis.

Si no haceis penitencia, perecereis todos de un mismo modo.

Luc. cap. XIII, v. 3.

Amadísimos hermanos míos en Jesucristo. Habiéndonos ocupado en los discursos anteriores de los cuatro novísimos, cuyo recuerdo es tan utilísimo para no pecar, cúmplenos al presente tratar de la penitencia, pues que no habiendo mas que dos caminos para llegar al cielo, cuales son la inocencia y la penitencia, una vez perdida la primera por la culpa, se hace preciso ó renunciar á la felicidad eterna, ó practicar la segunda. Ahora bien, como la Penitencia puede ser considerada como virtud y como Sacramento, bajo ambos sentidos la trataremos en este y en el siguiente discurso. La penitencia como virtud, de la que hemos de ocuparnos al presente, es, segun la doctrina del Doctor angélico, un acto por el cual el pecador hace cuanto está de su parte para destruir el pecado en cuanto es ofensa de Dios, y una venganza que el penitente ejecuta para expiar

el pecado, del que se ha hecho culpable y del que se arrepiente (1). De donde se deduce que no le basta al pecador apartarse del pecado y enmendar su vida, sino que es necesario además que expie los pecados cometidos, ó bien imponiéndose penas, ó bien aceptando las que el Señor se digne enviarle por su misericordia infinita.

Juzgad entre mí y mi viña, es decir, entre mí y vosotros, decía Dios por Isaias, á los habitantes de Jerusalem (2). Examinemos el sentido de estas palabras. A vosotros os he formado y cultivado con el mismo cuidado que el viñador cultiva su viña. Os he admitido en el número de los míos: os he dispensado el gran beneficio de haceros nacer en el seno de mi Iglesia, la que derramó sobre vuestra cabeza el agua regeneradora del Bautismo; os he proporcionado en la fuente de los Sacramentos el manantial de todos los bienes, y en suma, os he asistido con mi gracia y mis auxilios, llamándoos de mil diversos modos para que viniéseis al conocimiento de la verdad: ¿dónde están los frutos que habeis producido? ¿dónde vuestra correspondencia? Juzgad entre mí y vosotros. Pues bien, pecadores; si ya habeis reconocido vuestro error, y os habeis colocado en camino de salvacion, necesario es que seais vuestros propios jueces, y que recordando la gravedad de vuestras culpas pasadas, trateis de expiarlas por medio de una verdadera y saludable penitencia: necesario es que os impongais una pena proporcionada á la satisfaccion que á Dios es debida.

(1) Pœnitentia est quedam dolentis vindicta, puniens in se quod dolet se commississe. D. Thom. p. 3. quæst. 8. art. 3.

(2) Judicate inter me, et vineam meam. Isai. cap. V, v. 3.

Es una verdad innegable que por lo mismo que un pecador se convierte á su Dios, el demonio redobla sus esfuerzos para hacerle caer de nuevo en el abismo del pecado. ¿Y qué medios hay para evitar el caer en sus funestas redes? ¿De qué armas se han servido aquellos que habiendo sido pecadores, han llegado despues á la santidad heroica? No de otras que de la penitencia: entregados á la mortificacion, haciendo rigurosos ayunos, macerando sus carnes, consiguieron el triunfo de sus pasiones. El que pasa una vida muelle é infecunda, que solo busca comodidades y regalos, con facilidad se estravía apartándose de las sendas de salvacion que habia emprendido.

Si es cierto que no hay pecado por grave que sea, que no pueda ser borrado por la penitencia, lo es que no hay pecador que no pueda justificarse por la penitencia. Y aquí debemos, mis hermanos, alabar la misericordia de Dios, cuya bondad es tanta que le hace recibir al culpable por grandes que sean las ofensas que le haya hecho, con solo que acuda á él con lágrimas de dolor, y haga penitencia por sus pecados. No lo dudeis, puesto que el mismo Jesucristo nos lo dice en su Evangelio. Si no haceis penitencia, perecereis todos del mismo modo: *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis*. Voy, pues, á demostraros la necesidad de hacer penitencia. Primera parte. *Facilidad de hacer penitencia en todos los estados de la vida*. Segunda parte.

Para que el Señor se digne favorecernos con su divina gracia y que la predicacion produzca los efectos saludables que son de desear, interpongamos la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, saludándola con las palabras del ángel: *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

Frutos infectos de una raíz corrompida; hijos de un padre pecador, todos nacemos culpables; causa porque siendo todos los hombres concebidos en pecado, nacemos sujetos á la penitencia, dice Tertuliano (1): El que no hace penitencia, cae en las manos de Dios y no en las manos de los hombre (2). Por esta razon, San Cipriano, haciendo el elogio de la penitencia, se espresa de este modo: ¡Oh penitencia! ¿qué diré de tí, que sea nuevo? Tú desatas todas las ligaduras, abres las puertas de la gracia, curas todas las llagas y todo lo que parecia desesperado lo animas (3). Apenas nacemos, cuando ya somos víctimas de la concupiscencia. Nuestro destino despues del pecado es, dice San Agustin, estar atormentado y padecer (4). El decreto de Dios debe necesariamente ejecutarse sobre toda la generacion de los pecadores. Cuando el proto-padre de los humanos quebrantó el precepto de Dios, cayendo en el pecado, la voz del Hacedor Supremo, dejóse oír de nuevo en el Paraiso y fulminó esta sentencia contra el hombre: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de la que fuiste formado, porque polvo eres y en polvo te convertirás (5).» Este trabajo á que

(1) Homo nulli rei nisi penitentia natus. Tertul.

(2) Si penitentiam non egerimus, incidemus in manus Domini, et non in manus hominum. Eccles. cap. II, v. 22.

(3) O penitentia, quid de te novi referam? Omnia tu ligata solvis, omnia clausa tu reseras, omnia contrita tu sanas, omnia desperata tu animas. S. Cypr. de laud. Penitent.

(4) Vivere et torqueri. D. Aug.

(5) In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram, de qua sumptus es: quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Gen. cap. III, v. 19.

Dios condena al hombre durante su vida, no es otra cosa que una penitencia proporcionada á la gravedad de su culpa: el benignísimo Señor, al paso mismo que castigaba á Adán la desobediencia, le proporcionaba en el mismo castigo su remedio. Estas mismas penas á que le condenó, servian para despertarle á penitencia, y para que padeciendo en la parte menos principal, asegurase la salvacion de su alma (1). Sea cualquiera la clase ó gerarquía de la persona, no hay quien deje de estar obligado á hacer penitencia. Jonás fué de parte de Dios á predicar penitencia á Nínive, y por cierto que no hizo diferencia entre grandes y plebeyos: sus palabras fueron terminantes: «Cuarenta dias de término, y si Nínive no hace penitencia, será destruida: *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur* (2).» Nathán se presentó á David para hacerle conocer su pecado, y le habló en parábolas, y cuando el monarca dictó la sentencia, le dijo: tú eres ese hombre que ha robado la oveja á su vecino (3). Recordad las palabras que he puesto al frente del discurso, y vereis cómo el Señor no hace distincion alguna al ordenar penitencia: Si no haceis penitencia, perecereis todos del mismo modo: *Nisi penitentiam egeritis omnes similiter peribitis*. Hallábase en el desierto San Juan, y recibió de Dios la orden espresa de salir de allí á anunciar la penitencia á los hombres (4). Cuando los fieles de Jerusalem, instruidos por el apóstol San Pedro en la doctrina del Crucificado, le preguntan, ¿qué debemos hacer nosotros?

(1) Anotacion del P. Scio al verso de la cita anterior.

(2) Jonás cap. III, v. 4.

(3) Tu es ille vir. II Reg. cap. XII, v. 7.

(4) Factum est verbum Domini super Joannem et venit... prædicans baptismum penitentia. Luc. III, v. 2 y 3.

reciben del Príncipe de los Apóstoles esta contestación: «Haced penitencia.» San Pablo se presenta en el Areópago y declara que Dios quiere que se anuncie á los hombres la necesidad de hacer penitencia (1), y en otra parte se gloria de haber cumplido exactamente su misión, anunciando á los hombres que hiciesen penitencia (2).

Si después de haber leído las Escrituras, recurrimos á la autoridad de los padres de la Iglesia, los veremos conformes en este punto, pues todos convienen en la necesidad de hacer penitencia. Todos ellos aseguran que una vez perdida la inocencia del primer bautismo que es el del agua, no nos queda otro recurso que el bautismo de lágrimas, es decir, la mortificación y la penitencia. Es imposible, dice Santo Tomás, que un pecado actual que es mortal, sea perdonado sin penitencia, hablando de la penitencia en cuanto es virtud (3).

Los que habeis perdido la gracia bautismal, no busqueis otro camino para llegar á Dios, mas que las lágrimas. Jamás el pecado ha sido perdonado sin penitencia. Vivís en un funesto engaño si creéis que habeis de conseguir vuestra salud eterna, sin hacer penitencia de vuestros pecados: *Nisi pœnitentiam egeritis omnes similiter peribitis.*

Deseo que oigais ahora la doctrina del santo concilio de Trento, sobre el asunto que nos ocupa: La penitencia ha sido necesaria en todos tiempos á todos

(1) Nunc annuntiat Deus hominibus ut omnes ubique pœnitentiam agant. Act. cap. XVII, v. 30.

(2) Ibid. cap. XXVI, v. 20.

(3) Impossibile est peccatum actuale mortale sine pœnitentia remitti, loquendo de pœnitentia ut est virtus. D. Thom. p. 3, quæst 68, art. 2 in corp.

los hombres, que se habian contaminado con algun pecado mortal, para obtener la gracia y la justicia; y aun respecto á aquellos mismos que habian pedido el Sacramento del Bautismo (1).

El hacer penitencia está en nuestro interés: hace tres dias hablamos detenidamente del juicio, y os hice ver que el Señor ha de tomarnos cuenta no solo de las obras, sino aun de las palabras y pensamientos, por lo que dice el Apóstol que es una cosa terrible caer en las manos de Dios: porque entonces no obrará ya su misericordia, sino su justicia. Si, pues, tenemos deudas para con Dios y de ellas ha de tomarnos estrechísima cuenta, ¿no es conveniente desempeñarnos poco á poco, satisfaciéndole con penitencias? Tan grande es, mis hermanos, el poder de la penitencia, que no hay culpa por grave que sea que no pueda borrarla. ¿Habeis sido tibios ó indiferentes en el cumplimiento de la ley? Haced penitencia y alcanzareis el perdón. ¿Habeis vivido envueltos en los lazos de la sensualidad apurando la copa de los placeres y rodeándoos de comodidades? Mortificad vuestro cuerpo con rigurosos ayunos y os purificareis. ¿Habeis perjudicado á vuestros prójimos con tratos injustos, ó habeis alimentado vuestra codicia con la usura, faltando de este modo á la caridad cristiana? No basta solamente el restituir lo mal adquirido: es necesario que hagais penitencia y que os mortifiqueis dando á los pobres lo que habiais de gastar en comodidades y superfluidades. ¿Habeis sido vengativos y conservais odio á vuestro prójimo? Deponedlo prontamente, humillaos y haced penitencia. De este modo lavareis

(1) Concil. Trident. Ses. 14.

vuestras infidelidades todas, y alcanzareis misericordia. Si así lo haceis y al mismo tiempo que practicais la penitencia como virtud, la practicais también como Sacramento, es decir, os purificais por medio de la Confesion sacramental de la que hablaremos mañana, alcanzareis ciertamente el perdón por graves que sean vuestras faltas, pues que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva.

Poned vuestra vista en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé, que es nuestro modelo. ¿No fué su vida entre los hombres un perfecto modelo de penitencia? Impecable por naturaleza, quiso sufrir y padecer por el pecado del hombre, al que redimió con la efusion de su preciosa sangre. Empezó á padecer desde su nacimiento segun la carne hasta espirar en el patíbulo de la Cruz. Los miembros deben conformarse á la cabeza, y corresponden miembros delicados á una cabeza coronada de espinas. Es imposible ser cristianos sin ser penitentes.

El mundo, señores, es enemigo declarado de la penitencia, y muchos cristianos dando oídos á la fatal enseñanza de los que quieren formarse un Evangelio á su manera y segun sus caprichos, creen que no tienen necesidad de hacer penitencia. Nada más comun que oír estas palabras: «¿De qué he de hacer penitencia, si no he hecho mal á nadie?» Verdad es que la penitencia debe ser proporcionada á los pecados cometidos. Yo convengo en que no habreis caído en esos horrendos crímenes que hacen resentir á la sociedad: no habreis teñido en sangre vuestras manos: no habreis causado la ruina de alguna persona por medio de la calumnia: no habreis cometido horrendos sacrilegios. ¿Pero son estos los

solos pecados de que Dios ha de tomar cuenta á las criaturas? ¿Y los pecados de omision? ¿No habeis dejado de practicar la caridad? ¿No habeis faltado á vuestros deberes religiosos? ¿No habeis sido descuidados en la cristiana educacion de vuestros hijos? A más de esto, ¿habeis sido sufridos en vuestras adversidades y pacientes en vuestras enfermedades? ¿No habeis jamás murmurado de la Providencia, porque no os ha colocado en el puesto ó situacion que anhelaís? ¡Ah! Que si registráis los senos de vuestra conciencia, si traéis á la memoria toda vuestra vida pasada, encontrareis grandes faltas de las que se os ha de tomar cuenta en el día del juicio. ¿Deseáis que el Señor vuelva hácia vosotros sus ojos misericordiosos? Pues oid sus palabras: «Convertios á mí, dice por un Profeta, y yo me convertiré á vosotros. *Convertimini ad me in toto corde vestro, et convertar ad vos* (1)» No desoigamos por más tiempo las palabras de Jesucristo, que tal vez sea la última vez que nos las dirija: «Si no haceis penitencia, perecereis todos del mismo modo: *Nisi penitentiam egeritis omnes similiter peribitis.*» Y ya que hemos demostrado cuán necesaria nos es la penitencia, veamos ahora cuán fácil es practicarla en todos los estados de la vida.

SEGUNDA PARTE. ®

Es una verdad innegable que la penitencia no solo borra los pecados sino que puede hacer llegar al hombre al más alto grado de santidad. Siempre y en todo tiempo, pero principalmente desde la ley de gracia

(1) Joel, cap. I. Zach. cap. I.

se ha complacido el Señor en hacer ostentacion de su misericordia á favor de los pecadores, haciendo muchas veces de ellos santos que han sido un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres. Pedro tuvo la debilidad de negar por miedo á Jesucristo, y Dios hizo de él el Príncipe de los Apóstoles. Saulo fué un terrible perseguidor de la Iglesia, y Dios le hizo vaso de eleccion y Apóstol y Maestro de las naciones. Agustin estuvo matriculado en la escuela del error, siendo sus costumbres corrompidas, pero Dios vió su arrepentimiento, aceptó su penitencia é hizo despues de él uno de los más célebres doctores de la Iglesia, que combatiendo la heregia de Pelagio, se hizo acreedor al título de defensor magnífico de la gracia. ¿Qué fué Santa Pelagia antes de su conversion? ¿Qué fué San Franco? ¿Qué fueron otros muchos de los que hoy veneramos en los altares? Públicos pecadores, que habian apurado hasta las heces la ponzoñosa copa de los placeres y deleites mundanos. Pero de estos pecadores hizo el Señor austeros anacoretas, perfectos religiosos, ejemplares de mortificacion y de penitencia.

Ahora, os preguntaré: ¿Lo que Dios hizo con esos grandes pecadores no podrá tambien hacerlo con nosotros? Si como ellos lloramos nuestras pasadas infidelidades; si como ellos hacemos penitencia ¿no podremos tambien alcanzar misericordia y hasta ser santos? No está ciertamente el Señor menos interesado en nuestra salvacion que lo estuvo en la de aquellos.

Me parece sin embargo, oír á algunos que quieren contestarme: Nosotros estamos arrepentidos de nuestros pecados, pero no podemos hacer esas penitencias, no podemos retirarnos á un desierto á mortificar nues-

tra carne, porque tenemos que atender á nuestros cuidados domésticos. El demonio, interesado en la perdicion de las almas, os hace discurrir de ese modo. ¿Quién os ha dicho que para hacer penitencia por los pecados cometidos es necesario volver las espaldas al mundo, abandonar la familia, y sepultarse en los desiertos ó en los claustros? ¿Quién os ha dicho que no sea fácil hacer penitencia en el seno de la sociedad? Es aspirar á la perfeccion, el seguir los consejos de Jesucristo, dejándolo todo, y hacer una vida de anacoreta, en la mas sublime contemplacion y en las mas rigorosas penitencias: para esto llama el Señor á ciertas y determinadas almas, destinadas á servir de modelo en el mundo.

Pero no digamos tan solamente á la santidad esencial que consiste en el cumplimiento exacto de los deberes de cada uno, sino aun á la santidad heroica puede llegarse en medio de la sociedad y rodeado de cuidados. Fijad vuestra vista en San Fernando rey de España. ¿Necesitó por ventura para ser santo, renunciar el trono y retirarse al desierto? No: cumpliendo con las obligaciones de un buen monarca, ejerciendo la justicia, defendiendo la fé, combatiendo con el mayor denuedo contra los sectarios del falso profeta de la Meca, dando á sus vasallos ejemplo de religiosidad, y procurando en todo la mayor honra y gloria del que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, consiguió llegar á un alto grado de santidad, conquistándose un trono en la Gloria.

A este modo, M. A. O., si abris los fastos de la historia de la Iglesia, hallareis mil y mil ejemplos que os convencerán de lo fácil que es santificarse en todos los estados. Cosme y Damian en el ejercicio

de la medicina encontraron el medio de santificarse en la práctica de la caridad. Crispin en la humilde banquilla de zapatero, así como Focas entre los hortelanos, é Isidro en el noble ejercicio de la labor, supieron conquistar el cielo. Los trabajos á que tenían obligación de dedicarse no les sirvió de rémora ú obstáculo para practicar las virtudes y ejercer la penitencia. A vista de estos ejemplos, ¿os escusareis aun, diciendo que os es difícil hacer penitencia para satisfacer por vuestras culpas? ¿qué os puede evitar el que ayuneis? ¿qué obstáculo puede impedir os el mortificar vuestra carne, privándoos de ciertas comodidades y pasatiempos aunque sean lícitos? Decid mejor que os falta voluntad ó que mirais con indiferencia un asunto de tamaña importancia. Pues sabed que Dios no deja pecado alguno sin castigo: es preciso que el pecador penitente se sentencie á sí mismo á la pena que merece, ó que Dios agregándose al hombre le castigue (1).

La penitencia obra siempre en el penitente prodigios extraordinarios y maravillosos, porque atrae sobre él gracias de santidad, como hemos visto en los ejemplos antes citados, de tal modo, que como dice San Pablo, donde abundaba el pecado, la gracia se hacia sobreabundante (2). ¿Y por qué? Porque de este modo quiere recompensar el Señor la fidelidad del pecador en seguir sus llamamientos: Porque fuiste fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho; entra en el

(1) Delictum sine ultione non deserit Dominus; aut enim ipse homo penitens punit, aut Deus cum homine vindicans punit. D. Greg. lib. 9, Moral. c. 17.

(2) Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia. Ad Rom. capítulo V, v. 20.

gozo de tu Señor (1). Además, por la penitencia, Dios comunica al alma una paz y un reposo admirable. El pecador no puede vivir tranquilo, ni encontrar verdadero reposo por mas que trate de buscar distraccion entre los deleites mundanales: los remordimientos de su conciencia le atormentan y le hacen experimentar un continuo disgusto. Se arrepiente de su mala vida, vuelve al camino de la rectitud, y sin embargo su pecado está siempre contra él, y teme con razon el caer en las manos del Señor, y no puede menos de reconocer la necesidad de hacer penitencia, que como dice San Ambrosio, es tan necesaria al que ha pecado, como los medicamentos á los que están heridos (2). En pos de la penitencia viene el reposo y la tranquilidad, y el cristiano que la practica cree hallarse en una nueva y superior esfera. Agustin se convierte, hace penitencia, llora amargamente sus pecados y no puede menos de admirarse al contemplar la tranquilidad y la libertad de su espíritu. ¿Qué pasa por mí? esclama, ¿qué mudanza experimento desde el momento en que se han roto mis cadenas? Yo creia que era imposible vivir sin los placeres del mundo, y ahora veo que las verdaderas delicias están en las virtudes y en la penitencia. Ahora puedo decir lo que antes dijo Job: «Lo que para mí era antes insípido, ahora es mi mas regalado alimento.»

Vosotros los delicados, que no podeis soportar la mas mínima penitencia, fijad vuestra vista en los cristianos de los primeros siglos. Abstinencias rigurosas,

(1) Quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium Domini tui. Math. cap. XXV, v. 23.

(2) Pœnitentia necessaria est sicut vulneratis sunt medicamenta. D. Ambr. Epist. ad Virg. Capsam.

ayunos frecuentes, largas vigili-
as, penosos trabajos; estos eran sus cotidianos ejercicios. Observad los solitarios y anacoretas: su morada eran las oscuras cavernas, donde sufrían el rigor de todas las estaciones, estando muertos á sí mismos y vivos solo para Dios: allí pasaban las horas en la mas fervorosa oracion, que acompañaban con las mas amargas lágrimas y rigurosas penitencias que practicaban hasta el último dia de su vida. Pasaron aquellos siglos en los que ser cristianos era ser santos. Pero el fuego de aquella primitiva caridad fuese enfriando progresivamente, en términos que generalmente hablando y con honrosas escepciones, solo se ven falsos penitentes: hombres que quieren aparecer buenos y mortificados á presencia de las gentes, pero que en realidad ni son buenos ni se mortifican.

No os hagais funestas ilusiones, amadísimos hermanos: Si no haceis penitencia, perecereis todos de la misma manera. Lo ha dicho Jesucristo y primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra. O hacer penitencia para expiar los pecados ó renunciar á la salvacion, porque de no hacerlo estais espuestos á ser de nuevo arrastrados por el pecado. Y ya que habeis visto tanto la necesidad de la penitencia, como lo fácil que es hacerla en todos los estados, ¿tendreis por ventura escusa que presentar ante el tribunal de Dios? Temed que se levanten contra vosotros los Ninivitas que prontos y dóciles á la voz del Profeta, hicieron la penitencia mas rigurosa desde el monarca hasta el último de sus vasallos, y no contentos con esto, hicieron ayunar hasta las mismas bestias. A vosotros os llama Dios sino por la voz de otro Profeta, por el ministerio de este su indigno ministro. No desperdiciéis

este tiempo aceptable: no dejeis pasar estos dias de salud como les llama el Apóstol, y procurad que no sea perdida para vosotros la sana y santa doctrina que escuchais en esta mision. ¿Deseais salvaros? ¿Deseais que se derramen sobre vosotros las misericordias divinas? ¿Aspirais á la posesion del cielo? Pues bien: haced penitencia: resolveos de una vez á imponeros penas por vuestros pecados, y en prueba de que os decidís á hacerlo así postraos ahora al pié de los altares y con un corazon contrito y humillado esclamar: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SERMON

PARA EL SETIMO DIA DE MISION.

Quodcumque ligaveris super terram erit ligatum et in caelis, et quodcumque solveris super terram erit solutum et in caelis.

Todo lo que ligares en la tierra será ligado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.

Math. cap. XVI, v. 19.

Amadísimos hermanos en Jesucristo. Dios, cuyas misericordias no tienen número, ha querido dispensarnos muy en abundancia en estos días por medio de esta santa misión, dispuesta por su Providencia paternal, á fin de hacernos despertar del letargo de la culpa, y que llorando nuestros pasados extravíos, empecemos una nueva vida verdaderamente cristiana. ¡Cómo agradeceremos suficientemente tanta bondad! ¡Cómo corresponderemos á merced tan señalada! No de otro modo que siendo dóciles á sus llamamientos, escuchando su voz y procurando trabajar en adelante con ardor y perseverancia en el importantísimo negocio de nuestra salvación.

Elegido yo para anunciaros en estos días la divina palabra, he procurado desde el primero de ellos llamar vuestras atenciones hácia las más importantes verdades de la religión, con el objeto de que

entreis dentro de vosotros mismos, y que reconociendo la brevedad de la vida y la necesidad de vivir preparados para una buena muerte, procureis ejercitaros en las virtudes cristianas. ¡Ojalá que mis exhortaciones hayan penetrado hasta el fondo de vuestros corazones y que no se pierda tan hermosa semilla! Esta es la mejor recompensa que podemos esperar de nuestras fatigosas tareas los predicadores evangélicos.

Nos acercamos al fin de esta santa misión, y he creído oportuno, según anuncié el primer día, dedicar los dos últimos sermones á hablaros de la Confesión sacramental y de la Comunión, en la esperanza de que todos estareis prontos para coronar estos piadosos ejercicios acercándoos á estas fuentes de salud.

Vamos, pues, hoy á tratar de la Confesión, pues que de nada serviría practicar la penitencia como virtud de la que ayer nos ocupamos, si al mismo tiempo se rehusase el recibir la penitencia como sacramento.

Todo lo que atareis en la tierra será atado en los cielos y lo que desatareis en la tierra será desatado en los cielos. Esto dijo Jesucristo á sus Apóstoles, y en ellos á todos sus ministros. Por más que la heregía se esfuerce en querer desvirtuar estas palabras, estarán siempre llenas de autoridad y de poder: y los que somos hijos sumisos y obedientes de la Iglesia, bendeciremos siempre al Señor, que tal poder, tan magnífica prerrogativa, cual es la de perdonar los pecados, ha dado á hombres mortales espuestos á las mismas fragilidades de aquellos á quienes absuelven ó retienen sus pecados. ¡Poder admirable, esclama el Crisóstomo, que no se ha concedido ni á los ángeles ni á los arcángeles.

El acercarse, pues, á los piés del sacerdote para manifestar el estado de la conciencia, no es un simple consejo ni un mandato, sino un precepto al cual está obligado todo cristiano, sea cualquiera su posición y dignidad. El mismo Sumo Pontífice, sucesor de Pedro y Vicario de Jesucristo en la tierra, se acerca como el último de los fieles al sacramento de la penitencia, sin que exceptúe su elevada gerarquía, superior á todas las de la tierra.

Sin embargo, y lo digo con dolor, vemos multitud de almas que entran en el templo, que están continuamente á la vista de la saludable piscina y sin acercarse á tan saludables aguas: no tendrán ciertamente la excusa del paralítico del Evangelio: no podrán decir como aquel: «No tengo hombre.» Pues que os tiene por tantos años sufriendo esa cruel parálisis del alma. La indolencia ó la poca fé. Y ved aquí por qué vengo dispuesto á clamar contra la indolencia en punto de tan vital interés, y así paso á demostrar que no hay cosa mas autorizada que la Confesion sacramental: *Primera parte.* Y las condiciones que ha de tener para que sea bien hecha. *Segunda parte.*

No necesitaré suplicaros la atención, porque está en vuestro propio interés, si como es de creer, deseais conseguir vuestra eterna salvacion. Mas para que todo ceda en gloria de Dios y en nuestra propia utilidad, imploremos los auxilios de la divina gracia, que se dignará concedernos el Señor, si le dirigimos nuestras súplicas por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen, nuestra Madre y Señora, á la cual, en prueba del filial afecto que la profesamos, saludaremos reverentes: *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

No ha habido, M. A. O., un dogma mas combatido por la impiedad que la Confesion sacramental. Verdad es que la manifestacion de las culpas que se han cometido es siempre bochornosa y repugnante: pero tambien lo es que esta misma vergüenza es un principio de la misma penitencia. Doloroso es el sufrir una operacion quirúrgica, y sin embargo, la resistimos gustosos cuando es preciso en atención á que por ella esperamos conseguir la salud perdida. ¿Qué es la confesion de los pecados, dice San Gregorio, sino una abertura que se hace á las llagas, para que salga el pus, ó materia (1)? Avergüenzate, dice San Bernardo, pero confiesa todo lo que has hecho (2). Antes habia dicho San Gerónimo, hablando de los que dejan de confesarse por vergüenza, estas notables palabras: ¿Por qué te avergüenzas de confesar lo que has cometido con gusto y tan fácilmente (3)? Los que excusados con la vergüenza que les cuesta el hacer la manifestacion de su conciencia, dejan de recibir este santo Sacramento, en vano esperarán su salvacion.

¿Qué temeis, pues, hombres de poca fé? ¿Ignorais que el sacerdote, sentado en el tribunal de la penitencia, ocupa el lugar de Jesucristo, y que por consiguiente es al mismo Jesucristo á quien hablais? ¿Temeis acaso que pueda revelarse lo que depositais en el pecho del ministro de la confesion, y que pueda por

(1) *Quid est Confessio peccatorum, nisi quædam vulnerum ruptio?* D. Greg. Hom. 4 in Evang.

(2) *Erubescere; sed tamen revela totum.* S. Bern. de Vit. Solit. 9.

(3) *Quid horres fateri libenter ac propere commisisti?* D. Hieron. Epist 4.

lo tanto padecer vuestra honra y propia reputacion? Es un temor injustísimo: la mas leve indiscrecion por parte del sacerdote, seria castigada por Dios del modo mas terrible. Lo que deponéis en mi pecho por la confesion, decia el padre San Agustin, lo sé mucho menos que lo que siempre he ignorado (1). San Juan Nepomuceno sufrió el martirio antes que revelar el secreto de una confesion, y no habrá un solo sacerdote que no esté dispuesto á sufrir la muerte como aquel antes que desplegar sus lábios para faltar al sigilo sacramental.

Y si tan injustamente temeis que pudiera saberse vuestro pecado oculto, ¿no temereis á la pública manifestacion de las conciencias que se hará en el día terrible del juicio? ¿Cuánto mas sencillo es que borreis vuestros pecados por medio de la confesion?

Por parte del confesor nada teneis que temer: además de que como acabo de decir, guarda un secreto inviolable, debeis de conocer que es un hombre flaco como vosotros, espuesto á vuestras mismas miserias y aun mayores: hijo del padre prevaricador, como los demas hombres lleva en sí el gérmen de los vicios, y no por haber recibido de Dios la facultad de perdonar los pecados, deja de ser pecador. ¡Gran misericordia de Dios el haber querido santificar al hombre por el hombre mismo! ¿Y qué hallareis en este hombre que recibe vuestra confesion? Un padre amante y cariñoso; un hermano que os recibe con los brazos abiertos; un médico dispuesto á curar las enfermedades de vuestra alma: un juez, en suma, que os sentenciará usando siempre de misericordia; por que será para

(1) Illud quod per conscientiam scio, minus scio quam illud quod non scio. D. Ang. Serm. ad Frat. in Eremito.

vosotros un juez que tendrá el mayor interés en absolverse, y en salvar vuestra alma.

Tal vez los mundanos se burlen de vosotros al veros acercar al tribunal de la Penitencia: ¿pero os ha de salvar ese mundo loco é insensato? No le temais y temed por el contrario á Dios que puede mandaros á los infiernos si le sois rebeldes. Si la penitencia nos humilla, dice Tertuliano, es para ensalzarnos y justificarnos delante de Dios.

Deciamos al principio que la heregía ha combatido terriblemente el dogma de la Confesion sacramental. Hase querido suponer que es una institucion puramente humana que tuvo principio en el Concilio Lateranense. Lo único que hizo este Concilio fué hacer observar la Ley, y fijar el tiempo en que todo fiel cristiano debe confesarse, sino quiere incurrir en las penas impuestas por la Iglesia. ¿Qué interés podian tener los Padres del Concilio en instituir este Sacramento? «Si los ministros de la penitencia, dice oportunamente un sábio escritor, si los Prelados, los Soberanos Pontífices, fueran esentos de esta Ley, la acusacion tendria algun colorido y alguna apariencia de verdad, pero estando todos igualmente sujetos á ella, ¿hay necesidad de otra cosa mas para tapar la boca al error? Además los Padres del Concilio de Letrán, ni todos los Prelados juntos de la Iglesia ¿qué fuerza secreta tenian para precisar á conquistadores tan altivos, y á príncipes tan respetables y temidos para hacerlos que se humillen á los piés de sus mismos vasallos, para hacer la declaracion muy por menor de sus flaquezas (1)?

(1) Montargon. Diccionario Apostólico. Asunto IX. Tomo V.

Que la Confesion ha sido admitida desde el nacimiento del cristianismo es una verdad innegable, que jamás podrá ser oscurecida por cuantos sofismas quiera inventar la heregía. Abrid, señores, el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles, y vereis como se dice en él, que ya en tiempo de los Apóstoles, los que se creían culpados iban á declarar sus culpas: *Multi credentium veniebant confitentes, et annuntiantes actus suos* (1).

Sin detenernos en los Concilios de Laodicea y de Cartago, celebrados en los años de 372 y de 397, que hablan de la penitencia que debe imponerse, segun sea la gravedad de los pecados, llamaré vuestra atencion sobre las terminantes palabras que se leen en las actas del sexto concilio general celebrado en el año de 681: « es necesario que los que han recibido de Dios el poder de atar y desatar, consideren bien la gravedad del pecado, la disposicion del pecador á la conversion, y le den un remedio á su enfermedad. » En suma y para no detenernos en registrar las actas de otros muchos Concilios, os recordaré que el general celebrado en Trento, en su sesion XIV fulmina terribles anatemas contra los que dicen que la Penitencia en la Iglesia católica no es verdadera y propiamente sacramento, instituido por Cristo nuestro Señor para que los fieles se reconcilien con Dios cuantas veces caigan en pecado despues del Bautismo; y contra el que dijese que aquellas palabras de Jesucristo: *Recibid el Espíritu Santo: los pecados de aquellos que perdonareis, les quedan perdonados y quedan ligados los de aquellos que no perdonareis*, no deben entenderse de perdonar y retener los pecados en el Sacramento de la Penitencia: añadiendo

(1) Act. Apóst. cap. XIX, v. 18.

en otros varios cánones la misma pena de excomunion á los que digan ó propongan otras doctrinas contrarias á las que la Iglesia enseña en este punto.

El Señor decia en otro tiempo por un Profeta: « Arrojad lejos de vosotros todas vuestras prevaricaciones (1) » ¿Y qué medio tendremos nosotros para alejar, es decir, para borrar nuestros pecados? No otro que la Confesion sacramental.

Tal vez alguno quiera presentar esta objecion: Si segun la doctrina católica la contriccion perfecta justifica por sí misma al pecador, ¿qué necesidad hay de la Confesion? Esto es necesario entenderlo. La contriccion perfecta, dicen los teólogos, justifica con protesta de recibir el sacramento de la Confesion, esto es, que reconcilia á los que están resueltos absolutamente á confesarse cuando puedan hacerlo. Mas claro: un pecador se arrepiente de sus culpas, las llora y las detesta; y haciendo firme propósito de confesarse, practica todas las diligencias necesarias para ello; pero antes de encontrar confesor muere. En este caso, si su contriccion es perfecta, quedará justificado; pero si por el contrario, pudiendo confesarse no lo hace, en este caso no conseguirá el perdón, por mas que practique las mas austeras y rigurosas penitencias. Esta es, mis hermanos, la doctrina de la Iglesia: cualquiera que os enseñe lo contrario os induce á error y os coloca en el camino del infierno que es el término del réprobo.

A vosotros los que rehusais el acercaros al sacramento de la reconciliacion, diré que no solamente sois crueles con vosotros mismos, sino al mismo tiem-

(1) Projicite á vobis omnes prevaricationes vestras Ezech. capitulo XVIII, v. 31.

po ingratos para con Jesucristo. Decidme ¿qué ha hecho Jesucristo por nosotros? Ha derramado su sangre para borrar con ella nuestros delitos y ha depositado esta misma sangre en manos de sus sacerdotes, para que hagan la aspersion de ella, cada vez que arrepentidos y humillados á sus piés, imploremos la divina misericordia; y cuando solo pide una secreta confesion de los pecados, ¿no sereis mónstruos de ingratitud en despreciar este remedio debido á su inagotable caridad? ¿Y no sereis, como acabo de decir, crueles para con vosotros mismos en no aceptar este remedio, esta medicina única que puede curar las enfermedades de vuestra alma?

Si, pues, estais en conciencia de pecado mortal; si estais cubiertos con la lepra del pecado; si sentís sobre vosotros todo el peso de vuestros crímenes, id, os diré como Jesucristo á los leprosos del Evangelio; id y mostraos á los sacerdotes: *Ite, ostendite vos sacerdotibus* (1); porque si confesais vuestros pecados, Dios es fiel y justo, para perdonaros y para purificaros de toda iniquidad (2).

Yo, pues, deseoso de vuestra salvacion, os amonesto, os exhorto, por las entrañas de Jesucristo Señor nuestro, que dió su vida por nosotros, á que os reconcilieis con este amorosísimo Redentor, al modo que el Apóstol rogaba á los fieles de Corinto: *Obsecramus vos pro Christo; reconciliamini Deo* (3). Yo os aseguro que si asi lo haceis, si contritos y arrepentidos de vuestros pecados os arrojaís á esa piscina de salud y os purificais

(1) Luc. cap. XVII, v. 14.

(2) Si confiteamur peccata nostra, Deus fidelis est, et justus, ut remittat nobis peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate. I. Joan. cap. 1, v. 9.

(3) II ad Cor. cap. V, v. 20.

con las aguas santas de la Penitencia, luego que hayais recibido la absolucion de vuestras culpas, os sentireis mudados por completo, pues que renacerá en vosotros con la tranquilidad de conciencia, la paz del alma, pues que como dice Tertuliano, la confesion que el pecador hace de sus culpas, le alivia tanto, cuanto el disimulo le agrava (1). Y ya que habeis visto demostrado que no hay cosa mas autorizada que la Confesion Sacramental, réstame tan solo haceros conocer las condiciones que ha de tener la confesion para que sea bien hecha. Esta importante instruccion nos va á dar materia para la segunda parte del discurso.

SEGUNDA PARTE.

Si son muchos los cristianos que no se acercan al Sacramento de la reconciliacion, y viven por consiguiente espuestos á la impenitencia final, tras de la cual no puede encontrarse otra cosa que el infierno, no son pocos los que recibiendo el Sacramento, lejos de purificarse, salen de él mas manchados que fueron, y esto consiste en que les faltan las disposiciones necesarias. A aquellos que solo por avenirse á una costumbre, y por el bien parecer se confiesan, pero sin ánimo de mudar de vida, parece dirigirse San Isidoro por estas palabras: «El que hace aquello mismo de que se arrepiente, es un mofador, no un penitente, y al parecer intenta insultar á Dios con soberbia (2).»

(1) Tantum revelat Confessio delictorum, quantum dissimulatio agravat. Tertul. lib. de Pœn. cap. XIX.

(2) Irrisor est non pœnitens, qui adhuc agit quod penitet, nec Deum vitetur, poscere subditus, sed subsanare superbus. S. Isidor. lib. 23. Sentent. c. 15.

Considero, señores, á la mayoría del auditorio que me escucha, suficientemente instruida en las condiciones necesarias para hacer una buena confesion. Esto se enseña á todos en la infancia, pero el predicador evangélico se debe no solamente á los instruidos, sino que tambien á los ignorantes. No extrañeis, pues, que me detenga en este punto, que será de enseñanza catequística para unos y de saludable recuerdo para otros.

El santo Concilio de Trento, reduce á tres condiciones las que deben acompañar á la confesion, que son el conocimiento, la manifestacion y la detestacion de los pecados. Debe el pecador, dice el Concilio, examinar con cuidado y ojear todos los senos y escondites de su conciencia (1). Es necesario para conseguir el conocimiento exacto de los pecados un tiempo de recogimiento proporcionado al que ha mediado desde la última confesion. Aquellos pecadores que han pasado una vida disipada, que durante muchos años no han tenido otra regla de conducta que las veleidades de su corazon ó los caprichos de su fantasía, que sin escrúpulos de conciencia se han entregado á toda clase de pecados, y que durante este tiempo han estado por su destino ó empleo de gran número de obligaciones, les es indispensable si han de hacer una buena y verdadera confesion, hacer un diligente exámen de conciencia, retirándose á un lugar apartado del bullicio, y en el cual pidiendo al Señor sus divinos auxilios, por medio de una oracion fervorosa, pueda tomarse cuenta á sí mismo, procurando recordar las faltas que ha cometido en el desempeño de sus

(1) Peccator debet se ipsum diligenter excutere, et conscientie sue sinus omnes et latebras explorare. Conc. Trid. Ses. V.

obligaciones y deberes, en sus negocios, en los tratos que efectuó, las reuniones á que asistió, y todo lo demas que pueda hacerle venir en conocimiento de todos sus pecados, teniendo cuidado no solamente de pararse á reflexionar en los vicios y pecados, tales como los sensuales, los de hurto, usura, etc., sino tambien de todos los demas que siendo graves, el demonio trate de hacerlos aparecer como leves ó sin consecuencia: tales son entre otras las murmuraciones, en las que por via de gracia se han echado por tierra la reputacion de algunas personas, y tambien los pecados ajenos; esto es, aquellos de que uno ha sido causa ú ocasion; de los escándalos públicos, de los domésticos, de los pecados que no se han evitado ó corregido pudiendo hacerlo.

Despues de examinada así detenidamente la conciencia debe acudirse á hacer la manifestacion sincera de los pecados. Para que la confesion sea injénua, debe espresarse claramente la naturaleza del pecado, con sus circunstancias agravantes ó que pueden aumentar ó variar la naturaleza de la culpa: teniendo presente que Dios lo ve todo y penetra hasta los mas recónditos senos del corazon humano. La menor disimulacion no se escapa á los ojos de nuestro Dios: de este modo se hará una confesion simple, clara y preciosa que son las cualidades que la hacen buena, segun la doctrina de Santo Tomás y la del Concilio de Trento.

Ahora, mis hermanos, no podré menos de clamar contra las costumbres de muchos de los que se acercan al confesonario, exigiendo del Ministro del Sacramento, que les vayan preguntando. Esto no es hacer una confesion sincera. ¿No habeis hecho un detenido exámen de conciencia? ¿Cuándo os llegais al tribunal de

la penitencia, no sabeis ya los pecados de que habeis de acusaros? ¿Por qué, pues, pensais cumplir, sujetándoos á un interrogatorio? Es que así quereis evitar parte de la vergüenza que os causa la declaracion de vuestros pecados. Como si la confesion consistiera en decir sí ó no. ¿Y creeis que es posible que un hombre con quien nunca habeis vivido, que no conoce vuestras inclinaciones ó costumbres, pueda entrar en la averiguacion de una infinidad de pecados? Tanto valdria que encontrándoos enfermo, llamáseis al médico y sin manifestarle los síntomas que habiais sentido ni la parte de vuestro cuerpo en que sentiais dolor, y sin permitir siquiera que os pulsase exigieseis que os fuese preguntando. ¿Creéis que por sábio que sea un médico, que no conozca vuestra naturaleza ni achaques podria acertar todo vuestro mal para curarlo? Pues el pecado es la enfermedad del alma, y el confesor el médico espiritual: si son considerables en número las enfermedades corporales, no lo son menos las espirituales. Debe, pues, el penitente confesarse por sí mismo, sin perjuicio de que despues el sacerdote os haga las preguntas convenientes.

La práctica del confesonario, nos hace conocer que muchos hacen malas confesiones y caen en el sacrilegio por querer disimular el pecado: lo insinuan pero no lo manifiestan: tratan de disculparse queriendo hacer creer que otros fueron los causantes: intentan dar otro colorido que el que en sí tienen á sus arrebatos de ira, á su dureza para con los pobres y al orgullo que los ha dominado, queriendo disimularlo ó desfigurarlo todo. Hay personas que quieren tener el corazón dividido entre Dios y el mundo y sin dejar sus vicios, se confiesan todas las festividades, pero bus-

res, la de la misericordia para con los pobres, virtud gratísima á los ojos de Dios, y que por lo tanto no puedo menos de recomendárosela eficazmente. Jesucristo, que vino á enseñarnos con su ejemplo y doctrina, nos dió admirables pruebas de esta verdad, que hallamos consignada en las Sagradas Páginas. Ved si no la caridad con que multiplicó los panes y los peces para dar de comer á cinco mil personas y que no pereciesen (1).

Y qué, ¿á vista de estas obras de Isidro y de los prodigios que Dios obra en su favor, no habré yo tenido razon en presentarlo como una antorcha ardiendo continuamente en las llamas de la caridad? Sí; *erat lucerna ardens*: empero no es esto solo, sino que tambien os lo voy á hacer ver alumbrando al mundo y principalmente á los que como él se dedican á la noble profesion de la labor: *et lucens*.

SEGUNDA PARTE.

Por mas que el nacimiento de Isidro fuese humilde, y que él pasase la mayor parte de sus dias ignorado y desconocido de los habitantes de Madrid, Dios, que ensalza á los humildes y mira con desden á los soberbios del mundo, tiene reservado á nuestro virtuoso labrador para que sea una luz que alumbré al mundo y enseñe á los de su profesion, que en ella como en todas, puede el hombre santificarse. *Erat lucerna lucens*. El Señor, que sacó á David de humilde pastorcillo para ocupar un trono, que eligió á Pedro, mi amado Padre, para que dejando el humilde oficio de pescador, fuese en adelante la cabeza visible de la Iglesia, se digna

(1) San Juan, cap. VI.

disponer que Isidro se dé á conocer al mundo por sus heróicas virtudes, haciendo que este pobre labrador sea admirado y elegido un dia por especial Patrono de una de las mas ilustres córtes de Europa.

Isidro, que deseaba entregar á Dios todo su corazón, concierta con su virtuosa mujer á quien la Iglesia ha colocado tambien en los altares, que en adelante vivirian como dos hermanos, dedicándose tan solamente al ejercicio de las virtudes, al amor de Dios, de quien tantos favores recibian. Acepta con el mayor gusto la santa esposa, y viven desde entonces como si no viviesen, pues que de continuo estaban embriagados en el amor de su Dios, hasta que conociendo Isidro anticipadamente que era llegada la hora en que Dios le llamaba para sí, se dedicó á prepararse para la jornada de la eternidad. Recibe con gran devocion y con edificacion de los circunstantes los Santos Sacramentos, y preparándose con repetidos actos de Fé, Esperanza y Caridad, asistido por ángeles de paz que rodean su lecho, cierra sus ojos al mundo para abrirlos en la gloria el dia 15 de mayo del año del Señor 1130.

Mas ¿creéis, señores, que con su muerte queda oscurecida su memoria? Nada menos: su cadáver fué sepultado en el cementerio de la parroquia de San Andrés de Madrid, donde permaneció por espacio de cuarenta años, hasta que aumentándose cada dia el número de los que acudian á implorar su intercesion, quiso Dios glorificarlo sacándolo de aquella humilde sepultura y haciéndole despues glorioso por toda la monarquía.

Aparecióse el Santo á varias personas notificándoles su voluntad de que su cuerpo fuese sacado de aquella sepultura y colocado dentro de la misma

Iglesia. Así se hizo, y á la traslacion del santo cadáver, concurrió todo el clero y la justicia, y testigo fué toda la villa de cómo repicaron solas las campanas de San Andrés, sin dejar de sonar hasta que se hubo concluido la ceremonia. Todos percibieron el suavísimo olor que exhalaba el bendito cuerpo, que aun en el dia de hoy se conserva tan flexible, tan entero y con el color tan natural como el dia en que se descubrió esta preciosa reliquia, á pesar de los siglos que han trascurrido (1).

¿Y será posible referir, y mucho mas en los estrechos límites de un discurso, los muchos milagros que el Señor ha obrado por intercesion de este Santo? ¡Ah! Hablen por mí tantos como llenos de fé acudieron en todos tiempos al sepulcro de Isidro y salieron curados de sus enfermedades y socorridos en sus aflicciones: ¿cómo podria ser de otro modo? El que tanta caridad tuvo en la tierra, necesario es que cuando goza de la felicidad del Cielo, la egercité en favor de sus devotos. Pero no cerraré el discurso, no concluiré este mal trazado cuadro de las glorias de Isidro, sin referir el hecho acaecido con el rey Felipe III, tal como nos le conserva la historia.

Este piadoso monarca, que solicitaba con el mayor esfuerzo se abreviase la beatificacion del Santo, no tardó en recibir el premio de su celo. Volviendo de Lisboa, cayó tan peligrosamente enfermo en Casarrubios del Monte, que los médicos llegaron á desconfiar de su vida. Viendo que todos los remedios eran inútiles, se recurrió á la intercesion de san Isidro labrador. Estábase celebrando la Misa en

(1) Se conserva hoy dia el cuerpo de este glorioso Santo en la iglesia de san Isidro el Real de Madrid.

honra del Santo, en la Iglesia de San Andrés, con la asistencia de toda la clerecía de Madrid, cuando llegó un correo extraordinario con la triste noticia que el Rey estaba para espirar, habiendo ya perdido el conocimiento. Fué general la consternacion, pero la confianza moderó las lágrimas, sobre todo, cuando se divulgó en la Villa, que á instancia de los magistrados, se habia de llevar la caja del santo cuerpo á la morada del Rey enfermo.

Llevóse á efecto esta ceremonia eclesiástica con la mayor pompa y solemnidad. Colocóse la caja sobre un carro triunfal magníficamente adornado: iba á caballo toda la nobleza y todo el clero con hachas encendidas en las manos; seguíase una multitud de coches y carrozas con muchos coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba continuamente el acompañamiento. El príncipe heredero salió á recibir la santa reliquia con toda la corte hasta la entrada del parque, y la acompañó hasta el cuarto del Rey su padre. La caja, conducida por los cuatro eclesiásticos mas autorizados de Madrid, se colocó en una especie de trono debajo de un magnífico dosel. El Rey, que se habia limpiado de calentura desde que la caja salió de la iglesia de San Andrés, se halló enteramente bueno, luego que entró en su cuarto la reliquia. Restituyóse á Madrid el santo cuerpo, donde ningun monarca ha tenido jamás el recibimiento que tuvo este humilde labrador, despues de que Dios por su intercesion se dignó obrar un milagro tan conocido de todos.

A vista, pues, señores, no solo de las virtudes que adornaron á Isidro durante su vida, de su recogimiento, su oracion, su caridad heroica, sino de los

muchos portentos que Dios ha obrado y obra diariamente por la intercesion de este su siervo, no temo afirmar como dije al principio, que él fué una luz que ardió de continuo en las llamas de la caridad y que alumbró al mundo: y principalmente, á los que como él, se dedican á la profesion de la labor, para que imiten sus virtudes: *Erat lucerna ardens et lucens.*

¡Ah! que ni los pueblos que le celebran, ni Madrid que le reconoce por especial patrono, ni los muchos que imploraron su proteccion y salieron socorridos, libres de sus enfermedades, ni el rey Felipe III, que como habeis visto alcanzó la salud por su intercesion, ni el mismo Gregorio XV que le canonizó, pueden decir mas en elogio de nuestro Santo que lo que yo repito acomodándole el elogio ó el gran panegírico que Jesucristo hace de Juan Bautista. «Era una antorcha que ardia y que alumbraba.»

Gloriaos, pues, ilustres labradores; vosotros sois, y no temo afirmarlo, la parte mas útil de la sociedad y por lo tanto la mas noble: ¿cómo trabajaria el magistrado en su bufete, cómo estudiaria y se haria útil el sacerdote, cómo gobernarían los reyes, si vosotros no cultivaseis el campo que produce el alimento que nos mantiene? Sí: es una verdad que á vuestra laboriosidad, despues de Dios, debemos nuestra subsistencia. Empero no os enorgullezcáis por esto, sino solo por haber dado á la Iglesia el Santo Isidro, Patron de la corte de Madrid y protector del Reino.

Mas ¿creeis que os será útil vuestra devocion al Santo y vuestro regocijo, si no tratais de imitar sus virtudes? De nada servirá que celebreis su humildad, si vuestros actos van dirigidos por el espíritu de soberbia; de nada el que conozcais su espíritu de oracion

y su conformidad con la voluntad divina, si murmuráis de la Providencia porque no os dá todo aquello que vosotros deseáis para saciar vuestra ambición; de nada que os admire su caridad y misericordia para con los pobres, si vosotros teneis las manos cerradas para hacer bien. Tratad por lo tanto de imitar las virtudes de Isidro, para que vuestra devoción y vuestros cultos sean agradables á los ojos de Dios á quien los dirigís por su mediación: no seáis mezquinos en vuestras limosnas, ni seáis insensibles á los ruegos del pobre que es vuestro hermano, hijo de Dios como vosotros, y redimido con la sangre preciosa de Jesucristo. Creed, hermanos míos, que nunca se aminoró la hacienda al caritativo, pues para el hombre limosnero no hay malos tiempos ni pérdida de cosecha, pues que recibe bendiciones continuas de Dios. Yo estoy en la persuasión que mas vale para nuestra alma el «Dios se lo pague» de un pobre, que una hora de oración que tengamos. Por otra parte, ¿no habeis experimentado en vuestro corazón una satisfacción que no es comparable á ninguna otra, cuando habeis alguna vez entrado en la morada de la miseria, y al ver un padre de familia rodeado de sus pequeños hijos que le piden pan sin tener aquel que darles, os habeis movido de compasión y habeis derramado con vuestra limosna el consuelo en aquella casa? ¿Y cómo es posible que no lleguen hasta el trono de Dios las oraciones que aquellos pobres dirigen en favor de sus bienhechores? y si esto es así, ¿cómo dejará Dios de bendeciros á vosotros, á vuestros hijos y familia en premio de vuestra caridad? ¡Mas ay! que el corazón está predominado por la ambición, no conoce estos verdaderos goces de la Religión.

Sed, pues, hermanos míos, caritativos como Isidro: no olvideis jamás que para llegar á poseer la vida eterna se nos ha puesto por condición que hemos de amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos: cumplamos todos estos dos grandes preceptos de nuestra ley, que nos abren el camino que nos ha de conducir á la pátria de la Gloria.

Y tú, glorioso Santo, ilustre Isidro, gloria de nuestro hispano suelo y honra del gremio de labradores: mira desde el Cielo, donde moras, por esta nación tu pátria; y á todos cuantos invocan tu protección, socorre con aquella misma caridad con que socorrias á los pobres que se llegaban á tus puertas. Alcanza bendiciones de Dios para estos labradores, á fin de que fructifiquen sus campos, y que reine la paz en el seno de sus familias; y, lo que vale mas que todo, la divina gracia para que imiten tus virtudes. No te olvides que eres español y que la Iglesia de España está pasando por días de prueba, y que necesitamos por lo tanto de tu auxilio. Pide, pues, á Dios, Santo mio, que reine la paz en este reino tan eminentemente católico, que nos unamos todos los españoles, y que triunfando la Iglesia del furor de sus implacables enemigos, se muestre glorioso como siempre el pabellon español, y conservando nuestra unidad religiosa, de que no podrá separarnos el infierno ni los primogénitos de Belial, veamos la Religión triunfante en nuestro suelo, y despues en tu compañía bendigamos á Dios nuestro Señor en la Gloria, que os deseo á todos por los siglos de los siglos: Amen.

SERMON PANEGIRICO
PARA EL DIA DE
ALERE FLAMMAM
SAN FRANCISCO DE ASIS.

Eris quasi hortus irriguus.... Fundamenta generationis et generationis suscitabis.

Serás como huerto de regadío.... Levantarás los cimientos de una generacion estable.

Isaias, cap. LVIII, v. 11 y 12.

Celebren en buen hora los pueblos y naciones la memoria de aquellos varones ilustres que llenos de valor y heroicidad se hicieron acreedores al amor y aprecio de sus semejantes. Por mas que yo registro con avidez las páginas de la historia, por mas que leo con atencion los hechos memorables en ella consignados, no descubro un héroe que llegase á adquirir mas justa celebridad y mas derechos al amor y veneracion de todas las gentes que el abrasado serafin del amor, el humildísimo Francisco de Asis, cuya memoria solemniza hoy la Santa Iglesia y cuyo elogio ha sido confiado á mis débiles fuerzas y escasos conocimientos.

Vedme aquí, pues, en el caso de hablar de un

varon justo que cual otro Moisés supo con el báculo prodigioso de su palabra y ejemplo, hacer brotar cristalinas aguas de virtudes de infinidad de corazones; que cual otro Abraham fué padre de una generacion dilatadísima que estendida por todos los pueblos cristianos, viene de generacion en generacion consiguiendo admirables conquistas para Jesucristo, y dando dias de gloria á la religion y á las sociedades; que cual otro Pablo vivia en el mundo como si no viviese, pues como él podia esclamar: «Vivo yo, mas vive Cristo en mí»

No me es nuevo, señores, el ejercicio de la Divina Palabra; empero confieso con la ingenuidad que es propia del sagrado lugar que ocupo en este instante, que nunca me he visto mas perplejo y dudoso sobre el giro que debia dar á una oracion, que al comprometerme para pronunciar en este dia el panegirico del ilustre Francisco de Asis, de ese varon apostólico que mirando con desprecio todas las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, fué un perfecto modelo de la perfeccion evangélica, un incansable apóstol de la religion cristiana, un hombre, en fin, cuya caridad le hizo no solamente trabajar en su propia santificacion, sino tambien en la de sus semejantes: nadie con mas motivo que él pudo esclamar: *Respiscite quoniam non soli mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus disciplinam.*

¿Y cuál es, me direis, el motivo de esas dudas, cuando no es facil encontrar un campo mas vasto que el que presentan las virtudes de Francisco al orador sagrado? Así es ciertamente, mis hermanos, y me bastaria referir parte de sus hechos admirables, para arrebatat las atenciones de mis oyentes. Empero no

me han de escuchar tan solamente esas sus fervorosas hijas que en el claustro siguen la austeridad de su regla. Hablo ante toda clase de personas y en un siglo en el que el filosofismo ha hecho los mayores esfuerzos por hacer aparecer ante los ojos de la juventud á los regulares, no solamente como inútiles, sino tambien como perjudiciales á la sociedad, y opuestos al progreso de las ciencias. ¡Calumnia vil! Nadie como ellos ha contribuido á la civilizacion de los pueblos: nadie como ellos ha tenido la heroicidad de perder la vida en sus grandes trabajos al conquistar incultas islas: ellos han sido los verdaderos amigos de la humanidad; los que han predicado la paz, el respeto á las autoridades divina y humanas, los que mirando, en suma, á todos los hombres como hermanos, se han hecho todo para todos, han tenido no solamente en sus lábios, sino grabado en sus corazones ese lema tan manoseado como poco comprendido ni practicado por los modernos reformadores de *igualdad y fraternidad*. Tan solo al espíritu del cristianismo está reservado el verdadero heroismo.

Creo habreis comprendido ya las causas que motivaban mi pusilanimidad. En la necesidad, pues, de formar el elogio del serafin llagado y defender á su ilustre familia de los rudos ataques de la impiedad y de las calumnias del filosofismo, yo os demostraré que Francisco de Asis fué como un huerto cerrado, que regado con las aguas de la divina gracia, produjo admirables y olorosas flores de cristianas virtudes: *Eris quasi hortus irriguus*. Esto dará materia á la primera parte de mi oracion, haciéndoos ver en la segunda, que tuvo la gloria de levantar los cimientos de una generacion santa, á la

cual es deudora la humanidad de grandes y extraordinarios beneficios: *Fundamenta generationis et generationis suscitavit*.

Solicitemos ante todo los dones de la gracia, tan necesarios para el mejor acierto, y sea por la mediacion de la Santísima Virgen, saludándola para mas comprometerla en nuestro favor con las mismas palabras que un dia la dirigiera el celestial Parainfo. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

Dos clases de santidad conducen al hombre al fin para que fué criado, que es el poseer la feliz y dichosa inmortalidad. Es una la santidad esencial: consiste esta en el exacto cumplimiento de la ley de Dios. Sin necesidad de retirarse de la sociedad, atendiendo al cuidado y sustento de su familia, disfrutando con moderacion y prudencia de los bienes que el Señor concede, puede el hombre santificarse en el cumplimiento de sus deberes sociales y domésticos, si al mismo tiempo no descuida los deberes religiosos, es decir, si es caritativo, humilde, modesto, si lejos de enorgullecerse por su posicion y bienes de fortuna, los emplea en hacer bien á sus semejantes. La otra santidad es la heroica, que consiste en observar no solamente los preceptos, sino aun tambien los consejos evangélicos. No todos son llamados á la santidad heroica: el Señor, que es pródigo en misericordias, hace aparecer, segun la necesidad de los tiempos, héroes admirables que cual brillantes antorchas iluminen el mundo con su doctrina al tiempo mismo que le edifiquen con su rara virtud, haciendo conocer su error

á los que caminan por sendas estraviadas. Es constante que á estos héroes de santidad, es siempre deudora la sociedad de inestimables beneficios.

Un pasaje evangélico confirmará la esplicacion que acabamos de dar acerca de la diferencia que existe entre la santidad esencial, á la que todos los cristianos estamos obligados, y la santidad heroica, á la que Dios llama á ciertas almas. Llegóse un hombre á Jesucristo y le dijo: Maestro ¿qué deberé hacer para conseguir la vida eterna? A cuya pregunta contestó el Salvador: si quieres entrar en la vida eterna observa los mandamientos: no matarás: no adulterarás: no hurtarás: no dirás falso testimonio: honra á tu padre y á tu madre, y amarás á tu prójimo como á tí mismo. Todo esto, dijo el hombre, lo guardo desde mi juventud, ¿qué me falta aun? Jesus le dijo: si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo (1). Así lo hizo el héroe cuya memoria celebramos y á quien Dios eligió para confundir con su humildad el orgullo y la altanería de su siglo: con su modestia, el lujo y el escándalo: con su voluntaria pobreza, la vanidad y arrogancia de los ricos; y con su vida laboriosa, la vida muelle é infecunda de muchos hombres que nada hacen ni en su propio beneficio, ni en el de sus semejantes. Abramos las páginas de su historia y mil hechos admirables nos harán conocer, que fué como un huerto regado por las aguas de la divina gracia, cuyos frutos fueron las mas olorosas flores de las virtudes cristianas. *Eris quasi hortus irriguus.*

(1) Math. cap. XIX, v. 16 21.

Tocaba á su ocaso el siglo XII, cuando Francisco abrió sus ojos á la luz del mundo, y no obstante ser hijo de un mercader acomodado, su nacimiento fué sobre humildes pajas, por inspiracion que tuvo su madre, y á fin de que tuviese esta semejanza con el Redentor de la humanidad, á quien mas tarde habia de imitar del modo mas perfecto con que puede hacerlo una criatura. No diremos que desde sus primeros dias dejó conocer su amor al retiro y á la soledad. Antes por el contrario, si su niñez en nada se diferenció de la de los demas infantes, apenas llega á la juventud, cuando todos descubren en él un génio vivo y alegre, acompañado de gracias naturales que le hacian simpatizar á primera vista con todo el que tenia ocasion de hablarle. Aficionado á la poesia, fino en su trato con los hombres, galante y atento con las mujeres, sin haberse enorgullecido por mas que le sonriera la fortuna, era uno de aquellos jóvenes que suelen distinguirse en la sociedad. Nunca fué malo; su corazon siempre fué propenso á la bondad; malas inclinaciones no las conoció. Esto no obstante, su humor jovial y condescendiente le arrastraba á reuniones donde pudiera distinguirse y lucir sus dotes naturales. El mundo, que está pronto para tender sus redes y prender en ellas á la juventud incauta, llama á Francisco, á quien pretende deslumbrar con el seductor aparato de sus encantos y pretende aplicar á sus lábios la dorada, empero ponzoñosa copa del deleite. Pero no; ¡oh mundo, que á tantas almas guias á la perdicion! nada conseguirás de Francisco: el amor profano no tomará posesion de su corazon: si por breve tiempo se ha sonreido á tus halagos, él sabrá volverte las espaldas, triunfar de tus engaños, y ayudado con la divina gra-

cia que en él se aumentará cada día por su correspondencia, llegar á la perfeccion cristiana, para ser un diestro piloto, que á través del borrascoso mar de las pasiones mundanales, guía á multitud de almas al puerto seguro de la salvacion.

Y fué así, mis señores; Dios, cuyos juicios son incomprendibles, y que elige cuando es su voluntad, las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes (1), habia elegido á Francisco para influir en la reforma de su siglo, para oponerse á la relajacion de las costumbres, y hacer frente con su ejemplar conducta al impetuoso torrente de la maldad que en sus dias arrastraba á la juventud por el ameno camino de la perdicion eterna. Quien hubiese observado á Francisco en su juventud, y antes de emprender la grande empresa que ayudado de la gracia llevó á término feliz, ¿hubiese podido creer los designios de Dios sobre él, y la gran revolucion moral que habia de efectuar? A esta pregunta contestaré con otras que nos harán conocer cuán limitada es la inteligencia humana, y cuán errados son los juicios que forma por lo comun sobre la suerte y destino de las criaturas. Quien hubiese observado un tierno infante que en una cestita de juncos fluctuaba sobre las aguas del Nilo en tiempo de los Faraones en el Egipto, ¿hubiese creído que aquel niño habia de ser educado mas tarde en el mismo palacio de Faraon, y ser el libertador de su pueblo? Quien en el siglo XVI de la Iglesia, hubiese visto en una de las ciudades de nuestra España, á una monja débil por sus continuas enfermedades, sin recursos de ninguna clase, tratada de loca y de mujer andariega, ¿hubiese

(1) I. Ad Cor., cap. I, v. 27.

creído que aquella mujer habia de ser la ilustre reformadora del órden del Carmelo, la mística doctora de la católica Iglesia? Hé aquí contestada la primera pregunta que hicimos sobre el destino de Francisco, que apareció en el mundo siglos antes que nuestra patrona Santa Teresa, y quien como ella en nuestra España, fué en Italia tenido por loco, siendo silbado y corrido por los muchachos. La gracia habia obrado en él un prodigio admirable. Aun era bastante jóven cuando se siente movido á despreciar las cosas de la tierra y á ser un clarín que anunciase por todas partes la grandeza de Dios y su justicia, y desnudándose de sus vestidos, que troca con los de un miserable pordiosero, se propone vivir en la mayor pobreza y alimentarse con la caridad pública. El mundo no vé las cosas mas que por la corteza, y no comprende el espíritu que anima á los héroes de la religion. ¡Oh cuánto tiene que padecer Francisco, desde el momento en que entra por las sendas de la perfeccion evangélica! Aquí es maltratado por unos ladrones que le arrojan en una cisterna: allí es objeto de las burlas y denuestos de los que le juzgan en estado de demencia. Pero justamente en los padecimientos y trabajos encuentra su mayor gloria el siervo fiel que se habia propuesto imitar en cuanto le fuera posible al Redentor de la humanidad, que siendo su Dios con el Padre y el Espíritu Santo, habia sido insultado y escarnecido por el hombre, á quien vino á salvar.

Precisamente, todos aquellos que habian conocido y tratado á Francisco desde sus primeros dias, empezaron á tratarle de iluso y de fanático y se propusieron hacerle variar de resolucion. Su mismo padre, que se creia deshonrado al verle cubierto de

andrajos, le conduce ante el obispo de Asis, quejándose al Prelado y suplicándole se opusiese á la resolucion de su hijo. Pero justamente delante del obispo hace renuncia de cuanto le puede pertenecer de los bienes paternos, y se despoja, guiado por el fuego del amor divino, de la pobre ropa que le cubria. El Prelado mandó traer una capa, la cual corta Francisco en forma de cruz, y colocándosela esclama en el mayor júbilo de su alma: Hasta ahora os he llamado Padre: de aquí adelante diré tan solamente «Padre nuestro que estás en los cielos,» y saliendo de la morada episcopal, empieza la vida austera que se habia propuesto seguir, y se dedica á predicar por todas partes, animado por su caridad ardiente, que le hacia desear la salvacion de todas las criaturas.

Ya se habia fijado en su imaginacion la idea que despues llevó á cabo de fundar un orden religioso donde se observase un género de vida penitente, y donde se atendiese no solo á la propia salvacion, sino tambien á la de los prógimos. ¡Oh qué ardiente y verdadera caridad!

Siento en verdad que sean tan estrechos los límites que el uso ha fijado á este género de oraciones, porque ahora se nos presenta un vastísimo campo donde admirar el grado de heroicidad á que llegó nuestro Santo. No busca Francisco consejos de los sábios de la tierra: su consultor es Jesucristo: como todas las almas verdaderamente ascéticas, busca en el ejercicio de la oracion la divina inspiracion para llevar á cabo los planes que se propusiera: su libro, donde estudia la ciencia de la salvacion, es la imagen del Crucificado: la estrecha entre sus brazos,

la acerca á su corazon, llora, suspira, y ruega de continuo al Señor que le dé á conocer su voluntad santísima, y busca para esto una intercesora poderosa que es la Bienaventurada Madre de Dios. En Porciúncula, á donde se habia retirado, conoce ya la voluntad del Señor, y se asocia de diez y seis compañeros, proponiéndose emplearse todos en la predicacion del Evangelio, poniendo los cimientos á un orden que estendido despues por el campo de la Iglesia, habia de ser numerosísimo, y plantel que habia de producir innumerables mártires, celosos confesores y vírgenes santas. Por su mano escribe la regla de su orden, que toda está basada en caridad.

Una cosa faltaba y era ciertamente la mas esencial: que el Vicario de Jesucristo aprobase el nuevo orden: Francisco se dirige con sus compañeros á Roma y se presenta ante Inocencio III: todas son dificultades, pues que los Cardenales aconsejan al Papa diciéndole que era mejor y mas útil reformar las órdenes religiosas existentes que establecer otras nuevas. Francisco es, pues, despedido sin conseguir su objeto. Las criaturas aceptables al Señor, dice la Escritura, deben probarse en la tribulacion (1). Francisco fija su confianza en Dios y no desmaya. El Papa Inocencio tuvo una vision en sueño, y conociendo la voluntad del Señor sobre Francisco y lo útil que á la Iglesia habia de ser su instituto, lo aprobó y por sí mismo vistió el santo hábito á aquellos religiosos, nombrando á Francisco por superior de todos ellos. Instituido ya el orden de los menores, demos una rápida ojeada sobre los trabajos apostólicos de su ilustre fundador y patriarca.

(1) Eccli. cap. II, v. 5.
Tomo VI.

Y desde luego, si contemplamos que Francisco no se había dedicado al estudio de las ciencias, no podrá menos de admirarnos el fruto que consigue con su predicación fervorosa: todo predicaba en él, su modestia, su mansedumbre, su humildad, su pobreza y su palabra. El Profeta de los Salmos lo había cantado: *Dominus dabit verbum evangelizantibus virtute multa* (1), y esta verdad demóstrase claramente en Francisco, que inspirado por Dios consiguió admirables frutos por su predicación en Roma, en Florencia y en las demás ciudades de Italia; en España, como en Alemania; en Portugal, como en la Francia. Su celo le llevaba á todas partes; podía decirse que casi multiplicaba su presencia, y lo mismo dejaba escuchar su voz en el palacio del monarca que en la choza del pastor. ¡Qué fortaleza hace adquirir la caridad! El no interrumpe sus viajes, ora los montes y caminos se vean cubiertos de nieve en el corazón del invierno, ora en la fuerza del estío tenga que sufrir los abrasadores rayos del sol: lleno de valor contesta á los hereges y se opone á sus sofismas: guiado por su espíritu busca repetidas veces el martirio, y Jesucristo le hace mártir del amor imprimiendo en sus manos, piés y costado sus mismas llagas.

Tal fué su constancia y sus trabajos, que á los cuatro años de la fundación ya contaba solo en Italia cinco mil religiosos. Considerémosle en sus apostólicas tareas, en su predicación fervorosa, en los triunfos que consigue sobre los hereges, y en los demás hechos memorables que nos refiere su panegirista San Buenaventura y no podremos menos de

(1) Ps. LXVII, v. 12.

convenir en que Francisco de Asis fué como un huerto cerrado, que regado con las aguas de la divina gracia, produjo admirables y olorosas flores de virtudes cristianas: *Eris quasi hortus irriguus*. Veamos ahora cómo tuvo la gloria de levantar los cimientos de una generación santa, á la cual es deudora la humanidad de grandes y extraordinarios beneficios: *Fundamenta generationis et generationis suscitavit*.

SEGUNDA PARTE.

La lucha de la verdad con el error es tan antigua como el mundo; empero siempre la verdad ha conseguido admirables triunfos. Dos amores, dice el Padre San Agustín, fundaron dos ciudades: el amor de Dios hasta el olvido y desprecio de sí mismo, edificó la ciudad de Jerusalem, y el amor propio hasta el desprecio de Dios, edificó la infame ciudad de Babilonia. Hé aquí los dos seres morales que se vienen disputando el triunfo: el espíritu de Dios y el espíritu del mundo. El primero fué el que fundó esas órdenes religiosas, cuyos individuos consagrados al bien de sus semejantes, y teniendo por lema de sus constituciones la caridad cristiana, piedra donde descansa el edificio de la verdadera y sólida piedad, se han hecho en todos tiempos acreedores á la gratitud del mundo, porque han sido los verdaderos maestros que han enseñado á los hombres, fomentando las ciencias; los mejores ciudadanos, porque predicando el amor á Dios y la observancia de su divina ley, han enseñado al mismo tiempo el respeto y la subordinación á las autoridades de la tierra. Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que

le pertenece, han aclamado siempre, valiéndose de las mismas palabras del Salvador de las naciones.

No voy á emprender ahora, porque el tiempo no me lo permite, la apología de los órdenes religiosos: voy, sí, á vindicarlos para gloria de Dios, honra del Santo fundador Francisco, y desengaño de los que incautamente se han dejado seducir por los sofismas del moderno filosofismo, de los títulos con que los califica la impiedad.

Y desde luego: nosotros que hemos nacido en un siglo calamitoso para la Iglesia, apenas la razon ha venido á ilustrar nuestro entendimiento, no hemos oido otra cosa que sarcasmos y denuestos contra los regulares, dirigidos por inteligencias arrogantes que por ódio ó sistemáticamente se han propuesto hacerlos caer en el descrédito: ociosos, perjudiciales al estado é inútiles á los pueblos: hé aquí los dictados con que la impiedad y el filosofismo han calificado á los regulares. En cuatro palabras nos será fácil pulverizar sus sofismas, y volver por la inocencia calumniada y perseguida. ¿Quiénes son los que han protestado con el ejemplo y la doctrina contra las máximas corruptoras de la sociedad, oponiéndose con la humildad al orgullo y á la vanidad, con la pobreza al fausto y á la ostentacion, con la penitencia al desórden? ¿Quiénes son los que gustosos han sacrificado la vida, por llevar con el Evangelio la civilizacion á incultas islas? ¿Quiénes los que han dado un grande impulso á las ciencias? ¿Dónde se albergaron estas sino en los monasterios, cuando nuestra España se vió presa del audaz sarraceno? ¡Ah, señores! Es necesario cerrar los ojos á la luz de la verdad, para contradecir lo que únicamente puede negar la ignorancia ó la mala fé.

Pero fijémonos ahora tan solamente en la familia franciscana. Leed sus anales y no podreis numerar sus mártires y la multitud de santos confesores que ha producido. Consagrados principalmente á la predicacion y á la direccion de las almas en el santo tribunal de la Penitencia, han sido instrumentos de la conversion de multitud de pecadores, han inflamado muchos corazones en el fuego del amor divino, y han arrancado del medio de la sociedad corrompida innumerables sencillas palomas que se han refugiado en los cláustros dedicándose á ganar el cielo por el camino de la Cruz y de la mortificacion.

No hay duda, M. A. O.; Francisco de Asis, instituyendo su sagrado órden religioso, fué un Apóstol celoso que verificó una portentosa transformacion en el mundo. El fué un imitador fiel de Jesucristo, por quien supo crucificar todas sus pasiones: la cruz era su único consuelo, el libro de su constante estudio, y su guia en los dilatados viajes que emprendiera para predicar el Evangelio, siendo tan profunda la humildad que le acompañaba y resplandecía en todas sus obras, que jamás quiso recibir el sagrado órden del presbiterado, no creyéndose digno de ser ascendido á tan altísima dignidad. ¿Y temió alguna vez á los grandes y poderosos de la tierra? Jamás: siempre usó de libertad evangélica, ora hablase á los Orlandos y Federicos, ora anunciase la doctrina de Jesucristo ante el mismo sultan Melek-Kamel. Si los mas perniciosos errores pululaban en su siglo, si era general la corrupcion de costumbres, si la inocencia era calumniada y perseguida, Francisco se opone con el mayor valor y denuedo á los desórdenes, se constituye protector y defensor de los inocentes, siendo el terror de los tiranos. Así han

obrado siempre sus hijos, los individuos de esa generacion santa: do quiera que un error ha aparecido, allí se han encontrado los franciscanos defendiendo las verdades católicas aun á costa de su sangre.

Sea en buen hora objeto del ódio de los impíos esta familia que tantos dias de gloria ha dado á la Iglesia y al Estado; calúmniarla vilmente sus detractores: ello es, señores, que jamás podran ser oscurecidos sus relevantes méritos y sus hermosos timbres. Protegida por Dios, si es perseguida en una localidad, se levanta en otras, mostrando siempre su vigor y lozanía. De la familia franciscana han salido los Sistos, Nicolás, Alejandros, ilustres sucesores de San Pedro que dignamente han ocupado la silla Pontifical: á ella pertenecen los Escotos, Buenaventuras, Bernardinos, Antonios, Franciscos, Solanos, Diegos, Alcántaras y otra multitud de héroes, así en virtudes como en sabiduría, entre los que se cuenta nuestro esclarecido cardenal Gimenez de Cisneros, honra y prez de la española nacion.

Pero fijémonos ya, M. A. O., en los últimos tiempos de Francisco de Asis, lo que nos hará completar su panegírico. Despues de haber trabajado con tanta constancia en la fundacion de su orden, y deseando dedicar el resto de sus dias á prepararse para la muerte, como si toda su vida no hubiera sido una verdadera preparacion para una muerte dichosa, se retiró al monte Alvernia, donde renunció su empleo de ministro general en el bienaventurado Fr. Pedro de Catania, dedicándose despues dia y noche á los ejercicios de la mas rigurosa penitencia, y á la comunicacion continua con su Dios. Al fin de la cuaresma de San Miguel, que hacia

todos los años, recibió del cielo aquel insigne favor de la impresion de las llagas de Jesucristo, cuya memoria recuerda la Iglesia con fiesta particular.

Dos años vivió despues de este favor extraordinario, pero fueron dos años de verdadera cruz, durante los cuales esperimentó las mas molestas enfermedades, dolores agudísimos y continuos éxtasis, hasta que el Señor le reveló el dia de su partida del mundo. Se hizo trasladar al convento de Nuestra Señora de los Angeles, para cuya Iglesia habia alcanzado de Nuestra Señora el famoso Jubileo llamado de la Porciúncula. Luego que hubo llegado, mandó que le quitasen la túnica y que le tendiesen en el suelo para morir con la mayor pobreza, á imitacion de Nuestro Señor Jesucristo que murió desnudo en el árbol de la Cruz. Cumplieron su voluntad, pero al mismo tiempo acercándose el guardian le dijo: «Te doy de limosna este hábito como á un pobre; tómale por obediencia.» Obedeció el Santo, y empleando sus últimas fuerzas en exortar á los religiosos al cumplimiento de sus deberes, dirigió despues fervorosas oraciones al cielo, y espiró tranquilamente en manos de sus hijos el dia 4 de Octubre de 1226, á la edad de cuarenta y cinco años, el 29 de su conversion y 19 de la fundacion de su orden. Los grandes, extraordinarios y continuos milagros que Dios obró por su intercesion, movieron al Sumo Pontífice Gregorio IX, que habia sido muy conoedor de sus grandes virtudes, á canonizarle á los dos años de su muerte el de 1228.

A vista, pues, de cuanto llevamos espuesto, de sus grandes virtudes, de sus trabajos por llevar á cabo la fundacion de su orden religioso, de su áspera pe-

nitencia y extraordinarios favores que recibió de Dios, creo haber tenido razon en consagrarle el elogio que puse al frente del discurso. «Serás como un huerto de regadio... Levantarás los cimientos de una generacion estable.» *Eris quasi hortus irriguus... Fundamenta generationis et generationis suscitavit.*

Desde el alto trono de gloria que hoy ocupas ¡oh insigne patriarca y fundador del orden seráfico! ven y visita esta viña que te pertenece; comunica tu espíritu á esta venerable comunidad de hijas tuyas, y á cuantos visten tu santo hábito. Y los que hoy nos hemos reunido en este augusto santuario para celebrar tus glorias, experimentemos tu proteccion en la vida, para tener despues la dicha de ser tus compañeros en el cielo. *Amen.*

FIN DEL TOMO SESTO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SESTO.

	Páginas.
I. Sermon panegirico para el dia de San Antonio de Pádua.	7
II. Idem segundo del mismo Santo.	29
III. Idem para el dia de San Antonio Abad.	47
IV. Idem para el dia de San Agustin.	68
V. Idem para el dia de Santa Ana, Madre de Nuestra Señora.	92
VI. Idem para el dia de San Andrés Apóstol.	104
VII. Idem para el dia de San Benito Abad y fundador.	119
VIII. Idem de Santa Cecilia Virgen y Mártir.	135
IX. Idem para el dia de San Lorenzo Mártir.	160
X. Idem para el dia de San Luis Gonzaga.	169
XI. Idem para el dia de San Miguel Arcángel.	183
XII. Idem para el dia de San Pedro Apóstol.	194
XIII. Idem para el dia de San Sebastian Mártir.	215
XIV. Idem de San Dimas, el buen ladron.	234
XV. Idem para el dia de Santiago, patron de España.	246
XVI. Idem para el dia de Santa Elena, emperatriz.	262
XVII. Idem para el dia de San José, esposo de Nuestra Señora.	277
XVIII. Idem segundo del mismo Santo.	294
XIX. Idem de San Juan Evangelista.	307

nitencia y extraordinarios favores que recibió de Dios, creo haber tenido razon en consagrarle el elogio que puse al frente del discurso. «Serás como un huerto de regadio... Levantarás los cimientos de una generacion estable.» *Eris quasi hortus irriguus... Fundamenta generationis et generationis suscitavit.*

Desde el alto trono de gloria que hoy ocupas ¡oh insigne patriarca y fundador del orden seráfico! ven y visita esta viña que te pertenece; comunica tu espíritu á esta venerable comunidad de hijas tuyas, y á cuantos visten tu santo hábito. Y los que hoy nos hemos reunido en este augusto santuario para celebrar tus glorias, experimentemos tu proteccion en la vida, para tener despues la dicha de ser tus compañeros en el cielo. *Amen.*

FIN DEL TOMO SESTO.

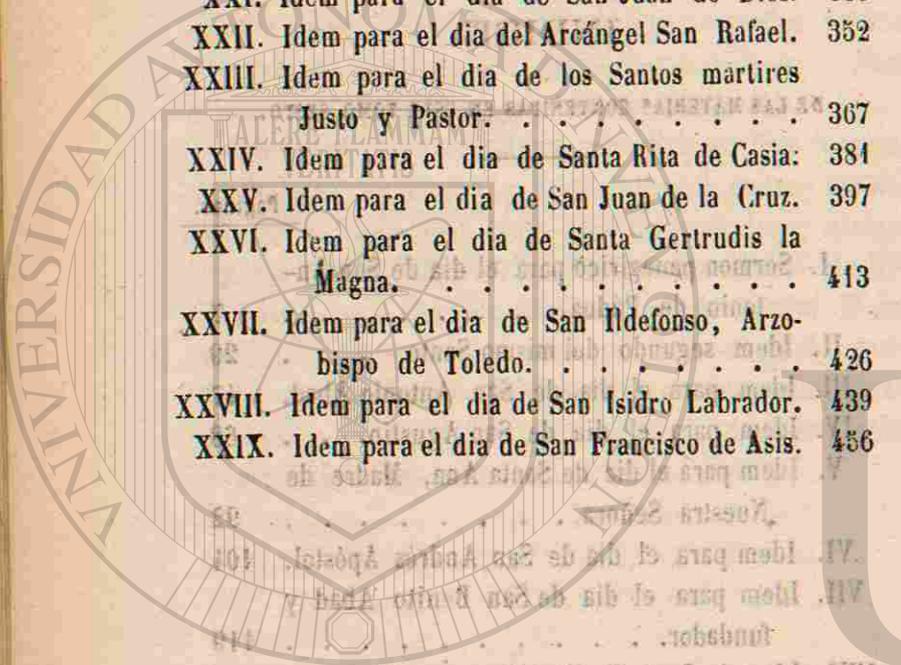
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SESTO.

	Páginas.
I. Sermon panegirico para el dia de San Antonio de Pádua.	7
II. Idem segundo del mismo Santo.	29
III. Idem para el dia de San Antonio Abad.	47
IV. Idem para el dia de San Agustin.	68
V. Idem para el dia de Santa Ana, Madre de Nuestra Señora.	92
VI. Idem para el dia de San Andrés Apóstol.	104
VII. Idem para el dia de San Benito Abad y fundador.	119
VIII. Idem de Santa Cecilia Virgen y Mártir.	135
IX. Idem para el dia de San Lorenzo Mártir.	160
X. Idem para el dia de San Luis Gonzaga.	169
XI. Idem para el dia de San Miguel Arcángel.	183
XII. Idem para el dia de San Pedro Apóstol.	194
XIII. Idem para el dia de San Sebastian Mártir.	215
XIV. Idem de San Dimas, el buen ladron.	234
XV. Idem para el dia de Santiago, patron de España.	246
XVI. Idem para el dia de Santa Elena, emperatriz.	262
XVII. Idem para el dia de San José, esposo de Nuestra Señora.	277
XVIII. Idem segundo del mismo Santo.	294
XIX. Idem de San Juan Evangelista.	307

XX. Idem para el dia de Santa Teresa de Jesus. 322
 XXI. Idem para el dia de San Juan de Dios. 339
 XXII. Idem para el dia del Arcángel San Rafael. 352
 XXIII. Idem para el dia de los Santos mártires Justo y Pastor. 367
 XXIV. Idem para el dia de Santa Rita de Casia. 384
 XXV. Idem para el dia de San Juan de la Cruz. 397
 XXVI. Idem para el dia de Santa Gertrudis la Magna. 413
 XXVII. Idem para el dia de San Ildefonso, Arzobispo de Toledo. 426
 XXVIII. Idem para el dia de San Isidro Labrador. 439
 XXIX. Idem para el dia de San Francisco de Asis. 456



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONTINUA
 LA LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRITORES
 A LA BIBLIOTECA PREDICABLE.

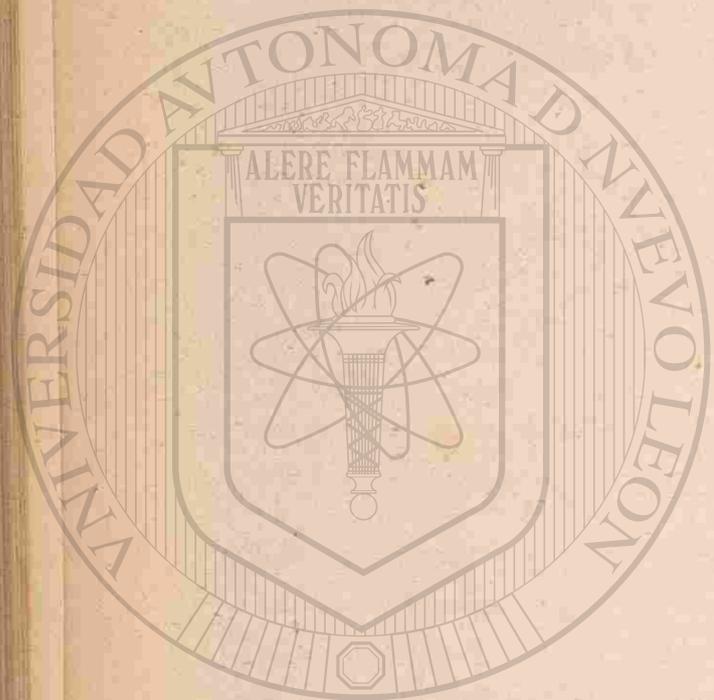
ABREVIATURAS USADAS EN ELLA.

- e. p. cura párroco.
- e. e. cura ecónomo.
- p. presbítero.
- arc. arcipreste.
- v. vicario.
- cr. coadjutor.
- r. rector.

- | | |
|--|--|
| D. Antonio Gómara, e. ecónomo de Peñalba de la Sierra. | D. Domingo Antonio Fernandez, p. en Puente Caldelas. |
| Amós Cebada, e. p. de Villar de Sobrepeña. | Estéban Acedo, p. en Learza. |
| Antonio Alameda, p. en Aguilar. | Eusebio Hidalgo Bermejo, de Benavente. |
| Antonio Gil Alonso, cr. de Yecla de Huebra (por 2 ejemplares). | Enrique Medina, e. e. de Matanza. |
| Antonio Vives, p. en Planes. | Francisco Anaya, p. en Villanueva del Arzobispo. |
| Antonio Pontes y Pontes, de Granada. | Francisco Vilaret, p. en Tortosa. |
| Camilo Comas y Viana, e. p. de Chiclana de Segura. | Florentino Diaz Goruillo, p. en Badajoz. |
| Domingo Hernandez, p. en Cañaverál de Leon. | Francisco Ruiz de la Torre, e. p. de Escañuela. |

- D. Federico Silvestre, v. de Torás.
Francisco Mangas y Cordero,
p. Sacristan mayor del Sa-
grario Catedral de Badajoz.
Fray Nicolás Garrido y Feijóo,
v. de las monjas Clarisas, en
Monforte de Lemos.
Fermin Hernandez y Pastor, c. p.
de Segura.
Froilan Arias, c. p. de San Lo-
renzo en Cadabo.
- German Fuentes Rajo, de Verin.
- José Martinez Alomos, p. en
Trabada.
- Juan Pedro Leon, p. en Granada.
Juan Gallardo Ramirez, p. en
Palenciana.
- Jesus Medelo, p. en Antas.
Joaquin Requera, capellan del
primer batallon del regimien-
to infanteria de Murcia.
- Jacinto Rosa y Pino, c. p. de
Cazalegas.
- Juan Manuel de Arteché, p. en
Cenarruza.
- José Maria Echaveomen, c. p.
de Artajona.
- Jovita Otero Leijas, c. p. de
Millan.
- Joaquin Laborda y Bonet, prior
de Alberuela de Laliena.
- Juan Cortazar Moreno, p. en
El Rasillo de Cameros.
- José Lopez y Frenes, c. p. de
Solana.
- Joaquin Sancho, p. en Radi-
quero.
- Jaime Ivars y Crespo, de Be-
nisa.
- Juan Ros, c. p. en Santa Pola.
- José Fernandez y Bermejo, se-
cretario del ayuntamiento de
Almagro.
- José Ayuso, de Murcia.
- José Belmonte, p. en Villatoya.
- Juan Voltes, cr. de Ulldecona.
- José Maria Varela y Pardo, p.
en San Vicente de Ravade.
- Joaquin Añon, c. p. de Lopor-
zano.
- Juan Martinez, p. en Alluevas.
- D. Juan Fernandez Galvan, c. p.
de Arenas de San Pedro.
- Leandro Gimenez Alarcon, c. p.
en Barcial del Barco.
- Manuel Fernandez Estéban, p.
en Alajar.
- Manuel Ripollés, cr. en Godall.
- Modesto de Irigoyen, c. p. de
Orbiso.
- Mariano Puerto, r. en Montoro.
- Manuel Ortega Casguero, p. en
Torrox.
- Manuel Villalonga, cr. de Vall
de Ujo.
- Pedro Lalueza, regente de Bol-
taña, en Abella y Planillo.
- Pedro Benezet, p. en Viella.
- Pedro Garcia Canales, c. p. de
Cadaíso.
- Pedro Nolasco Borja, p. en el
Campo de Criptana.
- Ramon Aran, c. p. de Villanue-
va del Segriá.
- Ramon Carrasco, c. p. de Santa
Lucia en Cartagena.
- Ramon Pujol y Tomás, de Berga.
- Rufino de Arauco, c. p. en
Plencia.
- Simeon Parra, c. p. de Almo-
dóvar del Pinar.
- Sebastian Garcia, escribano de
Villena.
- Silverio Florentino Ramajo,
c. p. del Cadrillar de Jurdes.
- Sebastian Brau, v. de la parro-
quial iglesia de Vinaroz.
- Tomás de Mateo, p. en Corella.
- Tomás Villanueva, p. en Susi-
nos.
- Vicente Rodriguez, p. en Ba-
dajoz.
- Valentin Boullosa Orge, p. en
Santiago de Loureiro.
- Vicente Miranda, c. p. de Oiz.
- Valentin Sanchez de las Matas,
p. en Cantagallo.

(Se continuará).



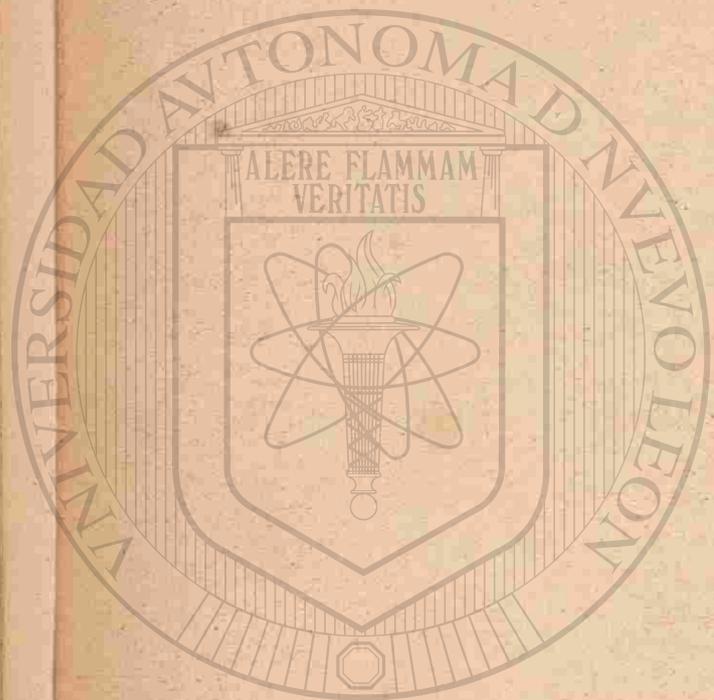
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MAYO-19-83 MICROFILMADO R-69



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MICROFILMADO
CARRERA ALFONSO BARRALES BARRALES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

8#2-2#10

OTEC